

MONTARACES

LA TIERRA DEL HIELO



JOHN FLANAGAN

Lectulandia

Will y Evanlyn van rumbo a Skandia, prisioneros del temible capitán Erak, a bordo de uno de sus barcos. Halt ha jurado rescatar a Will y hará cualquier cosa para cumplir su promesa, incluso desafiar a su rey. Expulsado del Cuerpo de Montaraces, Halt inicia su viaje en compañía de Horace y, por el camino, se verán constantemente amenazados por caballeros sin feudo dedicados al pillaje.

¿Llegarán a tiempo para salvar a Will de una vida de esclavitud?

Lectulandia

John Flanagan

La tierra del hielo

Montaraces - 03

ePub r1.0

Titivillus 27.02.15

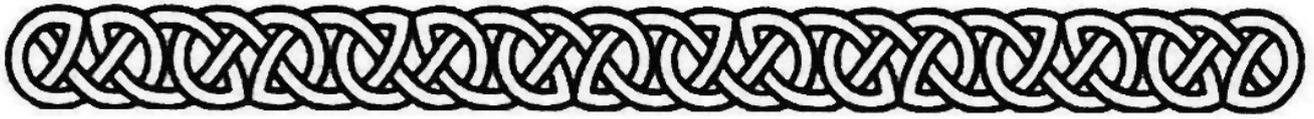
Título original: *The Icebound Land*
John Flanagan, 2005
Traducción: Julio Hermoso
Imagen de cubierta: John Blackford

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Penny, que puso el listón muy alto.





Uno

El barco de los skandians se hallaba a unas pocas horas del cabo Refugio cuando les alcanzó la brutal tormenta.

Habían navegado rumbo al norte durante tres días, hacia Skandia, a través de un mar que estaba más en calma que una bañera, hecho que agradecieron Will y Evanlyn.

—Esto no está tan mal —dijo Will conforme la estrecha nave cortaba con suavidad las aguas. Había oído los sombríos relatos de la gente que se mareaba y vomitaba de una forma terrible a bordo de los barcos en alta mar, pero a él no le parecía que hubiese nada de lo que preocuparse en aquel suave movimiento oscilatorio.

Evanlyn asintió con algo de duda. Ella no era un marino experto, desde luego, pero sí que se había hecho antes a la mar.

—Si es que esto es lo peor que se pone —dijo ella. Había captado las miradas de preocupación que Erak, el capitán del barco, lanzaba hacia el norte y la forma en que apremiaba a los remeros del *Wolfwind* para que aumentasen el ritmo.

Erak, por su parte, sabía que aquella engañosa calma era el anuncio de un cambio a peor, a mucho peor. De forma leve, al norte sobre el horizonte, podía ver cómo se formaba el oscuro frente tormentoso. Sabía que si no eran capaces de doblar el cabo Refugio y situarse a tiempo al abrigo de aquel gran saliente de tierra, recibirían de lleno toda la fuerza de la tormenta. Durante varios minutos, calculó velocidades y distancias, y contrastó su avance con el crecimiento de las nubes.

—No vamos a conseguirlo —le dijo por fin a Svengal. Su segundo de a bordo asintió mostrando su acuerdo.

—Eso es lo que parece —admitió Svengal tomándose lo con filosofía.

La mirada de Erak recorría ahora de forma minuciosa el barco y se cercioraba de que no quedase ningún objeto suelto, sin asegurar. Sus ojos se clavaron en los dos prisioneros, acurrucados en la proa de la nave.

—Será mejor que atemos a esos dos al mástil Y también vamos a aparejar la pala del timón.

Will y Evanlyn vieron cómo Svengal se dirigía hacia ellos con un rollo de cuerda fina de cáñamo en la mano.

—¿Y eso? —preguntó Will—. No es posible que piensen que vamos a intentar escapar.

Sin embargo, Svengal se había detenido junto al mástil y los llamaba con apresurados gestos. Los dos araluenses se levantaron y caminaron inseguros hacia él. Will se percató de que el movimiento del barco se estaba volviendo un poco más pronunciado y el viento crecía en intensidad. Se tambaleó en dirección a Svengal. Tras de sí, oyó a Evanlyn mascullar un juramento nada femenino cuando se tropezó y se raspó la espinilla con un amarradero.

Svengal extrajo su cuchillo saxe y cortó dos trozos de cuerda del rollo.

—Ataos al mástil —les dijo—. En cualquier momento nos vamos a meter en la tormenta del siglo.

—¿Quieres decir que el viento nos podría lanzar por la borda? —preguntó Evanlyn, incrédula.

Svengal se percató de que Will estaba atándose al mástil con un perfecto nudo de as de guía. La muchacha tenía algún que otro problema, así que el skandian tomó la cuerda, rodeó con ella la cintura de la chica y la aseguró también.

—Es posible —respondió a su pregunta—, pero es más probable que sean las olas las que te arrastren al mar.

Vio el rostro del muchacho palidecer de miedo.

—¿Nos estás diciendo que las olas, de verdad... pasan por encima de la cubierta? —dijo Will.

Svengal le lanzó una sonrisa fiera y forzada.

—Oh, sí, ya lo creo —dijo, y se apresuró a volver en ayuda de Erak con el timón, quien ya se encontraba aparejando el enorme remo curvo.

Will tragó saliva varias veces. Habían dado por hecho que un barco como aquél se mantendría sobre las olas como una gaviota. Ahora le contaban que era probable que las olas rompiesen sobre la cubierta. Se preguntaba cómo podrían mantenerse a flote si aquello sucedía.

—Dios mío... ¿Qué es eso? —dijo Evanlyn en voz baja y señalando al norte. La delgada línea oscura que Erak había visto era ahora una mole negra y turbulenta apenas a doscientos cincuenta metros de distancia y se cernía sobre ellos a una velocidad superior al galope de un caballo. Los dos se acurrucaron junto a la base del mástil e intentaron abarcar con los brazos el poste de madera y asirse escarbando con las uñas.

Entonces el sol desapareció según les alcanzó la tormenta.

La brutal fuerza del viento cortó la respiración a Will. Literalmente. Aquél no era como ningún otro viento que Will hubiese conocido jamás. Se trataba de una fuerza primitiva, viva, salvaje, que le rodeaba, le ensordecía, le cegaba, le extraía el aire de los pulmones y no le permitía volver a respirar: le asfixiaba al tiempo que intentaba

hacer que se soltase. Tenía los ojos cerrados con fuerza y luchaba por respirar, agarrado al mástil con desesperación. Débilmente, oyó gritar a Evanlyn y sintió que empezaba a separarse de él. La agarró a ciegas, tomó su mano y la atrajo de nuevo.

Les golpeó la primera ola gigantesca y la proa del barco se escoró con un ángulo aterrador. Comenzaron a ascender por la pared de la ola; a continuación, el barco se tambaleó y empezó a deslizarse.

—¡Hacia atrás y hacia abajo! —gritaban Erak y Svengal a los remeros. Sus voces se las llevaba el viento, pero la tripulación, de espaldas a la tormenta, podía ver y entender su lenguaje corporal. Tiraban de los remos de tal forma que doblaban las varas de roble con el esfuerzo y el deslizamiento hacia atrás fue poco a poco disminuyendo. El agarre de los remos hizo que el barco comenzase a ascender por la pared de la ola, cada vez más alto, moviéndose cada vez más despacio hasta que Will tuvo la seguridad de que se produciría de nuevo el terrible deslizamiento hacia atrás.

Entonces, la cresta de la ola rompió y tronó sobre ellos.

Toneladas de agua cayeron sobre el barco y lo hicieron descender, lo escoraron hacia la derecha hasta un punto del que parecía que no se podría recuperar. Will gritaba presa de un terror absolutamente animal y un tremendo golpe de gélida agua salada le arrancó el grito de la garganta, le llenó la boca y se le metió hasta los pulmones, hizo que se soltara del mástil y lo lanzó por la cubierta. Aún sujeto por la cuerda, estuvo girando de acá para allá hasta que toda la masa de agua hubo pasado sobre él. Permaneció sacudiéndose sobre la cubierta como un pez mientras el barco se enderezaba. Evanlyn se encontraba a su lado y juntos regresaron al mástil a gatas, aferrados con una renovada desesperación.

Entonces, la proa se inclinó hacia delante y cayeron en picado hacia el seno de la ola, el estómago se les quedó atrás y de nuevo se pusieron a gritar de puro terror.

La proa atravesó el seno de la ola, como si abriese el mar y lo lanzase bien alto por encima de ellos. Otra vez, el agua cayó en cascada sobre la cubierta, pero en esta ocasión carecía de la brutal fuerza de la ola al romper y los dos jóvenes consiguieron sujetarse. El agua, al nivel de su cintura, les pasó a gran velocidad. A continuación, el esbelto barco de los skandians pareció sacudirse libre del tremendo peso.

En los bancos de los remos, la tripulación de reemplazo ya se encontraba en pleno esfuerzo, achicando agua por la borda con cubos. Erak y Svengal, en la parte más expuesta de la nave, se hallaban también atados en sus puestos, a ambos lados del timón de tormenta. Éste era un enorme timón con forma de remo, un cincuenta por ciento más grande que los remos normales, y se utilizaba en lugar del timón más pequeño en momentos como aquél. La longitud de aquel remo le daba al timonel un mayor agarre de forma que podía ayudar a los remeros a desplazar la proa del barco para virar. Aquel día, era precisa la fuerza de ambos hombres para manejarlo.

En la profundidad del seno entre las olas, el viento parecía haber perdido algo de su fuerza. Will se apartó la sal de los ojos, tosió y vomitó agua salada sobre la cubierta. Se encontró con la mirada de terror de Evanlyn. Débilmente, sintió que

debía hacer algo para tranquilizarla, pero no había nada que él pudiera decir o hacer. No podía creer que el barco fuese capaz de aguantar otra ola como aquella.

Y sin embargo, ya había otra en camino. Mayor aún que la primera, se dirigía hacia ellos desde una distancia de varios cientos de metros del seno, ganaba volumen y se elevaba bien alto, más alta que los muros del castillo de Redmont. Will apretó el rostro contra el mástil y sintió que Evanlyn hacía lo mismo cuando el barco inició de nuevo aquella lenta y horrible elevación.

Subieron y subieron con los remos clavados sobre la pared de la ola gracias al esfuerzo de los hombres en su intento por arrastrar al *Wolfwind* hacia arriba en contra de las fuerzas aliadas del viento y el mar. Esta vez, antes de que la ola rompiese, Will creyó que la nave perdía la batalla en el último momento. Abrió los ojos horrorizado conforme ésta comenzaba a deslizarse hacia atrás, camino del seguro desastre. Entonces, la cresta de la ola se rizó y descendió para golpear sobre ellos de nuevo, y otra vez Will se vio lanzado dando vueltas y gateando por la cubierta. Se detuvo con un tirón de la cuerda que le sujetaba, sintió que algo le daba un fuerte golpe en la boca y se dio cuenta de que había sido el codo de Evanlyn. El agua cayó con estruendo sobre él, una vez más la proa se inclinó hacia abajo y el *Wolfwind* comenzó otro deslizamiento para zambullirse a toda velocidad por el otro lado, recobrar la vertical y expulsar el agua como un pato. Esta vez, Will se encontraba demasiado débil para gritar. Se quejó en voz baja y se arrastró de vuelta junto al mástil. Miró a Evanlyn y sacudió la cabeza. No había forma de sobrevivir a aquello, pensó, y pudo ver el mismo temor en los ojos de ella.

Al timón, Erak y Svengal se sujetaban cuando el *Wolfwind* golpeó contra el seno de la ola, levantó sendas cortinas de agua a buena altura y a ambos lados de la proa y toda la estructura del barco vibró con el impacto. La nave rotó, se sacudió y se enderezó de nuevo.

—¡Lo está soportando bien! —gritó Svengal.

Erak asintió sombrío. Por muy aterrador que pudiera parecerles a Will y a Evanlyn, el barco de los skandians estaba diseñado para sobrellevar olas tan enormes como aquella. Pero incluso los barcos de los saqueadores tenían sus límites y Erak era consciente de que, si los superaban, todos estarían muertos.

—Esa última casi nos lleva por delante —le respondió.

Apenas un empujón de los remeros en el último instante había hecho que la nave atravesase la cresta justo cuando estaba a punto de deslizarse hacia atrás, hacia el seno.

—Vamos a tener que virar la nave y salir por delante de la tormenta —concluyó, y Svengal asintió en señal de acuerdo, mirando al frente con los ojos entreabiertos contra el viento y la espuma salada.

—Después de ésta —dijo.

La siguiente ola era un poco más pequeña que la que casi había acabado con ellos, pero «pequeña» era un término relativo. Los dos skandians se agarraron con

fuerza al timón.

—¡Arriba, malditos seáis! ¡Arriba! —rugía Erak a los remeros conforme la montaña de agua se elevaba por encima de sus cabezas y el *Wolfwind* comenzaba otra lenta y precaria ascensión.

—Oh, no. Por favor, por favor, que se acabe ya —se quejaba Will según sentía elevarse la proa una vez más. El terror era físicamente extenuante. Sólo quería que aquello parase. Si es necesario, pensaba él, que se hunda el barco. Que lo dejen. Que le pongan fin. Que tan sólo hagan que cese este pánico. Podía oír a Evanlyn a su lado, sollozando de miedo. Le pasó un brazo por los hombros pero no era capaz de hacer nada más para consolarla.

Subieron más, más y más, y allí se produjo el familiar rugido del desplome de la cresta de la ola y el ruido atronador del agua al caer sobre ellos; luego la proa atravesó la cresta, golpeó contra la espalda de la ola y descendió en picado. Will intentó gritar pero tenía la garganta en carne viva y no le quedaban fuerzas. Sólo consiguió sollozar en voz baja.

El *Wolfwind* se deslizó hacia el seno de la ola. Erak gritó unas instrucciones a los remeros. Dispondrían de un tiempo muy breve al resguardo del viento proporcionado por la siguiente ola que se acercaba, y ésa era su ocasión para virar.

—¡A estribor! —gritó señalando con la mano la dirección del viraje por si acaso su voz no llegaba a alguno de los remeros más alejados, aunque no temía mucho aquello.

Los remeros situaron los pies contra la estructura de vigas de madera. Los que se hallaban a estribor, el lado derecho del barco, tiraron de los mangos de sus remos hacia sí. Los del lado izquierdo empujaron los suyos hacia delante. En cuanto el barco se equilibró, Erak dio la orden.

—¡Ahora!

Las palas de los remos se sumergieron en el agua y, conforme un lado empujaba y el otro tiraba, Erak y Svengal colgaron su peso del timón. El barco, largo y estrecho, viró en redondo, casi en el sitio, y puso la popa en la dirección del viento y las olas.

—¡Remad juntos ahora! —rugió Erak, y los remeros se pusieron a ello con ganas. Habían de mantener el barco a una velocidad de desplazamiento superior a la de la ola que les seguía o ésta los sepultaría. Miró un instante a los dos jóvenes cautivos araluenses acurrucados con abatimiento junto al mástil y se olvidó de ellos en cuanto volvió a su tarea de evaluar los movimientos del barco para mantener la popa en la dirección de la ola. Cualquier error por su parte y la nave viraría y quedaría de costado contra el viento y el mar, lo que sería el fin para todos ellos. Ahora navegaban con más facilidad, él lo sabía, pero no era momento para distracciones.

Para Will y Evanlyn, el barco aún cabeceaba y se elevaba de un modo terrible, unos quince metros según iba de cresta a seno; no obstante, ahora la marcha era más controlada. Iban con el mar, no luchaban contra él. Will sintió una leve mejoría en el movimiento. La espuma y el agua aún caían sobre ellos a intervalos regulares, pero

aquel terrible deslizamiento en retroceso había quedado atrás. Conforme el barco superaba las sucesivas montañas de agua que oscilaban por debajo y a su alrededor, Will comenzó a creer que podrían tener una ligera posibilidad de supervivencia.

Pero apenas se trataba de un escaso *podrían*. Él seguía sintiendo el mismo terror aferrado a los intestinos con cada ola que les adelantaba, y cada vez tenía la sensación de que aquélla bien podía ser la última. Rodeó a Evanlyn con ambos brazos y notó los de ella alrededor de su cuello en respuesta, mejilla contra mejilla. Evanlyn gimoteaba de miedo. Y Will se percató, con cierta sorpresa, de que también lo hacía él mientras mascullaba palabras sin sentido, llamaba a Halt, a Tirón, a cualquiera que le pudiese oír y ayudar. Pero conforme a cada ola le siguió otra y el *Wolfwind* aguantó, el pánico cegador fue disminuyendo, la extenuación nerviosa lo sustituyó y, finalmente, se durmió.

Durante siete días más, el barco fue conducido lejos, al sur, fuera del mar Angosto, dentro de los límites del océano Infinito. Y Will y Evanlyn permanecieron acurrucados junto al mástil: empapados, exhaustos y congelados. El pánico ante el desastre se hallaba siempre presente en sus cabezas, pero, de forma gradual, comenzaron a creer que podrían sobrevivir.

Al octavo día, el sol se abrió paso. Era débil y deslavazado, a decir verdad, pero era el sol. El brusco movimiento vertical había cesado y, de nuevo, el barco surcaba con suavidad las grandes olas.

Erak, con el pelo y la barba escarchados por la sal, tiró cansado del timón e hizo que la nave describiese una amplia curva para dirigirse otra vez hacia el norte.

—Rumbo al cabo Refugio —le dijo a su tripulación.



Dos

Halt se encontraba de pie, inmóvil, apoyado en el enorme tronco de un roble cuando los bandidos salieron del bosque en manada para rodear el carruaje.

Se hallaba por completo a la vista, pero nadie le vio. En cierta medida se debía al hecho de que los ladrones estaban totalmente concentrados en su presa, un adinerado mercader y su esposa. Por su lado, éstos se encontraban de igual modo distraídos, mirando con horror a los hombres armados que ahora rodeaban su carruaje en medio del claro.

Pero sobre todo se debía a la capa de camuflaje que llevaba Halt, con la capucha puesta sobre la cabeza para dejar el rostro en penumbra, y al hecho de que se hubiese quedado inmóvil. Como todos los montaraces, Halt conocía el secreto de fundirse con el paisaje de fondo por medio de la capacidad de quedarse quieto, aun cuando la gente parecía estar mirando directamente hacia él.

Convéncete de que no se te ve, decía el montaraz, y así será.

Una figura corpulenta, vestida de negro por completo, surgió entonces de entre los árboles y se aproximó al carruaje. Halt entornó los ojos por un instante y a continuación suspiró en silencio. «Otra pérdida de tiempo», pensó.

El personaje guardaba un leve parecido con Foldar, el hombre que Halt perseguía desde el fin de la guerra con Morgarath y que había sido el primer lugarteniente de éste. Había conseguido escapar de su captura cuando su líder cayó muerto y su ejército de wargals infrahumanos se deshizo.

Por contra, Foldar no era una bestia descerebrada. Era un ser humano muy racional y planificador; y un ser humano totalmente malvado y retorcido. Hijo de una familia noble de Araluen, había asesinado a sus padres después de una discusión por un caballo. Apenas era un adolescente por aquel entonces y escapó huyendo a las Montañas de la Lluvia y la Noche, donde Morgarath reconoció en él a un alma gemela y lo acogió. Ahora era el único miembro superviviente del bando de Morgarath, y el rey Duncan había hecho de su captura y encarcelamiento la absoluta prioridad para las fuerzas armadas del reino.

El problema era que no dejaban de aparecer suplantadores de Foldar por todas

partes, bandidos de poca monta como era el caso de éste, que hacían uso del nombre de aquél y de su reputación de salvaje para infundir temor en sus víctimas y que robarles fuese más sencillo. Y según surgía cada uno, Halt y sus colegas habían de perder el tiempo siguiéndoles. Sentía un lento ardor de ira por el tiempo que estaba derrochando con aquellas molestias de menor importancia. Halt tenía otras cuestiones que atender. Tenía una promesa que cumplir e idiotas como éste se lo estaban impidiendo.

El falso Foldar se había detenido junto al carruaje. Su capa negra con el cuello alto era en cierto modo similar a la que llevaba el verdadero, pero Foldar era un dandi y su capa era de un terciopelo y satén negros inmaculados, mientras que la de éste era de simple lana, mal cortada y con parches en varios sitios, con un cuello de cuero negro curtido de manera rudimentaria.

La boina que llevaba estaba descuidada, tenía muchas arrugas, y la pluma de cisne negro que la adornaba se encontraba doblada, probablemente porque alguno de los bandidos se había sentado sobre ella. El hombre comenzó a hablar, y su intento por imitar el tono sarcástico y con un leve ceceo de Foldar se fue al garete por su tosco acento rural y su torpe gramática.

—Bajad del carruaje, buen señor y *madame* —dijo con una torpe reverencia—. Y no temáis, buena dama, que el noble Foldar nunca hace daño a alguien tan bello como vos.

Pretendió una risa malvada y sardónica, sin embargo le salió algo más parecido a un débil cacareo.

La «buena dama» era de todo menos bella. De mediana edad, con sobrepeso y feúcha en extremo, pero sin motivo alguno por el que hubiera de someterse a aquel tipo de hostigamiento, pensó Halt con severidad. Ella se echó hacia atrás gimoteando de miedo ante la visión de aquel personaje de negro ante sí. «Foldar» dio un paso al frente, con una voz más violenta y un tono más amenazador.

—¡Abajo, señora! —gritó—. ¡O le entrego en la palma de la mano las orejas de su marido!

Agarró la empuñadura de una larga daga que pendía de su cinto. La mujer gritó y se encogió alejándose aún más en el interior del carruaje. Su marido, igualmente aterrado y más que a gusto con tener las orejas donde las tenía, intentaba empujarla hacia la puerta del carruaje.

«Suficiente», pensó Halt. Seguro de que nadie miraba en su dirección, engarzó una flecha, tensó y apuntó en un movimiento conjunto, y disparó.

«Foldar», cuyo verdadero nombre era Rupert Gubblestone, tuvo la breve impresión de que algo pasaba como un rayo justo por delante de sus narices. Acto seguido se produjo un fuerte tirón en el cuello levantado de su capa y se vio pinchado en el carruaje por una flecha negra que vibraba y que se había incrustado en la madera con un ruido sordo. Dio un grito del susto, perdió el equilibrio y tropezó, y la caída la evitó la capa, que ahora empezaba a ahogarle al llevarla abrochada alrededor

del cuello.

Conforme los demás bandidos se giraban para ver de dónde venía la flecha, Halt avanzó desde el árbol. Sin embargo, a los asustados ladrones les pareció que había salido de dentro del enorme roble.

—¡Montaraz del rey! —gritó Halt—. Tirad las armas.

Había diez hombres, todos armados. Ni uno solo pensó en desobedecer la orden. Cuchillos, espadas y garrotes sonaron al caer al suelo. Acababan de ver en directo un ejemplo de la magia negra de los montaraces: la adusta figura había salido de dentro del tronco vivo de un roble. Incluso ahora, la capa que llevaba parecía brillar vagamente de manera que hacía difícil concentrarse en él. Y si la hechicería no fuese suficiente para obligarles, a la vista tenían una razón tangible: el gigantesco arco largo con otra flecha de varilla negra ya sobre la cuerda.

—¡Al suelo, boca abajo! ¡Todos! —Recibieron aquellas palabras como el azote de un látigo y se arrojaron al suelo. Halt señaló a uno, un joven con la cara sucia que no podía tener más de quince años—. ¡Tú no! —le dijo, y el muchacho, a gatas, vaciló—. Tú quítales los cinturones y átales las manos a la espalda.

El muchacho, aterrorizado, asintió varias veces y a continuación se desplazó hacia el primero de sus compinches tumbados boca abajo. Se detuvo cuando Halt le dirigió otra advertencia.

—¡Átalos bien fuerte! —le dijo—. Si me encuentro un solo nudo flojo, te... —dudó por un instante, mientras se le ocurría una amenaza apropiada, y entonces prosiguió—: Te encerraré emparedado dentro de aquel roble de allí.

Con aquello valdría, pensó. Era consciente del efecto que su inexplicable aparición desde el árbol había tenido en aquellos toscos aldeanos. Se trataba de una herramienta que ya había utilizado antes en muchas ocasiones. Vio cómo el rostro del muchacho palidecía de miedo bajo la suciedad y supo que la amenaza había funcionado. Centró su atención en Gubblestone, que daba débiles tirones de la correa que le abrochaba la capa conforme ésta seguía ahogándole. Ya tenía la cara roja y los ojos saltones.

Y más que sobresalieron sus ojos cuando Halt desenvainó su gran saxe.

—Vamos, relájate —dijo Halt, irritado.

Dio un veloz tajo a la cinta y Gubblestone, liberado de forma repentina, cayó al suelo con poca elegancia. Parecía contento de encontrarse allí, lejos del alcance de aquel cuchillo brillante. Halt levantó la mirada a los ocupantes del carruaje. El alivio en sus rostros era más que obvio.

—Creo que ya pueden seguir camino si lo desean —afirmó en tono agradable—. Estos idiotas no les van a molestar más.

El mercader, sintiéndose culpable al recordar cómo había intentado empujar a su esposa fuera del carruaje, trató de cubrir su incomodidad con una sarta de bravatas.

—¡Se merecen la horca, montaraz! ¡A la horca! ¡Han aterrorizado a mi señora y han amenazado a mi mismísima persona!

Halt miraba impasible al hombre hasta que finalizó su arrebato.

—Peor que eso —dijo en voz baja—, me han hecho perder el tiempo.

—Halt, la respuesta es no —dijo Crowley—. Exactamente la misma que la última vez que lo pediste.

Podía apreciar la ira en cada punto del cuerpo de Halt mientras su viejo amigo se hallaba de pie ante él. Crowley odiaba lo que tenía que hacer, pero las órdenes eran las órdenes y, como comandante de los montaraces, su trabajo consistía en lograr que se cumpliesen. Y Halt, como todos los montaraces, tenía la obligación de obedecerlas.

—¡No me necesitan! —estalló Halt—. ¡Estoy perdiendo el tiempo dando caza a esos imitadores de Foldar por todo el reino cuando debería ir tras de Will!

—El rey ha convertido a Foldar en nuestra prioridad número uno —le recordó Crowley—. Más tarde o más temprano encontraremos al verdadero.

Halt hizo un gesto de desdén.

—¡Y ya tienen a los otros cuarenta y nueve montaraces para hacer el trabajo! —dijo—. Por el amor de Dios, eso debería ser suficiente.

—El rey Duncan quiere a los otros cuarenta y nueve. Y te quiere a ti. Confía en ti y depende de ti. Eres el mejor que tenemos.

—Yo he cumplido mi parte —replicó Halt bajando la voz, y Crowley sabía cuánto le dolía al montaraz decir aquellas palabras. Sabía también que su mejor respuesta sería el silencio: un silencio que obligaría a Halt a avanzar en el tipo de racionalización que Crowley sabía que él odiaba—. El reino está en deuda con ese muchacho —dijo con un poco más de seguridad en su tono.

—El muchacho es un montaraz —dijo Crowley con frialdad.

—Un aprendiz —le corrigió Halt, y Crowley se puso en pie de golpe tirando la silla con la violencia de su movimiento.

—El aprendiz de un montaraz asume los mismos deberes que un montaraz. Siempre lo hemos hecho, Halt. Las reglas son las mismas para todos los montaraces: el reino es lo primero. Ése es nuestro juramento. Tú lo hiciste, yo lo hice y Will lo hizo.

Se produjo un áspero silencio entre ambos, empeorado por los años que habían vivido como amigos y camaradas. Halt, se percató Crowley, era posiblemente su amigo más cercano, y allí se encontraban, intercambiando palabras amargas y argumentos cargados de ira. Se dio la vuelta, puso en pie la silla que se había caído y realizó un gesto pacífico hacia Halt.

—Mira —le dijo en un tono más suave—, ayúdame tan sólo a acabar con todo este tema de Foldar. Dos meses, puede que tres, y podrás ir tras de Will con mi bendición.

La cabeza canosa de Halt ya se meneaba en un gesto negativo antes de que

hubiese terminado.

—En dos meses podría estar muerto. O vendido como esclavo y perdido para siempre. Tengo que ir ahora, cuando el rastro es aún reciente. Se lo prometí —añadió tras una pausa con una voz pesada por la tristeza.

—No —dijo Crowley en un tono de carácter definitivo.

Al oírlo, Halt se cuadró de hombros.

—Entonces, veré al rey —dijo.

Crowley bajó la mirada hacia su escritorio.

—El rey no te recibirá —replicó de forma rotunda. Levantó la mirada y vio la sorpresa y la traición en los ojos de Halt.

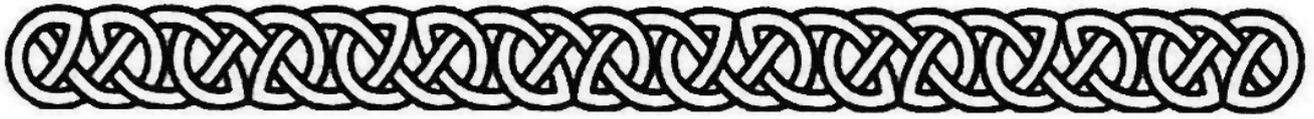
—¿Que no me recibirá? ¿Me rechaza?

Durante veinte años, Halt había sido uno de los consejeros más cercanos del rey con permanente e incuestionable acceso a las habitaciones del monarca.

—Sabe lo que le vas a pedir, Halt. No quiere rechazarte, por eso se niega a recibirte.

La sorpresa y la traición habían desaparecido ya de los ojos de Halt. En su lugar había ira, amarga ira.

—Entonces tan sólo tendré que hacerle cambiar de opinión —dijo en voz baja.



Tres

En cuanto el barco de los skandians dobló el cabo y se encontró al resguardo de la bahía, desapareció el fuerte oleaje. En el interior de aquel puerto natural, el cabo rocoso cortaba la fuerza tanto del viento como de las olas, de forma que el mar se hallaba en calma, con una superficie perturbada tan sólo por la expansión en forma de «V» de la estela del barco.

—¿Esto es Skandia? —preguntó Evanlyn.

Will, vacilante, se encogió de hombros. Sin lugar a dudas, no tenía el aspecto que él esperaba, sólo había unas pocas cabañas pequeñas y destartaladas en la orilla. Ni rastro de ciudad alguna. Ni de gente.

—No parece lo bastante grande, ¿verdad? —dijo él.

Svengal, que estaba enrollando una cuerda cerca de ellos, rió ante su ignorancia.

—Esto no es Skandia —les dijo—, apenas estamos a mitad de camino de allí. Esto es Skorghijl.

Al ver sus miradas de desconcierto, continuó con su explicación.

—Ahora no podemos cruzar hasta Skandia. Esa tormenta en el mar Angosto nos ha retrasado tanto que nos hemos metido en la temporada de los vendavales de verano. Nos refugiaremos aquí hasta que hayan amainado. Para eso son esas cabañas.

Will echó un vistazo a las ajadas cabañas de madera.

Tenían un aspecto lúgubre e incómodo.

—¿Y cuánto tiempo va a ser eso? —preguntó, y Svengal se encogió de hombros.

—Seis semanas, dos meses, ¿quién sabe?

Se alejó con la cuerda enrollada al hombro y los dos jóvenes se quedaron a solas para observar los alrededores.

Skorghijl era un lugar inhóspito y poco acogedor, de roca desnuda, abruptos acantilados de granito y una pequeña playa llana en la que se apiñaban las cabañas de madera desvaída por la acción del sol y la sal. No se veía un solo árbol ni una brizna de verde por ningún lado. Los bordes de los acantilados estaban salpicados del blanco de la nieve y el hielo, el resto era piedra y esquisto, una roca de color negro azulado parecida a la pizarra. Era como si los dioses que los skandians veneraban,

cualesquiera que fuesen, hubieran eliminado todo vestigio de color de aquel pequeño universo rocoso.

De forma inconsciente, sin la necesidad de combatir el empuje constante hacia atrás de las olas, los remeros aflojaron el ritmo y el barco cruzó la bahía deslizándose hasta la playa de guijarros. Erak, al timón, guió la nave por el canal que conducía directo a la playa hasta que la quilla chirrió contra los guijarros y el barco, por vez primera en todos aquellos días, se quedó quieto.

Will y Evanlyn se pusieron en pie y notaron inseguridad en las piernas tras días de constante movimiento.

El barco resonó con golpes sordos de madera contra madera cuando la tripulación recogió los remos y los guardó. Erak enrolló una correa de cuero alrededor del timón para asegurarlo y evitar que se golpease de un lado a otro con los movimientos de las mareas. Miró un instante a los dos prisioneros.

—Id a tierra si queréis —les dijo. No había ninguna necesidad de encerrarlos o vigilarlos, Skorghijl era una isla de apenas dos kilómetros de largo en su zona más ancha. Aparte de aquel puerto natural perfecto que había hecho las veces de refugio de los skandians durante la temporada de los vendavales de verano, la costa de Skorghijl era una abrupta sucesión de acantilados que caían al mar.

Will y Evanlyn se desplazaron hacia la proa del barco y pasaron entre los skandians que se encontraban descargando barriles de agua y cerveza y sacos de comida desecada de los espacios protegidos que había bajo la cubierta principal. Will se subió a la borda y se descolgó de ella estirándose por completo durante unos segundos para dejarse caer al suelo de esquisto a continuación. Allí, con la proa del barco inclinada hacia arriba según se había deslizado por la playa, había una buena caída hasta las piedras. Se volvió para ayudar a Evanlyn, pero ella ya se estaba dejando caer justo detrás de él.

Permanecieron en pie con un cierto aire vacilante.

—Dios mío —dijo Evanlyn entre dientes al sentir que se tambaleaba como si la tierra firme rodase y se inclinase. Tropezó y cayó sobre una rodilla.

Will no se encontraba en un estado mucho mejor. Ahora que había cesado el movimiento constante, parecía que el suelo debajo de ellos subía, bajaba y se sacudía. Se apoyó con una mano contra el costado de madera del barco para no caerse.

—¿Qué es esto? —le preguntó a Evanlyn. Miró al suelo bajo sus pies como si esperase verlo rodar y formar montículos y colinas, pero estaba plano e inmóvil. Tuvo los primeros síntomas de náuseas en la boca del estómago.

—¡Cuidado ahí abajo! —les advirtió una voz desde arriba, y un saco de carne seca de ternera cayó sobre los guijarros a su lado con un ruido sordo. Will levantó la vista con un tambaleo vacilante y se encontró con la mirada sonriente de uno de los miembros de la tripulación.

—Tienes el mareo de tierra, ¿verdad? —le dijo, no sin compasión—. Estarás bien en unas horas.

A Will le daba vueltas la cabeza. Evanlyn había conseguido ponerse de nuevo en pie. Aún le oscilaba todo, pero ella no sentía el mismo ataque de náuseas que tenía Will. Lo cogió del brazo.

—Vamos —le dijo—, hay unos bancos ahí arriba, junto a las cabañas. Estaremos mejor si nos sentamos.

Tambaleándose como si estuvieran borrachos, tropezón tras tropezón, atravesaron la playa de guijarros hasta los toscos bancos de madera y las mesas que había en el exterior de las cabañas.

Will se dejó caer agradecido en uno de ellos y apoyó la cabeza en las manos, con los codos sobre las rodillas. Lanzó un gruñido de suplicio al tiempo que le invadía otra oleada de náuseas. Evanlyn se encontraba en una disposición ligeramente mejor. Le dio unas palmaditas en el hombro.

—¿Cuál será la causa de esto? —preguntó ella en voz baja.

—Ocurre cuando has pasado varios días a bordo de un barco.

Erak, jarl de los skandians, se había aproximado por detrás de ellos. Llevaba un saco de provisiones sobre el hombro y lo descargó en el suelo junto a la puerta de una de las cabañas, con un leve gruñido por el esfuerzo.

—Por alguna razón —prosiguió—, vuestras piernas parecen creer que aún se encuentran sobre la cubierta del barco. Nadie sabe por qué. Sólo durará unas pocas horas y después os encontraréis bien.

—Ahora no puedo ni imaginarme el estar bien otra vez —gruñó Will con una voz pastosa.

—Lo estarás —le aseguró Erak—. Encended un fuego —dijo de forma brusca, y señaló un círculo de piedras ennegrecidas a unos pocos metros de la cabaña más cercana—. Os sentiréis mejor con una comida caliente en el cuerpo.

Will gruñó ante la mención de la comida; sin embargo, se levantó del banco con cierta falta de estabilidad y tomó el eslabón y el pedernal que le ofrecía Erak. A continuación, Evanlyn y él se trasladaron hasta el lugar de la fogata. Allí cerca había un montón de trozos de madera desecados por el sol y la sal. Algunas de las tablas eran tan frágiles que se podían partir con la mano, y Will comenzó a amontonar los fragmentos en forma de pirámide en el centro del círculo de piedras.

Evanlyn, por su parte, había reunido unos puñados de musgo seco a modo de yesca y en cinco minutos tenían en marcha el crepitar de un pequeño fuego cuyas llamas lamían con ansia los trozos más grandes de leña que ahora añadían a la hoguera.

—Como en los viejos tiempos —murmuró Evanlyn con una leve sonrisa. Will se volvió rápidamente hacia ella con otra sonrisa en respuesta. Podía ver con gran claridad cómo el puente de Morgarath se elevaba de nuevo ante ellos con los fuegos que habían preparado alimentándose con voracidad de las sogas embreadas y las resinosas vigas de madera de pino. Suspiró hondo. Dada la posibilidad de volver a hacerlo, aún habría actuado como lo hizo, pero le hubiera gustado que Evanlyn no

hubiese estado mezclada con aquello. Deseaba que no la hubieran capturado con él.

Entonces, mientras pensaba en aquel deseo, se dio cuenta de que ella era la única chispa de brillo en su actual vida de penuria y que, al desear que ella se hallase lejos, estaba queriendo alejar de sí el único resplandor de felicidad y normalidad en sus días.

Tuvo un instante de confusión. En un momento de extrema sorpresa, se percató de que, si ella no se encontrase con él, apenas merecería la pena vivir su vida. Se estiró y rozó ligeramente su mano. Ella le miró de nuevo y en esta ocasión fue él quien sonrió primero.

—¿Volverías a hacerlo? —le preguntó—. Ya sabes, el puente y todo eso.

Y esta vez ella no le devolvió la sonrisa. Seria, meditó durante unos segundos y después dijo:

—De inmediato. ¿Y tú?

Él asintió y volvió a suspirar, pensando en todo lo que habían dejado atrás.

Desapercibido para los dos jóvenes, Erak había presenciado el breve intercambio. Asintió para sus adentros. Era bueno para ambos disponer de un amigo, pensó. La vida iba a resultar muy dura para los dos cuando llegasen a Hallasholm y a la corte de Ragnak. Los venderían como esclavos y sus vidas se limitarían al duro trabajo físico, sin un respiro ni concesión. Un día penosamente duro detrás de otro, un mes tras otro, año tras año. Alguien con esa vida necesitaría un amigo.

Sería demasiado decir que Erak se había encariñado con los dos jóvenes, pero se habían ganado su respeto. Los skandians eran un pueblo guerrero que apreciaba la valentía y el valor en la batalla por encima de todo lo demás, y tanto Will como Evanlyn habían demostrado su coraje cuando destruyeron el puente de Morgarath. El chico, pensaba él, era un buen luchador. Había derribado a los wargals con aquel pequeño arco suyo como si fueran bolos. Pocas veces había visto Erak un arquero más rápido y con mayor precisión. Se imaginó que aquello era el resultado de su entrenamiento de montaraz.

Y la chica había mostrado asimismo tener coraje de sobra, en primer lugar al asegurarse de que el fuego había prendido como quería en el puente y después, cuando por fin cayó Will por el golpe de una piedra lanzada por un skandian, ella misma intentó coger el arco y seguir disparando.

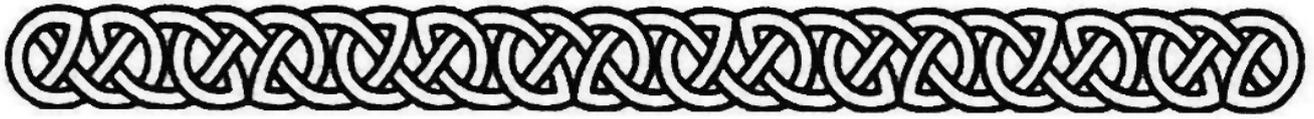
Resultaba difícil no sentir compasión por ellos. Eran los dos tan jóvenes, con tanto como debían haber tenido por delante. Trataría de hacerles las cosas tan fáciles como le fuese posible cuando llegasen a Hallasholm, pensó Erak, pero no había mucho al alcance de su mano. Entonces se sacudió con enfado rompiendo el aire introspectivo que se había apoderado de él.

—¡Pero qué maldito sensiblero! —masculló para sí.

Advirtió que uno de los remeros estaba intentando escamotear un trozo de carne de cerdo de primera de un saco de provisiones cercano. Se desplazó silencioso por detrás de él y le asestó un empujón con la planta del pie en la espalda con tal fuerza

que lo levantó del suelo.

—¡Métete esas manos de ratero en los bolsillos! —le gruñó. A continuación, agachó la cabeza bajo el dintel de la entrada y se introdujo en la oscura cabaña que olía a humo con la intención de reclamar el mejor catre para sí.



Cuatro

La taberna era un sitio lúgubre, humilde y pequeño, con el techo a baja altura, repleto de humo y nada limpio, pero se hallaba cerca del río donde atracaban los grandes navíos que traían mercancías para el comercio con la capital, así que allí también solía haber un buen negocio.

Justo ahora, no obstante, el negocio se había esfumado y la razón del declive se encontraba sentada en una de las mesas vacías, sucias con restos, junto a la chimenea. El hombre levantó los ojos en dirección al tabernero con una mirada refulgente bajo las prominentes cejas y dio un fuerte golpe con la gran jarra vacía contra los desiguales tablonos de madera de la mesa.

—Otra vez está vacía —dijo enfadado. Había un ligerísimo arrastre en su vocalización que le recordó al tabernero que aquélla sería la octava o la novena vez que le rellenaría la jarra con el *brandy* fuerte y barato que era la especialidad de los bares de los muelles como aquél. Una venta era una venta, se dijo para sí lleno de dudas, pero su cliente tenía toda la pinta de ser una bomba de relojería, y el tabernero deseaba con desesperación que se marchase y explotase en cualquier otro sitio.

Casi todos los clientes habituales, con un asombroso instinto para las situaciones en que se cocían los problemas, se habían marchado cuando aquel hombre de baja estatura entró y comenzó a beber con tan inquietante propósito. Tan sólo se había quedado media docena. Uno de ellos, un estibador corpulento, había mirado por encima del hombro a aquel individuo de menor envergadura y había decidido que sería presa fácil. Tal vez aquel cliente fuese pequeño y estuviese borracho, pero la capa de color gris verdoso y la doble vaina de cuchillo que colgaba de su cadera izquierda lo identificaban como un montaraz, y éstos, cualquier persona sensata lo afirmarían, no eran gente con la que se pudiese andar jugando.

El estibador lo aprendió por las malas. La pelea apenas duró unos pocos segundos y acabó con él tirado inconsciente en el suelo. Sus compañeros se marcharon a toda prisa en busca de un ambiente más amistoso, y más seguro. El montaraz les vio marchar e hizo una seña para que le sirvieran otra vez. El posadero pasó por encima del estibador, llenó hasta los topes, nervioso, la jarra del montaraz y se retiró tras la

relativa seguridad de la barra.

Entonces comenzaron los verdaderos problemas.

—Ha llegado a mis oídos —anunció el montaraz, pronunciando sus palabras con la cuidadosa precisión de un hombre consciente de que ha bebido demasiado— que nuestro buen rey Duncan, señor de este reino, no es más que un amilanado.

Si antes de aquello el ambiente en el bar había sido premonitorio, ahora se había puesto de verdad al rojo por la tensión. Los ojos de los pocos clientes que quedaban se hallaban fijos en el pequeño personaje de la mesa. Éste miró a su alrededor con una leve y severa sonrisa que se formaba en sus labios, apenas visible entre la barba y el bigote entrecanos.

—Un amilanado, un cobarde y un bobo —dijo con claridad.

No se movió nadie. Aquélla era una forma peligrosa de hablar. Insultar o meterse con el rey en público de esa manera, para un ciudadano normal, sería un delito grave. Para un montaraz, un miembro bajo juramento de las fuerzas especiales del reino, aquello estaba próximo a la traición. Se produjo un intercambio de miradas nerviosas. Los pocos clientes restantes desearon tener la posibilidad de marcharse sin hacer ruido, pero algo en la tranquila mirada del montaraz les decía que eso ya no era una opción. Se percataron entonces de que el arco largo que había apoyado en la pared detrás de él se hallaba ya encordado, y el carcaj junto a éste se encontraba lleno de flechas. Todos sabían que al primero que intentase salir por la puerta principal, de forma inmediata le seguiría una flecha. Y todos sabían que los montaraces, incluso borrachos, rara vez fallaban a la hora de alcanzar los objetivos a los que apuntaban.

No obstante, permanecer allí mientras que el montaraz lanzaba reproches e insultos contra el rey resultaba igualmente peligroso. Su silencio bien podía ser interpretado como aquiescencia, de llegar a enterarse alguien de lo que allí estaba pasando.

—Sé de buena tinta —prosiguió el montaraz, casi de manera jovial ahora— que el buen rey Duncan no es el legítimo ocupante del trono. He oído que en realidad es el hijo de una limpiadora de retretes borracha. Otro rumor asegura que es el resultado de la fascinación de su padre por una bailarina ambulante del *hula-hula*. Escojan la que prefieran. De uno u otro modo, no parece el linaje apropiado para un rey, ¿no?

Un leve suspiro se le escapó a alguien de entre los labios.

Aquello se estaba volviendo más peligroso por momentos. El tabernero, inquieto detrás de la barra, captó un movimiento en el almacén y se desplazó para poder ver mejor a través de la puerta. Su esposa, en su camino de entrada al bar con una fuente de pasteles para la barra, se había detenido al oír la última afirmación del montaraz. Se quedó de pie, con el rostro lívido, mirando a su marido con un gesto de interrogación silenciosa.

Él miró rápidamente al montaraz, pero la atención de éste se encontraba ahora centrada en un carretero que estaba intentando pasar desapercibido en el extremo más alejado del bar.

—¿No está de acuerdo, señor... usted, el del jubón amarillo que aún lleva los restos de la mayor parte de su desayuno de ayer... en que una persona así no se merece ser el rey de esta bella tierra? —le preguntó. El carretero farfulló y se cambió de sitio sin querer mirarle.

El tabernero hizo un gesto apenas perceptible con la cabeza en dirección a la puerta trasera del edificio. Su mujer desvió la mirada hacia allí y después volvió a mirar a su marido con las cejas levantadas a modo de pregunta. «La guardia», gesticuló él con la boca y mucho cuidado, y vio aparecer en los ojos de ella una señal inequívoca de que le había entendido. Pisando con suma cautela y aún fuera de la línea de visión del montaraz, la mujer cruzó el almacén, salió por la puerta de atrás y la cerró tras de sí tan silenciosamente como pudo.

A pesar de todas sus precauciones, se oyó el pestillo de la puerta cuando se encajó en su sitio después de salir ella. Los ojos del montaraz se volvieron de golpe hacia el tabernero, recelosos e inquisidores.

—¿Qué ha sido eso? —le preguntó, y el tabernero se encogió de hombros mientras se frotaba nervioso las manos húmedas contra el delantal sucio. No intentó hablar, sabía que tenía la garganta demasiado seca para articular palabra.

Por un fugaz instante, creyó haber visto un brillo de satisfacción en la expresión de aquel hombre, pero descartó la idea por ridícula.

Conforme los minutos se alargaban, los insultos y las calumnias del montaraz contra el rey Duncan se hacían más intensos y más ultrajantes. El propietario tragó saliva nervioso. Su mujer se había marchado hacía ya diez minutos. A buen seguro ya debía haber encontrado un destacamento de la guardia, ¿no? Debían estar a punto de llegar, sin duda, en cualquier momento, para llevarse a aquel hombre peligroso y detener ese discurso de alta traición, ¿no?

Y según se le ocurrían tales cosas, la puerta principal se abrió de golpe girando sobre sus bisagras y un grupo de cinco hombres dirigidos por un cabo se abrió paso al interior de la oscura sala. Cada uno de ellos iba armado con una espada larga y una maza corta y pesada colgando del cinto, y llevaba un pequeño escudo redondo cargado a la espalda.

El cabo examinó la sala mientras sus hombres se desplegaban a su espalda y entornó los ojos al distinguir la figura encorvada sobre la mesa.

—¿Qué está pasando aquí? —inquirió, y el montaraz sonrió. Era una sonrisa que no se transmitió a su mirada, se percató el tabernero.

—Estamos charlando de política —dijo con unas palabras cargadas de sarcasmo.

—No es lo que he oído —replicó el cabo, de labios finos—. Me han dicho que más bien se trataba de traición.

La boca del montaraz se abrió sin dar crédito y sus cejas se arquearon en una mueca de sorpresa.

—¿Traición? —repitió, y recorrió la sala con una mirada de curiosidad—. Así que alguien de por aquí ha estado dedicándose al chismorreó, ¿eh? ¿Hay entre los

presentes algún idiota acusica cuya lengua haya que... ¡cortar!?

Sucedió tan rápido que el tabernero apenas tuvo tiempo de lanzarse al suelo detrás de la barra. Según el montaraz soltaba la última palabra, había cogido el arco de detrás de él y había engarzado y disparado una flecha. Se estampó en la pared tras el lugar en el que el tabernero se encontraba de pie un segundo antes, y se hundió bien profunda en el panel de madera, temblando aún por la fuerza del impacto.

—Ya es suficiente... —empezó a decir el cabo al tiempo que iniciaba su avance, pero, de manera increíble, el montaraz ya tenía otra flecha engarzada.

La punta de la misma, ancha, con un brillo apagado, apuntaba a la frente del cabo, y el arco estaba tenso y armado. El cabo se detuvo al ver el rostro de la muerte tan de cerca.

—Bájalo —le dijo, pero su voz carecía de autoridad y él lo sabía. Mantener a raya a los borrachos y alborotadores de los muelles era una cosa, y otra completamente distinta enfrentarse a un montaraz, un combatiente hábil y entrenado para matar. Incluso un caballero se habría pensado dos veces aquella confrontación, que superaba con mucho las posibilidades de un simple cabo de la guardia.

No obstante, el cabo no era un cobarde y sabía que tenía un deber que cumplir. Tragó saliva varias veces y entonces, muy, muy despacio, levantó la mano hacia el montaraz.

—Baja... el... arco —le repitió. No obtuvo respuesta. La flecha permanecía centrada en su frente, a la altura de los ojos. Vacilante, dio un paso al frente.

—No lo hagas.

La expresión había sido categórica e inequívoca. El cabo tenía la seguridad de estar escuchando los latidos de su corazón, que sonaban como un timbal. Se preguntaba si los demás presentes en la sala podrían oírlos también. Respiró profundamente. Había hecho un juramento de lealtad al rey. Él no era un noble o un caballero, tan sólo un hombre normal y corriente, pero su palabra tenía tanto valor para él como la de cualquier oficial de alta alcurnia. Se había encontrado feliz ejerciendo su autoridad durante años, manejando a borrachos y delincuentes de poca monta. Ahora la apuesta era mucho más elevada, mucho más. Aquél era el momento de devolver el pago por aquellos años de autoridad y respeto.

Dio otro paso.

El restallido de la cuerda del arco resultó casi ensordecedor en el ambiente cargado de tensión de la sala. De forma instintiva, violenta, el cabo se estremeció y dio un tambaleante paso hacia atrás a la espera del ardiente martirio de la flecha y después la oscuridad de una muerte segura.

Y se percató de lo que había pasado: la cuerda del arco se había partido.

El montaraz se quedó mirando con incredulidad el arma inútil en sus manos. Los personajes de aquel retablo permanecieron inmóviles durante cinco largos segundos y, a continuación, el cabo y sus hombres avanzaron de un salto haciendo oscilar las mazas que llevaban, para arremolinarse en torno a la pequeña figura vestida de gris y

verde.

Nadie se dio cuenta de que el montaraz, a la vez que se agachaba bajo la lluvia de golpes, dejaba caer la pequeña cuchilla que había utilizado para cortar la cuerda del arco. Aunque el tabernero se preguntaba cómo un hombre que acababa de moverse a tal velocidad para vencer al estibador que le doblaba en tamaño podía parecer ahora tan lento y vulnerable.



Cinco

En la isla estéril y barrida por el viento de Skorghijl, Will corría. Había dado cinco vueltas a la playa de guijarros y a continuación se dirigió hacia los abruptos acantilados que se erguían sobre el pequeño puerto. Las piernas le ardían por el esfuerzo cuando se obligó a subir; los músculos de los muslos y las pantorrillas se quejaban. Las semanas de inactividad en el barco de los skandians habían pasado factura a su estado de forma y ahora estaba decidido a recuperarlo, endurecer sus músculos y devolver su cuerpo a aquel afinado punto que Halt le había exigido.

Tal vez no tuviese la posibilidad de practicar con el arco o los cuchillos, pero al menos sí podía asegurarse de que su cuerpo estuviera listo si se daba la oportunidad de escapar.

Y Will estaba decidido a que tal oportunidad llegase.

Ascendió por la pendiente empinada y las pequeñas piedras y el esquisto se deslizaron y cedieron bajo sus pies. Cuanto más subía, más le tiraba el viento de la ropa hasta que, por fin, alcanzó la cima del acantilado y quedó expuesto a aquel azote del norte en toda su fuerza: los vendavales de verano, como los llamaban los skandians. En la parte norte de la isla, el viento guiaba las olas contra la implacable roca negra y lanzaba alto, al aire, fuentes de espuma. En el puerto, a sus pies, el agua se encontraba en relativa calma, protegida por la enorme herradura de acantilados que lo rodeaban.

Tal y como hacía siempre que alcanzaba aquel punto, escrutó el océano en busca de alguna señal de un barco, pero, como siempre, no había nada que ver excepto la incesante marcha de las olas.

Volvió a mirar hacia el puerto. Las dos cabañas grandes parecían ridículamente pequeñas desde allí. Una era el barracón donde dormía la tripulación de los skandians; la otra, el comedor donde éstos pasaban la mayor parte del tiempo, discutiendo, jugando y bebiendo. Junto al barracón, construido contra una de sus largas paredes, se hallaba el cobertizo que Erak les había asignado a Evanlyn y a él. Se trataba de un espacio pequeño pero al menos no tenían que compartirlo con los

skandians, y Will había apañado una manta vieja atravesando uno de los extremos para proporcionarle a Evanlyn un poco de intimidad.

En aquel momento, ella estaba sentada fuera del cobertizo. Incluso desde aquella distancia, Will fue capaz de ver la desanimada caída de sus hombros, y frunció el ceño. Unos días atrás, el aprendiz de montaraz le había sugerido que se uniese a él en su intento por mantenerse en forma. Ella había descartado la idea de plano. Simplemente, parecía haber aceptado su suerte, pensó él. Se había dado por vencida y, a lo largo de los últimos días, sus conversaciones se habían vuelto cada vez más cáusticas cuando él intentaba levantarle el ánimo y hablaba de la posibilidad de escapar, pues en su cabeza ya se estaba formando una idea en aquel sentido.

Se sentía desconcertado y dolido por la actitud de ella. No era propio de la Evanlyn que él recordaba del puente: la compañera valiente, resuelta, que había cruzado a la carrera los estrechos tablones del puente para ayudarle sin pensar en ningún momento en su propia seguridad, y que a continuación había intentado combatir a los skandians cuando éstos los cercaban.

Esta nueva Evanlyn se encontraba extrañamente desanimada. Su actitud negativa le sorprendía. Nunca habría dicho de ella que fuese alguien que abandona cuando las cosas se ponen feas.

Quizás fuese que las chicas son así, se dijo, pero no terminaba de creérselo; tenía la sensación de que había algo más, algo que ella no le había contado. Apartó aquellos pensamientos de su mente y comenzó a bajar el acantilado una vez más.

La carrera cuesta abajo resultaba más fácil que cuesta arriba, pero no por mucho. La superficie deslizante y traicionera bajo sus pies le obligaba a no dejar de correr más y más rápido para mantener el equilibrio, desencadenando pequeños desprendimientos a su paso. Mientras que en el recorrido cuesta arriba le habían quemado los músculos de los muslos, ahora era en las pantorrillas y en los tobillos donde lo sentía. Alcanzó el final de la pendiente con una fuerte respiración y se tumbó en el suelo de gujarros para hacer una serie de flexiones rápidas.

Tenía los hombros ardiendo tras unos pocos minutos, pero siguió en ello, obligándose más allá del dolor, cegado por el sudor que se le metía en los ojos, hasta que ya no pudo más. Exhausto, se derrumbó, pues los brazos ya no podían aguantar su peso, y se quedó tumbado boca abajo sobre los gujarros, luchando por recuperar el aliento.

No había oído a Evanlyn acercarse mientras él hacía las flexiones de brazos y le sorprendió el sonido de su voz.

—Will, es una pérdida de tiempo.

Su voz no tenía el tono discutidor del que había hecho gala durante los últimos días, sonaba casi conciliadora, pensó él. Se levantó de los gujarros con un leve gruñido de dolor, se dio la vuelta y se sentó al tiempo que se sacudía la arena húmeda de las manos.

Le sonrió y ella le devolvió la sonrisa y fue a sentarse junto a él en la playa.

—¿Qué es una pérdida de tiempo? —le preguntó.

Ella hizo un gesto vago que englobaba el lugar de la playa donde él había estado haciendo flexiones y el acantilado que acababa de subir y bajar.

—Todo este correr y hacer ejercicio. Y todo eso de hablar sobre escapar.

Él frunció el ceño ligeramente. No quería iniciar una discusión con ella, así que tenía cuidado de no reaccionar con demasiada vehemencia ante sus palabras. Intentó mantener un tono neutro, razonable.

—Estar en forma nunca es una pérdida de tiempo —dijo.

Ella asintió, reconociendo que tenía razón.

—Quizás no, pero ¿escapar? ¿De aquí? ¿Qué posibilidades tendríamos?

Will sabía que ahora debía tener cuidado. Si daba la impresión de que la sermoneaba, ella bien podría volver a encerrarse en su caparazón, pero también sabía lo importante que era mantener viva la esperanza en una situación como aquella y quería dejarle claro aquel hecho.

—Admito que no parece muy prometedor —dijo—, pero nunca se sabe lo que puede pasar mañana. Lo importante es mantenerse optimista. No debemos rendirnos, Halt me lo enseñó. Nunca te rindas porque, si aparece una oportunidad, has de estar preparado para aprovecharla. No abandones, Evanlyn, por favor.

Ella negaba de nuevo con la cabeza, pero sin discutir.

—No me has entendido. Yo no he abandonado. Lo que estoy diciendo es que se trata de una pérdida de tiempo porque no es necesario. No nos hace falta escapar. Hay otra salida para esto.

Will hizo un gesto como si mirase a su alrededor, como si pudiese ver esa otra salida de la que hablaba ella.

—¿La hay? —dijo—. No la veo, me temo.

—Pueden pagar nuestro rescate —dijo ella, y él se rió a carcajadas, no con sorna, sino verdaderamente divertido por su inocencia.

—Lo dudo mucho. ¿Quién va a pagar el rescate de un aprendiz de montaraz y la doncella de una dama? O sea, quiero decir que sé que Halt lo haría si pudiese, pero no tiene el dinero que haría falta. ¿Quién iba a pagar un buen dinero por nosotros?

Ella vaciló y entonces pareció haber tomado una decisión.

—El rey —respondió simplemente, y Will la miró como si hubiera perdido la cabeza. De hecho, por un instante, se preguntó si no lo habría hecho. Sin duda, ella no parecía tener los pies por completo en la tierra.

—¿El rey? —repitió él—. ¿Por qué se tomaría el rey el menor interés en nosotros?

—Porque yo soy su hija.

La sonrisa desapareció del rostro de Will. La miró fijamente, sin la seguridad de haberla oído bien. Entonces recordó las palabras de Gilan allá en Céltica, cuando el joven montaraz le había avisado de que había algo en Evanlyn que no encajaba.

—¿Que tú eres su...? —Comenzó a decir y se detuvo. Había demasiadas cosas

que asimilar.

—Su hija. Lo siento mucho, Will. Tenía que habértelo dicho antes. Me encontraba viajando de incógnito por Céltica cuando me encontrasteis —le explicó—. Para mí se ha convertido en algo casi instintivo no decirle a la gente mi verdadero nombre. Después, cuando Gilan nos dejó, te lo iba a contar, pero me di cuenta de que, si lo hacía, tú insistirías en devolverme de inmediato junto a mi padre.

Will negó con la cabeza mientras intentaba aceptar todo lo que estaba escuchando. Volvió el rostro y miró hacia el pequeño puerto rodeado de acantilados.

—¿Tan malo hubiera sido eso? —preguntó a Evanlyn con un leve deje de amargura. Ella le sonrió con tristeza.

—Piénsalo, Will. Si tú hubieras sabido quién era yo, nunca habríamos seguido a los wargals. Jamás habríamos encontrado el puente.

—Nunca nos hubieran capturado —interrumpió Will, pero ella volvió a hacer un gesto negativo con la cabeza.

—Morgarath habría vencido —dijo de manera simple.

Entonces él la miró a los ojos y se dio cuenta de que tenía razón. Se produjo un largo silencio entre ellos.

—Así que te llamas... —dudó, y ella finalizó la frase por él.

—Cassandra, princesa Cassandra —y a continuación añadió, con una sonrisa de disculpa—: Y siento mucho haberme comportado estos últimos días un poco como una princesa. Me estaba sintiendo muy mal por no habértelo contado. No tenía intención de pagarlo contigo.

—No, no, está bien —dijo Will de forma distraída. Se encontraba abrumado por las novedades. En ese instante le vino algo a la cabeza—. ¿Se lo vas a decir a Erak?

—No creo que deba hacerlo —contestó ella—. Este tipo de cosas se manejan mejor al más alto nivel. Erak y sus hombres son poco más que unos piratas, al fin y al cabo. No sé cómo reaccionarían. Creo que será mejor que me quede como Evanlyn hasta que llegemos a Skandia, entonces ya encontraré una forma de acercarme a su jefe; ¿cómo se llamaba?

—Ragnak —dijo Will, a quien se le agolpaban las ideas en la cabeza—, el oberjarl Ragnak.

Desde luego que tenía toda la razón, pensó él. Como princesa Cassandra de Araluen, ella valdría una pequeña fortuna para el oberjarl y, dado que los skandians eran, en esencia, mercenarios, no cabía duda de que exigirían un rescate.

Su caso, por otro lado, resultaba una cuestión diferente. Se percató de que ella seguía hablando.

—Una vez que les diga quién soy, me encargaré de que paguen un rescate por los dos. Estoy segura de que mi padre accederá.

Y ése era el problema, sabía Will. Quizás ella le convenciese si tuviese la posibilidad de apelar a su padre en persona, pero el asunto quedaría en las manos de los skandians. Le dirían al rey Duncan que tenían a su hija y establecerían un precio

por su rescate. Se podía recuperar así a los nobles y a las princesas, de hecho solía ocurrir en tiempos de guerra, sin embargo con gente como los guerreros y los montaraces era otra cosa. Los skandians bien podían ser reacios a liberar a un montaraz, incluso a un aprendiz, que podría causarles problemas en el futuro.

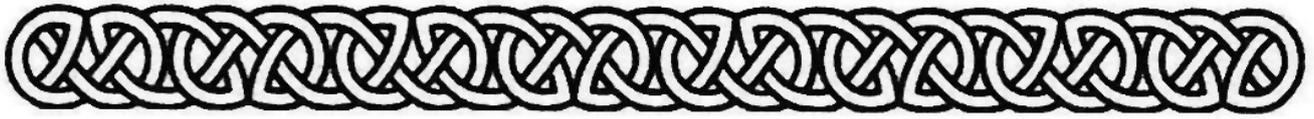
También había otro aspecto en todo aquello: el mensaje tardaría meses, quizás la mayor parte del año, en llegar a Araluen. La respuesta de Duncan tardaría otro tanto en hacer el viaje de regreso. Entonces comenzarían las negociaciones. Durante todo ese tiempo, a Evanlyn la mantendrían cómoda y a salvo, ella era una propiedad valiosa, al fin y al cabo. Pero ¿quién podría decir qué iba a ser de Will? Para el momento en que se pagase cualquier rescate, él podría estar muerto.

Obviamente, Evanlyn no había ido tan lejos en sus pensamientos, ella seguía con su idea previa.

—Así que, Will, ya lo ves. No tiene sentido todo este correr y subir e intentar encontrar una vía de escape. No te hace falta hacerlo. Y además, Erak está empezando a sospechar. No es tonto, y le he visto vigilarte. Relájate y déjame todo a mí. Yo haré que lleguemos a casa.

Él abrió la boca a punto de contarle lo que había estado pensando y luego la volvió a cerrar. De repente supo que ella no aceptaría su punto de vista. Era tozuda y tenía determinación, estaba acostumbrada a salirse con la suya. Tenía el convencimiento de que podría organizar el regreso de ambos a casa y nada de lo que él dijese le haría cambiar de opinión, así que le dedicó una sonrisa y asintió, aunque no fue más que una pobre imitación de su sonrisa habitual.

En el fondo de su corazón, él sabía que iba a tener que encontrar su propia forma de volver a casa.



Seis

El castillo de Araluen, el centro del poder del trono del rey Duncan, era una edificación de una belleza majestuosa.

Las altas torres rematadas con chapiteles y los elevados contrafuertes le daban una elegancia que hacía que pareciese vivo y disimulaban su fortaleza y solidez. Era hermoso, desde luego, construido con enormes bloques de piedra de color miel, pero también era casi inexpugnable.

Las numerosas torres altas proporcionaban al interior del castillo una sensación de luz y espacio, y de elegancia. También facilitaban a sus habitantes una completa serie de posiciones desde las cuales arrojar flechas, rocas y aceite hirviendo sobre cualquier atacante que fuese lo bastante insensato como para asaltar los muros.

La sala del trono se encontraba en el corazón del castillo, situada en el interior de una serie de muros, rastrillos y puentes levadizos, que en el caso de un asedio prolongado proporcionaba a los defensores una sucesión de posiciones de retirada. Como todo en el castillo, la sala del trono estaba hecha a gran escala, con un techo abovedado a gran altura y un suelo con un acabado de losas cuadradas de mármol de color negro y rosa pálido.

Las altas ventanas estaban acristaladas con vidrieras que proyectaban un resplandor brillante con el reducido ángulo del sol invernal. Las columnas, que daban una inmensa fortaleza a los muros, se hallaban agrupadas y estaban estriadas para aumentar la sensación de ligereza y de espacio en la sala. El trono de Duncan, sencillo y coronado con la talla de una hoja de roble, hecho de madera del mismo árbol, dominaba la pared norte. En el lado contrario había dispuestos unos bancos y mesas de madera para los miembros del gabinete de Duncan. Entre medias, la sala estaba vacía, con espacio para varios cientos de cortesanos de pie. En las ocasiones ceremoniales, éstos abarrotaban aquella zona, y sus vestimentas de colores vivos y escudos de armas recibían la luz roja, azul, dorada y naranja que provenía de las vidrieras, y sus yelmos y armaduras pulidas refulgían resplandecientes.

Aquel día, por orden de Duncan, apenas había presente una docena de hombres, el número mínimo exigido por la ley para que se impartiese justicia. El rey afrontaba

la tarea que tenía ante sí con muy poco placer y deseaba el menor número de testigos posibles que vieses lo que él sabía que tendría que hacer.

Se sentó en el trono con el ceño seriamente fruncido, mirando al frente y con los ojos fijos en la gran puerta doble al otro extremo de la sala. Su enorme mandoble, con el pomo labrado con la cabeza de leopardo que era la insignia personal de Duncan, descansaba en su vaina apoyado en el brazo derecho del trono.

Lord Anthony de Spa, el chambelán de Duncan durante los últimos quince años, se encontraba de pie a uno de los lados del trono y varios escalones por debajo de él. Miró al rey de manera significativa y carraspeó en señal de disculpa para llamar su atención.

Los ojos azules de Duncan se volvieron hacia él con las cejas levantadas en un gesto de interrogación, y el chambelán asintió.

—Es la hora, su majestad —dijo en voz baja.

Bajo y con sobrepeso, lord Anthony no era un guerrero, no tenía ninguna habilidad con las armas y, en consecuencia, tenía los músculos blandos y fuera de forma. Resultaba valioso como administrador. En gran medida gracias a su ayuda, hacía mucho tiempo que en Araluen reinaban la prosperidad y la satisfacción.

Duncan era un rey popular; y un rey justo. Esto no equivalía a decir que no fuese un gobernante firme, voluntarioso y comprometido con el cumplimiento de las leyes en el reino, unas leyes que habían sido establecidas y mantenidas por sus predecesores desde seiscientos años atrás.

Y ahí residía el motivo del gesto torcido de Duncan y su pesadumbre, porque aquel día tendría que hacer cumplir una de esas leyes con un hombre que había sido su amigo y leal servidor, un hombre que por dos veces en las dos décadas pasadas se había mostrado crucial para salvar a Araluen de la amenaza de la derrota y la esclavitud a manos de un loco.

Lord Anthony se movió inquieto. Duncan lo vio e hizo un gesto dándose por vencido.

—Muy bien —dijo—. Acabemos con esto.

Lord Anthony se volvió para quedar de frente a la sala del trono y los pocos allí reunidos se agitaron con su movimiento y miraron expectantes a las puertas. El símbolo del cargo de chambelán era una larga vara de ébano calzada con un recubrimiento de acero. En ese momento, la levantó y golpeó dos veces contra las losas del suelo. El tañido del acero contra la piedra resonó por toda la sala y llegó con claridad a los hombres que aguardaban tras las puertas cerradas.

Se produjo una pequeña pausa y acto seguido comenzaron a abrirse las puertas casi sin hacer ruido sobre sus bisagras bien engrasadas y con un equilibrio perfecto. Una vez abiertas, avanzó un pequeño grupo de hombres al ritmo de una lenta marcha ceremonial para detenerse en la base de los anchos escalones que ascendían al trono.

Había cuatro hombres en total. Tres de ellos llevaban sobrevestas, cota de malla y casco de la guardia del rey. El cuarto era un personaje pequeño, vestido con ropas de

un color verde anodino y un gris insulso. Llevaba la cabeza descubierta y su pelo era de color gris entrecano, greñado y mal cortado. Caminaba entre los dos hombres a la cabeza de su guardia, con el tercero cerrando la marcha justo a su espalda. Duncan vio que el rostro del hombre pequeño se encontraba moteado con manchas de sangre seca y lucía una fea herida en la parte alta de la mejilla izquierda que casi le cerraba el ojo de ese lado.

—¿Halt? —dijo antes de poder evitarlo—. ¿Estás bien?

Halt levantó los ojos para cruzar la mirada con la del rey. Durante un momento breve, el monarca creyó haber visto en ellos una tristeza insondable. Se pasó aquel instante y no quedó nada en aquellos ojos oscuros excepto fiera resolución y un deje de sorna.

—Estoy tan bien como cabe esperar, su majestad —dijo de forma seca.

Lord Anthony reaccionó como si le hubiera picado una avispa.

—¡Contén la lengua, prisionero! —dijo bruscamente.

A sus palabras, el cabo que estaba de pie junto a Halt levantó una mano para golpear al prisionero, pero antes de que pudiera soltar el golpe, Duncan se incorporó en el trono.

—¡Ya es suficiente!

Su voz restalló por la sala vacía y el cabo bajó la mano un poco avergonzado. Duncan pensó que ninguno de los presentes estaría disfrutando con aquella escena, Halt era un personaje muy conocido y muy respetado en el reino. Vaciló, consciente de lo que tenía que hacer a continuación, y no obstante odiando hacerlo.

—¿Procedo a leer los cargos, majestad? —preguntó lord Anthony. En realidad, era Duncan quien debía decirle que lo hiciese, pero en cambio el rey agitó una mano en reacia aquiescencia.

—Sí, sí, adelante si os empeñáis —masculló, y lamentó haberlo dicho en cuanto lord Anthony le miró con una expresión herida en el rostro. Al fin y al cabo, se percató el rey, lord Anthony tampoco quería hacer aquello. Duncan se encogió de hombros en señal de disculpa—. Lo siento, lord Anthony. Por favor, leed los cargos.

Lord Anthony carraspeó con cierta incomodidad ante aquello. Ya era malo que el rey se hubiese apartado del procedimiento formal, pero resultaba infinitamente más violento para el chambelán el hecho de que el rey se dignase ahora a disculparse ante él.

—El prisionero Halt, montaraz del ejército de vuestra majestad, al servicio del rey y portador de la hoja de roble de plata, ha sido oído mancillando el nombre de la persona del rey, su derecho de nacimiento y su linaje, su majestad —dijo.

Un suspiro casi inaudible que provenía del pequeño grupo de testigos oficiales llegó de forma clara hasta los dos hombres que se hallaban en la plataforma del trono. Duncan levantó la mirada en busca del origen. Podía haber sido el barón Arald, señor del castillo de Redmont y mandatario del feudo a cuyo servicio estaba Halt adscrito. O posiblemente Crowley, comandante del Cuerpo de Montaraces. Ambos hombres

eran los amigos más viejos que tenía Halt.

—Su majestad —continuó tímidamente lord Anthony—, me permito recordaros que, como oficial al servicio del rey, tales comentarios se hallan en contravención directa del juramento de lealtad del prisionero y por tanto constituyen un delito de traición.

Duncan miró al chambelán con una expresión de dolor. La ley era muy clara en materia de traición. Sólo había dos posibles castigos.

—Sí, claro, lord Anthony ¿Por unas palabras de enfado?

Lord Anthony miraba ahora atribulado. Tenía la esperanza de que el rey no intentase influir en él en aquella materia.

—Su majestad, se trata de una contravención del juramento. No son las palabras en sí las que lo constituyen, sino el hecho de que el prisionero rompiese su juramento al decirlas en público. La ley es clara a ese respecto —miró a Halt y extendió las manos en un gesto de impotencia.

En las apaleadas facciones del montaraz se esbozó una leve sonrisa.

—Y vos romperíais el vuestro, lord Anthony, si no informáis de ello al rey —dijo Halt. Esta vez, lord Anthony no le ordenó permanecer en silencio. Entristecido, reconoció con un gesto afirmativo que estaba de acuerdo. Halt tenía razón. Había creado una situación intolerable para todo el mundo con su ridícula conducta de borracho.

Duncan fue a hablar, vaciló y se arrancó de nuevo.

—Halt, a buen seguro que debe haber algún mal entendido aquí —le sugirió con la esperanza de que el montaraz pudiese de alguna manera encontrar una forma de salir al paso de las acusaciones.

Halt se encogió de hombros.

—No puedo negar los cargos, su majestad —dijo sin alterarse—. Me oyeron decir algunas... cosas desagradables acerca de vos.

Y en aquello residía el otro elemento que le mantenía entre la espada y pared: Halt había hecho sus comentarios vergonzosos en público, delante de al menos una docena de testigos. Como hombre y como amigo, Duncan podría estar dispuesto a perdonarle, y ciertamente lo haría; por contra, como rey debía mantener la dignidad de su cargo.

—Pero... ¿por qué, Halt? ¿Por qué hacemos esto a todos?

El montaraz volvió a encogerse de hombros. Bajó la mirada de los ojos del rey y masculló algo en voz baja que el monarca no pudo entender.

—¿Qué has dicho? —le preguntó con el deseo de hallar una salida del atolladero en el que se encontraba. Los ojos de Halt volvieron a elevarse para topar con los suyos de nuevo.

—Demasiado *brandy* su majestad —dijo en un tono más alto. Luego, forzando una sonrisa, añadió—: Nunca he sabido controlarme con la bebida. Quizás podríais añadir la acusación de ebriedad, ¿no, lord Anthony?

Por una vez, la compostura y el sentido del protocolo de lord Anthony se vieron alterados.

—Por favor, Halt... —comenzó a decir, a punto de rogarle al montaraz que no se tomase el procedimiento a la ligera. Entonces se recuperó y se volvió hacia el rey—. Ésos son los cargos, su majestad, reconocidos por el prisionero.

Por un momento largo, Duncan permaneció sentado y sin decir nada. Miró fijamente al pequeño personaje que tenía ante sí como si quisiese atravesar la expresión desafiante en aquellos ojos para hallar la razón que había tras los actos de Halt. Sabía que el montaraz estaba enfadado porque se le había denegado el permiso para intentar rescatar a su aprendiz, pero Duncan realmente creía vital que Halt permaneciese en Araluen hasta que se resolviese la situación con Foldar. Con cada día que pasaba, el antiguo lugarteniente de Morgarath se convertía en un peligro mayor, y Duncan quería a su lado a sus mejores consejeros para manejar la cuestión.

Y Halt era uno de los primeros entre los mejores.

Duncan tamborileaba con los dedos sobre el brazo de madera del trono por la frustración. No era propio de Halt no ser capaz de ver la situación global, y en todos los años que hacía que se conocían, Halt no había antepuesto jamás sus propios intereses a los del reino. Ahora, al parecer por resentimiento y enfado, había permitido que el alcohol le nublaste la mente y el juicio. Había insultado públicamente al rey, delante de testigos, un acto que no podía ser ignorado ni se podía dejar pasar como unas palabras de enfado entre amigos. Duncan miró a su viejo amigo y consejero. Los ojos de Halt se dirigían ahora al suelo. Quizás, si suplicase clemencia, si reclamase algún tipo de indulgencia por sus pasados servicios a la corona... cualquier cosa.

—¿Halt? —dijo Duncan antes de ser consciente de ello.

Los ojos del montaraz se elevaron para encontrarse con los suyos, y el rey hizo un pequeño e impotente gesto interrogatorio con las manos, pero la mirada de Halt se fue endureciendo aún más conforme se centraba en la del monarca y éste pudo ver que allí no habría súplica de clemencia alguna. La cabeza entrecana se movió en un leve gesto de rechazo y los ánimos de Duncan se hundieron todavía más. De nuevo trató de tender un puente para salvar el abismo que había surgido entre el montaraz y él. Forzó una leve sonrisa conciliatoria en su rostro.

—Al fin y al cabo, Halt —añadió en un tono razonable—, no se trata de que no entienda exactamente cómo te sientes. Mi propia hija se encuentra con tu aprendiz. ¿No crees que a mí no me gustaría dejar por las buenas el reino a su suerte e ir a rescatarla?

—Hay una gran diferencia, su majestad. La hija de un rey puede esperar que la traten un poco mejor que al simple aprendiz de un montaraz. Ella es un rehén muy valioso, al fin y a la postre.

Duncan se echó un poco hacia atrás en el trono. La amargura en el tono de voz de Halt era como una bofetada en la cara. Peor, cayó en la cuenta el rey, Halt tenía razón.

Una vez que los skandians se enterasen de la identidad de Cassandra, la tratarían bien mientras esperaba a que pagasen su rescate. Apenado, fue consciente de que su intento de reconciliación tan sólo había pronunciado más el distanciamiento entre ellos.

Lord Anthony rompió el silencio que se apoderaba de la sala.

—A menos que el prisionero tenga algo que decir en su propia defensa, es declarado culpable —advirtió a Halt.

Los ojos de éste, no obstante, permanecían sobre los del rey, y una vez más se produjo el leve movimiento de rechazo de su cabeza. Lord Anthony vaciló, recorriendo la sala con la mirada en dirección al resto de nobles y oficiales que se encontraban allí reunidos, con la esperanza de que alguien, cualquiera, pudiese dar con algo que decir en defensa de Halt, pero, por supuesto, no había nadie. El chambelán vio caer de desesperación los robustos hombros del barón Arald, y apreció el dolor en el rostro de Crowley cuando el comandante del Cuerpo de Montaraces desvió la mirada de la escena que se estaba desarrollando ante todos ellos.

—El prisionero es culpable, su majestad —dijo lord Anthony—. Os corresponde a vos dictar sentencia.

Y aquello, sabía Duncan, era la parte de ser rey para la cual a uno nunca le preparan. Estaban la lealtad, la adulación, el poder y la ceremonia. Estaban el lujo y las buenas comidas y vinos; y las mejores ropas, caballos y armas.

Y después estaban esos momentos en los que se paga por todo lo anterior. Momentos como aquél, cuando la ley debe prevalecer, cuando se deben proteger la dignidad y el poder del cargo aun cuando, al hacerlo, acababa con uno de sus más preciados amigos.

—La ley establece solo dos posibles penas para la traición, su majestad —volvía a apuntar lord Anthony, consciente de cuánto odiaba el rey cada minuto de aquello.

—Sí, sí, lo sé —dijo Duncan con enfado entre dientes, pero no lo suficientemente a tiempo para detener a lord Anthony en su siguiente anuncio.

—Muerte o destierro. Nada por debajo de esto —entonó el chambelán con solemnidad. Y, según pronunciaba estas palabras, Duncan sintió un pequeño estremecimiento de esperanza en su pecho.

—¿Son ésas las opciones, lord Anthony? —le preguntó en tono suave con el deseo de asegurarse.

Lord Anthony asintió con gravedad.

—No hay otras. Tan sólo la muerte o el destierro, su majestad.

Lentamente, Duncan se puso en pie, tomando la espada con su mano derecha. La sostuvo delante de sí, por la vaina, con la mano por debajo de la guarda con incrustaciones y labrada de un modo intrincado. Sintió una cálida ola de satisfacción. Había preguntado a lord Anthony dos veces para asegurarse. Para asegurarse de que los testigos en la sala del trono habían oído las palabras exactas del chambelán.

—Halt —dijo con firmeza, sintiendo sobre sí todos y cada uno de los ojos que

había en la sala—, antiguo montaraz del rey en el feudo de Redmont, yo, como señor de este reino de Araluen, declaro que seas desterrado de todas mis tierras y propiedades.

De nuevo se produjo un pequeño respiro en la sala conforme los testigos sentían el alivio de saber que la sentencia no sería de muerte. Nada, se dio cuenta, que no esperase cualquiera de los presentes; pero ahora venía la parte que no se esperaban.

—Se te prohíbe, bajo pena de muerte, poner el pie en este reino de nuevo... — vaciló al ver entonces la tristeza en los ojos de Halt, el dolor que el montaraz entrecano ya no podía ocultar, y completó la sentencia—: Durante el periodo de un año desde este día de hoy.

Al instante, se produjo un alboroto en la sala del trono. Lord Anthony avanzó con una evidente sorpresa en el rostro.

—¡Su majestad! ¡Debo protestar! ¡No podéis hacer esto!

Duncan conservó la solemnidad en el semblante. Otros en la sala no eran capaces de controlarse tanto. Vio el rostro del barón Arald, que mostraba una gran mueca de alegría, mientras que Crowley hacía cuanto estaba en su mano por esconder una sonrisa bajo la capucha gris de su capa de montaraz. Con una triste sensación de satisfacción, Duncan se percató de que, por primera vez en toda la mañana, Halt parecía en cierto modo sorprendido por el giro de los acontecimientos, aunque no tanto como un lord Anthony ocupado en ruidosas protestas. El rey miró al chambelán con las cejas arqueadas en un gesto interrogativo.

—¿No puedo, decís, lord Anthony? —inquirió con una gran dignidad, y lord Anthony se apresuró a retirar su afirmación al caer en la cuenta de que dar órdenes al rey no era una de sus atribuciones.

—Quiero decir, su majestad... que el destierro es... bueno, es el destierro — concluyó de manera poco convincente.

Duncan asintió con gravedad.

—Ya lo creo —replicó—. Y como vos mismo me dijisteis, es una de las dos únicas opciones que podía elegir.

—Pero, su majestad, el destierro es... ¡es total! ¡Es de por vida! —protestó lord Anthony, que tenía la cara roja por lo violento de la situación. No le deseaba ningún mal a Halt; de hecho, hasta el momento en que el montaraz fue arrestado por mancillar la reputación del rey, lord Anthony había sentido una clara admiración por él. Sin embargo su trabajo consistía, al fin y al cabo, en aconsejar al rey en las cuestiones de leyes y convenciones.

—¿Estipula eso la ley de forma específica? ¿O no? —preguntó entonces el rey, y lord Anthony, negándolo con la cabeza, hizo un gesto de impotencia con las manos de forma que casi se le cae el bastón de mando.

—Bueno, no, de forma específica no. No hace falta. El destierro siempre ha sido de por vida. ¡Es una tradición! —añadió, al encontrar por fin las palabras que estaba buscando.

—Exacto —replicó el rey—. Y la tradición no es ley.

—Pero... —comenzó a decir lord Anthony, y de pronto se encontró preguntándose por qué estaba protestando tanto. El rey Duncan había encontrado, al fin y al cabo, una forma de castigar a Halt y, al mismo tiempo, suavizar la pena con clemencia.

El rey vio sus dudas y tomó la iniciativa.

—La cuestión está decidida. Prisionero, quedas desterrado por doce meses. Tienes cuarenta y ocho horas para cruzar la frontera de Araluen.

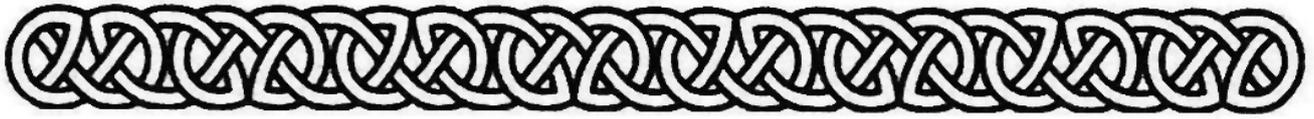
La mirada de Duncan se encontró con la de Halt por última vez. El montaraz inclinó la cabeza ligeramente en un gesto de respeto y gratitud a su rey. Duncan suspiró. No tenía ni idea de por qué Halt les había llevado a todos a la fuerza a aquella situación. Quizás lo descubriese en algún momento posterior al año que se avecinaba. De repente, sintió una punzada de disgusto por todo aquello. Colgó la espada envainada de su cinto.

—La cuestión está finiquitada —comunicó a los allí reunidos— y este tribunal, cerrado.

Se volvió y abandonó la sala del trono a través de una pequeña antesala a la izquierda. Lord Anthony observó a los presentes y se encogió de hombros.

—El rey ha hablado —dijo con un tono de voz que sugería hasta qué punto le sobrepasaba todo aquello—. El prisionero queda desterrado durante doce meses. Escolta, lleváoslo.

Y diciendo esto, siguió los pasos del rey fuera de la sala del trono.



Siete

Evanlyn observaba con creciente irritación cómo Will completaba otra vuelta a la playa y acto seguido se dejaba caer al suelo y realizaba diez rápidas flexiones de brazos.

No podía comprender el porqué de su persistencia en aquel ridículo programa de ejercicios. Si se tratase simplemente de una cuestión de mantenerse en forma, ella lo habría aceptado. Al fin y al cabo, había poco más que hacer en Skorghijl y era una forma de mantenerse ocupado; pero tenía la sensación de que aquello estaba ligado a una razón más profunda. A pesar de su conversación de unos días antes, estaba segura de que él aún planeaba escaparse.

—Idiota terco y testarudo —masculló. Era igual que un crío, pensaba. No parecía capaz de aceptar que ella, una chica, se hiciese cargo de las cosas y organizase el regreso de ambos a Araluen. Frunció el ceño. No era el modo en que Will se había comportado en Céltica. Cuando estaban planeando la destrucción del gigantesco puente de Morgarath, él parecía recibir bien su participación y sus ideas. Se preguntaba por qué había cambiado.

Mientras Evanlyn observaba, Will se había desplazado hacia la orilla, donde Svengal remaba de vuelta a tierra en el esquife del barco. El segundo al mando del grupo de los skandians era un ávido pescador, salía en aquel bote casi todas las mañanas si el tiempo lo permitía, y la lubina y el bacalao fresco que capturaba en las frías y profundas aguas del puerto de Skorghijl resultaban un cambio bien recibido en su dieta de carne y pescado en salazón y verduras repletas de hebras.

Contemplaba con una ligera punzada de celos cómo Will hablaba con el skandian. Ella no poseía la facilidad de trato con la gente que tenía el muchacho, era consciente de ello, y él mostraba una actitud abierta y amistosa que hacía que le resultase sencillo entablar una conversación con cualquier persona que conociese. A la gente parecía caerle bien de manera instintiva. Ella, por el contrario, a menudo se sentía torpe e incómoda con los extraños y éstos parecían advertirlo. No se le había ocurrido que aquello podía deberse a su educación como una princesa. Y dado que aquella mañana se sentía con tendencia a tener celos de Will, la visión de éste ayudando a

Svengal a tirar del pequeño esquiife más allá de la marca de la marea alta simplemente incrementó su irritación.

Enfadada, le dio un puntapié a una piedra en la playa, soltó un juramento cuando ésta resultó ser más grande y hallarse más sólidamente anclada de lo que había esperado, y se marchó cojeando al cobertizo, donde se ahorraría la visión de Will y su nuevo amigo.

—¿Han picado? —interrogó Will, planteando la pregunta que todo pescador a lo largo de los tiempos ha escuchado alguna vez. Svengal hizo un gesto con la cabeza en dirección al montón de pescado en el fondo del bote.

—Alguna belleza hay por ahí —le contestó. Había un bacalao grande entre ocho o nueve peces más pequeños aunque aún respetables. Will asintió, impresionado.

—Ya lo creo que es una belleza —dijo Will—. ¿Te echo una mano limpiándolos?

De todas formas, tenía todas las papeletas para que le dijese que los limpiara. A Evanlyn y a él les cargaban con todas las tareas del hogar y la cocina y el servicio, pero quería entablar una conversación con Svengal y, de esa manera, pensaba él, el skandian podría quedarse y charlar un rato mientras Will trabajaba. Los skandians eran buenos conversadores, se había dado cuenta, en particular cuando el otro estaba ocupado.

—Sírrete tú mismo —le dijo el corpulento skandian de forma amable, al tiempo que lanzaba un pequeño cuchillo de pescado al montón de peces, y se sentó sobre la borda del esquiife mientras Will sostenía el pescado y comenzaba la sucia tarea de quitarle las escamas y limpiarlo. Will sabía que Svengal se quedaría, sabía que el skandian querría llevar él mismo el bacalao a la cabaña. A los pescadores les encantaban las alabanzas.

—Svengal —dijo Will, concentrado en quitarle las escamas a una lubina y asegurándose de que su voz sonase informal—, ¿por qué no sales a pescar a la misma hora todos los días?

—La marea, muchacho —replicó Svengal—. Me gusta pescar cuando la marea está subiendo. Trae los peces al interior del puerto, ¿sabes?

—¿La marea? ¿Qué es eso? —preguntó Will. Svengal hizo un gesto negativo con la cabeza ante la ignorancia que el chico de Araluen mostraba acerca de las cosas de la naturaleza.

—¿No te has dado cuenta de cómo el nivel del agua asciende en el puerto y luego desciende durante el día? —le preguntó. Cuando Will asintió, Svengal prosiguió—. Eso es la marea: sube y baja, viene y se va; pero cada día lo hace un poco más tarde que el anterior.

Will frunció el ceño.

—Pero ¿adónde se va? ¿Y de dónde vino primero?

Svengal, pensativo, se rascó la barba; nunca se había preocupado por enterarse de

algo así. La marea era, simplemente, un hecho de su vida de marino. Los porqués y los dónde se los dejaba a otras personas.

—Dicen que es por la Gran Ballena Azul —le dijo al recordar la fábula que había oído de niño. Al ver que Will no lo entendía, prosiguió—: Supongo que tampoco sabrás qué es una ballena, ¿no? —suspiró ante la expresión en blanco del chico—. Una ballena es un animal marino gigantesco.

—¿Tan grande como el bacalao? —respondió Will señalando al orgullo de entre las capturas de Svengal. El marino skandian se rió de puro divertimento.

—Bastante más grande que eso, chico. Algo más que un poquito.

—¿Tan grande como una morsa, entonces? —preguntó Will. Había una colonia de esos animales en las rocas del extremo sur del fondeadero y había aprendido el nombre gracias a uno de los miembros de la tripulación. La sonrisa de Svengal se hizo todavía más amplia.

—Aún mayor. Las ballenas normales son tan grandes como una casa. Son enormes; pero la Gran Ballena Azul es algo diferente. Es tan grande como uno de vuestros castillos. Aspira el agua hacia su interior y después la expulsa a través de un orificio en lo alto de la cabeza.

—Ya veo —dijo Will lentamente. Parecía necesario comentar algo.

—Así que —prosiguió Svengal pacientemente—, cuando aspira el agua, la marea baja. Después la vuelve a expulsar...

—¿Por un agujero que tiene en lo alto de la cabeza? —dijo Will, que comenzó a limpiar el bacalao. Todo aquello parecía demasiado fantástico, animales marinos con agujeros en la cabeza que inhalaban y exhalaban agua. Svengal frunció el ceño ante la interrupción y el deje de incredulidad que había detectado en el tono de Will.

—Sí, a través de un agujero que tiene en lo alto de la cabeza. Cuando lo hace, la marea vuelve a subir, y lo hace dos veces al día.

—Entonces, ¿por qué no lo hace todos los días a la misma hora? —preguntó Will, y Svengal dio otra señal más de estar molesto. A decir verdad, él no tenía ni idea. La leyenda no incluía información sobre ese punto.

—¡Porque es una ballena, muchacho! Y las ballenas no saben qué hora es, ¿o sí?

Irritado, agarró la cuerda de pescado limpio, asegurándose de llevar también el cuchillo, y se marchó playa arriba. Will se quedó atrás para limpiarse la sangre y las escamas del pescado de las manos.

Erak se encontraba sentado en el banco en el exterior del comedor cuando Svengal subió de la playa.

—Buen bacalao —le dijo, y Svengal hizo un breve gesto afirmativo. Erak señaló en la dirección de Will y añadió—: ¿Qué es lo que pasaba?

—¿Cómo? Ah, ¿con el chico? Sólo estábamos hablando de la Gran Ballena Azul —replicó Svengal.

Erak se rascó pensativo la barbilla.

—¿De veras? ¿Y cómo es que os habéis puesto a hablar de eso?

Svengal hizo una pausa, pensando de nuevo en la conversación. Por fin, dijo:

—El chico sólo quería saber algo sobre las mareas, eso es todo.

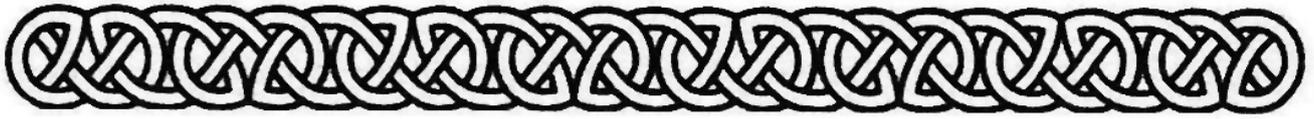
Permaneció a la espera por si Erak tenía algo más que decirle; a continuación se encogió de hombros y pasó al interior del comedor.

«¿Y ahora ya lo sabe?», se dijo Erak para sus adentros. Habría que vigilar al muchacho, pensó.

Permaneció fuera de la cabaña durante unas pocas horas, con todo el aspecto de estar dormitando al sol, pero sus ojos seguían al aprendiz de montaraz allá donde iba. Varias horas más tarde, vio cómo el muchacho lanzaba trozos de madera al agua y después observaba cómo la bajada de la marea se los llevaba mar adentro.

«Interesante», masculló para sí el patrón del barco de los skandians. Entonces se dio cuenta de que Will se había puesto en pie y oteaba bajo la sombra de su mano la entrada del puerto. Erak siguió la dirección de la mirada de Will y se levantó sorprendido.

Muy escorado y calado en el agua, y con un balanceo por una batería de remos desequilibrada, un navío skandian se arrastraba al interior de la bahía.



Ocho

El jinete vestido de gris se encorvaba abatido dentro de su capa mientras cabalgaba despacio bajo la fina lluvia. Los cascos de sus dos caballos, uno ensillado y el otro que servía para transportar una ligera carga, chapoteaban por los charcos que se habían formado en el camino.

Tras de sí, al alcanzar una cresta, las torres y chapiteles del castillo de Araluen se alzaban ante el cielo gris, pero Halt no giró el rostro para contemplar tan magnífica vista. Su mirada se hallaba puesta al frente.

Había oído a los dos jinetes que le seguían mucho antes de que le alcanzasen. Las orejas de *Abelard* se movieron al percibir el tamborileo de los cascos y Halt supo que su pequeño caballo había reconocido a los otros dos como caballos de montaraces. Aun así, no miró atrás. Sabía quiénes serían los jinetes y sabía por qué venían. Sintió una punzada de desagrado. Había esperado que, en la confusión y el pesar por su destierro, Crowley se hubiera olvidado de un pequeño objeto que ahora Halt le tendría que devolver.

Con un suspiro y la aceptación de lo inevitable, tocó ligeramente las riendas de *Abelard* y el muy adiestrado caballo respondió al instante y se detuvo. Detrás de ellos, el animal de carga hizo lo mismo. El sonido de los cascos de las monturas se aproximaba cada vez más y él permaneció sentado, mirando sin ánimo al frente, hasta que Crowley y Gilan se detuvieron a su lado.

Los cuatro caballos se saludaron con un relincho muy suave y cordial; los tres hombres eran algo más reservados. Se produjo un incómodo silencio entre ellos, roto al fin por Crowley.

—Vaya, Halt, te has marchado temprano. Hemos tenido que apretar a los caballos para darte alcance —dijo, esforzándose por lograr una falsa actitud calurosa que ocultase su abatimiento ante el desarrollo de los hechos. Halt observó indiferente los otros dos caballos. Desprendían un vapor que se elevaba de forma lenta en el aire frío y húmedo.

—Ya lo veo —respondió con calma. Intentó ignorar la angustia en el joven rostro de Gilan. Era consciente de que su antiguo aprendiz estaría sufriendo profundamente

por sus inexplicables actos y endureció el corazón para ahuyentar la pena del joven montaraz.

Entonces, también Crowley perdió su actitud cálida. Su expresión se tornó seria y preocupada.

—Halt, puede que se te haya olvidado una cosa. Siento tener que insistir, pero... —vaciló.

Halt intentó interpretar la escena hasta el final, adoptando una expresión confundida.

—Dispongo de cuarenta y ocho horas para abandonar el reino —replicó—. El tiempo empezó a contar al amanecer, esta mañana. Habré cruzado la frontera a tiempo, no hay necesidad de que me escoltéis.

Crowley hizo un gesto negativo con la cabeza. Con el rabillo del ojo, Halt vio cómo Gilan bajaba la vista. Aquello, simplemente, les estaba haciendo daño a todos ellos. Sabía qué había ido a buscar Crowley. Introdujo la mano en el interior de su capa y alcanzó la cadena de plata que le colgaba del cuello.

—Tenía la esperanza de que se te hubiera olvidado —le dijo en un intento por aligerar su voz, pero había un temblor en ella que echaba por tierra su esfuerzo. Crowley, entristecido, lo negó con la cabeza.

—Sabes que no te puedes quedar con la hoja de roble. Al hallarte bajo la pena de destierro, quedas expulsado de forma automática del Cuerpo de Montaraces.

Halt hizo un gesto afirmativo. Sintió la punzada de las lágrimas ocultas en sus ojos al quitarse la cadena y entregar la pequeña insignia de plata al comandante de los montaraces. El metal aún estaba templado por el contacto con su cuerpo. Se le enturbió la vista cuando vio la cadena en la palma de la mano de Crowley; un trozo tan pequeño de metal brillante, pensó, y que, sin embargo, significaba tanto para él. Había llevado la hoja de roble durante la mayor parte de su vida con el intenso orgullo que todos los montaraces sentían, y ahora ya no era suya.

—Lo siento, Halt —dijo Crowley, abatido. Halt levantó un hombro en un gesto de impotencia.

—No tiene mayor importancia —respondió él.

De nuevo cayó el silencio entre ellos. Los ojos de Crowley se quedaron fijos en los suyos, en un intento por traspasar el velo que Halt había dispuesto sobre ellos, a fin de aceptar la situación sin que le importase o sintiese algo. Se trataba de una farsa, pero una farsa mantenida de un modo impresionante. Por fin, el comandante se inclinó hacia él en su silla y asió con firmeza el antebrazo de Halt.

—¿Por qué, Halt? ¿Por qué lo hiciste? —le preguntó de forma violenta. Y de nuevo, aquel exasperante encogimiento de hombros.

—Como dije ayer —replicó Halt—, demasiado *brandy*. Ya sabes que nunca he aguantado bien el alcohol, Crowley.

Al decir aquello consiguió esbozar una sonrisa que tuvo una apariencia espantosa en su rostro, como una mueca en la cara de un muerto. Crowley le soltó el brazo y

recobró la posición en su silla de montar, haciendo un gesto negativo con la cabeza por la decepción.

—Ve con Dios, Halt —dijo finalmente, con una voz quebrada por la emoción. A continuación, con un tirón brusco de las riendas muy impropio de él, Crowley dio media vuelta a su caballo y se alejó al galope por el camino de regreso al castillo de Araluen.

Halt le vio marchar con su capa moteada de color grisáceo, que enseguida había desaparecido casi por completo en la fina lluvia. Entonces se volvió hacia su antiguo aprendiz. Sonrió entristecido y, esta vez, tanto la sonrisa como la tristeza eran genuinas.

—Adiós, Gilan, me alegra que hayas venido a despedirme de mí.

Pero el joven montaraz hizo un desafiante gesto negativo con la cabeza.

—No he venido a despedirme de ti —le dijo de manera brusca—. Voy contigo.

Halt levantó una ceja. Se trataba de una expresión tan típica de Gilan, que oírla le desgarró el corazón.

—¿Al destierro? —le preguntó Halt al joven, y Gilan, de nuevo, lo negó con la cabeza.

—Sé lo que te propones —respondió. Hizo un gesto con la cabeza señalando al caballo de carga que aguardaba paciente detrás de *Abelard*—. Te llevas a *Tirón* contigo. Vas en busca de Will, ¿no es así?

Por un instante, Halt tuvo la tentación de negarlo, pero tantos días de fingimiento estaban siendo demasiado para él. Sabía que sería un alivio, sólo por esta vez, admitir sus razones.

—Tengo que hacerlo, Gilan —dijo en voz baja—. Se lo prometí, y ésta era la única forma en la que podía verme relevado del servicio.

—¿Consiguiendo que te destierren? —La voz de Gilan se elevó en un tono de incredulidad—. ¿Y no se te ocurrió pensar que Duncan podía haber ordenado tu ejecución?

Halt se encogió de hombros, pero esta vez no se trataba de un gesto de burla, esta vez no era más que un gesto de resignación.

—No creí que fuese a hacerlo. Tenía que arriesgarme.

Gilan negó triste con la cabeza.

—Bueno, desterrado o no —le dijo—, yo voy contigo.

Halt levantó entonces la vista y miró al infinito, inspiró aire profundamente y lo expulsó. Era una tentación, tenía que admitirlo. Se dirigía hacia una senda larga, dura y peligrosa donde la compañía de Gilan sería tan bien recibida como útil podría ser su espada, pero los deberes de Gilan se hallaban sujetos a otras órdenes y Halt, consciente de haber traicionado sus propias obligaciones, no podía consentir que el joven montaraz hiciera lo mismo.

—Gilan, no puedes —se limitó a decir.

Éste tomó aire para contestar y Halt levantó la mano para detenerle.

—Mira, yo ya pedí que me relevaran para poder ir a buscar a Will —prosiguió Halt— y me dijeron que hacía falta aquí.

Hizo una pausa y Gilan asintió.

—Bueno, pues en mi opinión —continuó el veterano montaraz— ésa es una necesidad menor, pero se trata tan sólo de mi opinión y yo me puedo equivocar. Esta situación con Foldar es peligrosa, muy peligrosa, y hay que cortarla de raíz. Hay que acecharle, seguirle la pista y tenderle una emboscada, y, francamente, no se me ocurre un montaraz más apropiado para ese trabajo que tú.

—Aparte de ti —respondió Gilan, y Halt reconoció el hecho con una leve inclinación de cabeza. No se trataba de una cuestión de ego, sino de una honesta constatación de la verdad.

—Puede que eso sea cierto —dijo—, pero más a mi favor: si ambos desaparecemos, Crowley tendrá que encontrar a otro que haga el trabajo.

—No me importa —replicó Gilan testarudamente mientras retorció las riendas en su mano y hacía un pequeño nudo bien apretado para volver a soltarlas otra vez. Halt le dedicó una leve sonrisa.

—A mí sí, Gilan. Sé lo que se siente al romper uno su palabra, y no permitiré que tú te inflijas tal daño.

—Pero, Halt —dijo Gilan, abatido, y el montaraz canoso pudo ver en sus ojos que las lágrimas no se hallaban demasiado lejos—. Yo fui el responsable de dejar a Will. ¡Yo le abandoné en Céltica! ¡Si me hubiera quedado con él, los skandians jamás le habrían capturado!

Halt negó con la cabeza. Su voz, ahora, era más amable al consolar al joven.

—No puedes ni debes culparte por eso —le dijo—. Lo que hiciste en aquel momento era lo correcto. Cúlpame a mí, si acaso, por reclutar a un muchacho con el coraje y el honor para actuar como lo hizo y por adiestrarle de forma que nunca cupiese ninguna duda de que actuaría de tal modo.

Hizo una pausa para ver si sus palabras estaban teniendo algún efecto. Era consciente de que Gilan flaqueaba, así que añadió el toque final.

—Gracias a que sé que tú estás aquí puedo abandonar mi puesto de esta manera, ¿no lo ves, Gilan? Es porque sé que tú me puedes suplir; pero si tú te niegas a hacerlo, entonces no podré marcharme.

Y ante aquello, los hombros de Gilan cayeron sumisos.

Bajó la mirada una vez más y masculló con voz ronca:

—Está bien, Halt, pero encuéntralo. Encuéntralo y tráelo de vuelta, desterrado o no.

Halt le sonrió y se inclinó para agarrar su hombro.

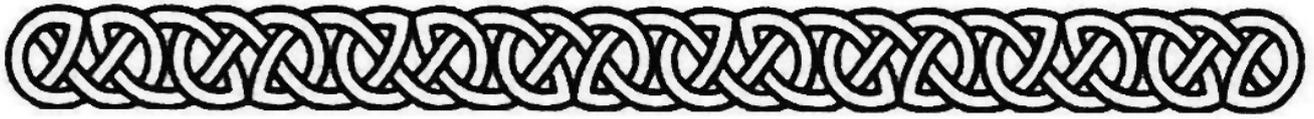
—Sólo es un año —le dijo—. Estaremos de vuelta antes de que te des cuenta. Adiós, Gilan.

—Ve con Dios, Halt —le dijo el joven montaraz con una voz titubeante. Se le había enturbiado la vista con las lágrimas, y escuchó el chapoteo de los cascos sobre

el camino mojado en cuanto *Abelard* y *Tirón* se pusieron en marcha hacia la costa.

Halt llevaba el viento de cara y éste le rociaba con la fina lluvia conforme hacía su camino a caballo. Formaba pequeñas gotas de agua sobre sus rasgos ajados por la intemperie, gotas que rodaban por sus mejillas.

De un modo extraño, algunas de ellas tenían un sabor salado.



Nueve

La nave de los skandians se encontraba en mal estado.

Se arrastraba de un modo torpe hacia la playa de guijarros, donde la tripulación del barco de Erak había salido en tropel de su cabaña para mirar. Avanzaba muy escorada y más hundida en el agua de lo que debía. La borda del costado en la parte baja de la escora se hallaba apenas a diez centímetros del agua.

—¡Es el barco de Slagor! —gritó uno de los skandians de la playa al reconocer la cabeza de lobo en la prolongación curva de la proa de la nave.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó otro—. Estaba a salvo en Skandia cuando nosotros nos marchamos hacia Araluen.

Will se aproximó a la carrera desde las rocas donde había estado lanzando trozos de madera al agua. Vio a Evanlyn bajar desde el cobertizo y se unió a ella. Su irritación previa se le había olvidado ante aquel nuevo giro de los acontecimientos.

—¿De dónde ha salido ese barco? —preguntó ella, y Will se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. Yo estaba allí lejos, en las rocas, entonces levanté la vista y allí estaba.

El barco ya se encontraba muy próximo. Will se percató de que la tripulación parecía demacrada y exhausta. Pudo ver que había huecos entre algunas de las planchas de madera que formaban el casco y la cepa irregular por el sitio donde se había hecho añicos el mástil y había caído al mar. Los skandians de la playa se habían dado cuenta de aquellos hechos y los comentaban.

—¡Slagor! —El grito de Erak cruzó las aguas en calma—. ¿De dónde demonios sales?

El hombre corpulento en la popa, a cargo del timón, agitó una mano en un gesto de saludo. Se encontraba claramente agotado y contento por llegar a puerto.

Un miembro de la tripulación se puso entonces en pie y arrojó un cabo grueso a los hombres de Erak que aguardaban en la playa. En unos segundos, una docena de ellos había asido el cabo y había comenzado a tirar del barco en los últimos metros de su recorrido. Agradecidos, los remeros se recostaron en sus bancos, sin fuerzas para subir los remos a bordo. Las pesadas palas de madera de roble colgaban sobre el agua

y producían un sonido sordo al golpear contra los costados del barco conforme giraban sobre sí mismas, encajadas en sus soportes.

La quilla chirrió contra los guijarros de la playa y el barco se detuvo. Más hundido en el agua que el *Wolfwind*, no ascendió tanto la pendiente de la playa como éste. La proa golpeó y se quedó clavada enseguida.

Los hombres de a bordo comenzaron a desembarcar pasando por encima de la borda de proa para descolgarse a la playa. Los remeros se tambaleaban en tierra firme, se estiraban y gruñían de cansancio, se dejaban caer al suelo de piedras gruesas y arena como si estuvieran muertos. Uno de los últimos en bajar a tierra fue Slagor, el capitán.

Descendió a la playa de un modo cansino. Tenía el pelo y la barba moteados y escarchados de blanco por la sal; los ojos, rojos y con una expresión de angustia. Erak y él se quedaron frente a frente. Resultó extraño, pero no se saludaron con el habitual agarrón mutuo por el antebrazo. Will se dio cuenta de que no debía de haber mucho afecto entre ambos hombres.

—¿Qué estás haciendo aquí en esta época del año? —preguntó Erak al otro patrón.

Slagor hizo un gesto negativo con la cabeza, indignado.

—Estamos aquí de puñetera suerte. Hacía dos días que habíamos zarpado de Hallasholm cuando nos alcanzó la tormenta. Había olas tan grandes como castillos, y el viento venía directo del polo. El mástil se nos vino abajo en la primera hora y no lo pudimos desprender del todo. Perdimos dos hombres intentando soltarlo. Luego el extremo no dejaba de golpear en la línea de flotación del barco, y antes de que nos librásemos de él había abierto un boquete en el casco. Se nos inundó un compartimento por completo antes de que nos enterásemos de lo que estaba pasando, y nos entraba agua en los otros tres.

Los barcos de los skandians, pese a parecer barcos abiertos, eran en realidad unos navíos con una elevada navegabilidad, en buena medida debido al diseño que dividía el casco en cuatro compartimentos estancos, independientes, debajo de la cubierta principal y entre las dos galerías inferiores donde se sentaban los remeros. Era la sustentación de esos compartimentos lo que mantenía los barcos a flote incluso cuando se veían anegados por las olas gigantescas que surcaban el mar de la Ventiscablanca.

Will permaneció con la vista clavada en Erak. Observó cómo el fornido jarl fruncía el ceño ante las palabras de Slagor.

—En primer lugar, ¿qué hacíais en alta mar? —preguntó Erak—. Ésta no es época para intentar cruzar el mar de la Ventiscablanca.

Slagor aceptó un vaso de *brandy*, ancho y alto, de madera, que le ofrecía uno de los hombres de Erak. Alrededor del pequeño puerto, la tripulación del barco de éste sacaba bebidas a sus exhaustos compatriotas y, en algunos casos, se ocupaban de heridas obviamente sufridas en las sacudidas del navío durante la tormenta. Slagor no

hizo gesto alguno de agradecimiento y Erak arrugó la frente de manera leve. De nuevo, Will fue consciente de la sensación de animosidad entre los dos capitanes. Las formas de Slagor eran incluso beligerantes mientras describía su infortunio, como si se encontrase en cierto modo a la defensiva en todo aquel asunto. Se bebió entonces la mitad del vaso de un trago largo y a continuación se pasó el dorso de la mano por la boca antes de contestar.

—El cielo se abrió allá en Hallasholm —dijo con brevedad—. Pensé que era un paréntesis lo bastante largo como para cruzar la zona de tormentas.

Los ojos de Erak se abrieron de par en par por la incredulidad.

—¿En esta época del año? —le preguntó—. ¿Estás loco?

—Pensé que podíamos conseguirlo —repitió Slagor, testarudo, y Will vio cómo ahora los ojos de Erak se entrecerraban.

El corpulento jarl bajó la voz de forma que no llegase hasta el resto de los hombres. Sólo Will y Evanlyn le oyeron.

—Maldito seas, Slagor —dijo con amargura—. Estabas intentando adelantarte a la temporada de saqueos.

Slagor se enfrentó con enfado al otro capitán.

—¿Y si así fuera? Era mi decisión como capitán, y de nadie más, Erak.

—Y tu decisión le ha costado la vida a dos hombres —señaló Erak—. Dos hombres que juraron acatar tus decisiones, por muy insensatas que éstas pudieran ser. ¡Cualquiera con más de cinco minutos de experiencia habría sabido que es demasiado pronto para intentar el paso!

—¡Estaba en calma! —Le devolvió el grito Slagor, y Erak bramó indignado.

—¡En calma! ¡Siempre hay periodos de calma! Duran un día o dos, pero eso no es suficiente para hacer el paso y tú lo sabes. ¡Maldito seas por tu codicia, Slagor!

Slagor se irguió.

—No tienes derecho a juzgarme, Erak. Un capitán es el amo y señor de su barco y lo sabes. Como tú, yo soy libre para elegir dónde y cuándo voy —dijo. Levantaba la voz más que Erak, y Will tuvo la sensación de que se estaba poniendo bravucón.

—Tomaré nota de que elegiste no unirme a nosotros en la batalla que acabamos de librar —replicó Erak con desdén en el tono de su voz—. Te contentaste con sentarte en casa y después escabullirte para hacerte con el botín fácil antes de que otros capitanes estuvieran preparados para partir.

—Era mi elección —repitió Slagor—, que al final ha resultado ser sabia —su tono de voz se fue volviendo burlesco—. Observo que no tuvisteis precisamente un gran éxito en vuestra invasión, ¿no es así, jarl Erak?

Erak se acercó al otro capitán con un fulgor de advertencia en la mirada.

—Vigila ese tono, ladrón espabilado, me he dejado allí muy buenos amigos.

—Y algo más que amigos, según he oído —replicó Slagor, ahora envalentonado—. Pocos agradecimientos vas a recibir por parte de Ragnak por dejarte allí también a su hijo.

Erak dio un paso atrás con la boca abierta.

—¿Gronel fue capturado en la batalla?

Slagor negó con la cabeza, sonriendo ante la pérdida de aplomo por parte del otro.

—Capturado no, muerto, he oído, en la batalla del bosque del Espino. Algunos de los barcos consiguieron volver a Skandia antes de que se formaran las tormentas.

Will levantó rápidamente la vista al oír aquello. El *Wolfwind*, el barco de Erak, había sido el último en abandonar la costa de Araluen. La tripulación aún aguardaba el regreso de Erak cuando los supervivientes de la funesta expedición de Horth fueron llegando de vuelta a los barcos con la noticia del fracaso para después zarpar. Más tarde, Will había escuchado cómo hablaba la tripulación del *Wolfwind* de la batalla del Espino. Dos montaraces, uno bajo y canoso y otro joven y alto, habían guiado a las fuerzas del rey que diezmaron a los skandians conforme éstos marchaban a rodear por los flancos al grueso del ejército de Duncan. De algún modo, en el fondo de su corazón, Will sabía que habían sido Halt y Gilan.

Erak dejó entrever un gesto de tristeza.

—Gronel era un buen hombre Sentiremos profundamente su pérdida.

—Su padre ya lo está haciendo. Ha jurado el voto de los Vallas en contra de Duncan.

—Eso no puede ser cierto —dijo Erak frunciendo el ceño de incredulidad—. El voto de los Vallas tan sólo ha de hacerse contra la traición o el asesinato.

Slagor se encogió de hombros.

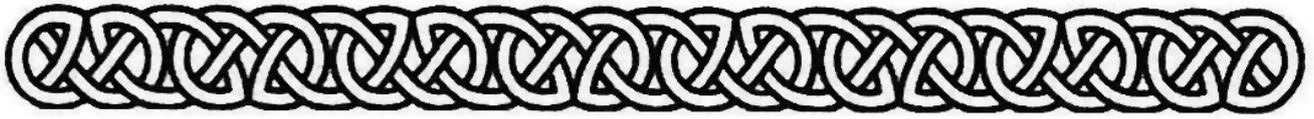
—Él es el oberjarl. Puede hacer según le plazca, diría yo. Y ahora, por lo que más quieras, ¿tenéis algo de comer en esta isla de mala muerte? Nuestras provisiones se han echado a perder con el agua del mar.

Erak, distraído aún por las noticias que acababa de oír, se percató de la presencia de Will y Evanlyn e hizo un gesto en dirección a las cabañas.

—Encended un fuego, estos hombres necesitan comer caliente.

Le había molestado que Slagor tuviese que recordarle su deber de aquella manera. Podía no gustarle nada el otro capitán, pero sus hombres merecían ayuda y atención después de todo lo que habían pasado. Le dio un empujón tosco a Will para que fuera hacia la cabaña. El muchacho se tambaleó y empezó a correr con Evanlyn muy cerca tras sus pasos.

Will notaba una sensación muy desagradable en la boca del estómago. No tenía la menor idea acerca de qué podía ser el voto de los Vallas, pero sí tenía clara una cosa: mantener en secreto la identidad de Evanlyn se había convertido de pronto en una cuestión de vida o muerte.



Diez

El camino se aproximaba al océano y las arboledas a ambos lados se hallaban cada vez más próximas según los fértiles campos cultivados daban paso a un paisaje de bosque más denso.

Se trataba del tipo de escenario en el que los viajeros tranquilos solían volverse temerosos de los bandidos, donde los gruesos árboles junto a la cuneta podían servir de escondite para una emboscada. Halt, sin embargo, no tenía tales temores; de hecho, su estado de ánimo era tan sombrío que bien podía haber recibido con los brazos abiertos un intento por parte de los bandidos de robarle sus pocas pertenencias.

Bajo la capa le resultaba sencillo alcanzar su pesado cuchillo saxe y el que solía lanzar, y llevaba el arco encordado y apoyado sobre la perilla de su montura, al modo de los montaraces. Una de las esquinas de su capa, hecha especialmente para tal propósito, se encontraba doblada hacia atrás sobre su hombro para dejar los extremos emplumados de las dos docenas de flechas que llevaba en su carcaj a su alcance y sin impedimentos. Se decía que cada montaraz portaba en su carcaj la vida de veinticuatro hombres, pues tal era su asombrosa y mortal precisión con el arco largo.

Aparte de aquellas armas tan evidentes y de su propio y muy afinado instinto para el peligro, Halt disponía de otras dos ventajas no tan obvias sobre cualquier potencial atacante: los dos caballos montaraces, *Tirón* y *Abelard* que estaban entrenados para avisar de forma silenciosa de la presencia de cualquier extraño que presintiesen; y ahora, conforme Halt cabalgaba, las orejas de *Abelard* se habían movido varias veces y tanto él como *Tirón* bajaron la cabeza y resoplaron.

Halt se inclinó hacia delante y dio unos golpecitos en el cuello de su caballo.

—Buenos chicos —susurró a ambos animales, bajos y fornidos, que movieron las orejas en reconocimiento de sus palabras.

A los ojos de cualquier observador, el jinete cubierto con la capa se hallaba simplemente calmado a su montura, un hecho del todo normal, cuando lo cierto es que tenía los sentidos alerta y el cerebro le funcionaba a toda velocidad. Habló de nuevo, sólo una palabra.

—¿Dónde?

La cabeza de *Abelard* describió un leve ángulo hacia la izquierda señalando en dirección a un grupo de árboles más cercano al camino que los demás, a unos cincuenta metros por delante. Halt miró rápidamente por encima de su hombro y vio a *Tirón*, que trotaba silencioso a su espalda, mirar en la misma dirección. Ambos caballos habían notado la presencia de extraños, o quizás fuese sólo uno, entre los árboles.

Entonces Halt habló de nuevo.

—Descanso.

Y los dos caballos, sabedores de que su advertencia se había tenido en cuenta y la dirección había sido apuntada, volvieron a girar la cabeza para mirar al frente. Se trataba de ese tipo de habilidades especiales que dotaban a los montaraces de su asombrosa capacidad de supervivencia y de anticiparse a los problemas.

Aparentemente desapercibido aún por completo de la presencia de alguien entre los árboles, Halt continuó avanzando a caballo al mismo paso relajado. Se sonrió de forma adusta al considerar el hecho de que los caballos sólo le hubiesen podido contar que allí había alguien. No eran capaces de predecir las intenciones de aquella persona, o si era o no un enemigo.

Aquéllos serían verdaderos poderes sobrenaturales, pensó.

Se encontraba a cuarenta metros de los árboles. Había media docena de ellos, espesos y rodeados de mucho matorral. Proporcionaban un escondite perfecto para una emboscada; o para alguien que simplemente deseaba protegerse de la fina lluvia que había estado cayendo durante más o menos las diez horas previas. Bajo su capucha, en la oscuridad e invisibles para cualquier observador, los ojos de Halt se clavaban y buscaban por la cobertura de arbustos. *Abelard*, más cercano ahora al potencial peligro, soltó un quejido gutural que apenas resultó audible y que su jinete sintió como el ruido sordo de una vibración en el fornido pecho de su caballo más que otra cosa. Halt le dio un toque con la rodilla.

—Lo sé —dijo en voz baja, sabedor de que la penumbra de su capucha ocultaría cualquier movimiento de sus labios.

Decidió que ya se encontraba lo bastante cerca. El arco le proporcionaba ventaja siempre y cuando se mantuviese a una cierta distancia. Tiró levemente de las riendas, *Abelard* se detuvo y *Tirón*, un paso más tarde, también lo hizo.

Con un movimiento fácil y fluido, Halt alcanzó una flecha de su carcaj y la engarzó en la cuerda del arco. No intentó tensarlo. Los años de constante práctica le habían hecho capaz de tensar, apuntar, disparar y alcanzar su objetivo en un abrir y cerrar de ojos.

—Me gustaría verte al descubierto —gritó con gran proyección en su voz. Se produjo un instante de duda y, a continuación, una figura de complexión fuerte espoleó a su caballo para que saliese de entre los árboles hasta detenerse en un claro junto al borde del camino.

Un guerrero, vio Halt, a juzgar por el débil brillo de la cota de malla en sus brazos y alrededor del cuello. Llevaba también una capa, para resguardarse de la lluvia. Un casco simple, cónico, pendía del fuste de la silla de montar y un escudo pequeño, redondo y sin blasón colgaba de su espalda. Halt no podía ver rastro alguno de espada u otra arma, aunque pensó que lo más probable sería que aquel hombre la llevase en el lado izquierdo, el más alejado de él. Resultaría seguro asumir que el jinete llevaría algún tipo de arma; al fin y al cabo, no tenía sentido vestir media armadura y salir desarmado.

En aquel personaje había algo que le resultaba familiar, no obstante. Un segundo después, Halt había reconocido al jinete. Se relajó y devolvió la flecha al carcaj en un movimiento igualmente suave y entrenado.

Espoleó a *Abelard* para que avanzase y se dirigió a saludar al otro jinete.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó teniendo ya una idea bastante aproximada de cuál sería la respuesta.

—Voy contigo —contestó Horace, confirmando las sospechas de Halt—. Vas en busca de Will y yo quiero unirme a ti.

—Ya veo —dijo Halt al tiempo que tiraba de las riendas y llegaba junto al joven. Horace era un chico alto, y su caballo de combate era varios palmos más alto que *Abelard*. El montaraz se encontró teniendo que mirar hacia arriba, al rostro del joven, y se percató de que expresaba determinación—. Y como aprendiz, ¿qué crees que dirá tu maestro al respecto cuando se entere? —le preguntó.

—¿*Sir Rodney*? —Horace se encogió de hombros—. Ya lo sabe. Le dije que me marchaba.

Halt inclinó la cabeza algo sorprendido. Imaginaba que Horace había huido sin más en su intento por unirse a él, pero el aprendiz de guerrero era un tipo directo, nada dado a las tretas ni a los subterfugios. Se dio cuenta de que huir por las buenas no era parte del carácter de Horace.

—¿Y cómo recibió una noticia tan importante?

Horace arrugó la frente al no entenderlo.

—¿Perdón? —le preguntó dubitativo, y Halt suspiró en voz baja.

—¿Qué te dijo cuando se lo contaste? Supongo que te daría un buen pescozón en el cogote, ¿no?

Rodney no era famoso por su tolerancia con los aprendices desobedientes. Su carácter tenía unos buenos prontos que caían con todo su peso sobre los chicos de la Escuela de Combate.

—No —respondió Horace, impasible—, me dijo que te diera un mensaje.

Halt sacudió la cabeza ante la sorpresa.

—¿Y el mensaje era...? —le apuntó, y notó que el muchacho se movía incómodo en la silla antes de contestar.

—Dijo: «Que tengas suerte» —respondió el chico por fin—. Y que te dijese que había venido con su aprobación, de manera extraoficial, por supuesto.

—Por supuesto —replicó Halt, consiguiendo ocultar la sorpresa que sintió ante aquel inesperado gesto de apoyo por parte del comandante de la Escuela de Combate—. Difícilmente podría darte su aprobación oficial para que te fueses corriendo con un condenado al destierro, ¿no crees?

Horace lo pensó y asintió.

—Supongo que no —contestó—. Así que ¿me dejarás ir contigo?

Halt negó con la cabeza.

—Por supuesto que no —dijo de forma enérgica—. No tengo tiempo para cuidar de ti allá donde voy.

El rostro del muchacho enrojeció de ira ante el tono displicente de Halt.

—*Sir* Rodney también me pidió que te hablase de la posibilidad de hacer uso de una espada para guardarte las espaldas durante tus viajes —le dijo. Halt observaba al muchacho con detenimiento conforme hablaba.

—¿Fueron ésas sus palabras exactas? —le preguntó Halt, y Horace hizo un gesto negativo.

—No exactamente.

—Entonces cuéntame qué te dijo exactamente —le exigió Halt.

Horace respiró hondo.

—Sus palabras exactas fueron: «Puedes ser una buena espada que os guarde las espaldas».

Halt reprimió una sonrisa.

—¿Sí? ¿Y a quién se refería? —dijo Halt poniéndole en entredicho. Horace mantuvo la compostura a lomos de su caballo, se puso rojo de la furia, pero no respondió; y ésa era la mejor réplica posible. Halt le vigilaba muy de cerca, no se tomaba la recomendación de *sir* Rodney a la ligera y sabía que el muchacho tenía coraje de sobra. Lo había demostrado cuando desafió a Morgarath a un combate singular en las llanuras de Uthal.

Pero existía la posibilidad de que se hubiera vuelto un fanfarrón o anduviese con un exceso de confianza, que demasiada adulación y halagos le hubiesen cambiado. Si ése hubiera sido el caso, sin embargo, habría respondido de forma inmediata al sarcasmo de Halt. El haber permanecido sin más sobre la silla con la determinación en el rostro, en vez de hacer aquello otro, decía mucho sobre el carácter del chico. Resultaba extraño cómo acababan siendo, pensó Halt. Recordaba a Horace cuando era más joven como una especie de matón; era obvio que la disciplina de la Escuela de Combate y la madurez de unos pocos años habían obrado unos interesantes cambios.

Evaluó de nuevo al chico. A decir verdad, sería útil llevar un compañero consigo. Había rechazado a Gilan porque sabía que allí, en Araluen, necesitaban al otro montaraz; pero el caso de Horace era distinto. Su maestro le había dado permiso, de manera extraoficial, y era un espadachín más que capaz. Era leal y digno de confianza.

Y además, Halt había de admitir que, desde que Will había caído prisionero, él echaba de menos a alguien más joven a su alrededor. Añoraba la emoción y el entusiasmo que la juventud traía consigo. Y, que Dios le amparase, incluso echaba de menos las interminables preguntas que llegaban también con ella.

Advirtió entonces que Horace le contemplaba con inquietud. El muchacho había estado esperando una decisión y, hasta ahora, no había recibido nada más que el sardónico desafío de Halt en referencia a la identidad de la «buena espada» que *sir* Rodney había sugerido. Suspiró de forma sonora y dejó que una profunda arruga le frunciera el ceño.

—Supongo que te pasarás día y noche bombardeándome con preguntas, ¿no es así? —le dijo.

Los hombros de Horace dieron un bajón con el tono de voz de Halt, y a continuación, de repente, comprendió el significado de sus palabras. Se le iluminó el rostro y los hombros se elevaron de nuevo.

—¿Quieres decir que me llevas contigo? —preguntó con una voz que se le rompía por la emoción en un registro más elevado del que pretendía. Halt miró hacia abajo y ajustó una cincha de las alforjas de su silla que no necesitaba ajuste alguno. Sería un flaco favor dejar que el chico viese la leve sonrisa que se dibujaba en sus ajadas facciones.

—Parece que tendré que hacerlo —dijo con pesar—. Te será difícil volver con *sir* Rodney ahora que te has escapado, ¿o no?

—¡No, no puedo! Quiero decir que... ¡es genial! ¡Gracias, Halt! No te arrepentirás, ¡lo prometo! Es sólo que yo, en cierto modo, me prometí a mí mismo que encontraría a Will y que ayudaría a rescatarlo —el muchacho estaba de verdad balbuceando por la alegría de verse aceptado.

Halt dio un toque a *Abelard* con la rodilla y se puso en marcha con *Tirón* cómodo detrás. Horace espoleó a su montura para que igualara el paso de Halt y prosiguió con su río de gratitud.

—Yo sabía que irías a por él, Halt. ¡Sabía que por eso fingiste estar enfadado con el rey Duncan! En Redmont nadie se lo podía creer cuando nos enteramos de lo que había pasado, pero yo supe que era para que pudieses ir a rescatar a Will de los skandians...

—¡Basta! —dijo Halt por fin levantando una mano para detener la avalancha de palabras, y Horace se detuvo dejando la frase a medias y con una inclinación de cabeza en un gesto de disculpa.

—Sí, por supuesto. Lo siento. Ni una palabra más —dijo.

Halt asintió agradecido.

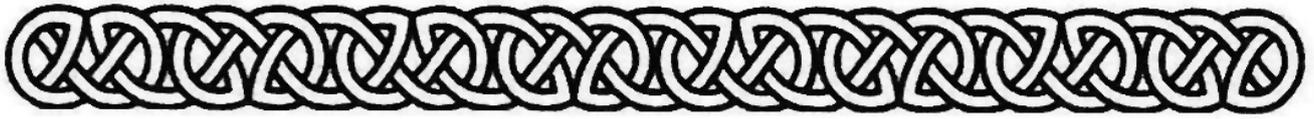
—Ya lo creo que no.

Escarmentado, Horace cabalgó en silencio junto a su nuevo maestro mientras se dirigían a la costa este. Habían recorrido unos cien metros cuando, por fin, no pudo aguantarse más:

—¿Dónde vamos a encontrar un barco? —preguntó—. ¿Vamos a navegar directamente a Skandia tras los saqueadores? ¿Podemos cruzar el mar en esta época del año?

Halt se volvió sobre la silla y dirigió una mirada torva al joven.

—Pronto empezamos, me parece a mí —dijo con severidad. Pero, en su interior, notaba el mayor alivio en el corazón que había sentido en semanas.



Once

La inesperada aparición del navío de Slagor, el *Colmillo*, hizo el día a día en Skorghijl aún más desagradable.

Las condiciones de vida eran ahora peores que antes, con dos tripulaciones que abarrotaban el espacio diseñado para una sola. Y con el hacinamiento llegaban las peleas. Los skandians no estaban acostumbrados a largos periodos de inactividad, de forma que ocupaban las horas bebiendo y jugando: una receta casi segura para que hubiese problemas. Cuando los implicados eran todos miembros de una misma tripulación, las desavenencias que surgían se arreglaban con rapidez y se olvidaban; pero las lealtades independientes de ambas tripulaciones inflamaban la situación de forma que estallaban las discusiones, se perdían los nervios y, a veces, se desenvainaban las armas antes de que Erak pudiese intervenir.

Resultaba llamativo, pensaba Will, que Slagor jamás alzase la voz para sofocar las luchas. Cuanto más veía del capitán del *Colmillo*, más se daba cuenta de que aquel hombre tenía muy poca autoridad real e infundía un respeto mínimo en el resto de los skandians. Incluso su tripulación trabajaba por una paga, no por sentido de lealtad alguno.

El trabajo de Evanlyn y Will se había visto duplicado, por supuesto. Ahora, como mínimo, había que cocinar, servir y limpiar el doble, y había el doble de skandians que podían ordenarles que se hicieran cargo de cualquier otra labor. Al menos, sin embargo, conservaban su propio espacio vital. El cobertizo resultaba demasiado estrecho para que ninguno de los enormes skandians valorase el adueñarse de él para su propio uso. Aquélla era una pequeña compensación por haber caído prisioneros de unos gigantes, pensaba Will.

Sin embargo, no eran sólo las peleas y el trabajo extra lo que había hecho de la vida de Will y Evanlyn algo penoso. Las noticias de aquel misterioso voto de los Vallas que Ragnak había jurado habían resultado devastadoras para la princesa. Su vida se hallaba ahora en peligro y el más mínimo error, la más mínima palabra imprudente significaría su muerte. Suplicó a Will que fuese cuidadoso, que continuase tratándola como a un igual, como siempre lo había hecho antes de que ella

le hablase de su verdadera identidad. El menor signo de deferencia por su parte, el menor gesto de respeto, bien podría levantar sospechas y significar su fin.

Naturalmente, Will le aseguró que guardaría su secreto. Se obligó a no pensar nunca en ella como Cassandra, sino a utilizar en todo momento el nombre de Evanlyn, incluso en sus pensamientos, pero cuanto más trataba de evitar ese nombre, más parecía éste querer salir de su boca de manera espontánea. Vivía con el temor constante de traicionarla sin darse cuenta.

Las malas sensaciones entre ellos, surgidas del aburrimiento y la frustración más que nada, se habían desvanecido a la luz de aquel peligro nuevo y muy real. Otra vez eran amigos y aliados, y su determinación a la hora de ayudarse y apoyarse el uno al otro recuperó la fuerza y la convicción de la que ambos habían disfrutado en su breve paso por Céltica.

Por supuesto, el plan de Evanlyn en referencia a su rescate se había venido abajo por completo. Difícilmente podría revelar su identidad a un hombre que había jurado matar a todos los miembros de su familia. Ser consciente de aquello, emparejado con el resentimiento innato que sentía al verse obligada a realizar tareas desagradables y de baja categoría, había hecho de su vida en Skorghijl algo penoso. El único punto de luz en su día a día era Will: siempre alegre, siempre optimista, siempre alentador. Evanlyn era capaz de apreciar ahora cuán discretamente él se hacía cargo de los peores trabajos, los más engorrosos, siempre que era posible, y se sentía agradecida. Al echar la vista atrás sobre la forma en que ella le había tratado unos días antes, se avergonzaba; pero cuando intentó disculparse —era lo bastante honesta como para admitir que se había equivocado—, él lo rechazó con una sonrisa:

—Todos estamos un poco agobiados y nos sentimos encerrados —le dijo—. Cuanto antes nos vayamos, mejor.

Will aún planeaba escapar, y ella se dio cuenta de que debía acompañarle. Sabía que él tenía algo en mente, pero aún estaba trabajando en el plan y hasta entonces no le había contado los detalles.

En cuanto al presente, había finalizado la comida y quedaba un enorme saco lleno de platos, cucharas y tazas de madera que había que fregar con el agua del mar y arena fina en la orilla. Con un suspiro, ella se inclinó para levantarlo. Se sentía exhausta y casi no podía aguantar la idea de encorvarse con el agua fría a la altura de los tobillos mientras frotaba la grasa.

—Yo me encargo de eso —dijo Will en voz baja. Miró a su alrededor para asegurarse de que ninguno de los skandians estaba vigilando y a continuación tomó el pesado saco de las manos de ella.

—No —protestó Evanlyn—. No es justo... —pero él alzó una mano para detenerla.

—De todas formas hay algo que quiero comprobar, y esto será una buena tapadera. Además, has pasado un par de días malos. Vete y descansa un poco —sonrió—. Si te hace sentir mejor, mañana habrá que fregar un montón; y pasado mañana.

Puedes hacerlo tú todo mientras yo me escaqueo.

Ella le dedicó una sonrisa de cansancio y le rozó la mano en un gesto de gratitud. La idea de tirarse en su duro catre y no hacer nada era casi demasiado bonita para ser cierta.

—Gracias —dijo ella simplemente.

Él agrandó su sonrisa y ella advirtió que era una sonrisa sincera: Will se sentía feliz porque la relación entre ambos hubiese regresado a la normalidad.

—Al menos nuestros anfitriones tienen muy buen comer —dijo él, alegre—. No dejan mucho en el plato.

Se colgó al hombro el saco y su sonoro contenido y se dirigió a la playa. Evanlyn, con una sonrisa para sí, agachó la cabeza y se metió en el cobertizo.

El jarl Erak surgió del desorden ruidoso y repleto de humo de la cabaña e inspiró profundamente el aire frío del mar. La vida en la isla le estaba dejando los ánimos por los suelos, en particular con un Slagor que no ponía nada de su parte para mantener la disciplina. Aquel hombre era un borracho inútil, pensaba Erak enfadado, y no un guerrero: de todos era sabido que para los saqueos elegía sólo los objetivos poco defendidos y jamás tomaba parte en la lucha. Erak se acababa de ver obligado a intermediar entre uno de sus propios hombres y un miembro de la tripulación de criminales que llevaba el *Colmillo*. El hombre de Slagor había estado utilizando un juego de dados trucados y, cuando le acusaron, desenvainó su cuchillo saxe frente al otro skandian.

Erak se interpuso y de un puñetazo colosal tumbó sin sentido al tripulante del *Colmillo*. Después, con el objeto de mostrar ecuanimidad, se vio obligado a dejar también fuera de combate a su propio marino.

Ecuanimidad al estilo skandian, pensó con cansancio. Un gancho de izquierda y un directo de derecha.

Oyó el crujido de unos pasos en la grava de la playa y levantó la mirada para ver una figura oscurecida rumbo a la orilla. Frunció el ceño pensativo: era el chico de Araluen.

Con sigilo, comenzó a seguir al muchacho. Oyó el golpeteo de los platos y las tazas al vaciarse el saco en la playa y, a continuación, el sonido de los restregones. Podía ser que sólo estuviese fregando, pensó. Podía ser que no. Con paso cuidadoso, se fue acercando.

No se puede decir que el concepto que Erak tenía del sigilo estuviera a la altura del nivel de los montaraces. Will estaba fregando los platos cuando oyó acercarse al fornido skandian. O eso, pensó él, o una morsa se estaba quedando varada en los guijarros de la playa.

Al volverse para mirar reconoció la corpulenta silueta de Erak, más grande aún en la oscuridad por la capa de piel de oso que llevaba para protegerse del frío del viento.

Will, que estaba agachado, comenzó a incorporarse tímidamente, pero el jarl le hizo un gesto con la mano para detenerle.

—Sigue con tu tarea —le dijo con brusquedad. Will siguió frotando y vigilando al líder skandian con el rabillo del ojo mientras éste cruzaba con la mirada el fondeadero e inspiraba el aire húmedo de tormenta.

—Ahí dentro apesta —masculló finalmente Erak.

—Demasiada gente en un sitio tan pequeño —se aventuró a decir Will sin levantar la vista y sin dejar de fregar el plato. Erak había captado su interés. Se trataba de un hombre duro, un luchador despiadado, pero en realidad no era cruel. A veces, a su brusca manera, podía parecer incluso amistoso.

Erak, a su vez, estudiaba a Will. ¿Qué estaba tramando? Probablemente intentaba imaginar una vía de escape, pensó Erak, eso es lo que él estaría haciendo en el lugar del muchacho. El aprendiz de montaraz era listo y tenía recursos. Y también determinación. Erak había sido testigo del modo en que se había ceñido a su agotador programa de ejercicio, corriendo al aire libre hiciera buen tiempo o hiciera malo.

Una vez más, tuvo aquella sensación de aprecio por el aprendiz de montaraz; y por la chica. Ella también había demostrado tener agallas de sobra.

El hecho de pensar en la muchacha le hizo arrugar la frente. Más tarde o más temprano, habría problemas por esa parte; en particular con Slagor y sus hombres. La tripulación del *Colmillo* era un grupo lamentable: delincuentes habituales y rateros de poca monta en su mayoría. Los buenos marinos no se enrolaban con Slagor.

Bueno, pensó él con filosofía, si aquello pasaba, tendría que golpear algunas cabezas contra otras. No iba a permitir que una chusma como los hombres de Slagor pusiese su autoridad en tela de juicio. Los dos esclavos eran propiedad de Erak. Serían su único beneficio del desastroso viaje a Araluen, y si alguien intentaba causarle algún daño a cualquiera de los dos, tendría que responder ante él. Conforme la idea se le pasaba por la cabeza, intentaba convencerse de que protegía su inversión, pero no estaba seguro de que fuese del todo cierto.

—¿Jarl Erak? —dijo el muchacho en la oscuridad con un tono de voz que mostraba sus dudas sobre si debía interrogar al líder skandian. Erak gruñó. Se trató de un ruido evasivo, pero Will lo interpretó como un permiso para continuar—. ¿Qué era eso del voto de los Vallas que mencionó el jarl Slagor? —preguntó esforzándose por parecer informal. Erak frunció el ceño al oír el rango.

—Slagor no es un jarl —corrigió al muchacho—. No es más que un skirl, el capitán de un barco skandian.

—Lo siento —dijo Will con humildad. Lo último que deseaba era enfurecer a Erak. Obviamente, al referirse a Slagor como su igual, Will se había arriesgado a aquello. Vaciló, pero la molestia de Erak parecía haberse aplacado, así que volvió a preguntar—: ¿Y el voto de los Vallas? —inquirió.

Erak reprimió un eructo y se inclinó hacia un lado de forma que pudiese rascarse la espalda. Estaba seguro de que la tripulación de Slagor tenía pulgas y las había

metido en la cabaña. Aquélla era la única incomodidad que no habían tenido que soportar hasta ahora. Frío, humedad, humo y malos olores, a lo que ahora había que añadir las pulgas. Deseó, y no primera vez, que el barco de Slagor se hubiese hundido en medio de los vendavales del mar de la Ventiscablanca.

—Es un juramento que hizo Ragnak —contestó poco dispuesto—. Y no es que tuviera motivos para hacerlo —añadió—. No se provoca a los Vallas a la ligera. No, si se tiene algo de seso.

—¿Los Vallas? —preguntó Will—. ¿Quiénes son?

Erak miró a la silueta oscura agachada debajo de él. Hizo un gesto negativo con la cabeza por el asombro. ¡Qué ignorantes eran estos araluenses!

—¿Nunca has oído hablar de los Vallas? ¿Qué te enseñan en esa islucha húmeda tuya? —le preguntó. Will, de un modo inteligente, no dijo nada en respuesta. Se produjo un silencio que duró unos instantes. Erak prosiguió—: Los Vallas, muchacho, son los tres dioses de la venganza. Adoptan la forma de un tiburón, un oso y un buitre.

Hizo una pausa para ver si aquello había calado. En esa ocasión, Will sintió que era necesario hacer algún comentario.

—Ya veo —dijo inseguro, y Erak resopló con sorna.

—Tengo la certeza de que no. Nadie en su sano juicio quiere ver jamás a los Vallas. Nadie en su sano juicio escoge jamás hacerles un juramento.

Will meditó acerca de lo que el skandian acababa de decir.

—Entonces, ¿un voto de los Vallas es un juramento de venganza? —preguntó, y Erak asintió con gravedad.

—La venganza hasta sus últimas consecuencias —respondió—. Se hace cuando odias tanto a alguien que juras ser vengado, no sólo sobre aquella persona que te ha hecho mal, sino también sobre todos y cada uno de los miembros de su familia.

—¿Todos los miembros? —dijo Will. Por un instante, Erak se planteó qué podía haber detrás de la línea que seguía con sus preguntas, pero no veía de qué manera una información como aquélla podía ayudarle en un intento de fuga, de forma que prosiguió.

—Hasta el último —le contó—. Es un juramento de muerte, por supuesto, e inquebrantable. Una vez que se hace, si el que lo jura se retracta en algún momento, los Vallas se lo llevarán a él y a su familia en lugar de las víctimas iniciales. Créeme, no son ese tipo de dioses con los que uno quiere tener algo que ver.

De nuevo, un breve silencio. Will se preguntaba si había ido lo bastante lejos con sus preguntas, y decidió tomarse un poco más de libertad.

—Entonces, si son tan terribles, ¿por qué Ragnak...? —Comenzó a decir, pero Erak le interrumpió.

—¡Porque está loco! —le espetó—. ¡Ya te lo he dicho, sólo un loco haría un juramento a los Vallas! Ragnak nunca ha sido demasiado estable y, ahora, es obvio que la pérdida de su hijo le ha dado el toque que lo ha desequilibrado

definitivamente.

Erak realizó un gesto de asco. Parecía que le cansaba el tema de Ragnak y los aterradores Vallas.

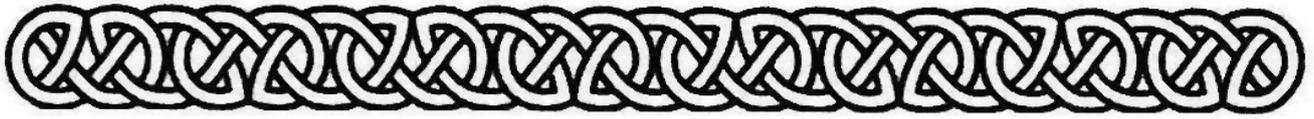
—Da gracias porque tú no eres un miembro de la familia de Duncan, chaval, o de Ragnak para el caso.

Se giró hacia la luz del fuego que se adivinaba a través de las innumerables grietas y rendijas en las paredes de la cabaña y proyectaba formas alargadas y extrañas sobre los guijarros húmedos.

—Ahora, regresa a tu trabajo —le dijo a Will con enfado, y se encaminó de vuelta al calor y el olor de la cabaña a grandes zancadas.

Will le observó mientras enjuagaba el último de los platos con despreocupación en la fría agua del mar.

—Tenemos que salir de aquí cueste lo que cueste —dijo para sí en voz baja.



Doce

Había tanto que ver y tanto que escuchar que Horace no sabía hacia dónde volver la cabeza en primer lugar.

A su alrededor, la ciudad portuaria de La Rivage bullía de vida. El puerto se encontraba repleto de barcos: simples barcas de pesca y mercantes de dos palos amarrados los unos junto a los otros y creando un bosque de mástiles y drizas que parecía extenderse hasta donde se perdía la vista. Los oídos le zumbaban con los chillidos de la gaviotas: se peleaban por las sobras que los pescadores tiraban al mar durante la limpieza de sus capturas. Los barcos, grandes y pequeños, subían, bajaban y se mecían con el levísimo oleaje del interior del puerto, que no cesaba ni un solo momento. Por debajo de los estridentes sonidos de las gaviotas se oía el constante crujir y los quejidos de los cientos de defensas de mimbre que protegían los cascos de las embarcaciones de los golpes de sus vecinos.

Se le inundaron las fosas nasales con el olor del humo y el aroma de la comida en el fuego, pero se trataba de un aroma diferente al de la simple comida aldeana que se preparaba en el castillo de Redmont. En este olor había algo más: algo exótico, emocionante y extranjero.

Lo cual era de esperar, pensó a la vez que ponía el pie sobre una tierra verdaderamente extranjera por primera vez en su aún corta vida. Había viajado a Céltica, por supuesto, pero eso no contaba. En realidad, no era sino una extensión de Araluen. Esto resultaba muy diferente. A su alrededor se alzaban voces de enfado o de diversión, voces de gente que se llamaban los unos a los otros, se insultaban o se reían los unos con los otros; y era incapaz de entender ni una sola palabra de aquella lengua extravagante.

Permaneció en pie junto al muelle donde habían atracado, sujetando las bridas de los tres caballos mientras Halt pagaba al patrón del carguero pequeño y rechoncho que les había transportado a través del mar Angosto junto con un hediondo cargamento de pieles destinado a las curtidurías de allí, de Gálica. Tras cuatro días rodeado de aquellas pieles tiesas de animales, Horace se sorprendió preguntándose si alguna vez sería capaz de volver a ponerse algo hecho de cuero.

Una mano le tiró del cinturón y él, sobresaltado, se volvió.

Una vieja encorvada y marchita le sonreía mostrando las encías desdentadas y mantenía la palma de la mano levantada y extendida hacia él.

Vestía harapos y llevaba la cabeza envuelta en un pañuelo que una vez pudo haber tenido colores vivos, pero ahora estaba tan sucio que resultaba imposible tener la certeza. Dijo algo en el idioma local y todo cuanto Horace pudo hacer fue encogerse de hombros. En cualquier caso, él no tenía dinero y estaba claro que la mujer le pedía limosna.

Su servil sonrisa se convirtió en una muy mala cara y la mujer le soltó una frase. Aun sin conocimiento alguno del idioma, supo que no se trataba de un piropo. Después la vieja dio media vuelta y se marchó renqueando tras hacer en alto un extraño gesto cruzando los dedos. Horace negó con la cabeza en señal de impotencia.

Unas carcajadas le distrajeron y se giró para ver a un trío de jovencitas, quizás un poco mayores que él, que habían presenciado el incidente con la vieja. Se quedó boquiabierto, no se pudo controlar. Las muchachas, que a su parecer eran en extremo atractivas, iban vestidas con unos conjuntos que sólo se podrían describir como excesivamente atrevidos. Una llevaba una falda tan corta que le llegaba bien por encima de las rodillas.

Las muchachas hacían gestos hacia él imitando su mirada boquiabierta. Se apresuró a cerrar la boca de golpe y ellas se rieron aún más alto. Una de ellas le dijo algo a voces y le hizo señas para que se aproximara. Él no entendía nada de lo que le decía y, sintiéndose ignorante y ajeno, se percató de que las mejillas se le habían puesto rojas.

Todo esto hizo que las carcajadas de las muchachas fueran todavía más sonoras. Se llevaban las manos a las mejillas, representaban su rubor con gestos y parloteaban entre sí en su extraña lengua.

—Parece que ya estás haciendo amigos —dijo Halt a su espalda, y el muchacho se volvió con sentimiento de culpa. El montaraz, porque Horace no era capaz de pensar en él de otro modo, los observaba a él y a las tres chicas con un aire de diversión en la mirada.

—¿Hablas esa lengua, Halt? —le preguntó. Sin saber por qué, el hecho no le sorprendía. Siempre había asumido que los montaraces tenían a su disposición una amplia variedad de habilidades arcanas y, hasta el momento, los sucesos le habían demostrado que estaba en lo cierto. Su compañero asintió.

—Lo bastante para arreglármelas —contestó sin alterarse, y Horace hizo un gesto, tan disimulado como pudo, en dirección a las chicas.

—¿Qué dicen? —le preguntó. El montaraz adoptó el rostro carente de expresión que Horace estaba empezando a conocer muy bien.

—Quizás sea mejor que no lo sepas —le respondió finalmente. Horace asintió sin llegar a entenderlo en realidad, pero sin desear parecer más tonto de lo que se sentía.

—Quizás sea mejor así —aceptó. Halt, con agilidad, se había montado ya en la

silla de *Abelard* y Horace le siguió, a lomos de *Kicker* su caballo. El movimiento provocó un coro de exclamaciones de admiración por parte de las chicas. Sintió cómo el rubor afloraba en sus mejillas. Halt le miró con una sensación mezcla de lástima y de diversión. Meneó la cabeza y se abrió paso por la estrecha y atestada calle del puerto, alejándose de los muelles.

A caballo, Horace sintió la habitual ola de confianza que surgía del hecho de encontrarse a lomos de su montura, y con ella apareció la sensación de igualdad con aquellos extranjeros que discutían y se apresuraban. Ahora, le parecía a él, nadie venía corriendo a reírse de él, o a pedirle limosna o a lanzarle insultos a la cara. Había una deferencia natural en los peatones hacia los hombres a caballo y armados. Siempre había sido así en Araluen, pero aquí, en Gálica, parecía haber algún ingrediente más. La gente se desplazaba con mayor presteza para dejar paso libre a los dos jinetes y al robusto poni de carga que marchaba tras ellos.

Se le ocurrió que quizás el imperio de la ley en Gálica no era tan ecuánime como en su patria. En Araluen, la gente se apartaba de los jinetes como una cuestión de sentido común. Aquí parecían aprensivos, incluso temerosos. Estaba a punto de preguntarle a Halt acerca de aquella diferencia y ya había incluso tomado aire para hacerlo, cuando se contuvo. Halt siempre estaba reprendiéndole por sus preguntas y había tomado la determinación de refrenar su curiosidad. Decidió que le preguntaría por sus sospechas cuando se detuviesen para el almuerzo.

Agradado con aquella resolución, hizo para sí un gesto de asentimiento. Después se le ocurrió otra cosa y, antes de ser capaz de pararse, ya había puesto en marcha el preludio de una nueva pregunta.

—¿Halt? —dijo tímidamente. Oyó un profundo suspiro del hombre menudo y delgado que cabalgaba a su lado. Mentalmente, se aporreó la cabeza contra una pared.

—Por un momento pensé que te habías puesto enfermo o algo parecido —dijo Halt con el rostro serio—. Deben de haber pasado unos dos o tres minutos desde tu última pregunta.

Obligado entonces, Horace prosiguió.

—Una de esas chicas —arrancó, y de inmediato sintió sobre sí los ojos del montaraz—. Llevaba una falda muy corta.

Se produjo una pausa mínima.

—¿Y? —Le dio pie Halt, que no estaba seguro de hacia dónde llevaba aquella conversación. Horace, incómodo, se encogió de hombros. El recuerdo de la chica y sus piernas bien torneadas estaba provocando que las mejillas le ardiesen de nuevo por la vergüenza.

—Bueno —dijo inseguro—. Sólo me preguntaba si eso era normal por aquí, eso es todo.

Halt examinó el joven rostro serio a su lado y carraspeó varias veces.

—Creo que a veces las muchachas gálicas trabajan como correos —le dijo.

Horace frunció ligeramente el ceño.

—¿Correos?

—Correos. Llevan mensajes de una persona a otra; o de un comercio a otro, en los pueblos y en las ciudades —Halt le miró para ver si Horace parecía estar creyéndole hasta entonces. No había razón aparente para pensar de otro modo, así que añadió—: Mensajes urgentes.

—Mensajes urgentes —repitió Horace, que aún no veía la relación, pero se sentía inclinado a creerse lo que Halt le contaba, de forma que el hombre entrecano prosiguió:

—Y digo yo que, en el caso de un mensaje verdaderamente urgente, uno tendrá que correr.

Vio entonces un brillo de entendimiento en los ojos del muchacho. Horace asintió varias veces conforme iba estableciendo las conexiones.

—Así que, la falda corta... sería para que pudiesen correr con mayor facilidad, ¿no? —sugirió. Halt asintió a su vez.

—Ciertamente sería una forma de vestir más sensata que la falda larga, si lo que quieres es correr mucho —dedicó un vistazo fugaz a Horace para ver si aquella leve broma que le estaba gastando no se iba a volver en su contra; para ver, de hecho, si el muchacho se había dado cuenta de que Halt estaba diciendo bobadas y que le estaba tomando el pelo. La expresión de Horace, sin embargo, revelaba su buen fondo y credulidad.

—Supongo que sí —respondió finalmente, y a continuación añadió en un tono más bajo—: Sin duda, de esa forma también tienen un aspecto mucho mejor.

Halt volvió a echarle un vistazo, pero Horace parecía estar satisfecho con la respuesta. Por un instante, el montaraz se arrepintió de su engaño y sintió una leve punzada de culpa. Al fin y al cabo, Horace se hallaba plenamente confiado y resultaba sencillo tomarle el pelo de aquella forma. Luego miró a aquellos ojos azules y al rostro honesto y satisfecho del aprendiz de guerrero y cualquier sensación de culpa quedó reprimida. Horace tenía tiempo de sobra para aprender acerca del lado más sórdido de la vida, pensó. Podía conservar la inocencia por algún tiempo más.

Salieron de La Rivage por su puerta norte y se encaminaron a través de los campos de labranza que la rodeaban. La curiosidad de Horace se mantenía tan viva como siempre y miraba de un lado a otro conforme el camino les llevaba dejando atrás los prados, sembrados y granjas. La campiña era diferente a la de Araluen. Había más variedades de árboles y, en consecuencia, más tonos de verde. Algunas de las plantaciones tampoco le resultaban familiares: unas hojas anchas y largas que pendían de tallos a la altura de la cabeza de un hombre parecían a la espera de secarse y marchitarse en el tallo antes de ser recolectadas. En diversos lugares, Horace vio esas mismas hojas colgadas en grandes chamizos abiertos secándose más aún. Se preguntó qué tipo de cosecha sería aquélla, pero, al igual que antes, decidió racionar sus preguntas.

Había otra diferencia, más sutil. Durante un rato, Horace ni siquiera se había dado cuenta de que estaba allí, pero de pronto advirtió su existencia. En los campos y los sembrados había en general un aire de descuido. Resultaba obvio que no estaban abandonados, y algunos de ellos se veían arados, pero parecían carecer de los atentos y exigentes cuidados que uno apreciaba en las tierras y campos de su patria. Se podía sentir una ausencia de atención por parte de los campesinos y, en algunos de los campos, las malas hierbas eran claramente visibles.

Halt suspiró.

—Es la tierra la que sufre cuando los hombres luchan —dijo en voz baja. Horace le miró. No era habitual que el montaraz fuese quien rompiera el silencio.

—¿Quién está luchando? —preguntó él, cuyo interés había despertado.

Halt se rascó la barba.

—Los gálicos. Aquí no hay un poder central fuerte, sino docenas de nobles y barones menores, caudillos, por así decirlo. Se saquean de forma constante los unos a los otros y luchan entre ellos. Ése es el motivo por el que los campos se hallan tan descuidados. La mitad de los campesinos han sido reclutados por un ejército u otro.

Horace observó a su alrededor los campos que rodeaban el camino por ambos lados. Allí no había rastro de luchas, sólo abandono. Se le ocurrió algo.

—¿Por eso la gente parecía tan... nerviosa ante nosotros? —preguntó, y Halt hizo un gesto aprobatorio de asentimiento.

—Lo notaste, ¿verdad? Buen chico. Es posible que aún quede algo de esperanza para ti. Sí —prosiguió con la respuesta a la pregunta de Horace—, los hombres armados y a caballo pasan por ser aquí una amenaza en potencia, en vez de guardianes de la paz.

En Araluen, los campesinos esperaban de los soldados que los protegiesen a ellos y a sus tierras de la amenaza de los potenciales invasores. Aquí, se había percatado Horace, la amenaza eran los propios soldados.

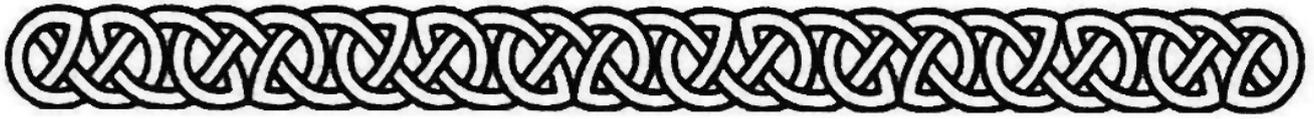
—El país se halla en la confusión más absoluta —continuó Halt—. El rey Henri es débil y no tiene un verdadero poder, de manera que los barones luchan, se pelean y se matan los unos a los otros. La verdad, no es que sea una gran pérdida, pero sí una maldita injusticia cuando matan también a los pobres campesinos inocentes sólo porque se cruzan en su camino. Podría suponer algún problema para nosotros, sin embargo tendremos tan sólo que... Maldita sea.

Dijo las dos últimas palabras en voz baja, pero no por ello fueron menos sentidas. Horace siguió la mirada de Halt y volvió la vista al frente, a lo largo del camino.

Iban bajando una pequeña colina, a cuyo paso el camino se encontraba bordeado por árboles que crecían muy juntos unos de otros. Al pie de la misma, un riachuelo discurría a través de los campos y entre los árboles, cruzado por un puente de piedra. Era un paisaje en calma, bastante normal y hermoso a su manera.

Pero no eran los árboles ni el riachuelo ni el puente los que habían arrancado el susurrado impropio de los labios de Halt. Era el jinete con armadura en medio del

camino, un guerrero a lomos de su caballo que les cortaba el paso.



Trece

Evanlyn sintió el suave toque de la mano de Will en el hombro y dio un pequeño respingo de sorpresa. Aunque estaba echada y despierta, no le había oído aproximarse.

—Está bien —dijo ella en voz baja—. Estoy despierta.

—No hay luna —respondió Will en un tono igualmente bajo—. Es hora de irse.

Se quitó las mantas de encima y se sentó en el catre. Estaba completamente vestida a excepción de las botas. Las alcanzó y comenzó a ponérselas. Will le ofreció un montón de trapos que había cortado de su manta.

—Átate esto en los pies —le dijo—. Amortiguará el sonido de los guijarros.

Evanlyn vio que Will se había envuelto los pies en grandes fardos de trapos y se apresuró a hacer lo mismo.

Podían oír a los skandians roncar y gruñir dormidos a través de la delgada pared que separaba el cobertizo del barracón dormitorio. A uno de ellos le dio un ataque de tos y Will y Evanlyn se quedaron quietos a la espera de ver si había despertado a alguien. Unos minutos después, la calma volvió al barracón y Evanlyn terminó de atarse los trapos en los pies, se levantó y siguió a Will hasta la puerta.

El muchacho había lubricado las bisagras de la puerta del cobertizo con grasa de las cacerolas. Contuvo la respiración, la abrió con suavidad y dejó escapar un suspiro de alivio cuando la puerta giró sin hacer ruido. Sin luna, la playa era una extensión oscura y el agua una sábana negra que reflejaba muy débilmente la luz de las estrellas. El tiempo se había ido suavizando a lo largo de los últimos días; la noche era clara y la fuerza del viento había descendido considerablemente, aunque aún podían oír el sordo estallido de las olas al romper contra la cara externa de la isla.

Evanlyn apenas era capaz de distinguir el bulto oscuro que formaban los dos barcos de los skandians encallados en la playa. A un lado se notaba una forma más pequeña, el esquife que Svengal había dejado allí a la vuelta de su última salida de pesca. Hacia allí se dirigían.

Will señaló pacientemente el trayecto que había elegido. Lo habían repasado al anocheecer, pero quería asegurarse de que ella lo recordaba. Moverse sin ser visto se

había convertido en algo casi instintivo para él, pero sabía que Evanlyn se pondría nerviosa una vez que se encontrase a cielo abierto. Ella querría llegar a toda prisa hasta los barcos.

Y la velocidad significaba ruido y mayores probabilidades de ser vistos u oídos. Acercó mucho la boca al oído de Evanlyn y le habló en el más leve de los susurros.

—Tómalo con calma. Primero hasta los bancos; a continuación hasta las rocas; después hasta los barcos. Espérame allí.

Evanlyn asintió. Él podía ver cómo ella tragaba saliva por los nervios y notó que la respiración se le aceleraba. La agarró por el hombro con suavidad.

—Cálmate. Y recuerda, si sale alguien, quédate quieta. Estés donde estés.

Con tan poca luz como había, aquélla era la clave de todo. Cualquiera que vigilase podría no ver y pasar por alto a una persona allí, de pie y perfectamente inmóvil, pero el menor movimiento atraería su mirada de inmediato.

De nuevo, ella asintió y él le dio una leve palmada en el hombro.

—Vamos, sal —le dijo. Ella inspiró profundamente de nuevo y salió al exterior.

Se sentía terriblemente expuesta mientras avanzaba en dirección al resguardo de los bancos y la mesa, a unos diez metros de las cabañas. La tenue luz de las estrellas le parecía ahora tan brillante como el pleno día y se obligó a desplazarse con lentitud, situando los pies con parsimonia, mientras luchaba contra la tentación de correr en busca de cobijo.

El acolchado de trapos que llevaba en los pies funcionaba bien y amortiguaba el ruido de sus pasos, pero aun así a ella le parecía ensordecedor el crujido de los guijarros. Cuatro pasos más... tres... dos... uno.

Con el pulso acelerado y el corazón latiendo con fuerza, se agachó al resguardo de la tosca mesa y de los bancos. Había un grupo de rocas a medio camino de la bajada hacia la playa. Ésa era su siguiente meta. Vaciló; deseaba permanecer al cómodo cobijo que le proporcionaba la mesa, pero sabía que si no salía ya era posible que nunca tuviese el valor de moverse. Con resolución, salió al descubierto, un pie detrás del otro, estremeciéndose con el crujido amortiguado de las piedras bajo sus pies. Aquella parte del trayecto la condujo a pasar justo por delante de la puerta del barracón. Si salía alguno de los skandians, la tendría que ver.

Alcanzó el resguardo de las rocas y sintió que la envolvía la agradable protección de las sombras una vez más. Ya había pasado la parte más dura del recorrido. Se tomó unos segundos para que se le calmara el pulso y luego se desplazó hacia los barcos. Ahora que ya estaba prácticamente allí, sentía unas ganas desesperadas de correr, pero combatió la tentación y se adentró, despacio y con suavidad, en la sombra junto al *Colmillo*.

Completamente exhausta, se dejó caer sobre las rocas húmedas para sentarse apoyada contra los tablones de madera que formaban el casco del navío. Entonces observó cómo Will seguía sus pasos.

Había algunas nubes dispersas que cruzaban el cielo y proyectaban una serie de

sombras más oscuras que ondulaban por la playa. Will hizo coincidir sus movimientos con el ritmo del viento y de las nubes y se desplazó con paso firme a lo largo del trayecto que Evanlyn acababa de recorrer. Ella contuvo la respiración ante la sorpresa de verle desaparecer tras los primeros metros, fundido con el patrón del movimiento de la luz y las sombras como parte integrante del paisaje. De nuevo lo vio, de forma breve, cuando llegó a los bancos y después en las rocas; entonces pareció surgir del suelo apenas a unos metros de distancia frente a ella, que sacudió la cabeza de asombro. No era de extrañar que la gente creyese que los montaraces eran magos, pensó la muchacha. Sin ser consciente de la reacción de Evanlyn, Will le dedicó una sonrisa fugaz y se acercó a ella para poder hablar.

—¿Todo bien? —le preguntó en voz baja, y ella asintió—. ¿Estás segura de que quieres seguir con todo esto hasta el final?

Esta vez no hubo dudas.

—Estoy segura —dijo con firmeza.

Él la volvió a agarrar por el hombro en un gesto de aliento.

—Bien por ti.

Will miró a su alrededor. Se encontraban lo bastante lejos de las cabañas como para que las probabilidades de que escucharan sus voces fueran casi nulas; además, aunque el viento ya no era tan tempestuoso como lo había sido antes, les cubría de sobra. Tuvo la sensación de que a Evanlyn le vendría bien un poco de ánimo, así que señaló al esquife.

—Recuerda que eso de ahí es pequeño, no como los barcos de los skandians. Se mantendrá a flote sobre las olas grandes, no las atravesará, así que estaremos absolutamente a salvo.

Él no estaba muy seguro acerca de las dos últimas afirmaciones que había hecho, pero le parecían lógicas. Había visto flotar sobre las grandes olas a las gaviotas y los pingüinos de la isla y le pareció que cuanto más pequeño fuese uno, más seguro estaría.

Llevaba consigo un odre grande que había robado de la despensa de las provisiones. Había vaciado el vino y lo había rellenado con agua. No sabía muy bien, pero los mantendría vivos. Además, pensó con filosofía, cuanto peor supiese, más les duraría. Lo situó con cuidado en el fondo del esquife y se tomó unos pocos minutos para comprobar que los remos, el timón y el pequeño palo y su vela estaban bien recogidos y asegurados. La marea se mecía entonces hasta una altura de un tercio del casco del esquife y él sabía que ése era el máximo nivel que alcanzaría. En unos pocos minutos comenzaría a retirarse, y Evanlyn y él se irían con ella. Tenía la vaga idea de que la costa de Teutlandt se hallaba en algún lugar hacia el sur; o quizás pudiesen avistar un barco ahora que los vendavales de verano parecían comenzar a remitir. No se había detenido demasiado a pensar en el futuro. Simplemente, sabía que no podía seguir prisionero. Llegado el caso, preferiría morir intentando ser libre.

—No podemos quedarnos aquí sentados toda la noche —dijo él—. Ponte por el

otro lado y vamos a meter este bote en el agua. Levanta primero y después empuja.

Asidos a las bordas de ambos lados, lo levantaron e hicieron fuerza juntos. Al principio se les quedó rápidamente encallado en los guijarros, pero una vez que lo levantaron y lo desengancharon comenzó a deslizarse con mayor facilidad. Poco después ya flotaba y ambos treparon a bordo. Will dio un último empujón con el pie y el esquife se desplazó a la deriva alejándose de la playa. Will disfrutó de un breve instante triunfal y entonces se dio cuenta de que no tenía tiempo para congratularse. Evanlyn, lívida y tensa, se agarraba a ambas bordas mientras el bote se mecía sobre las pequeñas olas.

—Todo bien por ahora —dijo ella, mas su voz delató el nerviosismo del que era presa.

Will asentó con torpeza los remos en los soportes. Había visto a Svengal hacerlo una docena de veces, pero ahora se encontraba con que verlo y hacerlo eran dos cosas muy diferentes y, por vez primera, sintió una punzada de duda. Es posible que se hubiese hecho cargo de más de lo que podía manejar. Intentó un torpe golpe de remos metiéndolos en el agua y haciendo fuerza. Falló por el lado de su izquierda, hizo virar el bote y casi se cae al fondo de la embarcación.

—Espacio —le aconsejó Evanlyn, y lo intentó de nuevo con un mayor cuidado. Esta vez tuvo la agradable sensación de que el bote se movía. Recordó que había visto a Svengal girar los remos al final de cada golpe para evitar que las palas ofrecieran resistencia al agua. Al hacer él lo mismo, la acción le resultó más sencilla. Con más confianza, dio unas pocas paladas más y el esquife se desplazó con mayor suavidad. El efecto de la marea comenzaba a notarse entonces y, cuando Evanlyn volvió la vista atrás, hacia la playa, sintió una sacudida de temor al ver lo lejos que habían llegado.

Will captó su reacción.

—Iremos más rápido conforme nos adentremos —le dijo entre golpe y golpe de remos—. Apenas estamos en la parte exterior de la corriente de la marea.

—¡Will! —gritó ella con voz de alarma—. ¡Hay agua en la barca!

Los envoltorios de los pies habían impedido que sintiese el agua hasta entonces, pero en aquel momento ya se habían empapado y, cuando ella miró hacia abajo, pudo ver cómo el agua se balanceaba hacia delante y hacia atrás por el fondo del bote.

—Son sólo salpicaduras —le restó importancia él—. La achicaremos cuando hayamos salido del fondeadero.

—¡No son salpicaduras! —replicó Evanlyn con la voz temblorosa—. ¡Tenemos una vía de agua! ¡Mira!

Will miró hacia abajo y el corazón se le vino a la boca. Ella tenía razón. Había varios centímetros de agua en el fondo del esquife y parecía que el nivel estaba subiendo.

—¡Dios mío! ¡Empieza a achicar, rápido!

Evanlyn agarró un cubo pequeño que había en la popa y se puso a echar el agua

por la borda de un modo frenético. El nivel que alcanzaba ésta, sin embargo, le ganaba terreno y Will notaba que el movimiento del bote se iba haciendo más lento conforme entraba más y más agua.

—¡Da la vuelta! ¡Da la vuelta! —le gritó Evanlyn. Toda pretensión de no ser descubiertos había quedado ya olvidada. Will asintió, demasiado ocupado para hablar, y se aplicó a la desesperada sobre uno de los remos haciendo virar el bote para dirigirse a la playa. Ahora tenía que luchar contra la corriente de la marea y el pánico le entorpecía. Falló un golpe de remos, volvió a perder el equilibrio y casi se le cae un remo al mar. Con la boca seca por el miedo, agarró el remo justo en el último instante. Evanlyn, que achicaba frenéticamente el agua del bote, cayó en la cuenta de que estaba derramando dentro de la barca tanta agua como la que tiraba por la borda. Reprimió la sensación de pánico y se obligó a achicar con más calma. Aquello estaba mejor, pensó, pero el agua aún le ganaba terreno.

Por fortuna, Will había tenido el buen sentido de desplazar el bote lateralmente, de vuelta a la parte exterior de la corriente de la marea, donde ésta no tenía tanta fuerza. Libre del empuje de la corriente principal, el bote comenzó a avanzar con mayor estabilidad, aunque seguía hundiéndose en el agua y, cuanto más se hundía, más rápido entraba el agua; y más difícil resultaba remar.

—¡Sigue remando! ¡Rema todo lo que puedas! —le animó Evanlyn. Will gruñó al tiempo que tiraba desesperadamente de los remos y arrastraba el pesado bote con lentitud a la orilla. Casi lo consiguen. Se hallaban a tres metros de la playa cuando el bote terminó por irse al fondo. El agua del mar entró por encima de las bordas y el esquife se hundió debajo de ellos. Mientras luchaban por mantenerse a flote con el agua hasta la cintura, tambaleándose por el cansancio, Will se dio cuenta de que la barca, libre ahora del peso de los dos, volvía a flotar, justo por debajo de la superficie. La agarró y la guió de vuelta al bajío con Evanlyn detrás de él.

—¿Qué, intentando suicidaros? —dijo una voz seria. Levantaron la vista y vieron a Erak de pie junto a la orilla. Había varios miembros de su tripulación a su espalda que mostraban unas amplias sonrisas en el rostro.

—Jarl Erak... —comenzó Will, y se contuvo. No había nada que decir. Erak daba vueltas a un pequeño objeto que tenía en las manos. Se lo lanzó a Will.

—Parece que se te olvidó esto, ¿no? —dijo con una voz ominosa. Will estudió el objeto. Se trataba de un cilindro pequeño de madera, quizás de unos seis centímetros de largo por dos de diámetro. Se quedó mirándolo sin entender nada—. Es lo que nosotros, simples marinos, llamamos «tapón» —le explicó Erak de modo sarcástico—. Evita que el agua se meta en el bote. Suele ser una buena idea asegurarse de que está en su sitio.

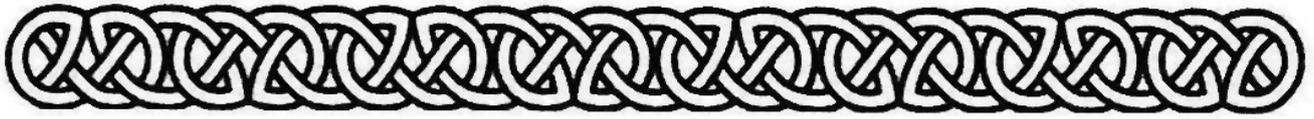
Will bajó los hombros. Estaba empapado, exhausto, e intentaba soltar el miedo que notaba agarrado al estómago por los diez minutos previos. Más que nada, tenía una tremenda sensación de desaliento por su fracaso. ¡Un corcho! ¡Su plan se había venido abajo por un maldito corcho! Entonces, una mano gigantesca le asió por la

pechera y le levantó los pies del suelo; en ese instante se encontró a unos centímetros de las iracundas facciones de Erak.

—¡No vuelvas a tomarme por idiota, chaval! —le gruñó en la cara—. ¡Vuelve a intentar algo como esto y te arranco la piel a latigazos! —Se volvió para incluir a Evanlyn en la amenaza—. ¡A los dos!

Aguardó hasta que estuvo seguro de que su advertencia había calado y a continuación se quitó a Will de encima de un empujón. El aprendiz de montaraz cayó despatarrado sobre las duras piedras de la playa, derrotado por completo.

—¡Y ahora, volved a la cabaña! —les dijo Erak.



Catorce

—**M**ira qué bien —dijo Halt en voz baja y con un tono de indignación. Por delante de ellos, un puente peraltado de piedra se alzaba sobre un pequeño riachuelo y, a caballo entre los dos viajeros y el puente, se hallaba un caballero con su armadura.

Halt alargó una mano por encima del hombro, extrajo una flecha de su carcaj y la posó sobre la cuerda del arco sin mirar siquiera a lo que estaba haciendo.

—¿Qué pasa, Halt? —preguntó Horace.

—Las payasadas a las que se dedican estos gálicos cuando tengo prisa y quiero seguir viaje —masculló al tiempo que hacía un gesto negativo con la cabeza por la molestia—. Este imbécil nos va a exigir el pago de un impuesto por permitirnos cruzar su maravilloso puente.

No había terminado aún de hablar cuando el caballero armado se levantó el visor con el dorso de la mano derecha. Fue un movimiento torpe que quedó más exagerado aún por el hecho de sostener una pesada lanza de tres metros con esa mano. Casi se le cayó la lanza y consiguió atraparla dando un golpe contra el lateral del yelmo, lo cual produjo un sordo sonido metálico que llegó hasta los dos viajeros.

—*Arretez là mes seigneurs, avant de passer ce pont-ci!* —gritó con un tono de voz demasiado agudo. Horace no entendió lo que había dicho, pero el tono era inconfundiblemente altanero.

—¿Qué ha dicho? —Quiso saber Horace, pero Halt se limitó a hacer un gesto negativo en referencia al caballero.

—Que hable en nuestro idioma si se quiere dirigir a nosotros —dijo con enfado, y a continuación, en un tono de voz más elevado gritó—: ¡Araluenses!

Incluso a la distancia que se encontraban de aquel hombre, Horace distinguió el gesto de desdén ante la mención de su nacionalidad. Entonces, el caballero habló de nuevo, con un acento tan fuerte que sus palabras resultaban apenas más reconocibles que cuando les había hablado en gálico.

—Vu, mis seniogues, no podéis cugusag mi ponte sin pagag a mua un tiguibuto —gritó. Horace frunció el ceño.

—¿Qué? —le preguntó a Halt, y el montaraz se volvió hacia él.

—Brutal, ¿verdad? —le dijo—. «Vos, mis señores», se refiere a nosotros, claro, «no podéis cruzar mi puente sin pagarme un tributo».

—¿Un tributo? —preguntó Horace.

—Es una forma de asaltar caminos —le explicó Halt—. Si hubiese una verdadera ley en este país, la gente como nuestro amigo jamás se saldría con la suya. Tal y como están las cosas, pueden hacerlo que les venga en gana. Los caballeros se plantan en los puentes o los cruces de caminos y exigen que la gente les pague un tributo para pasar. Si no lo pueden pagar, pueden escoger combatir con ellos y, dado que la mayoría de los viajeros no van equipados para combatir con un caballero con toda su armadura, pagan el tributo.

Horace se acomodó sobre su silla de montar y estudió al jinete. Éste hacía trotar a su caballo hacia delante y hacia atrás cruzando el camino, en una demostración que sin duda pretendía disuadirles de toda resistencia. Su escudo con forma de lágrima iba blasonado con una burda representación de la cabeza de un ciervo. Llevaba una cota de malla completa cubierta con una sobrevesta azul que también lucía el mismo símbolo de la cabeza de ciervo. Portaba guanteletes de metal, grebas en las pantorrillas y un yelmo con forma de tiesto invertido y un visor deslizante, en aquel momento abierto. El rostro bajo el visor era delgado y tenía una nariz prominente y puntiaguda. Un amplio bigote sobresalía más allá de los límites de la abertura del visor. Horace sólo fue capaz de imaginarse que aquel caballero se aplastaría las puntas del bigote cuando bajase el visor.

—¿Qué vamos a hacer entonces? —preguntó.

—Bueno, supongo que tendré que disparar a ese pedazo de idiota —replicó Halt en un tono resignado de voz—. Apañado estaría yo si le pagase un impuesto a cada ladronzuelo con ínfulas que se cree con derecho a vivir de gorra. Aunque sería un maldito incordio.

—¿Y eso por qué? —le preguntó Horace—. Si va por ahí buscando pelea, ¿a quién le va a importar que le maten? Se lo merece.

Halt apoyó el arco, con la flecha engarzada y listo para el disparo, sobre su silla de montar.

—Tiene que ver con lo que esos idiotas llaman «caballería» —le explicó—. Si éste cayese muerto o herido a manos de otro caballero en un combate según las normas de la caballería, eso sería disculpable. Lamentable, quizás, pero disculpable. Por otro lado, si yo le atravieso con una flecha esa cabeza hueca, sería considerado una injusticia. A buen seguro que tiene amigos o parientes por la zona. Estos tarados suelen viajar en grupo; y si lo mato, querrán venir detrás de nosotros. Lo que te digo, un maldito incordio.

Con un suspiro, comenzó a elevar el arco.

Horace observó una vez más la imperiosa figura que se encontraba delante de ellos. Aquel hombre parecía totalmente ajeno a la circunstancia de hallarse a escasos

segundos de un final desastroso. Resultaba obvio que había tenido poco trato con montaraces y se sentía confiado por el hecho de llevar su armadura. Parecía no tener ni idea de que Halt era capaz, si así lo decidía, de meterle una flecha a través de la rendija del visor de su yelmo, una vez cerrado. Al estar abierto, era un blanco casi demasiado fácil para alguien con la habilidad de Halt.

—¿Te parecería bien que yo me encargase de esto? —se ofreció finalmente Horace, un poco dubitativo. Halt, que tenía el arco a medio camino de la posición de disparo, reaccionó sorprendido.

—¿Tú? —dijo.

Horace asintió.

—Aún no soy del todo un caballero, lo sé, pero creo que lo puedo manejar de sobra; y mientras que sus amigos piensen que ha sido otro caballero quien lo ha dejado fuera de combate, nadie irá detrás de nosotros, ¿no te parece?

—¡Seniogues! —gritaba ahora impaciente el jinete—. ¡Tenéis que guespondeg a mi esigencia!

Horace miró a Halt con una ceja levantada.

—Tenemos que responder a su exigencia. ¿Estás seguro de que no es demasiado para ti? —dijo el montaraz—. Al fin y al cabo, él es un caballero hecho y derecho.

—Bueno... sí —replicó Horace con torpeza. No quería que Halt pensase que estaba alardeando—. Pero en realidad no es muy bueno, ¿no?

—¿No lo es? —preguntó Halt de forma sarcástica y, para su sorpresa, el muchacho negó con la cabeza.

—No, no mucho. Mira cómo se planta en el caballo. Tiene un equilibrio horrible; y sujeta la lanza con demasiada tensión, ¿lo ves? Bueno, y también está el escudo. Lo lleva demasiado bajo para defenderse de una *juliette* por sorpresa, ¿no crees?

Halt arqueó las cejas.

—¿Y qué se supone que es una *juliette*?

Horace no pareció darse cuenta del tono de sarcasmo en la voz del montaraz y se lo explicó impasible.

—Es un cambio repentino de blanco con la lanza. Al principio se apunta al escudo, a la altura del pecho; entonces, justo en el último instante, elevas la punta en dirección al casco —hizo una pausa y a continuación añadió con un ligero tono de disculpa—: No sé por qué se llama *juliette*, sólo sé que se llama así.

Se produjo un largo silencio entre ambos. Halt podía ver que el muchacho no estaba alardeando, sí que parecía saber de lo que hablaba. El montaraz se rascó la mejilla pensativo. Podía resultar útil ver lo bueno que era Horace en realidad, pensó. Si las cosas se ponían feas para él, Halt siempre podía volver al plan «A» y disparar sin más al vocinglero guardián del puente. Aunque, no obstante, había un pequeño problema.

—Si es que tuvieras la posibilidad de llevar a cabo alguna de esas *juliettes*, por supuesto. No parece que dispongas de una lanza.

Horace lo reconoció con un gesto de asentimiento.

—Así es, tendré que utilizar la primera pasada para hacerle perder la suya. No debería ser un gran problema.

—¡Seniogues! —gritó el caballero—. ¡Debéis guespondeg!

—Cállate ya —masculló Halt más o menos en su dirección—. Entonces no debería ser un problema, ¿verdad?

Horace frunció la boca e hizo un gesto negativo con decisión.

—Venga, Halt, míralo. En el rato que llevamos aquí ha estado a punto de tirarla tres veces. Un niño podría quitársela.

Ante aquello, Halt tuvo que sonreír. Ahí estaba Horace, poco más que un chaval, afirmando que un niño podría arrebatarse la lanza al caballero que les cortaba el paso. Halt recordó entonces lo que él había hecho cuando tenía la edad de Horace y recordó cómo Horace había combatido con Morgarath. Un oponente mucho más peligroso que el personaje ridículo del puente. Evaluó al muchacho una vez más y no vio en él nada que no fuese determinación y confianza sosegada.

—¿Sabes de verdad de lo que hablas, eh? —le dijo, y aunque había entonado la frase como una pregunta, se trataba más de la afirmación de un hecho. Una vez más, Horace asintió.

—No sé cómo, Halt, Es sólo que tengo un sexto sentido para las cosas como ésta. *Sir Rodney* me dijo que era algo innato en mí.

Gilan ya le había contado a Halt exactamente lo mismo tras el combate en las llanuras de Uthal. De forma brusca, el montaraz tomó una decisión.

—Muy bien —dijo—, intentémoslo a tu manera.

Se volvió al caballero impaciente y levantó la voz para gritarle:

—¡Seniog, mi compañero ha escogido enfrentarse a vos en un combate entre caballeros! —le dijo. El jinete se puso tenso y recto sobre la silla. Halt se dio cuenta de que casi perdió el equilibrio ante unas noticias tan inesperadas.

—¿Combate entegue caballegos? —repitió—. ¡Vuestogo amigo no es un caballego!

Halt hizo un gesto exagerado de asentimiento para asegurarse de que el hombre lo podía ver.

—¡Oh, sí que lo es! —le contestó a voces—. Es *sir Horace* de la Orden de la *Feuille du Chêne* —hizo una pausa y dijo para sí—: ¿O tenía que haber dicho de la *Crêpe du Chêne*? Qué más da.

—¿Qué le has dicho? —preguntó Horace descolgándose el escudo redondo de la espalda y colocándose en el brazo izquierdo.

—Le he dicho que eras *sir Horace* de la Orden de la Hoja de Roble —le dijo Halt, y añadió entre dudas—: Al menos, eso es lo que yo creo que le he contado, porque le puedo haber dicho que eras de la Orden de la Tortita de Roble.

Horace se quedó mirándole con una leve decepción en los ojos. Se tomaba las normas de la caballería muy en serio y sabía que no estaba autorizado para utilizar el

título de «*sir Horace*».

—¿Era eso absolutamente necesario? —le preguntó, y el montaraz asintió.

—Ya lo creo. No combatiré con cualquiera, ya sabes. Ha de ser un caballero. No creo que se haya fijado en si llevas armadura —añadió mientras Horace se ajustaba con firmeza su casquete cónico en la cabeza. Previamente, se había subido la capucha de la cota de malla que antes le caía por la espalda, bajo la capa. Se desabrochó entonces la capa y buscó un lugar donde dejarla. Halt le ofreció la mano extendida.

—Permíteme —le dijo. Tomó la prenda y la situó sobre su silla de montar. Horace vio cómo, al hacerlo, Halt se cuidó de no obstaculizar el arco con ella. El aprendiz hizo un gesto en dirección al arma.

—No vas a necesitar eso —le dijo.

—Ya he oído eso antes —replicó Halt, y levantó la vista cuando el guardián del puente volvió a gritar.

—Vuestro amigo no tiene lanza —dijo conforme hacía un gesto con la lanza, de madera de fresno de tres metros de longitud y rematada con una punta de hierro.

—*Sir Horace* os propone un combate a espada —contestó Halt, y el caballero negó de forma violenta con la cabeza.

—¡No, no! ¡Yo usagué mi lanza!

Halt levantó una ceja mirando a Horace.

—Parece que las normas de la caballería están muy bien —dijo en voz baja—, pero si implican perder una ventaja de tres metros de largo, olvídate de ellas.

Horace se limitó a encogerse de hombros.

—No es un problema —dijo con calma y, según se le ocurrió algo, preguntó—: Oye, Halt, ¿de verdad tengo que matarle? Quiero decir que puedo encargarme de él sin llegar tan lejos.

Halt evaluó la pregunta.

—Bueno, no es obligatorio —dijo al aprendiz—. Pero no te arriesgues con él. Al fin y al cabo, lo tendría bien merecido si alguien lo matase. No le quedarían muchas ganas de andar extorsionando con tributos a los viajeros después de eso.

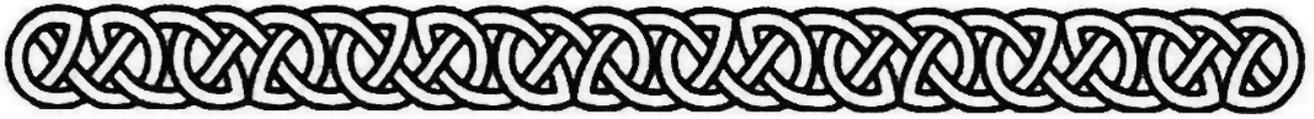
Ahora le tocaba a Horace levantar la ceja en un gesto de pena hacia el montaraz. Halt se encogió de hombros.

—Bueno, ya sabes lo que quiero decir —dijo Halt—. Sólo que te asegures de que estás bien antes de dejarle escapar con demasiada facilidad.

—¡Seniog! —gritó el caballero, que se asentó la lanza bajo el brazo y clavó las espuelas en las ijadas de su caballo—. ¡*En garde!* ¡Voy a dargos muegte!

Se produjo un veloz siseo del acero contra el cuero según Horace extrajo su larga espada de la vaina y dio media vuelta a *Kicker* para enfrentarse a la carga de su oponente.

—Será un minuto —le dijo a Halt, y entonces *Kicker* se alejó a saltos y alcanzó el galope en el espacio de unos pocos metros.



Quince

Como consecuencia del intento fallido de huida, Will y Evanlyn tuvieron prohibido alejarse a más de cincuenta metros de las cabañas. Se acabó el correr y se acabó el hacer ejercicio. Erak consiguió encontrar una nueva serie de tareas para que las llevaran a cabo los dos cautivos, desde entretejer de nuevo los catres de cuerda del barracón hasta repasar el sellado de los tabloncillos inferiores del casco del *Wolfwind* con brea y trozos de cuerda deshilachada. Era un trabajo pesado y desagradable, pero Evanlyn y Will lo aceptaron con filosofía.

Así confinados, no podían evitar ver la creciente tensión entre los dos grupos de skandians. Slagor y sus hombres, deseosos de alguna distracción, habían pedido a gritos que se flagelara a los muchachos de Araluen. Slagor, relamiéndose, incluso se había ofrecido para llevar a cabo la tarea él mismo.

Erak le había dicho a Slagor de forma rotunda que no se metiera donde no le habían llamado. Se estaba cansando cada vez más de las formas despectivas y fanfarronas con que Slagor se comportaba y de la manera en que los hombres de éste hacían trampas y provocaban a la tripulación del *Wolfwind* a cada momento. Slagor era un cobarde y un matón, y cuando Erak lo comparaba con los dos prisioneros, se sorprendía al ver que él tenía más en común con Will y Evanlyn que con su propio compatriota. No les guardaba rencor por su tentativa de escape; él habría hecho lo mismo en su lugar. En aquel momento, el hecho de tener a Slagor clamando por el pellejo de los dos muchachos por simple y retorcida diversión había provocado que Erak se sintiera, en cierto modo, más cercano a los jóvenes extranjeros.

En cuanto a los hombres de Slagor, Erak tenía la firme opinión de que eran un derroche colectivo del aire fresco de Skorghijl.

La situación explotó una noche, durante la cena. Will estaba colocando platos y varios cuchillos de trinchar en una mesa. Evanlyn servía sopa de un puchero grande en la otra, donde se sentaban Erak y Slagor con los miembros de mayor rango de sus respectivas tripulaciones. Cuando ella se inclinó hacia delante entre Slagor y su segundo de a bordo, el skirl dio de repente un respingo en su silla al tiempo que abría los brazos riéndose de un comentario que había hecho uno de sus hombres. La mano

fue a sacudir el cazo lleno y le tiró la sopa ardiendo sobre el brazo desnudo.

Slagor gritó de dolor y agarró a Evanlyn por la muñeca, tiró de ella hacia delante y le retorció el brazo con crueldad de forma que la chica quedó medio tumbada, de manera violenta, sobre la mesa. El puchero de sopa y el cazo cayeron al suelo con un estruendo metálico.

—¡Maldita seas, muchacha! ¡Me has escaldado! ¡Mira esto, condenada vaga araluense!

Sacudió el brazo chorreando cerca de la cara de la chica mientras la sujetaba con la otra mano. Evanlyn pudo oír el flujo de su respiración a través de las fosas nasales y percibir el desagradable olor corporal del desaseado skandian.

—Lo siento —dijo ella de forma apresurada, estremeciéndose por el dolor mientras él le retorció más el brazo—. Pero tú le diste un golpe al cazo.

—Entonces es culpa mía, ¿verdad? ¡Yo te enseñaré a contestar a un skirl!

Con la cara roja de ira, alcanzó el látigo corto de tres colas que llevaba en el cinturón. Él lo llamaba su «estimulador», y decía usarlo con los remeros holgazanes, una afirmación que no creían aquellos que le conocían bien. De todos era sabido que no tenía el arrojo para golpear a un remero corpulento.

Una muchacha, sin embargo, era otra cuestión, especialmente ahora que estaba borracho y furioso.

La sala se quedó en silencio. En el exterior, el viento siempre presente sonaba como un lamento contra los tablones de la cabaña. En el interior, la escena pareció haberse quedado congelada por unos instantes, levemente iluminada por la inestable y ahumada luz del fuego y las lámparas de aceite repartidas por el comedor.

Erak, sentado enfrente de Slagor, maldijo para sus adentros. En la otra punta de la sala, Will dejó la pila de platos sin hacer ruido. Sus ojos, como los de todos los demás, se hallaban clavados en Slagor, en el malsano rubor etílico de su rostro y el rojo de sus ojos, y en la forma en que su lengua no dejaba de dispararse entre los dientes torcidos y sucios para humedecer sus gruesos labios. Desapercibido, el aprendiz de montaraz se quedó con uno de los cuchillos, uno pesado y con doble filo que se utilizaba para cortar porciones de tocino para la mesa. Con alrededor de unos veinte centímetros de longitud, no era muy distinto de un saxe pequeño, un cuchillo que a él le resultaba más que familiar después de todas sus horas de entrenamiento con Halt.

Entonces, por fin, habló Erak. Su voz era grave y tenía un tono moderado. Aquel hecho, por sí solo, hizo que su tripulación se incorporase y prestase atención. Cuando Erak bravuconeaba y voceaba, solía estar de broma. Ellos sabían que cuando estaba serio y hablaba bajo era cuando resultaba más peligroso.

—Suéltala, Slagor —dijo.

Slagor le puso mala cara, furioso por aquella orden y el seguro tono de mando que había tras ella.

—¡Me ha escaldado! —gritó—. ¡Lo ha hecho a propósito y va a recibir su

castigo!

Erak alcanzó su copa y dio un largo trago de cerveza.

Cuando volvió a hablar, adoptó un aire de cansancio y aburrimiento con el skirl.

—Te lo voy a decir una vez más. Suéltala, es mi esclava.

—Los esclavos requieren disciplina —dijo Slagor mientras lanzaba un rápido vistazo al comedor—. ¡Todos hemos visto que tú no estás dispuesto a hacerlo, así que ya va siendo hora de que alguien lo haga por ti!

Al sentir su distracción, Evanlyn intentó librarse de su agarre, pero él notó el movimiento y la sujetó con facilidad. Varios de los tripulantes del *Colmillo*, los que estaban más borrachos, corearon su acuerdo con aquellas palabras.

Erak vaciló. Podía inclinarse hacia delante y dejar a Slagor sin sentido de un golpe, sin más; pero con aquello no bastaría. Todos los presentes sabían que podía vencer a Slagor en una pelea y hacerlo no demostraría nada. Estaba cansado, harto de aquel hombre y deseaba humillarlo y avergonzarlo. Slagor no se merecía menos, y Erak sabía cómo conseguirlo.

Suspiró como si estuviera harto de todo aquel tema, se inclinó hacia delante sobre la mesa y habló despacio, como si se dirigiese a un ser sin uso de razón, lo cual, pensaba, era un resumen bastante bueno de las capacidades mentales de Slagor.

—Slagor, he pasado por una campaña muy dura y estos dos son mi único beneficio. No permitiré que seas el responsable de la muerte de uno de ellos.

Slagor se rió con crueldad.

—Has sido blando con estos dos, Erak. Te estoy haciendo un favor. Y, además, una buena tanda de latigazos no va a matarla; tan sólo hará de ella alguien más obediente en el futuro.

—Yo no hablaba de la chica —dijo Erak, impasible—. Me refería al muchacho.

Hizo un gesto con la cabeza apuntando hacia el otro lado de la sala, donde Will se hallaba en pie, entre las sombras titubeantes. Slagor siguió su mirada, al igual que el resto.

—¿El muchacho? —Frunció el ceño sin entenderlo—. No tengo ninguna intención de hacerle daño.

Erak asintió varias veces.

—Eso ya lo sé —replicó—, pero si tocas a la chica con ese látigo tuyo, lo más probable es que él te mate; y entonces yo tendré que matarle a él como castigo. Y me temo que no estoy en condiciones de perder tanto dinero, así que suéltala.

Algunos de los skandians ya estaban riéndose con la intervención de Erak, realizada en un tono de lo más tranquilo y natural. Incluso se unieron los tripulantes del *Colmillo*.

Slagor arrugó y juntó las cejas en un gesto de ira. Odiaba ser el blanco de las burlas de Erak, y él, como la mayoría de los demás, pensaba que el jarl estaba simplemente menospreciándole al pretender que el muchacho canijo de Araluen tuviera posibilidad alguna de vencerle en una pelea.

—Has perdido la cabeza, Erak —dijo con aire despectivo—. El muchacho es casi tan peligroso como un ratón silvestre. Podría partirlo por la mitad con una sola mano.

Realizó un gesto con la mano que tenía libre, la que no estaba sujetando el brazo de Evanlyn.

Erak le sonrió. No había el menor rastro de humor en su sonrisa.

—El chico podría matarte antes siquiera de que dieras un paso hacia él —le dijo.

Había en su voz tal calma y seguridad que dejaba patente que no bromeaba. Toda la habitación la sintió y permaneció muy en silencio. Slagor la notó también. Frunció el ceño mientras intentaba dar con una forma de salir de aquello. El alcohol le había nublado el pensamiento; allí había algo que se le estaba escapando. Comenzó a hablar, pero Erak alzó una mano para detenerlo.

—Supongo que no podemos hacer que te mate de verdad para demostrarlo —dijo con un tono de lamento por aquel hecho.

Recorrió el comedor con la mirada y los ojos se le iluminaron al dar con un pequeño barrilete de *brandy*, medio vacío, en el extremo más alejado de la mesa. Lo señaló con un gesto.

—Svengal, trae aquí ese barrilete —pidió Erak. Su segundo de a bordo puso una mano sobre el barril y lo mandó deslizando sobre la mesa tosca hasta su capitán. Erak lo examinó con ojo crítico—. Slagor, esto es más o menos del tamaño de tu cabezota —dijo con una ligera sonrisa. Tomó entonces su cuchillo, que se encontraba sobre la mesa, y talló rápidamente dos muescas de color más claro en la madera oscura del barril—. Y digamos que éstos son tus ojos.

Empujó el barril por la mesa y lo llevó junto a Slagor, tocando casi con su codo. Un murmullo de expectación recorrió la sala mientras los hombres miraban y se preguntaban dónde iría a parar todo aquello. Sólo Svengal y Horak, quienes habían estado a las órdenes de Erak en el puente, podían tener una ligera idea de lo que se proponía el jarl. Sabían que el muchacho era un aprendiz de montaraz; habían visto con sus propios ojos que se trataba de un adversario respetable. Pero allí no había ningún arco y ellos no habían visto lo que sí había visto Erak: el cuchillo que Will sostenía oculto en su brazo derecho.

—Bueno, chico —prosiguió Erak—, esos ojos están un poco juntos, pero también lo están los de Slagor —se produjo una oleada de risas entre los skandians, y Erak entonces se dirigió a ellos de manera directa—. Vamos todos a observarlos con detenimiento a ver si aparece algo entre ellos, ¿de acuerdo?

Y conforme decía aquello, hizo como que miraba con mucha atención el barril sobre la mesa. Fue casi inevitable que casi todos los demás presentes siguiesen su ejemplo. Will dudó por un instante, pero tuvo la sensación de que podía confiar en Erak. El mensaje que el líder de los skandians le estaba enviando era absolutamente claro. Veloz, echó el brazo hacia atrás en un movimiento de revés y lanzó el cuchillo dando vueltas a través de la habitación.

Se produjo un resplandor fugaz cuando el destello rojo del fuego y las lámparas

de aceite se reflejó en la hoja, que iba dando vueltas. Entonces, con un ruido sordo, la afilada hoja se incrustó en la madera, aunque no de forma exacta en el punto medio entre las dos muescas talladas. El barril se deslizó no menos de diez centímetros hacia atrás por la fuerza del impacto.

Slagor dejó escapar un grito de asombro y se apartó de un respingo. Sin darse cuenta, soltó el brazo de Evanlyn y la muchacha se alejó de él con rapidez. A continuación, en cuanto Erak le hizo un rápido gesto con la cabeza en dirección a la puerta, ella huyó de la sala, desapercibida entre la confusión.

Se produjo un momento de griterío por la sorpresa; entonces Erak comenzó a reírse y a aplaudir aquella excelente puntería. Incluso los hombres de Slagor acabaron por unirse cuando el skirl se quedó sentado fulminando con la mirada a los que le rodeaban. No era muy popular, sus hombres sólo le seguían porque tenía los suficientes medios para proveer un barco para las partidas de saqueo. En ese momento, varios de ellos imitaban el gañido estridente que había dejado escapar cuando el cuchillo se incrustó en el barril.

Erak se levantó del banco y rodeó la mesa al tiempo que hablaba.

—Ya lo ves, Slagor, si el muchacho hubiera apuntado a la cabeza de madera equivocada, sin duda estarías muerto ahora mismo y yo tendría que matarle en castigo.

Se detuvo cerca de Will, con una sonrisa hacia Slagor mientras que el skirl se hallaba medio agazapado en el banco, a la espera de lo siguiente que pudiese ocurrir.

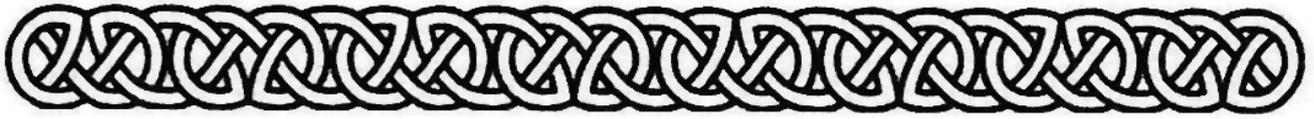
—Con lo que ha pasado —prosiguió Erak—, simplemente tengo que reprenderle por atemorizar a alguien tan importante como tú.

Y, antes de que Will viese venir el golpe, Erak soltó un sopapo de revés con el puño contra uno de los lados de la cabeza del muchacho, que cayó al suelo sin sentido. Miró a Svengal e hizo un gesto hacia la figura inconsciente tendida sobre el basto suelo de madera de la cabaña.

—Tira a este mocoso irreverente en su cuchitril —le ordenó. A continuación, dio la espalda a la sala y salió al aire de la noche.

En el exterior, al aire libre, frío y limpio, levantó la vista. No había nubes en el cielo. El viento aún soplaba, pero ahora se había moderado y había cambiado hacia el este. Los vendavales de verano habían finalizado.

—Ya es hora de que salgamos de aquí —le dijo a las estrellas.



Dieciséis

El combate, si es que se le podía llamar así, no duró más de unos pocos segundos.

Los dos jinetes armados clavaron las espuelas en la dirección del oponente. Los cascos de sus caballos tronaban sobre la superficie sin pavimentar del camino, a su paso levantaban terrones de arena que daban vueltas en el aire y el polvo se elevaba en una columna que señalaba su recorrido.

El caballero gálico llevaba tendida la lanza, y entonces Halt pudo ver el fallo que Horace había detectado en la técnica de su rival. Con una sujeción tan tensa de partida, la punta de la lanza temblaba y oscilaba con el movimiento del animal. Una sujeción más ligera del arma, más flexible, habría mantenido la punta centrada en su objetivo. Tal y como la llevaba, la lanza subía, bajaba y temblaba con cada una de las zancadas del caballo.

Horace, por el contrario, cabalgaba relajado con la espada apoyada en el hombro y prefería preservar las fuerzas para cuando llegase el momento de la verdadera acción.

Se aproximaban el uno al otro por el lado del escudo, como era lo normal. Halt esperaba en cierto modo ver a Horace repetir la maniobra que había utilizado contra Morgarath y que desviase su caballo hacia el otro lado en el último momento; sin embargo, el aprendiz continuó su avance manteniendo la línea de ataque. Cuando se encontraba apenas a tres metros de distancia, desplazó la espada en un arco descendente partiendo de su posición de descanso, de forma que la punta describió un círculo en el aire, y entonces, conforme la punta de la lanza se acercaba al escudo de Horace, la espada, aún en su movimiento circular, impactó de lleno contra la lanza y la levantó para que pasase por encima de la cabeza del muchacho.

Pareció engañosamente fácil, pero, según observaba, Halt se percató de que el muchacho tenía una maestría innata para las armas. El caballero, preparado para el impacto que esperaba de su lanza contra el escudo de Horace, se encontró de repente con que el cuerpo se le iba hacia delante al no tener resistencia alguna. Se tambaleó con la sensación de que se caía de la silla. En un intento desesperado por puro instinto

de supervivencia, se agarró de la perilla de su montura.

Tuvo la mala fortuna de hacerlo con la mano derecha, la misma que estaba intentado también mantener el control de la torpe y pesada lanza. Con la punta hacia arriba por el giro de la espada de Horace, la lanza describía ahora un enorme arco por sí sola. No fue capaz de mantener el equilibrio y manejar la lanza a la vez, y del interior del yelmo surgió el sonido apagado de una maldición cuando se vio forzado a dejar caer la lanza.

Enfurecido, palpó a ciegas en busca de la empuñadura de su espada en un intento por liberarla de su vaina para la segunda pasada.

Desafortunadamente para él, sólo habría una pasada.

Halt hizo un gesto con la cabeza en silenciosa admiración cuando Horace, una vez que la lanza había quedado fuera de combate, tiró al instante de *Kicker* que se detuvo encabritado, y con las rodillas y la mano del escudo a las riendas hizo que el caballo girase sobre sus cuartos traseros antes de que el caballero hubiese terminado de pasarle de largo.

La espada, que aún dibujaba aquellos fáciles círculos que mantenían la muñeca suelta y ligera, describió entonces un giro horizontal más e impactó contra la parte trasera del yelmo de su rival con un fuerte tañido metálico.

Halt hizo una mueca de dolor al imaginarse cómo debía de haber sonado aquello en el interior del tiesto de acero. Era demasiado esperar que un solo golpe atravesase el metal resistente. Conseguir aquello requeriría una serie de golpes fuertes, pero causó una buena abolladura en el yelmo, y la sacudida del golpe se transmitió del acero al cráneo del caballero que lo portaba.

Sus ojos, fuera del alcance de la vista de los dos araluenses, se tornaron vidriosos, se desenfocaron, bizquearon y volvieron por fin a su posición.

Entonces, muy despacio, se fue cayendo de la silla hacia un lado, golpeó contra el camino de tierra y se quedó allí tumbado, inmóvil. Su caballo continuó al galope durante unos pocos metros más y, cuando notó que ya nadie lo espoleaba, aminoró el ritmo hasta seguir de paseo, bajó la cabeza y comenzó a pastar de la hierba alta junto al camino.

Horace volvió despacio, con su caballo al trote, y se detuvo a la altura del lugar donde se encontraba el caballero, despatarrado en medio del camino.

—Ya te dije que no era muy bueno —se dirigió con mucha seriedad a Halt.

El montaraz, que se enorgullecía de su habitual aire taciturno, no pudo evitar que una amplia sonrisa apareciese en su rostro.

—Bueno, quizás no lo sea —le dijo al joven serio que se hallaba ante él—. Pero tampoco cabe duda de tu notable eficiencia.

Horace se encogió de hombros.

—Es para lo que estoy entrenado —respondió de forma simple.

Halt pudo ver que aquel muchacho no tenía ni un solo pelo de fanfarrón. La Escuela de Combate había tenido, sin duda, muy buen efecto sobre él. Hizo un gesto

hacia el caballero, que entonces comenzaba a recobrar el sentido. Realizaba pequeños movimientos débiles y descoordinados con los brazos y las piernas, lo cual le daba el aspecto de un cangrejo medio muerto.

—También es para lo que se supone que él está entrenado —le contestó, y añadió—: Bien hecho, joven Horace.

El muchacho enrojeció de satisfacción ante el halago de Halt. Sabía que el montaraz no era muy dado a ofrecer cumplidos en vano.

—Y entonces, ¿qué hacemos con él ahora? —preguntó señalando con la punta de la espada a su enemigo caído. Halt se deslizó rápidamente de la silla de montar y se acercó al hombre.

—Deja que yo me ocupe de eso —dijo—. Será un verdadero placer.

Agarró al hombre por un brazo y tiró de él hasta dejarlo sentado. El caballero, aturdido, farfulló dentro del yelmo. Ahora que tenía tiempo para fijarse en los detalles, Horace pudo ver cómo las puntas del bigote se salían por fuera de ambos lados del visor cerrado.

—Mushas ggasias, seniog —murmuró de forma incoherente el caballero en tanto que Halt lo colocaba, sentado, en una posición más o menos erguida. Escarbaba con los pies en el camino para intentar levantarse, pero Halt le empujó para sentarlo de nuevo, sin mucha cortesía.

—De eso nada, gracias —dijo el montaraz. Extendió la mano bajo la barbilla del hombre y Horace se dio cuenta de que llevaba el más pequeño de sus dos cuchillos en ella. Por un instante, horrorizado, el muchacho creyó que Halt pensaba cortarle el cuello. Entonces, con un hábil golpe de muñeca, cortó la cinta de cuero que le sujetaba el yelmo en la cabeza. Una vez cortada, Halt tiró del yelmo y lo arrojó a los arbustos de la cuneta. El caballero soltó un quejido de dolor cuando las puntas de su bigote de un tirón quedaron libres del visor, aún cerrado.

Horace envainó su espada, seguro por fin de que el caballero no era ya una amenaza. Por su parte, el guerrero derrotado miraba con cara de solemnidad a Halt y a la figura que se elevaba por encima de ellos dos, a caballo. Aún veía borroso.

—Continuaguemos el combate a pie —afirmó con tembleque.

Halt le propinó una buena palmada en la espalda y de nuevo sus ojos se pusieron a dar vueltas.

—Y un cuerno. Os han derrotado, amigo mío. Os han tumbado en buena lid. *Sir* Horace, caballero de la Orden de la *Feuille du Chêne*, ha accedido a perdonaros la vida.

—Oh... Ggasias —dijo tembloroso y haciendo un vago gesto de salutación en dirección a Horace.

—No obstante —prosiguió Halt, que dejaba traslucir en su voz un adusto tono de divertimento—, bajo las normas de la caballería, vuestras armas, armadura, caballo y otras pertenencias quedan a disposición de *sir* Horace.

—¿Es así? —preguntó Horace con una cierta incredulidad.

Halt asintió.

—Así es.

El caballero intentó levantarse una vez más pero, igual que antes, Halt lo mantuvo sentado.

—Pego seniog... —protestó de forma débil—. ¿Mis agmas y mi agmaduga? No puede ser ciego.

—Lo es —replicó Halt. El rostro del hombre, que ya se encontraba pálido y tembloroso, se tornó aún más pálido cuando fue consciente del verdadero alcance de lo que el extraño de la capa gris le estaba diciendo.

—Halt —interrumpió Horace—. ¿No estará un poco indefenso sin sus armas... ni su caballo?

—Sí, ya lo creo que estará indefenso —fue la satisfecha respuesta—, lo cual hará que para él sea mucho más difícil aprovecharse de los inocentes viajeros que quieran cruzar este puente.

Horace lo entendió todo.

—Ah —dijo pensativo—, ya veo.

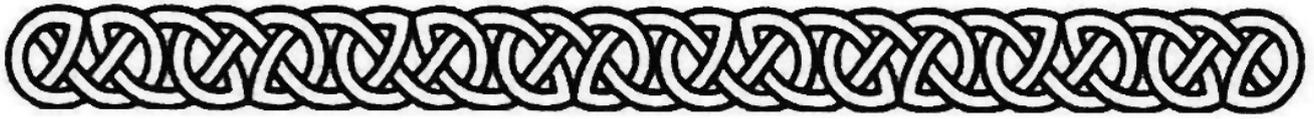
—Exacto —dijo Halt dedicando una mirada significativa al muchacho—. Has aprovechado bien el día, Horace. Mira —añadió—, apenas te ha llevado dos minutos hacerlo, pero mantendrás a este depredador fuera de combate y harás que este camino sea un poco más seguro para la gente de los alrededores. Y, por supuesto, ahora tendremos una cota de malla completa bastante cara, una espada, un escudo y un caballo con muy buen aspecto para venderlos en el próximo pueblo por el que pasemos.

—¿Estás seguro de que eso está en las normas? —preguntó Horace, y Halt le devolvió una amplia sonrisa.

—Oh sí, es del todo justo y legítimo. Él lo sabía. Simplemente, debería haber tenido más cuidado antes de desafiarnos. Ahora, majete —le dijo al caballero alicaído que se hallaba sentado a sus pies—, vamos a ver cómo te quitamos esa cota de malla.

De mala gana, el aturdido caballero comenzó a cumplir. Halt dedicó una sonrisa a su joven acompañante.

—Está empezando a gustarme Gálica mucho más de lo que esperaba —dijo.



Diecisiete

Dos días más tarde, el *Wolfwind* zarpó del puerto de Skorghijl y viró al noreste rumbo a Skandia. Slagor y sus hombres se quedaron atrás, afrontando la tarea de realizar reparaciones provisionales en su barco, antes de llevarlo renqueante de vuelta a puerto. Los daños que tenía eran demasiado graves para continuar hacia el oeste rumbo a la temporada de saqueos. La decisión de Slagor de dejar el puerto tan pronto estaba resultando ser costosa.

El viento, que durante semanas había soplado del norte, había cambiado ahora y provenía del oeste, lo cual permitía a los skandians desplegar la vela mayor. El *Wolfwind* surcaba las aguas de color gris con facilidad y su estela se expandía tras su paso. El movimiento resultaba tonificante y liberador según las millas se sucedían y pasaban bajo la quilla de la nave, y el ánimo de la tripulación se elevaba conforme se aproximaban a su patria.

Sólo Evanlyn y Will eran incapaces de compartir el aire de optimismo general. Skorghijl había sido un sitio deprimente, yermo e inhóspito; pero al menos los meses transcurridos allí habían pospuesto el momento en que los separarían. Sabían que iban a venderlos como esclavos en Hallasholm y tenían todas las posibilidades de acabar con amos diferentes.

Will había intentado una vez animar a Evanlyn al respecto de su posible separación.

—Dicen que Hallasholm no es un sitio muy grande —le dijo—, así que, aunque nos separemos, aún tendremos la posibilidad de vernos. Al fin y al cabo, no pueden pretender que trabajemos veinticuatro horas al día, siete días a la semana.

Evanlyn no le había respondido. Hasta el momento, su experiencia con los skandians le decía que aquello era exactamente lo que se podían esperar.

Erak había notado el silencio y el aire melancólico que se había apoderado de ellos y sintió una punzada de compasión. Se preguntaba si no habría forma de asegurarse de que permaneciesen juntos.

Por supuesto, siempre se los podría quedar él como esclavos, pensó, pero Erak no tenía una verdadera necesidad de esclavos para su servicio. Como líder militar de los

skandians, vivía en los barracones de los oficiales, donde los ordenanzas atendían sus necesidades. Si se quedaba a los dos araluenses para sí, tendría que pagar su alimentación y su ropa; y se tendría que responsabilizar de ellos también. Descartó la idea sacudiendo la cabeza con irritación.

—Al infierno con ellos —masculló con ferocidad al tiempo que se los quitaba de la cabeza, se concentraba en mantener el barco en su rumbo perfecto y, con el ceño fruncido en un gesto fiero, miraba la aguja de piedra imantada que flotaba en un cuenco situado junto al timón, dispuesto sobre un sistema de aros concéntricos que servían para mantenerlo siempre horizontal.

Avistaron tierra en el vigésimo día de navegación, la costa de Skandia, en el punto exacto en el que Erak había previsto que aparecerían. A decir de las miradas de admiración que los hombres dedicaban al jarl, Will supuso que aquello era una hazaña considerable.

A lo largo de los siguientes días, fueron bordeando la costa a poca distancia de ésta, hasta que Evanlyn y Will pudieron distinguir más detalles. Daba la impresión de que los altos acantilados y las montañas cubiertas de nieve eran el paisaje dominante de Skandia.

—Ha cogido la corriente de Loka a la perfección —les dijo Svengal mientras se preparaba para subir al puesto de vigía, en la cruceta del mástil.

El alegre segundo de a bordo había desarrollado un cierto aprecio por Will y Evanlyn. Él sabía que sus vidas como esclavos iban a ser duras y penosas, e intentaba compensarlo con algunas palabras amistosas siempre que era posible. Desafortunadamente, su siguiente comentario, con una intención amable, resultó de poco consuelo tanto para Evanlyn como para Will.

—Qué bien —dijo asiendo una driza para trepar hasta lo alto del mástil—, estaremos en casa en unas dos o tres horas.

Al final, resultó que se había equivocado. El barco de los skandians, a remo de nuevo en la última parte, se deslizó a través de la espesa niebla que envolvía la bocana del puerto de Hallasholm apenas una hora y cuarto después. Evanlyn y Will permanecían de pie y en silencio en la zona central del barco cuando la ciudad de Hallasholm apareció ante sus ojos, como salida de entre la niebla.

No era un sitio muy grande. Enclavada al pie de unas elevadas montañas revestidas de pinos, Hallasholm estaba formada, quizás por unas cincuenta edificaciones, todas ellas de una sola planta y todas, en apariencia, hechas de troncos de pino y con tejados de una mezcla de paja y hierba.

Las edificaciones se apiñaban alrededor del límite del puerto, donde al menos una docena de barcos skandians se hallaban amarrados en embarcaderos o metidos en tierra, escorados sobre un costado mientras los hombres trabajaban en el casco, librando una batalla eterna contra los parásitos marinos que constantemente se

comían las planchas de madera. El humo ascendía en volutas de la mayoría de las chimeneas y el aire frío estaba cargado del embriagador aroma de los troncos de pino en el fuego.

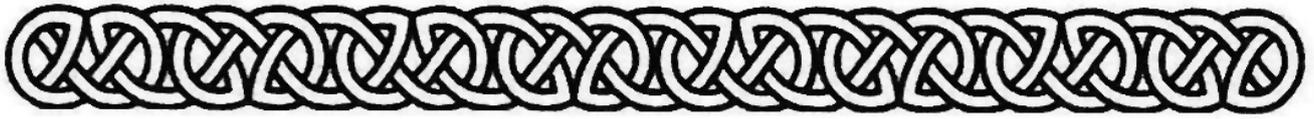
El edificio principal, el Gran Salón de Ragnak, estaba construido con los mismos troncos de pino que el resto de las casas de la ciudad, pero era más grande, más largo y más ancho, y tenía un tejado puntiagudo que le permitía elevarse por encima de sus vecinos. Se encontraba en el centro de Hallasholm, dominando el paisaje, rodeado por un foso sin agua y una empalizada: más pinos, pensó Will. Resultaba obvio que los pinos eran el material de construcción más a mano en Skandia. Un camino largo y ancho conducía hasta la puerta de la empalizada desde el muelle principal.

Observando la ciudad con el agua cristalina del puerto de por medio, Will se dijo que las casas bien ordenadas, con aquellas enormes montañas cubiertas de nieve que se alzaban a su espalda, le parecerían muy hermosas en otro momento y en unas condiciones distintas.

Sin embargo, ahora mismo no era capaz de ver nada que le resultase atractivo de su nuevo hogar. Mientras los dos jóvenes miraban, una nieve ligera comenzó a caer a su alrededor.

—Me parece que aquí va a hacer frío —dijo Will en voz baja.

Sintió cómo la mano helada de Evanlyn trepaba por la suya. La apretó con suavidad, con la esperanza de transmitirle una sensación de aliento. Una sensación totalmente contraria a lo que él mismo sentía en aquel instante.



Dieciocho

— **Y**a te dije que el símbolo de tu escudo nos haría más fácil el viaje — comentó Halt a Horace.

Cabalgaban relajados sobre sus sillas, Halt con una pierna subida y apoyada en la perilla de su montura, mientras veían cómo el caballero gálico que les cortaba el acceso a un cruce clavaba las espuelas en su caballo y se alejaba al galope en busca de la seguridad del siguiente pueblo. Horace bajó la vista para mirar el emblema con una hoja verde de roble que Halt había pintado en su sobrio escudo.

—Sabes que no tengo verdadero derecho a un escudo de armas hasta haber sido nombrado caballero —le dijo con un leve tono desaprobatorio.

La formación de Horace con *sir* Rodney había sido bastante estricta y a veces tenía la sensación de que Halt no prestaba la suficiente atención a la etiqueta en el comportamiento de los caballeros. El barbudo montaraz le miró de reojo y se encogió de hombros.

—En realidad —señaló— tampoco puedes entrar en combate con ninguno de estos caballeros hasta que seas debidamente nombrado como tal, pero no me ha parecido que eso te detuviese.

Desde su primer encuentro en el puente y en media docena de ocasiones, los dos viajeros habían recibido el alto por parte de bandoleros con armadura que guardaban encrucijadas, puentes y pasos estrechos. Todos ellos habían sido despachados con despectiva facilidad por el joven y musculoso aprendiz, y Halt se había visto bastante impresionado por la habilidad y capacidad natural del muchacho. Uno detrás de otro, Horace había descabalgado de la silla a los guardianes de los caminos, al principio con unos pocos golpes de su espada lanzados con destreza y, más recientemente, después de haber confiscado una lanza buena, robusta y con un equilibrio y un tacto que le gustaban, lo hacía con una terrible carga que arrancaba de la silla a su oponente y lo mandaba volando varios metros por detrás de su caballo al galope. Hasta el momento, los dos viajeros habían reunido una buena cantidad de armas y armaduras que llevaban sujetas a las sillas de los caballos que habían capturado. Halt pretendía venderlo todo, armas, armaduras y caballos, en el siguiente pueblo de un

cierto tamaño al que llegasen.

A pesar de toda su admiración por la habilidad de Horace, e incluso del hecho de sentir una adusta satisfacción al ver a aquellos buitres matones fuera de combate, Halt renegaba de los continuos retrasos que éstos generaban en su viaje. Incluso sin ellos, ya habría resultado difícil para Horace y él alcanzar la lejana frontera con Skandia antes de que las primeras tormentas de nieve del invierno la hiciesen infranqueable. Por eso, cinco noches antes, cuando acamparon en los establos medio en ruinas de una granja abandonada, Halt anduvo rebuscando entre los montones de herramientas viejas y oxidadas y de sacos podridos hasta que desenterró un bote pequeño de pintura verde y un pincel reseco. Con ambos, dibujó en el escudo de Horace un emblema con una hoja de roble. El resultado había sido el que él esperaba. La reputación de *sir* Horace de la Orden de la Hoja de Roble les había precedido. Ahora, la mayoría de las veces, cuando los caballeros apostados les veían acercarse, daban media vuelta y huían ante la vista del emblema en el escudo de Horace.

—No puedo decir que lamente ver cómo huye —comentó Horace mientras daba un suave toque a *Kicker* para que avanzase hacia el ahora desierto cruce—. No tengo curado el hombro del todo.

Su anterior oponente había resultado considerablemente más hábil que la media de los salteadores de caminos. Sin miedo ante el emblema de la hoja de roble en el escudo y, obviamente, sin que le importase la reputación de Horace, se había lanzado al combate con entusiasmo. La lucha duró varios minutos, y en el transcurso de la contienda un golpe de su maza había rebotado en el borde superior del escudo de Horace y se había desviado hacia el brazo.

Por suerte, el escudo había absorbido gran parte de la fuerza del golpe, pues de otro modo, con toda probabilidad, Horace tendría ahora el brazo roto. Tal y como ocurrió, le salió un gran moratón, y aún no tenía toda la movilidad que le hubiera gustado en el brazo y en el hombro.

Apenas medio segundo después de que la maza hubiera causado aquel daño, un golpe de revés de la espada de Horace resonó con un fuerte estruendo metálico contra la parte frontal del yelmo de su oponente, produjo una profunda hendidura y mandó al caballero al suelo del bosque, inconsciente y con una fuerte conmoción.

En este momento, Horace sentía el alivio de no haberse visto obligado a combatir desde entonces.

—Pasaremos la noche en el pueblo —dijo Halt—. Podemos conseguir algunas hierbas y te prepararé una cataplasma para ese brazo tuyo.

Había advertido que el muchacho estaba forzando el brazo y, aunque Horace ni siquiera se había quejado, resultaba obvio que le estaba causando un dolor considerable.

—Eso me gustará —dijo Horace—. Una noche en una cama de verdad será un cambio agradable después de dormir en el suelo durante tanto tiempo.

Halt bufó con sorna.

—Es evidente que la Escuela de Combate ya no es lo que era —replicó—. Es genial que un viejo como yo pueda dormir cómodo a la intemperie mientras que un jovencito se queda todo tieso y reumático.

Horace se encogió de hombros.

—Sea como sea —le respondió—, me va a seguir pareciendo agradable dormir esta noche en una cama.

En realidad, Halt era del mismo parecer, pero no iba a permitir que Horace lo supiese.

—Quizás debemos darnos prisa y meternos en una bonita y cómoda cama antes de que las articulaciones se te agarroten por completo.

Y espoleó a *Abelard* a un paso de medio galope. Tras él, *Tirón* aumentó su ritmo al instante hasta igualarlo. Horace, sorprendido y dificultado por los caballos capturados que iba guiando, tardó un poco más en llegar a su altura.

La hilera de caballos de combate, cargados con armadura y armas, levantó cierto interés en el pueblo conforme iban recorriendo las calles. Una vez más, Horace se dio cuenta de que la gente se apartaba corriendo del paso de su caballo, sintió sobre sí miradas furtivas y en más de una ocasión escuchó la expresión «*chevalier du chêne*» en susurros al pasar entre la gente. Miró a Halt con curiosidad.

—¿Qué es eso que dicen? ¿Por qué me llaman «nene»? —le preguntó. Halt señaló el símbolo de la hoja de roble en el escudo que pendía de la silla de montar de Horace.

—No dicen «nene» —le contó al joven guerrero—, dicen *chêne*. En su lengua significa roble. Están hablando de ti: el caballero del roble. Al parecer, tu fama se ha extendido.

Horace frunció el ceño. No estaba seguro de si aquello le agradaba o no.

—Esperemos que eso no cause problemas —dijo con incertidumbre. Halt, simplemente, se encogió de hombros.

—¿En un pueblo pequeño como éste? Es poco probable. Más bien al contrario, esperaría yo.

Sí que se trataba de un pueblo pequeño, apenas más grande que una aldea, de hecho. La calle principal era estrecha, casi no había sitio para que sus dos caballos fueran en paralelo. Los peatones se tenían que apretujar para quitarse de en medio; se metían en las callejuelas laterales para abrir paso a los jinetes y permanecían así mientras la hilera de caballos de combate y el sonido de sus cascos pasaban de largo.

La calle estaba sin pavimentar, un simple camino de tierra que enseguida se convertía en un espeso lodazal si se daba el caso de que lloviese. Las casas eran pequeñas, la mayoría de una sola planta, y parecían haber sido construidas a una escala algo inferior a la normal.

—Abre bien los ojos en busca de una posada —dijo Halt en voz baja.

Viajar con un compañero afamado resultaba una experiencia novedosa para Halt. En Araluen, él estaba acostumbrado a las sospechas, y a veces el temor, con que se

daba la bienvenida a la aparición de uno de los miembros del Cuerpo de Montaraces. Las capas moteadas con sus profundas capuchas eran una visión con la que estaban familiarizados los habitantes del reino. Aquí, en Gálica, Halt tuvo el placer de descubrir que el uniforme de los montaraces, junto con las armas que los distinguían, el arco y los dos puñales, parecían levantar poco o ningún interés.

Lo de Horace era algo completamente distinto. Resultaba obvio que su reputación les había precedido y la gente le observaba con el mismo aspecto de sospecha e incertidumbre al que Halt se había acostumbrado con los años. La situación resultaba bastante agradable para el montaraz. Llegado el caso de presentarse algún problema, el que la gente hubiese asumido que el principal peligro venía por parte del fornido joven de la armadura les proporcionaría a Horace y a él una clara ventaja.

El hecho era que el hombre canoso y más mayor, el que vestía la capa tan poco llamativa, era con mucho el enemigo potencial más peligroso.

—Allí arriba —dijo Horace, despertando a Halt de sus cavilaciones.

Siguió con la mirada la dirección que señalaba el muchacho y vio allí una edificación de mayor tamaño que las otras, con una segunda planta que, apoyada en unas irregulares vigas de roble a la altura del primer piso, se cernía de forma precaria sobre la calle. Un letrero desgastado se mecía suavemente con la brisa. Mostraba en una pintura desconchada una burda representación de un vaso de vino y una fuente con comida.

—No lances las campanas al vuelo en lo que respecta a esa cama blanda y maravillosa para esta noche —avisó Halt al aprendiz—. Es muy posible que hayamos dormido más cómodos en el bosque —lo que no añadió fue que casi con total seguridad habrían dormido en un sitio más limpio.

Al final resultó que había cometido una injusticia con la posada. Era pequeña y las paredes no eran del todo verticales, tenía los techos bajos y desiguales y las escaleras parecían inclinarse a un lado conforme los viajeros ascendían por ellas para inspeccionar la habitación que les habían ofrecido.

Por lo menos el lugar se encontraba limpio y la habitación tenía un gran ventanal acristalado que habían dejado abierto de par en par para que entrase la fresca brisa de la tarde. El olor de los campos recién arados llegó hasta ellos cuando se asomaron a mirar por encima de la desordenada masa de tejados puntiagudos del pueblo.

El posadero y su mujer eran ambos ancianos, pero al menos parecían afables y amistosos con sus dos huéspedes, en particular después de haber visto la colección de armas y armaduras apiladas sobre los caballos sin jinete que estaban alineados en el exterior de la posada. El joven caballero era, obviamente, un hombre de bienes, decidieron ellos; y también una persona de una considerable importancia, a juzgar por la forma en que dejaba todos los tratos en manos de su sirviente, ese tipo bastante hosco de la capa verde y gris. Asumir que la gente de noble cuna no se dignaba interesarse por temas comerciales como el precio de una habitación para pasar la noche encajaba con la idea que el posadero tenía del esnobismo.

Una vez comprobado que no había en el pueblo un mercado donde pudieran convertir el botín de sus capturas en dinero, Halt dejó que el mozo de la posada acomodase a sus caballos para la noche. Todos excepto *Abelard* y *Tirón*, por supuesto. Él se hizo cargo de ellos personalmente, y le complació ver que Horace hacía lo propio con *Kicker*.

Una vez se hubieron encargado de los animales, los dos compañeros volvieron a la habitación. La cena no estaría lista hasta una o dos horas más tarde, según les había contado la mujer del posadero.

—Emplearemos el tiempo en echarle un vistazo a ese brazo tuyo —le dijo Halt a Horace.

Agradecido, el joven se dejó caer en la cama y suspiró con satisfacción. Al contrario de las expectativas de Halt, las camas resultaron blandas y cómodas, con mantas gruesas y limpias y sábanas blancas recién puestas. A una señal de Halt, el muchacho se puso en pie y se quitó la cota de malla y la túnica por la cabeza con un ligero gruñido de dolor al tener que levantar el brazo hasta la altura del hombro para hacerlo.

El moratón se había extendido por todo el brazo y formaba un parcheado de colores en la piel, que iba desde el azul oscuro y negro hasta un feo color amarillento por los bordes. Halt examinó la zona amoratada con ojo crítico y palpó para asegurarse de que no había ningún hueso roto.

—¡Ay! —Soltó Horace mientras los dedos del montaraz palpaban y toqueteaban alrededor del moratón.

—¿Duele ahí? —preguntó Halt, y Horace le miró con exasperación.

—Pues claro que sí —dijo con brusquedad—. Por eso he dicho «ay».

—Mmm —murmuró Halt, pensativo.

Le tomó el brazo y se lo movió aquí y allá mientras Horace apretaba los dientes soportando el dolor. Al fin, incapaz de seguir aguantándolo más, dio un paso atrás y se soltó el brazo de la mano de Halt.

—¿Crees de verdad que vas a conseguir algo haciendo eso? —le preguntó en tono malhumorado—. ¿O simplemente estás pasándotelo bien haciéndome daño?

—Estoy intentando ayudar —dijo Halt sin alterarse. Fue a agarrarle el brazo de nuevo pero Horace se apartó.

—Quita las manos —le dijo—. Sólo estás toqueteando y clavándome los dedos, y yo no veo cómo se supone que ayuda eso.

—Únicamente intento asegurarme de que no tienes nada roto —le explicó Halt, pero Horace hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No tengo nada roto. Lo que tengo son unos moratones, eso es todo.

Halt hizo un impotente gesto de resignación. Abrió la boca para decir algo con la intención de tranquilizar a Horace y que viese que pretendía ayudarle, cuando le quitaron el tema de las manos, literalmente.

Un breve golpe sonó en la puerta cuando, antes siquiera de que el sonido se

hubiese apagado, ésta se abrió de golpe y la mujer del posadero entró en la habitación cargada de almohadas para las camas. Sonrió a ambos huéspedes, clavó a continuación los ojos en el brazo de Horace y se le borró la sonrisa, sustituida de inmediato por una mirada de preocupación maternal.

Soltó un torrente de expresiones en gálico que ninguno de los dos entendió y se desplazó a toda prisa hacia el muchacho, dejando caer las almohadas sobre la cama. Él se quedó vigilándola con suspicacia mientras ella alargaba la mano para tocarle el brazo lastimado. La mujer se detuvo, frunció la boca y le miró a los ojos de manera tranquilizadora. Satisfecho, el muchacho permitió que le examinase la lesión.

Y lo hizo con mucha suavidad, con un ligero tacto, casi imperceptible. Horace, sometido a sus cuidados, dirigía a Halt una mirada significativa. El montaraz torció el gesto y se sentó sobre la cama a observar. Finalmente, la mujer se apartó y, tomando a Horace por el brazo, le guió para que se sentase en el borde de la cama. Se volvió para dirigirse a los dos mientras señalaba el brazo dañado.

—No huesos rotos —dijo con inseguridad. Halt asintió.

—Eso pensaba yo —respondió, y Horace hizo un gesto desdeñoso. La mujer asintió un par de veces y prosiguió, escogiendo las palabras con mucho cuidado. Su dominio de la lengua de Araluen no era muy preciso, por decirlo de manera suave.

—Morado —dijo—. Grave morado. Necesita... —vaciló en busca de la palabra y entonces dio con ella—. Hierbas... —hizo un gesto como si frotase, imitando el acto de restregar las hierbas al hacer una cataplasma—. Corto hierbas... poner aquí —tocó el brazo dañado una vez más. Con un asentimiento, Halt mostró que estaba de acuerdo.

—Bien —le dijo—, por favor, hacedlo —miró entonces a Horace—. Hemos tenido suerte —dijo—. Parece que sabe lo que hace.

—Quieres decir que yo he tenido suerte —replicó Horace con frialdad—. Si me hubiera quedado a tu merced, es probable que a estas alturas ya no tuviera brazo.

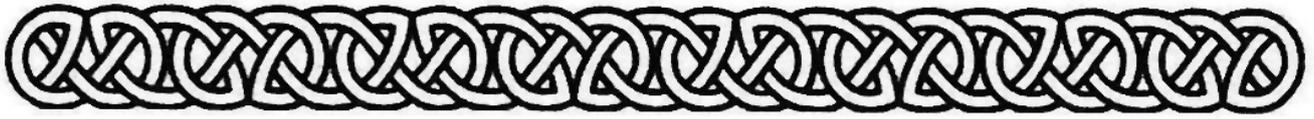
La mujer, que oía el tono de voz pero no entendía lo que decían, se apresuró a tranquilizarle y se puso a acariciarle la zona herida con la suavidad de una pluma mientras emitía sonidos de arrullo.

—Dos días... tres... no más morados. No más dolor —le decía en tono tranquilizador, y él le devolvió una sonrisa.

—Gracias, *madame* —dijo en el tono de cortesía que imaginaba que utilizaría un joven y galante caballero—. Siempre estaré en deuda con vos.

Ella le sonrió y, de nuevo con mímica, les indicó que se marchaba a buscar sus hierbas y medicinas. Horace se puso en pie y realizó una torpe reverencia conforme ella abandonaba la habitación con una risita tonta para sí.

—Por-fa-vooor —dijo Halt a la vez que elevaba la vista al techo.



Diecinueve

El calor en el comedor de Ragnak era muy intenso. La gran cantidad de personas presentes y la gigantesca chimenea, que ocupaba uno de los extremos de la sala en casi toda su extensión, se combinaban para mantener la temperatura incómodamente cálida a pesar de la capa de nieve que se había depositado en el exterior.

Era una sala enorme, alargada y con el techo bajo, con dos mesas que se extendían a lo largo de la habitación y una tercera, la mesa presidencial de Ragnak, situada en sentido perpendicular a las otras dos, en el extremo opuesto al fuego. Las paredes estaban hechas de simples troncos de pino cortados y calafateados de manera tosca, y allá donde su forma desigual dejaba huecos entre unos y otros, tenían una mezcla de arcilla y barro seca, y endurecida como una roca.

El armazón del tejado estaba hecho a base de más troncos de pino formando ángulo, con una capa de juncos y paja que tenía casi un metro de espesor en ciertas zonas, sin revestimiento interior alguno, sostenida por unos listones de madera basta atados entre las vigas del techo.

El ruido de cerca de ciento cincuenta skandians borrachos comiendo, riendo y gritándose los unos a los otros resultaba ensordecedor. Erak miró a su alrededor y sonrió.

—Qué bien estar otra vez en casa.

Aceptó la invitación a otro tanque de cerveza a cargo de Borsa, el hilfmann de Ragnak. Mientras que éste era el oberjarl, el jarl supremo de todos los skandians, el hilfmann era un administrador que se ocupaba de la marcha cotidiana de la nación. Se aseguraba de que se plantasen las cosechas, se pagasen los impuestos, los saqueos se pusieran en marcha a tiempo y los patrones de los barcos calculasen de forma justa y pagasen de inmediato a Ragnak la parte que le correspondía de todos los botines de los saqueos: un cuarto de todo lo sustraído.

—Un mal negocio todo aquello, Erak —dijo. Estaban conversando acerca de la malhadada expedición a Araluen—. Nunca debimos comprometernos en una guerra a largo plazo. Eso no es lo nuestro, en absoluto. Estamos hechos para los saqueos:

entrar, agarrar el botín y salir de nuevo con la marea. Eso es lo que nos va. Siempre lo ha sido.

Erak asintió. Él había pensado lo mismo cuando Ragnak le asignó aquella expedición, pero el oberjarl no había estado en disposición alguna de escuchar su consejo.

—Por lo menos, Morgarath nos pagó por adelantado —prosiguió el hilfmann. Erak arqueó las cejas al oír aquello.

—¿Eso hizo? —Era la primera noticia que tenía. Había asumido que él y sus hombres combatían tan sólo por cualquier botín que pudiesen lograr y que, en ese sentido, la expedición había sido un completo fracaso, pero su acompañante asintió con énfasis.

—Oh sí, desde luego. Ragnak no tiene un pelo de tonto en lo referente al dinero. Cobró a Morgarath por tus servicios, y por el de todos tus hombres. A todos se os pagará vuestra parte.

Al menos, pensó Erak, sus hombres y él obtendrían algún fruto de aquellos últimos meses; pero Borsa seguía haciendo gestos negativos con la cabeza refiriéndose a la campaña de Araluen.

—¿Sabes cuál es nuestro mayor problema? —le dijo, y antes de que Erak pudiese responder, prosiguió—: Nosotros no tenemos nuestros propios generales o nuestros estrategas. Los skandians luchamos de forma individual y, en ese sentido, somos los mejores del mundo; pero cuando nos enrolamos como mercenarios, no tenemos nuestros propios planificadores que nos dirijan. Así que nos vemos obligados a confiar en idiotas como Morgarath.

Erak mostró su acuerdo con un movimiento afirmativo de la cabeza.

—Cuando estábamos en Araluen, yo ya dije que sus planes eran demasiado enrevesados, que se había pasado de listo.

Borsa le señaló con su grueso dedo índice y Erak se sorprendió ante su vehemencia.

—¡Y tenías razón! Podíamos utilizar a unos pocos que fuesen como esos montaraces araluenses —añadió.

—¿Lo dices en serio? —dijo Erak—. ¿Por qué les necesitamos?

—No me refiero a ellos de manera literal. Quiero decir gente como ellos. Gente entrenada para trazar planes y tácticas, con la capacidad de ver todo el escenario de lo que está pasando y sacar el mejor partido de nuestras tropas.

Erak debía reconocerle que algo de razón tenía, pero la mención de los montaraces había puesto sus pensamientos en Will y Evanlyn. Ahora veía una forma de solucionar el problema de encargarse de ellos.

—¿Te vendría bien un par de esclavos nuevos en el Gran Salón? —preguntó sin darle mucha importancia. Borsa asintió de inmediato.

—Los extras siempre vienen bien —dijo—. ¿Estás pensando en alguien en concreto?

—Un chico y una chica —le contó Erak. Pensó que era mejor no mencionar que Will era un aprendiz de montaraz—. Los dos fuertes, sanos e inteligentes. Los capturamos en la frontera de Céltica. Iba a venderlos para poder pagar algo a mi tripulación por todo este desastre, pero ahora, si dices que nos pagarán de todos modos, me gustaría entregártelos.

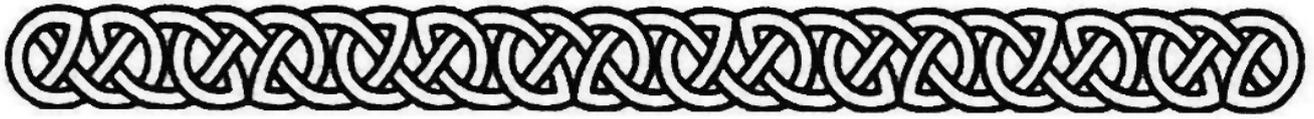
Borsa aceptó agradecido.

—Seguro que puedo darles alguna utilidad —respondió—. Envíamelos mañana.

—Hecho —dijo Erak, contento. Sentía que se había quitado de encima un molesto peso—. Bueno, ¿y dónde está esa jarra de cerveza?

Mientras Erak se hallaba decidiendo su futuro, Will y Evanlyn habían permanecido encerrados en una cabaña junto al muelle, cerca del lugar donde el *Wolfwind* se encontraba amarrado. A la mañana siguiente los despertó un skandian del personal de Borsa, que los condujo hasta el Gran Salón. Allí, el hilfmann los miró de arriba abajo y los examinó con mirada crítica. La muchacha era atractiva, pensó, pero no tenía el aspecto de haber llevado a cabo una gran cantidad de trabajo duro en su vida. El muchacho, por el contrario, estaba en forma y bien musculado, aunque era un poco corto de estatura.

—La muchacha puede ir al comedor y la cocina —le dijo a su ayudante—. Llevad al chico al patio.



Veinte

Una hora después de la puesta del sol, Halt y Horace salieron de su habitación y bajaron las escaleras hasta el bar de la posada para cenar.

La mujer del posadero había preparado un enorme puchero de sabroso estofado. Hervía a fuego lento, suspendido sobre la lumbre en la gran chimenea que dominaba uno de los lados de la sala. Una muchacha les sirvió unos cuencos grandes de madera con la comida humeante junto con unas curiosas barras de pan que tenían una forma que Horace no había visto hasta entonces. Eran muy largas y estrechas, de manera que presentaban más el aspecto de unos palos gruesos que de unas barras de pan, pero eran crujientes por fuera y deliciosamente ligeras y esponjosas por dentro; y, como tardó poco en descubrir el aprendiz, resultaron ser la herramienta ideal para rebañar la deliciosa salsa del estofado.

Halt había aceptado un gran vaso de vino tinto con la comida. Horace se había conformado con agua. Tras disfrutar de una gran porción de una maravillosa tarta de frutas del bosque, se sentaron frente a sendas tazas de un café excelente.

Horace se sirvió una buena cucharada de miel en su taza ante la reprobatoria mirada del montaraz.

—Estás matando el sabor del buen café —masculló Halt. Horace se limitó a sonreír. Ya empezaba a acostumbrarse a la fingida severidad del montaraz.

—Es una costumbre que copie de tu aprendiz —le respondió, y por un instante ambos guardaron silencio mientras pensaban en Will y se preguntaban qué habría sido de Evanlyn y de él, con la esperanza de que ambos se encontrasen sanos y salvos.

Halt rompió finalmente el aire meditabundo que se había apoderado de ellos y señaló con la cabeza en dirección a un pequeño grupo de lugareños sentados junto al fuego. Horace y él se habían colocado en una mesa en el fondo de la sala. Así lo hacía siempre Halt: mantenía la espalda contra una pared sólida, se sentaba donde pudiera ver toda la habitación y, al tiempo, él mismo pasaba relativamente desapercibido.

Mientras comían, el salón se había ido llenando de vecinos del pueblo, ya fuese

para cenar o para disfrutar de unas copas de vino o jarras de cerveza antes de dirigirse a sus hogares. En aquel momento, se había percatado Halt, uno de los presentes había sacado una gaita de dentro de su fardo y otro se encontraba trajinando con las clavijas de un instrumento que tenía ocho cuerdas y forma de calabaza.

—Parece que el espectáculo está a punto de empezar —le dijo a Horace.

Y conforme estaban hablando, el resto de la gente en el salón comenzó a acercar las sillas al fuego y a pedir rondas de bebida al posadero y a sus ayudantes.

El gaitero comenzó a tocar una composición triste, y el instrumento de cuerda rápidamente inició un contrapunto con pulsaciones rápidas y toques vibrantes con el fin de crear un trasfondo continuo y muy agudo para la melodía ascendente y descendente. El sonido de la gaita llenaba la sala con un aire furioso y lastimero, un lamento que llegaba a lo más profundo del alma y evocaba el recuerdo de los amigos que partieron hace mucho y de los tiempos pasados en la mente de los que escuchaban.

Según las notas reverberaban a través de la cálida sala, Halt mismo se descubrió recordando los largos días de verano en los bosques que rodeaban el castillo de Redmont; y a una figura pequeña y atareada que no dejaba de hacerle interminables preguntas y que había traído a su vida una nueva sensación de energía y de interés. En sus recuerdos podía ver el rostro de Will: el pelo alborotado por la capucha de su capa, sus ojos marrones brillantes y llenos de una irrefrenable capacidad para ver el lado divertido de las cosas. Recordaba cómo cuidaba de *Tirón*, recordaba el orgullo que el muchacho había mostrado ante la idea de tener su propio caballo y el lazo tan especial que se había formado entre ambos.

Quizás era porque Halt podía sentir los años caer sobre él a medida que las canas de su barba pasaban de ser la excepción a ser la norma, pero Will había dado a su vida un aire de juventud, de diversión y vitalidad, un aire que resultaba un bendito contraste frente a las oscuras y peligrosas sendas que un montaraz a menudo se veía obligado a recorrer.

Recordaba, también, la sensación de orgullo que había experimentado cuando Horace le contaba el modo en que Will había cargado sobre sus hombros la tarea de seguir a la columna de wargals en Céltica y cómo el muchacho había resistido sólo contra wargals y skandians mientras Evanlyn se aseguraba de que el fuego prendiese en el puente. En Will había algo más que un espíritu irrefrenable; había coraje, ingenio y lealtad. El muchacho habría sido un montaraz verdaderamente grande, pensó Halt, y entonces advirtió de golpe que había estado pensando en Will como si tal eventualidad ya no fuese posible. Los ojos se le humedecieron con lágrimas e, incómodo, cambió de postura. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que mostró signo externo alguno de emoción. Hizo un gesto de indiferencia. Will se merecía no menos que unas pocas lágrimas de un vejstorio canoso como él, pensó, y no realizó el menor movimiento para secárselas. Miró de reojo a Horace para ver si el muchacho se había dado cuenta, pero éste se hallaba extasiado con la música,

inclinado hacia delante sobre el banco que compartían, con los labios levemente separados y llevando el ritmo de manera inconsciente con un dedo sobre la mesa. Era mejor así, pensó Halt con una sonrisa atribulada para sí. Al chico no le serviría de nada verle deshacerse en lágrimas con los primeros acordes de una música triste. Se suponía que los montaraces, y en particular los exmontaraces traidores que habían insultado al rey, estaban hechos de otra pasta.

La música terminó por fin con un rugido de aplausos del público presente. Halt y Horace se unieron con entusiasmo y el montaraz utilizó ese momento para ocultar una pasada de su mano por los ojos y eliminar de ese modo todo rastro de las lágrimas.

Vio que el público estaba recompensando a los músicos con unas monedas que lanzaban al gorro que éstos habían dejado muy hábilmente boca arriba en el suelo y cerca de sí.

Empujó un par de monedas hacia Horace y le hizo una seña en dirección a los músicos.

—Échaselas —dijo—. Se las han ganado.

Horace asintió ilusionado y se levantó para cruzar la sala con la cabeza agachada bajo las pesadas vigas que aguantaban el techo. Tiró las monedas al gorro; fue el último del salón en hacerlo. El gaitero alzó la mirada, vio un rostro que no le resultaba familiar y le dirigió un gesto de agradecimiento. Comenzó entonces a insuflar aire de nuevo con el codo en el fuelle de la gaita y, una vez más, la evocadora voz del instrumento volvió a llenar la sala.

Horace vaciló, resistiéndose a moverse ahora que había empezado otra canción. Se giró para mirar hacia el lugar donde Halt se hallaba sentado en la sombra, se encogió de hombros y se aposentó sobre una mesa, en la esquina de un pequeño grupo de gente que rodeaba a los músicos.

Esta pieza tenía otro aire. Había en la melodía un sutil tono triunfal aumentado por los enérgicos acordes mayores del instrumento de cuerda, que en esta canción se oía más al frente. De hecho, las frágiles y susurrantes notas del instrumento con forma de calabaza no tardaron mucho en arrebatarle la voz cantante a la gaita y en hacer que los pies y las manos por todo el salón se pusieran a marcar el ritmo. En el rostro de Horace apareció una sonrisa de agrado y, cuando se abrió la puerta de la calle y una ráfaga de viento barrió el salón, él apenas se percató de la entrada de un recién llegado.

Otros, sin embargo, sí lo hicieron, y Halt, cuyos sentidos estaban bien afinados por los años de su vida en los que había pasado por situaciones de peligro, notó un cambio en el ambiente de la sala. Un aire de aprensión y casi de sospecha pareció hacerse con la gente agrupada en torno a los músicos.

Se produjo, incluso, una ligerísima duda en el transcurso de la melodía en el momento en que el gaitero levantó la vista y vio al hombre que había entrado. Apenas el salto más nimio en el ritmo, casi imperceptible, pero suficiente para que Halt lo

notase.

Miró al recién llegado. Un hombre alto, bien proporcionado, quizás unos diez años más joven que él. Pelo y barba negros y cejas muy pobladas y también negras que le daban un aspecto inquietante. Obviamente, no era uno más de entre los simples vecinos. Cuando abrió su capa hacia atrás, dejó ver una cota de malla cubierta por una sobrevesta negra con el emblema de un cuervo blanco.

La empuñadura de su espada resultaba llamativa en su cintura, labrada con hilo de oro y con un pomo del mismo metal que tenía un brillo apagado. Las botas altas de montar, de cuero blando, indicaban que se trataba de un guerrero y un jinete: un caballero, a juzgar por el emblema en su sobrevesta. Halt no tenía ninguna duda de que en el exterior de la posada encontraría atado un caballo de combate, muy probablemente negro azabache, según el color favorito del extraño.

Estaba claro que el recién llegado andaba buscando a alguien. Su mirada barrió el salón con rapidez pasando por alto a Halt, sin reparar en aquel personaje difuminado en el fondo de la sala, y se iluminaron por fin al posarse en Horace. Se le tensaron levemente las cejas e hizo para sí un gesto de asentimiento casi imperceptible. El muchacho, entusiasmado con la música, casi ni se había dado cuenta de la entrada del extraño y ahora no prestaba atención al escrutinio del que estaba siendo objeto.

Había otros en el salón que sí lo hicieron. Halt pudo ver la clara consciencia de la situación que mostraban el posadero y su mujer, mientras observaban a la espera de que los acontecimientos se desarrollasen. Y también varios de los lugareños daban claros signos de inquietud, señal de que hubieran preferido hallarse en cualquier otro sitio.

La mano de Halt se estiró debajo de la mesa en busca de su carcaj. Como siempre, sus armas se encontraban bien cerca, incluso cuando estaba cenando, y el arco apoyado contra la pared a su espalda ya estaba encordado. A continuación, extrajo una flecha del carcaj y la dejó ante sí, sobre la mesa, al tiempo que la pieza musical tocaba a su fin.

Esta vez no hubo coro de aplausos del público en la sala. Sólo Horace aplaudió entusiasmado y, al caer en la cuenta de que era el único que lo hacía, se detuvo confundido y con un rubor avergonzado que afloraba a sus mejillas. Fue entonces cuando advirtió la presencia del hombre armado en el salón, de pie, a media docena de pasos de él, que le miraba fijamente y con una intensidad que rayaba en la agresión.

El muchacho recuperó la compostura y realizó un gesto de saludo hacia el recién llegado. Halt vio con agrado cómo Horace se guardó de mirar hacia donde él se encontraba. Había sentido que algo desagradable podía estar a punto de suceder y comprendió la ventaja que obtenían del hecho de que Halt pasase desapercibido.

El recién llegado habló por fin con una voz ronca y profunda. Se trataba de un hombre alto, tanto como Horace, y de complexión fuerte. Aquél no era un salteador de caminos, decidió Halt. Aquel hombre era peligroso.

—¿Sois vos el caballero de la hoja de roble? —preguntó con un tono de burla. Hablaba bien la lengua de Araluen, aunque con un claro acento de Gálica.

—Creo que así han dado en llamarme —respondió Horace tras un momento de pausa. El caballero pareció considerar la respuesta, asintiendo para sí, con una mueca en el labio superior que reflejaba una cierta expresión de desdén.

—¿Vos lo creéis? —dijo—. Pero ¿es que se puede, vos mismo incluso, creer en vos? ¿O quizás sois un perro mentiroso de Araluen que anda ladrando por las alcantarillas?

Horace arrugó la frente, perplejo. Se trataba de un torpe intento de insultarle. Aquel hombre estaba intentando provocar una pelea por alguna razón, y aquello, para Horace, era una razón más que suficiente para no dejarse provocar.

—Si así lo preferís —le contestó con calma y una máscara de indiferencia en el rostro; aunque Halt había visto cómo su mano izquierda había rozado de forma leve y casi instintiva su cadera izquierda, el lugar donde su espada habitualmente colgaba lista para el uso. Ahora, por supuesto, colgaba de detrás de la puerta de su habitación en el piso de arriba. Horace iba armado tan sólo con una daga.

El caballero había percibido también el movimiento involuntario. Entonces sonrió con los labios torcidos formando un cruel arco, y se acercó un paso en la dirección del musculoso aprendiz. En aquel momento se formó una opinión acerca del muchacho: anchos hombros, delgado en la cintura y, obviamente, bien musculado. Y se movía bien, con una gracia y equilibrio naturales que eran el distintivo de un guerrero experto.

Sin embargo, su rostro era joven y sin una pizca de malicia. No se trataba de un oponente que hubiese combatido a muerte contra otros hombres en repetidas ocasiones. No era un guerrero que hubiese aprendido las más oscuras habilidades que enseña la implacable escuela del combate a muerte. El muchacho apenas si había empezado a afeitarse. No cabía duda de que era un luchador adiestrado y al que había que respetar.

Mas no temer.

Una vez hecha su valoración, el adulto se acercó un paso más, y otro.

—Soy Deparnieux —afirmó. Obviamente, él esperaba que su nombre le dijese algo, pero Horace se limitó a encogerse de hombros con afabilidad.

—Mejor para vos —le respondió, y aquellas cejas negras se volvieron a contraer.

—Yo no soy uno de esos palurdos delos caminos al que vayáis a derrotar con vuestros trucos y vuestras bellaquerías. No me cogeréis desprevenido con vuestras cobardes tácticas como habéis hecho con tantos de mis compatriotas.

Hizo una pausa para ver si sus palabras de insulto estaban teniendo el efecto deseado. Horace, sin embargo, era lo bastante astuto como para no ofenderse. Volvió a encogerse de hombros.

—Os aseguro que lo tendré en cuenta —contestó con tranquilidad.

Un paso más y el corpulento caballero se encontró dentro del alcance de su brazo.

Su rostro se tiñó de ira con la respuesta de Horace y la negativa del muchacho a sentirse insultado.

—¡Yo soy el caudillo de esta provincia! —gritó—. Un guerrero que ha despachado a más intrusos extranjeros, más cobardes de Araluen, que cualquier otro caballero en esta tierra. ¡Preguntadles a ellos si no es esto así! —Y barrió con el brazo señalando a la gente que se encontraba sentada en tensión a las mesas alrededor del fuego. Durante un momento no hubo respuesta y el caballero, entonces, volvió la fiera mirada sobre ellos, retándoles a llevarle la contraria.

Al unísono, los presentes bajaron la vista y de mala gana murmuraron ratificando su afirmación. Acto seguido sus ojos volvieron una vez más a desafiar a Horace. El muchacho, impasible, le sostuvo la mirada, aunque un tono rojizo comenzaba a colorear sus mejillas.

—Tal y como os he dicho —respondió con cuidado—, lo tendré en cuenta.

Los ojos de Deparnieux se encendieron mirando al muchacho.

—¡Y yo digo que sois un cobarde y un ladrón que ha matado a caballeros gálicos por medio de tretas y subterfugios y les ha robado sus armaduras, caballos y pertenencias! —concluyó con un tono de voz que había ido ganando en volumen.

Se produjo un largo silencio en el salón. Finalmente, Horace respondió.

—Creo que estáis equivocado —dijo en el mismo tono suave que había mantenido a lo largo de toda la confrontación. Se produjo una inspiración de aire colectiva en el salón.

Y entonces Deparnieux retrocedió furioso.

—¿Decís que soy un mentiroso? —preguntó.

Horace negó con la cabeza.

—No, en absoluto. Digo que estáis equivocado. Al parecer, alguien os ha informado mal.

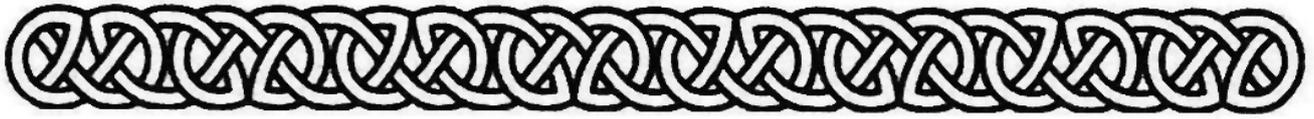
Deparnieux abrió los brazos y se dirigió a toda la sala.

—¡Vosotros lo habéis oído! ¡Me llama mentiroso a la cara! ¡Esto es inaguantable!

Y, tal y como él lo había planeado, con el mismo movimiento con el que había abierto los brazos, había retirado uno de sus guantes de cuero de donde se hallaba sujeto bajo el cinturón y, justo después, antes de que nadie en la sala pudiese reaccionar, lo había llevado hacia atrás con la intención de utilizarlo para cruzarle la cara a Horace en un desafío que no podría ser ignorado.

Con una exultante sensación triunfal, inició el movimiento de avance con el brazo para abofetear al muchacho con el guante.

Tan sólo para ver cómo una mano invisible lo arrancaba de su agarre y cómo atravesaba volando el salón, hasta detenerse clavado en una de las vigas de roble que sujetaban el techo.



Veintiuno

A sí que, al final, los iban a separar, pensó Will. Se llevaron a Evanlyn a trompicones cuando volvió la cabeza para mirarle con una expresión afligida. Él le mostró una sonrisa forzada de ánimo y se despidió con la mano, en un esto informal ale re, como si se fueran a ver muy pronto.

Su intento por levantarle el ánimo se vio cortado de raíz por un fuerte golpe de revés en la cabeza. Se tambaleó unos pocos pasos con un zumbido en los oídos.

—¡Muévete, esclavo! —gruñó Tirak, el skandian que supervisaba el patio—. Ya veremos si tienes mucho por lo que sonreír.

Will pronto descubriría que la respuesta a aquello era: poquísimo.

De todos los cautivos de los skandians, los esclavos del patio tenían el destino más duro y desagradable. Los esclavos de la casa, los que trabajaban en las cocinas los comedores, tenían al menos la comodidad de trabajar y dormir en una zona caliente. Podrían caer exhaustos en su manta al final del día, pero las mantas eran cálidas.

A los esclavos del patio, por el contrario, se les exigía que se ocupasen de todas las tareas que había que hacer al aire libre: cortar leña, quitar la nieve de los caminos, vaciar las letrinas y deshacerse de su contenido, dar de comer y de beber a los animales y limpiar los establos. En todos los casos se trataba de trabajos que había que llevar a cabo en un ambiente terriblemente frío; y cuando su ejercicio físico les hacía por fin romper a sudar, los esclavos se quedaban con la ropa húmeda, que se les congelaba una vez que habían terminado sus tareas, arrebatándoles el calor del cuerpo.

Dormían en un granero viejo, destartalado, con corrientes de aire, que les aislaba del frío más bien poco. A cada esclavo le daban una manta fina, una protección del todo inadecuada cuando las temperaturas nocturnas caían por debajo de los cero grados centígrados. Ellos complementaban el abrigo con cualquier harapo o cualquier saco al que le pudiesen echar el guante. Los robaban, mendigaban por ellos y, a menudo, se peleaban por ellos. En sus tres primeros días, Will vio a dos esclavos apaleados hasta agonizar en peleas por trozos harapientos de arpillera.

Se dio cuenta de que ser un esclavo del patio era más que incómodo. Era sumamente peligroso.

El sistema bajo el que trabajaban elevaba el nivel de riesgo. Tirak se hallaba oficialmente a cargo del patio, pero él delegaba aquella autoridad en una banda, pequeña y corrupta, conocida como «el comité». Se trataba de media docena de esclavos que llevaban mucho tiempo allí, se movían en grupo y ostentaban el poder para decidir sobre la vida o la muerte de sus compañeros. A cambio de su autoridad y de algunas comodidades extraordinarias como comida o mantas, ellos mantenían una disciplina brutal en el patio y organizaban la lista de los trabajos, asignaban las tareas a los demás esclavos. Aquellos que les hacían el juego y les obedecían recibían las tareas más fáciles. Aquellos que les ofrecían resistencia se veían abocados a los trabajos que se desarrollaban en condiciones más frías, húmedas y peligrosas. Tirak hacía caso omiso de sus excesos. Simplemente, no se preocupaba de los esclavos a su cargo. En cuanto a él le concernía, eran prescindibles, y su vida resultaba mucho más sencilla si hacía uso del comité para mantener el orden. Si ellos mataban o lisiaban al rebelde de turno, era un precio barato al fin y al cabo.

Resultaba inevitable que Will, siendo el tipo de persona que era, tuviese algún encontronazo con el comité. Sucedió en su tercer día en el patio. Volvía de una salida a por leña por la nieve fina y tiraba de un trineo muy cargado. Tenía húmeda la ropa por el sudor y por la nieve derretida y sabía que, en cuanto cesase su actividad, se encontraría tiritando de frío. Las mínimas raciones de comida con que les alimentaban harían poco por devolverle el calor corporal y, a cada día que pasaba, él notaba que su fuerza y su capacidad de resistencia menguaban un poco más.

Doblado prácticamente, arrastró el trineo dentro del patio y lo empujó hasta detenerlo junto a la puerta, donde los esclavos de la casa los descargarían y se llevarían los troncos cortados al cálido interior de las enormes dependencias de la cocina. La cabeza le dio algunas vueltas cuando se irguió y entonces, desde detrás de uno de los anexos exteriores del edificio, oyó una voz que maldecía mientras que otra gimoteaba de dolor.

Interesado, dejó el trineo y fue a ver la causa de aquel escándalo. Un muchacho delgado, harapiento, se encontraba acurrucado en el suelo mientras que otro joven, mayor que él y más grande, le golpeaba con un trozo de cuerda con nudos.

—¡Lo siento, Egon! —Lloraba la víctima—. ¡No sabía que era tuyo!

Will advirtió que ambos eran esclavos, aunque el joven más grande estaba bien alimentado e iba más abrigado a pesar de que sus ropas estaban raídas y sucias. Will calculó que rondaba la veintena. Se había percatado de que no había esclavos más mayores en el patio. Tenía la desagradable sospecha de que aquello se debía a que los esclavos del patio no duraban vivos mucho tiempo.

—¡Eres un ladrón, Ulrich! —decía el joven de mayor tamaño—. ¡Yo te enseñaré a no tocar lo que es mío!

Ahora apuntaba con la cuerda de nudos a la cabeza de su víctima y la azotaba con

furia. Will vio que el rostro del muchacho se encontraba muy magullado y, conforme estaba mirando, un corte se abrió justo por debajo del ojo del chico que estaba en el suelo y la sangre le cubrió la cara. Ulrich gritó e intentó cubrirse el rostro con las manos. Su torturador le flageló de un modo aún más salvaje. Will no pudo soportarlo más. Avanzó y agarró el extremo de la cuerda con nudos cuando Egon iniciaba el movimiento de un nuevo golpe, y tiró con fuerza hacia atrás.

Egon perdió el equilibrio, tropezó y soltó la cuerda. Se volvió, sorprendido, para ver quién había osado interrumpirle. Él había esperado encontrarse a Tirak o a otro skandian allí de pie, nadie más se hubiera atrevido a interferir en los asuntos de un miembro del comité. Para su sorpresa, se encontró cara a cara con un joven bajito y menudo que aparentaba unos dieciséis años.

—Ya ha tenido bastante —dijo Will al tiempo que tiraba la cuerda a la nieve derretida del patio de la cocina.

Furioso, Egon dio un salto hacia delante. Era más alto y corpulento que Will y estaba listo para castigar a aquel extraño insensato. Entonces, algo en la mirada del extraño y en su postura en guardia le detuvo. Pudo ver que allí no había temor alguno. Y parecía en forma y listo para pelear. Egon se percató de que era nuevo en sus dominios y aún se hallaba en relativamente buenas condiciones. Aquélla no era una presa fácil, como el desafortunado de Ulrich.

—Lo siento, Egon —resopló entonces el muchacho harapiento. Se arrastró hacia el miembro del comité y puso la cabeza entre sus botas viejas—. No lo volveré a hacer.

En aquel momento Egon había perdido el interés en su víctima inicial y la apartó con el pie. Ulrich levantó la vista y vio que la atención de Egon se hallaba en otro sitio, así que se escapó.

Egon apenas notó que se había ido. Tenía los ojos clavados en Will, lo evaluaba. Éste no era una víctima fácil, pero había otras formas de encargarse de los que buscaban problemas.

—¿Cómo te llamas? —preguntó con los ojos entornados y un tono bajo de voz por la furia.

—Me llaman Will —dijo el aprendiz de montaraz, y Egon asintió despacio varias veces.

—No se me olvidará —le prometió.

Al día siguiente, a Will le habían asignado las palas.

Las palas eran el trabajo más temido entre los esclavos del patio.

El suministro de agua potable de Hallasholm procedía de un gran pozo situado en la plaza frente al pabellón de Ragnak. A medida que entraba el frío, el agua del pozo se congelaba por completo si no se hacía nada, por eso los skandians habían instalado unas enormes palas de madera con las que se agitaba el agua constantemente y se

rompía el hielo que se fuese formando antes de que se solidificase del todo. Se trataba de una labor agotadora e interminable, que consistía en empujar las manivelas que hacían girar las pesadas palas de madera en el agua. Al igual que quitar la nieve, era un trabajo frío y húmedo, absolutamente extenuante. Nadie duraba mucho en las palas.

Will llevaba media mañana trabajando y ya estaba exhausto. Le dolían todos los músculos de los brazos y la espalda por la fuerza que tenía que hacer.

Se esforzaba con la manivela, desgastada con el paso de los años por una sucesión de manos ya desaparecidas mucho tiempo atrás. Apenas hacía unos minutos que había agitado la superficie del agua del pozo y ya se había formado una fina capa de hielo. Crujió cuando la pala de madera la atravesó y se desplazó con rapidez de un lado a otro. En el extremo opuesto del pozo, su compañero en la tarea sacudía, giraba sus propias palas y mantenía el agua en movimiento impidiendo que se congelase. Al llegar allí, Will había hecho un gesto de saludo al otro esclavo. El saludo fue ignorado. Desde entonces, ambos habían trabajado en silencio, aparte de sus constantes gruñidos de esfuerzo.

Una gruesa tira de cuero, empuñada por el capataz, le sacudió de hombro a hombro. Él oyó el sonido, sintió el impacto, pero no notó la sensación dolorosa del latigazo.

Estaba entumecido por el frío.

—¡Mételas más hondo! —gruñó el capataz—. El agua se va a congelar por debajo si te dedicas sólo a rascar así la superficie.

Con un leve gruñido, Will obedeció y se puso de puntillas para hundir más las palas en el agua gélida y, al hacerlo, se salpicó. Sintió el contacto helado del líquido en su cuerpo. Ya se encontraba empapado, era casi imposible mantenerse seco. Sabía que cuando parase en uno de los breves periodos de descanso que les permitían, la ropa húmeda y congelada le haría perder el calor corporal y comenzaría a tiritar de nuevo.

Eran las tiritonas incontenibles lo que más le atemorizaba. A medida que se enfriaba, su cuerpo empezaba a temblar. Él intentaba obligarse a parar, pero se encontró con que no podía. Con desánimo, cayó en la cuenta de que había perdido el control sobre su propio cuerpo. Los dientes le castañeteaban, las manos le temblaban y él no podía hacer nada al respecto. La única forma de volver a entrar en calor era ponerse de nuevo a trabajar.

El tiempo fue pasando y aquello se acabó. Incluso los skandians reconocían que nadie podía trabajar turnos superiores a las cuatro horas en las palas. Tiritando y exhausto, absolutamente agotado, Will regresó a trompicones al cobertizo que servía de barracón. Se tropezó y cayó al suelo cuando se aproximaba al lugar que le habían asignado para dormir y no tuvo fuerzas para volver a ponerse en pie. Se arrastró medio a gatas, suspirando por el exiguo calor de la fina manta.

Entonces, algo le arrancó un grito ronco de desesperación. ¡La manta había

desaparecido!

Se acurrucó en el suelo frío con lágrimas en los ojos. Dobló las rodillas y las rodeó con los brazos en un intento por retener su menguante calor corporal. Pensó en su caliente capa de montaraz, perdida cuando Erak y sus hombres le capturaron. Comenzaron los temblores y sintió que todo su cuerpo cedía ante ellos. El frío caló profundo a través de sus músculos, directo hasta los huesos, directo hasta su misma alma.

No había nada excepto el frío. Su mundo se reducía al frío. Él era el frío. Era inexorable, insoportable. No había la más mínima llama de calor en su mundo.

Nada excepto el frío.

Sintió algo áspero contra la mejilla y abrió los ojos para ver cómo alguien se inclinaba sobre él y extendía una arpillera basta sobre su cuerpo tembloroso. A continuación alguien le habló en voz baja al oído.

—Calma, amigo. Sé fuerte ahora.

Era un esclavo alto, con barba y despeinado, pero fueron sus ojos los que llamaron la atención de Will: estaban llenos de compasión, de comprensión. De un modo patético, Will tiró de la tela áspera y la acercó alrededor de su barbilla.

—Me he enterado de lo que intentaste hacer por Ulrich —dijo su salvador—. Tenemos que mantenernos unidos si queremos salir vivos de aquí. A propósito, me llamo Handel.

Will intentó responder pero los dientes le castañeteaban de manera descontrolada y la voz le tembló al pretender articular palabra. Era inútil.

—Toma, prueba esto —dijo Handel, que levantó la vista y miró alrededor para asegurarse de que nadie les veía—. Abre la boca.

Will forzó la mandíbula para que dejara de temblar y Handel le metió algo en la boca. Tenía el tacto de un paquetito de hierbas secas, pensó el muchacho vagamente.

—Ponlo bajo la lengua —le susurró Handel—. Deja que se disuelva. Te pondrás bien.

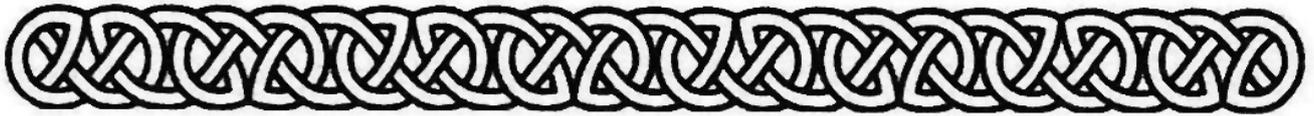
Y entonces, tras unos breves instantes, a medida que la saliva humedecía la sustancia bajo su lengua, Will empezó a notar que la más gloriosa y liberadora sensación de calor se irradiaba a través de su cuerpo. Un calor hermoso que expulsaba el frío, que se extendía hasta la mismísima punta de los dedos de las manos y de los pies en una serie de ondas rítmicas. Nunca había sentido nada tan maravilloso en su vida.

Los temblores cesaron conforme las olas sucesivas de calor le inundaron con suavidad. Los músculos tensos se relajaron en una deliciosa sensación de descanso y bienestar. Levantó la mirada para ver a Handel, que le sonreía y le hacía gestos afirmativos con la cabeza. Aquellos ojos cálidos y maravillosos le sonrieron de manera tranquilizadora y él supo que todo iba a salir bien.

—¿Qué es? —dijo de un modo torpe con el pequeño fajo empapado en la boca.

—Es hierba cálida —respondió Handel con voz suave—. Nos mantiene vivos.

Desde las sombras de una esquina apartada, Egon vigilaba a los dos personajes y sonreía. Handel había hecho bien su trabajo.



Veintidós

El caballero vestido de negro maldijo de forma violenta cuando la flecha le arrebató el guante de la mano y se incrustó, llevándose consigo, en una gruesa viga de roble.

El fuerte impacto de la flecha en la viga atrajo su mirada por un instante y, de inmediato, se dio la vuelta con desconfianza para ver de dónde había partido aquel proyectil. Por primera vez, advirtió la presencia de una forma oscura y difusa en las sombras del fondo del salón. Después, cuando Halt se desplazó desde detrás de la mesa y salió a la luz, reparó también en el arco largo, con una segunda flecha ya engarzada y lista sobre la cuerda del mismo. El arquero no se había molestado en tensar el arco, pero Deparnieux acababa de ver una muestra de su habilidad. Era consciente de que se enfrentaba a un maestro arquero, capaz de tensar y disparar en un suspiro. Permaneció entonces muy quieto, controlando su ira con dificultad. Sabía que su vida bien podía depender de su capacidad para conseguirlo.

—Desafortunadamente para los dictados de la caballería —dijo Halt—, *sir* Horace, caballero de la Orden de la Hoja de Roble, se halla indispuerto por una herida en el brazo izquierdo. No le será posible, por tanto, responder a la amable invitación que vos estabais a punto de formular.

Se había desplazado más hacia la zona iluminada y Deparnieux pudo distinguir su rostro con mayor claridad. Con aquella barba y aquella severidad, aquél era el rostro de un combatiente experimentado. Su mirada era fría y no mostraba el más leve rastro de indecisión. Con aquel hombre, supo de inmediato el caballero, no podía confiarse lo más mínimo.

A un lugareño se le escapó una risita apagada y el caballero sintió bullir la ira por dentro. Sus ojos se desplazaron veloces al origen del sonido y vio a un carpintero que bajaba la vista para ocultar una sonrisa. Deparnieux tomó nota mentalmente de aquel hombre. Ya llegaría el momento de ocuparse de él. De cara al exterior, forzó una sonrisa.

—Una pena —le dijo al arquero—. Tenía la esperanza de cruzar armas de forma amistosa con el joven caballero; todo con el espíritu de la buena camaradería, por

supuesto.

—Por supuesto —contestó Halt de manera desapasionada, y Deparnieux se percató de que no le había engañado ni por un solo instante—, pero como os he dicho, tendremos que declinar su invitación pues viajamos con un propósito bastante urgente.

Deparnieux arqueó las cejas en un gesto cortés de interrogación.

—¿Qué me decís? ¿Y hacia dónde os dirigís vos y vuestro joven señor?

Deparnieux añadió la expresión «joven señor» para ver el efecto que podía tener en el hombre barbudo que tenía frente a sí. Era obvio quién ostentaba el mando allí, y no era el joven caballero. Albergaba la esperanza de poder aguijonear el orgullo de aquel hombre y, posiblemente, inducirle a cometer un error.

La esperanza, sin embargo, le duró bien poco. Percibió un leve brillo de diversión en los ojos del arquero cuando éste de inmediato reconoció la verdadera naturaleza de su táctica.

—Bueno, aquí y allá —respondió Halt de forma imprecisa—. No se trata de una tarea de la suficiente importancia como para que sea del interés de un caudillo como vos.

El tono de su voz dejó bien claro al caballero que no le iba a responder a ninguna pregunta, hecha como quien no quiere la cosa, acerca de su destino final, ni siquiera de la dirección que pretendían tomar.

—*Sir Horace* —añadió Halt, consciente de que el muchacho se hallaba aún al alcance del brazo del caballero negro—, ¿por qué no os sentáis allí y dais descanso a vuestro brazo herido?

Horace le miró, lo entendió y se alejó del caballero para ir a sentarse junto al fuego. El salón se encontraba entonces en absoluto silencio. Los vecinos del pueblo miraban a los dos hombres enfrentados y se preguntaban en qué momento se rompería aquel punto muerto. Sólo dos personas en la sala, Halt y Deparnieux, eran conscientes de que el caballero estaba intentando calcular sus posibilidades de desenvainar la espada y alcanzar al arquero antes de que éste pudiera disparar. Cuando Deparnieux vaciló, se encontró con la firme mirada de los ojos del montaraz.

—Yo no lo haría —dijo Halt con calma.

El caballero negro leyó el mensaje en los ojos del montaraz y fue consciente de que, por muy rápido que él pudiera ser, la respuesta del arquero sería más rápida. Incluyó ligeramente la cabeza en un gesto de reconocimiento de tal hecho. Aquél no era el momento.

Forzó una sonrisa en su rostro y realizó una reverencia de burla en dirección a Horace.

—Quizás otro día, *sir Horace* —dijo con frivolidad—. Ardo en deseos de un cruce amistoso de armas con vos cuando os hayáis recuperado.

Esta vez, se percató, el muchacho miró fugazmente a su compañero adulto antes de contestar.

—Quizás otro día —asintió.

Dedicando una ligera sonrisa a la sala, Deparnieux dio media vuelta y caminó hacia la puerta. Allí se detuvo un instante y buscó de nuevo a Halt con la mirada. La sonrisa desapareció y el mensaje que le envió fue claro: *La próxima vez, amigo mío. La próxima vez.*

La puerta se cerró tras él y un suspiro colectivo de alivio recorrió el salón. Al instante rompió un murmullo de comentarios entre los presentes. Los músicos, que tuvieron la sensación de que se había pasado su momento por aquella noche, guardaron los instrumentos y aceptaron unas bebidas de la muchacha que las servía.

Horace se dirigió hacia la viga donde la flecha de Halt había clavado el guante del caballero. Forcejeó para liberar la punta, tiró el guante a una mesa y le devolvió la flecha a Halt.

—¿De qué iba todo esto? —le preguntó, un poco falto de aliento aún. Halt regresó a su mesa en la oscuridad y volvió a apoyar el arco contra la pared.

—Esto es lo que pasa cuando uno comienza a adquirir una reputación —le dijo al muchacho—. Nuestro amigo Deparnieux es, obviamente, la persona que controla esta región y te ha visto como una amenaza potencial a ese control, así que ha venido aquí para matarte.

Horace sacudió la cabeza desconcertado.

—Pero... ¿por qué? Yo he tenido ningún problema con ese hombre. ¿Le he ofendido de algún modo? Desde luego que yo no tenía ninguna intención —dijo. Halt asintió con solemnidad.

—Ésa no es la cuestión —le dijo al joven aprendiz—. Tú le importas un bledo. Tan sólo eras una oportunidad para él.

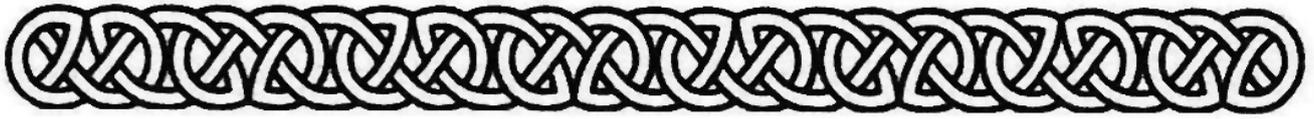
—¿Una oportunidad? —preguntó Horace—. ¿Para qué?

—Para reafirmar su dominio sobre la gente de esta zona —le explicó Halt—. La gente como él domina por medio del terror, en su mayoría. Así que, cuando un caballero joven llega a la zona con una reputación de campeón, alguien como Deparnieux lo ve como una oportunidad. Provoca un combate contigo, te mata y su propia reputación se acrecienta. La gente le teme aún más y es menos probable que desafíen su dominio sobre ellos. ¿Lo entiendes?

El muchacho asintió lentamente.

—No es como debería ser —dijo con un tono de decepción en la voz—. No es como se supone que deben ser los caballeros.

—En esta parte del mundo —le dijo Halt—, así es como es.



Veintitrés

El jarl Erak, capitán de un barco skandian y miembro del consejo interno de jarls de rango superior de Ragnak, había estado ausente de Hallasholm durante varias semanas. Silbaba mientras atravesaba de vuelta, a grandes zancadas, las puertas abiertas del pabellón, con el aire de satisfacción que da el trabajo bien hecho. Borsa le había enviado a navegar rumbo sur por la costa, hasta uno de los asentamientos más meridionales, para investigar acerca de una aparente caída en los impuestos que había pagado el jarl local. Borsa había detectado un descenso a lo largo de los cuatro o cinco años anteriores. Nada que fuese lo bastante pronunciado como para sospechar, sino una pequeña cantidad cada año.

Había hecho falta una mente calculadora como la de Borsa para advertir la diferencia acumulada, y para caer en la cuenta de que la reducción gradual en los ingresos declarados había coincidido con la elección de un nuevo jarl en la aldea. Con la sospecha de que allí había gato encerrado, el hilfmann había encargado a Erak que investigase; y que convenciese al jarl local de que la honestidad, en lo referente a los impuestos que le correspondían a Ragnak, resultaba sin duda la mejor política.

Había que admitir que la visión que Erak tenía de «investigar» consistía en agarrar al desafortunado jarl por la barba mientras dormía en la oscuridad de las horas previas al amanecer. A continuación, Erak le amenazaba con partirle la crisma con su hacha de combate si no realizaba un inmediato ajuste al alza del total de los impuestos que estaba pagando a Hallasholm. Se trataba de tácticas roscas y directas, pero altamente efectivas. Al jarl le entraban unas ganas tremendas de pagar el impuesto de morosos.

Fue de pura casualidad que Erak entrase de vuelta con sus zancadas en el preciso instante en que Will iba a tropezones, pala en mano, a retirar de los accesos la gruesa capa de nieve que había caído la noche anterior.

Por un momento, Erak no reconoció su consumida y desgachada figura, pero había algo que le resultaba familiar en aquella mata de pelo castaño, aun enmarañada y sucia como estaba. El jarl se detuvo para mirarle de cerca.

—¡Por los dioses del abismo, muchacho! —masculló—. ¿Eres tú?

El chico se volvió para mirarle con un rostro indiferente e inexpresivo. Sólo estaba reaccionando al sonido de una voz. No había signos de que hubiese reconocido a quien le hablaba. Se quedó mirando al corpulento skandian con unos ojos enrojecidos y apagados. Erak sintió que una profunda tristeza se apoderaba de él.

Conocía los síntomas de la adicción a la hierba cálida, por supuesto. Sabía que se utilizaba para controlar a los esclavos del patio y había visto morir a muchos de ellos por los efectos combinados del frío, la malnutrición y la carencia general de ganas de vivir que era el resultado de la adicción a aquella droga. Los adictos a la hierba cálida no deseaban nada, no tenían planes para hacer nada; en consecuencia, no tenían esperanzas que les levantaran el ánimo. Era aquello, más que cualquier otra cosa, lo que acababa matándoles a la larga.

Le dolía ver cómo el muchacho había caído tan bajo. Ver que aquellos ojos, tan llenos una vez de valor y determinación, ahora no reflejaban nada excepto el apagado vacío de la carencia de esperanza o expectativas de un adicto.

Will aguardó unos segundos a la espera de alguna orden. En lo más profundo de su interior, un lejano recuerdo se agitó por unos instantes, la memoria del rostro que tenía ante sí y la voz que había escuchado. Luego, el esfuerzo de recordar se convirtió en algo demasiado grande, la niebla de la adicción, demasiado espesa, y, con el más leve gesto de indiferencia, dio media vuelta y se alejó arrastrando los pies hacia la puerta de entrada para comenzar a retirar la nieve con la pala. En el transcurso de unos pocos minutos estaría empapado de sudor por el duro trabajo. Entonces, la humedad se congelaría sobre su cuerpo y el frío volvería a calarle hasta los huesos. Ahora conocía el frío, era su perenne compañero; y con la idea del frío llegó el anhelo de su siguiente dosis de la mala hierba. Sus siguientes breves momentos de comodidad.

Erak observó cómo Will se agachaba con lentitud y torpeza en su tarea. Juró en voz baja, para sí, y se marchó. Había otros esclavos del patio trabajando con las palas del pozo de agua potable, rompiendo la gruesa capa de hielo que se había formado durante la gélida noche.

Pasó rápidamente junto a ellos sin apenas dirigirles la mirada. Ya no silbaba.

Dos días después, tarde, al anochecer, Evanlyn fue llamada a presentarse en las habitaciones del jarl Erak.

Había conseguido hacerse con un sitio para dormir que se hallaba lo bastante cerca de los grandes hornos como para estar caliente toda la noche, pero no tan cerca como para asarse de calor. En aquel momento, al final de un largo día, estiró su manta sobre los duros juncos del suelo y se tumbó agradecida, enrollada en ella. Su almohada era un tronco pequeño de la pila de leña que había acolchado con una camisa vieja. Estaba tumbada boca arriba, escuchando los sonidos que hacía la gente a su alrededor, las esporádicas toses roncadas y agarradas, resultado inevitable de vivir

en el hielo y la nieve de Skandia en aquella época del año, y el murmullo bajo de la conversación. Ése era uno de los pocos momentos en que los esclavos tenían libertad para hablar entre sí. Por lo general, Evanlyn estaba demasiado cansada para hablar.

Se dio cuenta de que alguien iba diciendo su nombre y se sentó con un pequeño gruñido. Una esclava de cámara atravesaba las hileras de siluetas tumbadas, agachándose de vez en cuando para menear el hombro de alguna de ellas y preguntar si alguien sabía dónde podía encontrar a una esclava de Araluen llamada Evanlyn. En la mayoría de los casos recibió miradas inexpresivas y gestos de indiferencia. La vida entre los esclavos no era muy propicia para hacer amigos.

—¡Aquí! —gritó Evanlyn. La esclava de cámara miró para ver de dónde venía la voz y se encaminó hacia ella con cuidado entre la gente tumbada.

—Vas a venir conmigo —le dijo con un tono pomposo de voz. Los esclavos de cámara, los que se ocupaban de las habitaciones del pabellón, se veían como seres superiores a los simples esclavos de las cocinas, una raza de gente que vivía en un mundo de grasa, derramaba el vino y tiraba la comida.

—¿Adónde? —le preguntó Evanlyn, y la muchacha le respondió con un bufido desdeñoso.

—Donde se te ordene —contestó. Entonces, como Evanlyn no hizo el menor movimiento para levantarse, se vio obligada a añadir—: Lo dice el jarl Erak —al fin y al cabo, ella no tenía ninguna autoridad personal sobre los esclavos de la cocina, por mucho que se considerase por encima de ellos. Los skandians no reconocían tales diferenciaciones. Un esclavo era un esclavo y, aparte de los matones del patio, todos eran iguales.

Aquello provocó un cierto interés en los que estaban sentados y tumbados cerca de Evanlyn. No era nuevo que los oficiales skandians de alto rango reclutasen sus esclavos particulares de entre las filas de las jóvenes más atractivas.

Evanlyn se puso en pie, dobló con cuidado su manta y la dejó para guardar su sitio mientras se preguntaba por el motivo de todo aquello. A continuación, hizo un gesto a la otra muchacha para que le indicase el camino y la siguió fuera de la cocina.

El pabellón de Ragnak era, en efecto, una auténtica madriguera de pasadizos y habitaciones que salían del Gran Salón central, donde se servían las comidas y se celebraban las reuniones oficiales. La muchacha guiaba ahora a Evanlyn a través de una serie de pasadizos en penumbra y con el techo bajo, hasta que llegaron a una parte que parecía no tener salida. Había una puerta situada al final de la pared y la esclava de cámara se la indicó a Evanlyn.

—Allí dentro —dijo de forma breve, y añadió—: Será mejor que llames primero —y se dio la vuelta y se apresuró a regresar por el pasillo oscuro.

Evanlyn tuvo un momento de duda, de incertidumbre acerca de lo que trataba todo aquello, y después tocó con los nudillos en el duro roble de la puerta.

—Adelante.

Ella reconoció la voz que había respondido a su llamada. Las cuerdas vocales de

Erak se hallaban entrenadas para llevar su voz hasta los hombres por encima de los vendavales del mar de la Ventiscablanca. Él no parecía bajar nunca el volumen. Había un pasador en el exterior de la puerta, lo levantó y entró.

Las habitaciones de Erak eran sencillas. De troncos de pino, como no podía ser de otra manera, había una sala de estar y, separado por una cortina de lana, un dormitorio a un lado. En un extremo de la sala de estar había una pequeña chimenea encendida que le daba a la habitación una considerable calidez, y varias sillas talladas en roble. Un tapiz extranjero y muy caro, se percató ella, cubría el suelo de juncos. Se imaginó que era el resultado de alguno de los saqueos de Erak en Gálica. En sus años en el castillo de Araluen, ella había visto muchas piezas similares tejidas por los artistas del valle de Tierra a lo largo de un periodo que a menudo se extendía hasta las dos décadas y que solían cambiar de dueño por pequeñas fortunas. De algún modo, sabía que Erak no habría pagado una sola moneda por aquél.

El jarl se encontraba sentado junto al fuego, recostado en una de las butacas talladas de aspecto confortable. Le hizo un gesto para que entrase y señaló una botella y unos vasos que había en una mesita baja en el centro de la habitación.

—Entra, muchacha. Sirve un poco de vino para los dos y siéntate. Tenemos algo que hablar.

Insegura, cruzó la habitación y sirvió el vino tinto en dos vasos. A continuación le ofreció uno al skandian y se sentó en la otra butaca. Al contrario que Erak, sin embargo, ella no se recostó ni se puso cómoda. Se sentó nerviosa en el borde, como un pájaro que estuviese preparado para salir volando. El jarl la examinó con lo que parecía una cierta tristeza en la mirada. Entonces le hizo un gesto con la mano.

—Vamos, chica, relájate. Nadie te va a hacer daño, y menos yo. Prueba el vino.

De forma tímida, dio un pequeño sorbo y lo encontró sorprendentemente bueno. Erak la estaba observando y se percató de la involuntaria expresión de sorpresa en su rostro.

—Reconoces el buen vino, ¿eh? —le preguntó—. Me llevé un tonel de éste de un barco florentino en la última temporada de saqueos. No está mal, ¿verdad?

Ella lo reconoció con un asentimiento. Comenzaba a relajarse y el vino hizo que una ligera sensación de bienestar la recorriese. Se dio cuenta de que no había probado el alcohol en ninguna de sus formas durante meses. Pensó que sería mejor tener cuidado con lo que hacía. Y con lo que decía.

Esperaba ahora que el skandian hablase. Parecía dudar, como si no estuviese seguro de cómo proceder. El silencio se apoderó de ambos hasta que, finalmente, ella no pudo aguantarlo más. Tomó otro sorbo rápido de vino y preguntó:

—¿Por qué enviaste a buscarme?

Erak había estado mirando las llamas del pequeño fuego y levantó entonces la vista sorprendido por su voz. No debía de estar acostumbrado a que los esclavos iniciasen conversaciones con él, pensó ella. Podían haberse quedado allí sentados toda la noche si nadie ponía las cosas en marcha. Se quedó intrigada al ver aparecer

una pequeña sonrisa en el rostro barbudo. Se le pasó por la cabeza que en otro lugar, en unas condiciones distintas, le podía llegar a caer bien aquel pirata skandian.

—Es probable que no sea por la razón en la que tú estás pensando —dijo él, y, antes de que ella pudiese contestar, prosiguió—: Pero alguien tiene que hacer algo y yo creo que tú eres la indicada para esa tarea.

—¿Hacer algo? —repitió Evanlyn—. ¿Hacer algo con qué?

Erak pareció tomar entonces una determinación. Soltó un profundo suspiro, agotó el último trago de vino de su vaso y se inclinó hacia delante con los codos apoyados en las rodillas y las marcadas facciones de su rostro barbudo mirando hacia ella.

—¿Has visto últimamente a tu amigo? —le preguntó—. ¿El joven Will?

Sus ojos miraron al suelo. Sí lo había visto o, más bien, había visto aquella figura descuidada, autómata, en que se había convertido. Unos días atrás, él se encontraba trabajando en el exterior de la cocina y ella le había sacado un poco de comida. El muchacho le arrancó el pan de las manos y lo devoró como un animal y, cuando ella le habló, se limitó a mirarla.

En el breve plazo de dos semanas, él no se acordaba ya de Evanlyn, no se acordaba de Halt ni de la cabaña en el borde de los bosques que rodeaban el castillo de Redmont. Se había olvidado incluso de los importantes sucesos acaecidos en las llanuras de Uthal, cuando el ejército del rey Duncan se había enfrentado y había derrotado a los implacables regimientos de wargals de Morgarath.

Aquellos sucesos, y todo el resto de su joven existencia, en lo que a él se refería, bien podían haber tenido lugar en otro siglo. En aquel momento, toda su vida y su ser se centraban en un único y exclusivo pensamiento: su siguiente dosis de hierba cálida.

Una de las otras esclavas, una mujer mayor, había presenciado el encuentro. Cuando Evanlyn regresó a la cocina, ella le habló en voz baja: «Olvídate de tu amigo. La droga se ha apoderado de él. Ya está muerto».

—Sí, le he visto —le dijo a Erak entonces en un tono bajo de voz.

—Yo no tengo nada que ver con eso —dijo enfadado, sorprendiendo a Evanlyn con la intensidad de su respuesta—. Nada. Créeme, muchacha, yo odio esa maldita droga. He visto lo que hace con la gente. Nadie se merece ese tipo de vida tan lúgubre.

La joven volvió a levantar la vista para encontrarse con sus ojos. Era obvio que estaba siendo sincero y resultaba igualmente obvio que deseaba que ella reconociese lo que le estaba diciendo. Asintió.

—Te creo —le dijo.

Erak se levantó de su asiento y caminó a grandes zancadas, nervioso, por la habitación cálida y pequeña, como si la actividad, cualquier actividad física, fuese a aliviar la furia que se había ido formando en su interior desde que se encontró con Will.

—Un muchacho como ése... él es un guerrero. Puede que no levante un palmo

del suelo, pero tiene el valor de un auténtico skandian.

—Es un montaraz —dijo ella con calma, y él asintió.

—Ya lo creo; y se merece algo mejor que esto. ¡Esa maldita droga! ¡No sé cómo Ragnak la consiente!

Hizo una pausa durante un buen rato para recobrar el control de su temperamento. Entonces se volvió hacia ella y prosiguió:

—Quiero que sepas que intenté manteneros juntos. No tenía ni idea de que Borsa lo fuera a enviar al patio. Ese hombre no sabe cómo tratar a un enemigo honorable. Pero ¿qué puedes esperar? Borsa no es un guerrero. Se gana la vida contando sacos de grano.

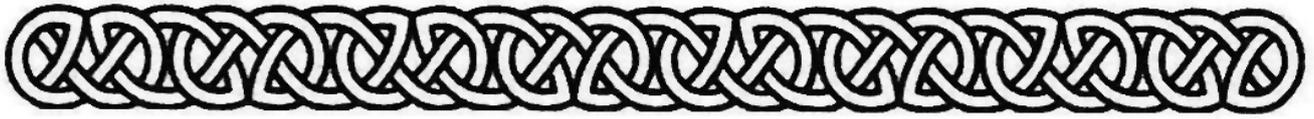
—Ya veo —dijo Evanlyn con cuidado. No estaba segura de entenderlo, pero tenía la sensación de que se esperaba alguna respuesta por su parte. Erak la miró de un modo amable, evaluándola, pensó ella. Parecía estar intentando hacerse a la idea de algo.

—Nadie sobrevive al patio —añadió en voz baja, casi para sí. Conforme lo dijo, Evanlyn sintió que una mano helada le atrapaba el corazón—. Así que —siguió—, nos toca a nosotros hacer algo al respecto.

Evanlyn le miró con una creciente esperanza en su interior según él decía aquellas últimas palabras.

—Y, exactamente, ¿en qué tipo de cosa estás pensando? —preguntó ella despacio, esperando contra todo pronóstico estar juzgando la conversación de manera correcta. Erak hizo una pausa de un par de segundos y entonces decidió, de manera irrevocable, comprometerse.

—Vas a escapar —le dijo por fin—. Vas a llevártelo contigo, y yo os voy a ayudar a conseguirlo.



Veinticuatro

Los dos viajeros pasaron una noche inquieta, haciendo turnos de guardia. Ninguno de los dos tenía la seguridad de que el caudillo local no fuese a volver a hurtadillas en la oscuridad. Al final, sin embargo, sus temores resultaron infundados. No hubo signo alguno de Deparnieux aquella noche.

A la mañana siguiente, mientras ensillaban los caballos en el establo de la parte de atrás del edificio, el posadero se acercó nervioso a Halt.

—No puedo decir, señor, que sienta veros abandonar mi posada —dijo con un tono de disculpa. Halt le dio unos golpecitos en el hombro para dejar patente que no se había ofendido.

—Puedo entender la posición en que se encuentran, amigo mío. Me temo que no nos hemos ganado el cariño de los matones del pueblo.

El posadero miró nervioso en derredor antes de mostrar su acuerdo con Halt, como si temiese que alguien pudiera estar observándole y fuese a informar de su deslealtad a Deparnieux. Halt se imaginó que tal cosa probablemente había ocurrido muchas veces antes en aquella aldea. Sintió pesar por el hombre que se había reído en el bar el día anterior, y sintió que el caballero negro le hubiera visto hacerlo.

—Es un hombre malvado, completamente malvado, señor —admitió el posadero bajando el tono de voz—, pero ¿qué podemos hacer los de nuestra clase con él? Un pequeño ejército le guarda las espaldas y nosotros no somos más que comerciantes, no guerreros.

—Desearía poder ayudaros —le dijo Halt—, pero tenemos que ponernos en marcha —vaciló sólo un instante y a continuación preguntó de manera inocente—: El transbordador de Les Sources, ¿funciona todos los días?

Les Sources era un pueblo fluvial que se hallaba al oeste, a unos veinte kilómetros de distancia. Halt y Horace viajaban al norte, pero el montaraz estaba seguro de que Deparnieux volvería buscando cualquier pista sobre la dirección que habían tomado. No esperaba que el posadero mantuviese en secreto sus preguntas, ni tampoco le culparía por no hacerlo. El hombre asentía ahora en respuesta afirmativa a su consulta.

—Sí, señor, el transbordador se encontrará aún en funcionamiento en esta época del año. El mes que viene, cuando el agua se hiele, quedará cerrado y los viajeros tendrán que cruzar por el puente de Colpennieres.

Halt se aupó y montó en su silla. Horace ya lo había hecho y sujetaba las riendas de su cordada de caballos requisados. Tras los sucesos de la noche anterior, habían decidido que sería más inteligente marcharse del pueblo cuanto antes.

—Nos dirigiremos al transbordador entonces —dijo en voz alta—. El camino se desvía a unos pocos kilómetros al norte, ¿no es así?

El posadero volvió a asentir.

—Así es, señor. Es el primer cruce de importancia al que se llega. Tomad el camino que se desvía a la derecha y os hallaréis en dirección al transbordador.

Halt levantó una mano en un gesto de agradecimiento y de despedida y, con un suave toque de rodilla *Abelard* tomó la delantera para salir del patio de las caballerizas.

Viajaron a buen ritmo aquel día. Al llegar al cruce no hicieron caso del desvío hacia la derecha y continuaron todo recto, hacia el norte. En el camino que dejaban atrás no había signos de que les siguiese nadie, pero las colinas y los bosques habrían ocultado a un ejército de haber sido necesario. Halt no estaba del todo convencido de que Deparnieux, quien conocía la campiña, no estuviese siguiéndoles por alguna ruta paralela, rodeándoles quizás por los flancos para montar una emboscada más adelante, en algún punto del camino.

Sintieron algo parecido a un bajón moral cuando, a media tarde, llegaron a otro pequeño puente con otro caballero apostado que les cortaba el paso y les ofrecía la opción de pagar un impuesto o combatir con él.

El caballero, a lomos de un escuálido caballo castaño que debería haberse retirado uno o dos años atrás, distaba mucho del caudillo al que se habían enfrentado la noche antes. Su sobrevesta estaba llena de barro y hecha jirones. Antaño podía haber sido amarilla, pero ahora se había desteñido hasta un sucio tono crudo. Su armadura había sido parcheada en varios sitios y resultaba evidente que su lanza era el tronco cortado de un árbol muy fino con una fuerte desviación a partir del primer tercio de su longitud. Su escudo estaba inscrito con una cabeza de jabalí. Parecía apropiado para un hombre tan descuidado, harapiento y en general tan repleto de mugre como aquél.

Se detuvieron a supervisar el panorama. Halt suspiró de aburrimiento.

—Me estoy cansando mucho de esto —refunfuñó, y comenzó a descolgar el arco de donde lo llevaba, cruzado sobre el hombro.

—Un momento, Halt —dijo Horace quitándose el escudo redondo de la espalda y colocándose en el brazo—. ¿Por qué no dejamos que vea el emblema de la hoja de roble por si cambia de opinión?

Halt torció el gesto mientras miraba a la figura andrajosa del camino, delante de ellos, con ciertas dudas conforme se estiraba para alcanzar una flecha.

—Bueno, está bien —dijo de mala gana—. Pero le daremos tan sólo una

oportunidad. Después le atravieso con una flecha. Estoy sinceramente harto de esta gente.

Se recostó en la silla mientras Horace cabalgaba al encuentro del caballero desaliñado. Hasta entonces no habían oído sonido alguno de aquel personaje que había en medio del camino y aquello, pensó Halt, no era habitual. Como norma general, los salteadores de caminos no podían esperar para soltar sus desafíos, que solían salpicar con generosas cantidades de paparruchas anticuadas del tipo de «¡Ajajá, bellaco!» y «¡Estáis a mi merced, caballero!».

Y justo cuando aquel pensamiento se le estaba pasando por la cabeza, saltaron en su mente las señales de alarma y gritó al joven aprendiz, que entonces se hallaba a unos veinte metros de distancia, al trote a lomos de *Kicker* en dirección a su retador.

—¡Horace! ¡Vuelve! ¡Es una...

Pero antes de que pudiera decir la última palabra, desde las ramas de un roble que sobresalía por encima del camino cayó algo con forma irregular sobre él. Durante unos instantes, Horace luchó inútilmente contra los pliegues de la red que le envolvía, entonces una mano oculta tiró de una cuerda y la red se cerró en torno al muchacho, y éste se vio arrancado de la silla, para caer con fuerza al camino.

Perplejo, *Kicker* se encabritó, trotó unos pocos pasos y a continuación, al no sentirse él mismo en peligro, se detuvo y observó con una mirada cautelosa.

—... trampa! —concluyó Halt en voz baja maldiciendo por no haberse dado cuenta. Distraído por la apariencia ridícula de caballero raído, había permitido que sus sentidos se relajasen y eso les había conducido al presente aprieto.

Tenía una flecha engarzada en la cuerda del arco, pero no había ningún blanco a la vista, salvo el caballero sobre el añejo caballo, que permanecía montado en medio del camino. Sin ninguna duda, él era parte de toda aquella complicada escenificación. No había mostrado señal de sorpresa cuando la red cayó sobre Horace.

—Muy bien, amigo mío, vas a pagar por tu papel en este engaño —renegó Halt, y tensó el arco con suavidad, al máximo, hasta que las plumas de la flecha le rozaban en la mejilla. Justo por encima de la comisura de los labios.

—Me parece que yo no lo haría —dijo una voz ronca que le sonaba familiar. El caballero andrajoso, descuidado, se levantó el visor y dejó al descubierto las oscuras facciones de Deparnieux.

Halt soltó un juramento para sí. Vaciló, con el arco aún en su tensado máximo, y oyó una serie de pequeños ruidos en los matorrales a ambos lados del camino. Fue relajando lentamente la tensión de la cuerda al tiempo que iba tomando conciencia de que al menos una docena de siluetas estaba saliendo de los arbustos, todas ellas armadas con ballestas, pequeñas y mortales.

Y todas apuntaban hacia él.

Devolvió la flecha al carcaj a su espalda y bajó el arco hasta que descansó sobre sus muslos. Miró sin esperanzas hacia el lugar en el que Horace aún luchaba contra la fina malla que le envolvía. Más hombres aparecieron entonces de entre los árboles y

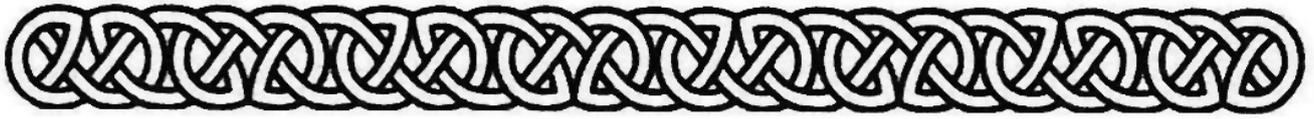
los arbustos que flanqueaban el camino. Se acercaron al impotente aprendiz y, mientras cuatro de ellos le apuntaban con sus ballestas, los demás, comenzaron a desenredarlo y lo pusieron en pie.

Deparnieux, con una amplia sonrisa de satisfacción, espoleó a su caballo escuálido y se dirigió camino abajo hacia ellos. Se detuvo a una distancia desde la que resultaba cómodo hablar e hizo una somera reverencia.

—Ahora, caballeros —dijo en tono de burla—, tendré el privilegio de recibiros como mis invitados en el castillo de Montsombre.

Halt arqueó una ceja.

—¿Y cómo íbamos nosotros a negarnos? —preguntó, aunque a nadie en particular.



Veinticinco

Habían pasado cinco días desde que Evanlyn recibió la llamada para acudir a los aposentos de Erak.

Mientras esperaba a que volviera a comunicarse con ella, la muchacha siguió adelante con la otra parte del plan que el skandian le había esbozado, y se dedicaba a quejarse en voz bien alta de la posibilidad de ser destinada como esclava a su servicio personal. Según la historia que habían preparado, ella finalizaría la semana en la cocina y entonces se incorporaría a su nuevo destino. Ella manifestaba su asco hacia él en general, y hacia su nivel de higiene en particular, y hablaba tanto como podía de la crueldad que había mostrado Erak con ella en el viaje a Hallasholm.

El Erak descrito por Evanlyn en aquellos días era el peor de los demonios del infierno, y con mal aliento por si fuera poco.

Tras varios días así, Jana, una de las esclavas de mayor antigüedad en la cocina, le dijo cansada:

—Podrían pasarte cosas peores, niña. Acostúmbrate.

Se dio media vuelta, cansada de las quejas constantes de Evanlyn, pues en realidad la vida de los esclavos del servicio personal tenía algunas ventajas: mejor comida y ropas y un alojamiento más confortable, entre otras.

—Antes me mato —gritó Evanlyn a su espalda, contenta por la oportunidad de hacer más pública su aversión hacia el jarl. Un ayudante de cocina que pasaba por allí, un hombre libre, no un esclavo, le propinó un fuerte coscorrón en la coronilla, de forma que le zumbaron los oídos.

—Yo lo haré por ti, maldita haragana, si no vuelves de inmediato al trabajo —le dijo. Ella sacudió la cabeza, le lanzó una mirada de odio según él se alejaba y se marchó a toda prisa a servir cerveza a Ragnak y a sus compañeros en la mesa de la cena.

Como siempre, Evanlyn sintió una nítida oleada de ansiedad cuando se adentró en el comedor bajo la mirada de Ragnak. Aunque la lógica le decía que era muy poco probable que él la distinguiese de entre las docenas de otros apresurados esclavos que andaban ocupados sirviendo comida y bebida, ella aún vivía en el temor constante de

que, de algún modo, alguien pudiera reconocerla como la hija de Duncan. Era esa ansiedad, tanto como el trabajo sin fin, lo que la dejaba agotada, exhausta, al final de cada día.

Tras concluir las últimas tareas de la noche, los esclavos se marchaban agradecidos a los espacios que tenían para dormir. Irónicamente, Evanlyn se dio cuenta de que Jana, aburrida sin duda de sus constantes quejas de Erak, se había llevado su manta al otro extremo de la habitación. Ella extendió la suya y fue a enrollar de nuevo la tela que acolchaba el tronco que le servía de almohada. Al hacerlo, de entre los pliegues de la camisa vieja cayó al suelo un pequeño trozo de papel.

El corazón le latía a toda prisa. Evanlyn tapó rápidamente el papel con el pie y miró a su alrededor a ver si alguno de sus vecinos se había percatado. Nadie parecía haberlo hecho. Todos continuaban con sus propios preparativos para dormir. De la forma más natural que pudo, Evanlyn se tumbó y al hacerlo recogió el papelito, se tapó con la manta hasta la barbilla y aprovechó la oportunidad para leer las dos palabras que constituían el mensaje completo escrito en el papel:

Esta noche.

Un ayudante de la cocina entró unos minutos más tarde y apagó los faroles, de forma que sólo quedaron las inestables llamas del fuego ya bajo para iluminar la estancia. Agotada como estaba, Evanlyn se tumbó boca arriba con los ojos abiertos de par en par y el pulso acelerado, esperando a que pasara el tiempo.

Las voces que rodeaban la estancia se fueron silenciando gradualmente y las reemplazó la respiración profunda, rítmica, de los esclavos dormidos. Algunos leves ronquidos o toses ocasionales sonaban aquí y allá y, una o dos veces, se oyó la voz poco clara y arrastrada de un anciano esclavo teutón que hablaba en sueños.

El fuego se extinguió y se convirtió en un brillo rojizo apagado, y Evanlyn oyó que la guardia hacía sonar el cuerno de medianoche. Aquélla sería la última señal que tocarían hasta el amanecer, alrededor de las siete de la mañana. Se acomodó para esperar. Erak le había advertido que aguardase hasta que pasara una hora desde la señal de medianoche. «Así les dará tiempo para acostarse y quedarse bien dormidos —le había dicho cuando le esbozaba su plan—. Deja pasar más tiempo y te encontrarás con que los que tienen el sueño ligero y los esclavos más mayores empiezan a despertarse y a levantarse para ir a las letrinas».

A pesar de la tensión que sentía, los párpados le estaban empezando a pesar y, con un respingo de pánico, se percató de que había estado a punto de quedarse dormida. Aquello sería perfecto, pensó con amargura, tener al jarl esperándola fuera del Gran Salón mientras ella roncaba profundamente dormida en su manta. Cambió de postura sobre el suelo duro, colocándose en una posición menos cómoda, y se clavó las uñas en las palmas de las manos de manera que el dolor la mantuviese alerta. Empezó a contar para medir el paso del tiempo y entonces advirtió, casi demasiado tarde, que el efecto soporífero de contar había estado cerca de dejarla dormida otra vez.

Por fin, con un gesto de fastidio, decidió que ya debía de haber pasado una hora. No había signos de que hubiese alguien despierto en la cocina, así que apartó la manta con precaución y se levantó. Si alguien se despertaba, pensó, ella siempre podría afirmar que se dirigía a las letrinas. A excepción de las botas, que ahora llevaba en la mano, se había acostado completamente vestida envuelta en la manta. A medida que el fuego se iba apagando, la estancia se había ido enfriando de manera progresiva, y Evanlyn se estremeció al entrar en contacto con el aire más fresco.

Intentó abrir la puerta que daba al patio y le pareció que era lo bastante ruidosa como para despertar a los muertos. Giró sobre las grandes bisagras con un chirrido que le sonó ensordecedor. Puso un gesto de dolor mientras la cerraba con todo el cuidado que pudo, maravillándose de que nadie pareciese haberse despertado.

No había luna. El cielo de la noche estaba cubierto por unas gruesas nubes, pero la nieve que cubría el suelo aún reflejaba la poca luz que había y hacía más fácil ver los detalles. La masa negra que formaba el barracón de los esclavos del patio, un establo frío y con corrientes de aire, era fácilmente visible a unos treinta o cuarenta metros de distancia.

Primero un pie y luego el otro, a la pata coja, se puso las botas a tirones. A continuación, pegada a la pared del edificio principal, se fue desplazando hacia la izquierda, en dirección a la esquina, tal y como Erak le había indicado. Cuando llegó al final de la pared, se le escapó un grito apagado. Había una figura corpulenta esperando allí, acurrucada en la oscuridad.

Por un instante sintió que le atravesaba una estocada de temor. Luego cayó en la cuenta de que se trataba de Erak.

—Llegas tarde —susurró en un tono de enfado. Evanlyn vio que quizás él se encontraba tan nervioso como ella. Fuera un jarl o no, estaba arriesgando su vida para ayudar a escapar a un esclavo y era bien consciente de aquel hecho.

—Algunos no se habían acostado —mintió ella. Pensó que no tenía sentido contarle que no disponía de forma alguna de calcular el tiempo. Él respondió con un gruñido y Evanlyn se imaginó que su excusa había sido aceptada. Erak le puso un saquito en las manos.

—Toma Ahí dentro hay unas pocas monedas de plata. Es probable que tengas que sobornar a alguno de los miembros del comité para sacar al muchacho de allí. Esto debería ser suficiente. Si te diese más, lo único que haríamos es levantar sus sospechas y que se preguntasen de dónde habrían salido.

Ella asintió. Habían hablado de todo aquello en sus aposentos cinco noches antes. La huida habría de llevarse a cabo sin que ninguna sospecha recayese sobre Erak. Por esa razón él le había pedido que se pasase los últimos días quejándose ante la posibilidad de convertirse en su esclava. Supondría una razón aparente para el intento de fuga.

—Toma esto también —le dijo, y le entregó una pequeña daga metida en una vaina de cuero—. Podría hacerte falta para asegurarte de que cumple el trato una vez

le hayas sobornado.

Tomó el arma y la pasó por debajo del cinturón ancho que llevaba. Vestía unos pantalones bombachos y una camisa, con los hombros envueltos en la manta como si fuera una capa.

—Y cuando salga de allí con él, ¿qué? —le preguntó susurrando. Erak señaló al camino que bajaba hacia el puerto y hacia el propio pueblo de Hallasholm.

—Sigue esa senda. No muy lejos de la puerta, verás una desviación a la izquierda, colina arriba. Tómala. He atado un poni más adelante por ese camino, con comida y ropa de abrigo. Te hará falta el caballo para que Will no se detenga —vaciló, y añadió—: En las alforjas encontrarás también un pequeño suministro de hierba cálida.

Ella le miró sorprendida. La otra noche no había ocultado precisamente su desagrado respecto de aquel narcótico.

—Lo necesitarás para Will —le explicó con brevedad—. Una vez que alguien es adicto a esa basura, le puedes matar si le cortas las dosis de golpe. Tendrás que conseguir que se desenganche de forma progresiva reduciendo la dosis cada semana hasta que su mente se recupere y sea capaz de valerse sin ella.

—Haré todo lo que pueda —le dijo ella, y él le agarró la muñeca en un gesto de ánimo. Después, levantó la mirada a las nubes bajas sobre ellos y olfateó el aire.

—Nevará antes del amanecer Eso cubrirá vuestras huellas. Además, yo mismo dejaré un rastro falso. Sólo tienes que continuar camino de las montañas. Sigue la senda hasta que llegues a un desvío en el que hay tres bloques de piedra, con el más grande en el medio. Después, sigue a la izquierda y alcanzarás la cabaña en otros dos días de viaje.

Había una pequeña cabaña en las montañas que se utilizaba como base para los cazadores durante la temporada de verano. Ahora estaría desocupada y sería para ellos un refugio relativamente seguro para el invierno.

—Recuerda —le dijo a Evanlyn—, poneos en movimiento en cuanto empiece el deshielo. Para entonces el chico debería estar recuperado. No puedes dejar que os sorprendan los cazadores. Marchaos cuando la nieve desaparezca y dirigíos al sur —tuvo un momento de duda e hizo un gesto de disculpa encogiendo los hombros—. Siento no poder hacer más —continuó—. Es lo mejor que se me ha podido ocurrir con tan poco tiempo, y si no hacemos algo ya, Will no sobrevivirá mucho más.

Evanlyn se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla barbuda.

—Estás haciendo mucho —le dijo—. Nunca te olvidaré por lo que has hecho, jarl Erak. No sé por dónde empezar a darte las gracias por todo esto.

Erak hizo un gesto torpe quitándole importancia a su agradecimiento, miró al cielo una vez más y señaló el establo donde dormían los esclavos del patio.

—Será mejor que te muevas —le dijo, y añadió—: Buena suerte.

Ella le dedicó una fugaz sonrisa y cruzó deprisa el espacio al descubierto que la separaba del antiguo establo. Mientras cruzaba el patio cubierto por la nieve se sintió claramente expuesta y casi esperaba oír una voz a su espalda que le diera el alto. Pero

consiguió llegar hasta el edificio sin incidentes y agradeció el poder sumergirse en las sombras junto a la base de la pared.

Hizo una pausa de unos segundos para recobrar el aliento y dejar que el ritmo de su corazón volviese a la normalidad. A continuación recorrió la pared hasta la puerta. Estaba cerrada, por supuesto, mas sólo por fuera y con un simple pasador. Lo deslizó despacio conteniendo la respiración mientras raspaba metal contra metal, abrió la puerta desvencijada y se coló dentro.

El interior estaba oscuro, sin fuego alguno que iluminase en la penumbra. Esperó a que los ojos se le acostumbrasen a la oscuridad. Poco a poco pudo ir distinguiendo las siluetas de los esclavos desparramados por el suelo de tierra, envueltos en harapos y trozos de mantas. La luz del exterior caía sobre ellos en franjas a través de los huecos de las toscas paredes de pino de aquella construcción.

El comité, le había contado Erak, disponía de una estancia aparte al final del establo, donde incluso mantenían un pequeño fuego para caldearla; pero siempre cabía la posibilidad de que uno de ellos se hubiera quedado de guardia en la estancia principal del establo. Por eso le había dado las monedas.

Y la daga.

Llevó entonces la mano hasta tocar la fría empuñadura del arma, para que el sentirla le proporcionase calma. Unos días antes había estado reconociendo el establo y tenía una idea aproximada de cuál era el sitio donde dormía Will. Se dirigió hacia allí escogiendo el camino con cuidado entre los esclavos tumbados. Su mirada se desplazaba de un lado a otro en busca de Will con una creciente desesperación. De pronto distinguió la inconfundible mata de pelo sobre una manta andrajosa y, con un suspiro de alivio, se dirigió hacia él.

Al menos no habría problema para hacer que Will se moviese. Los esclavos del patio, con los sentidos mermados y la mente ralentizada por las drogas, obedecían cualquier orden que se les daba.

Se agachó junto a Will y le agitó el hombro para despertarle. Lo hizo con suavidad al principio, para después, al darse cuenta de que en aquel estado podía seguir durmiendo como un tronco, ir haciéndolo de un modo cada vez más brusco.

—¡Will! —siseó abalanzada sobre uno de sus oídos—. ¡Arriba! ¡Despierta!

El muchacho murmuró algo, sin embargo sus ojos permanecieron cerrados por completo y su respiración se mantuvo profunda. Ella volvió a zarandearle con una creciente sensación de pánico.

—Por favor, Will —le suplicó—. ¡Despierta! —Y le dio una bofetada en la mejilla.

Y aquello funcionó. Sus ojos se abrieron y se quedó mirándola confuso. No había signos de que la hubiese reconocido, pero al menos estaba despierto. Lo agarró por el hombro.

—Levántate —le ordenó— y sígueme.

El corazón le dio un vuelco de alegría al ver que obedecía. Se movía despacio,

pero se movía. Se puso en pie medio grogui y se tambaleó inestable junto a ella, a la espera de más órdenes.

Evanlyn le indicó la puerta, que estaba abierta y dejaba entrar una banda de luz en el establo.

—Vamos. Hacia la puerta —le ordenó, y él comenzó a arrastrar los pies hacia allá sin mirar dónde los ponía, pateando y pisando a los demás esclavos dormidos. Resultaba llamativo que éstos no dieran muestras de reacción alguna, como mucho murmuraban algo o se movían profundamente dormidos. Evanlyn se volvió para seguirle, pero una voz fría desde el extremo opuesto de la habitación la detuvo en seco.

—Un momento, señorita. ¿Dónde crees que vas?

Era un miembro del comité. Peor aún, era Egon. Erak había acertado. Hacían turnos de guardia para vigilar a los demás esclavos. La joven se volvió para mirarle mientras él atravesaba la estancia atestada. Como Will, tampoco prestó atención a las personas que dormían tumbadas en el suelo y las fue pisando al acercarse.

Evanlyn se estiró, realizó una respiración profunda y dijo, con una voz tan firme como pudo:

—El jarl Erak me envía a por este esclavo. Necesita que le lleven leña a sus aposentos.

El matón vaciló. No era del todo imposible que le estuviera diciendo la verdad. Si alguno de los jarls de alto rango se quedaba sin leña en medio de la noche, no habría tenido reparos para enviar a un esclavo a que le llevase un cargamento. Sin embargo, desconfiaba y además creía reconocer a aquella chica.

—¿Te envió a por este esclavo en particular? —Puso él en duda.

—Así es —contestó Evanlyn intentando no sonar preocupada. Aquélla era la parte más frágil de su historia. No había razón alguna por la cual Erak, o cualquier otro skandian, hubiera especificado un esclavo concreto del patio para una tarea de carga de tan poca importancia.

—¿Y por qué este esclavo? —Presionó él, y ella vio que el engaño no iba a funcionar, así que tiró por otro camino.

—Bueno, en realidad no dijo este esclavo, dijo sólo un esclavo; pero Will es amigo mío y así podrá entrar a trabajar dentro, estar caliente unas pocas horas y quizás comer algo decente, así que pensé... —dejó la frase a medias, encogiendo los hombros, con la esperanza de que se quedara satisfecho.

Egon, sin embargo, seguía mirándola fijamente. Por fin, entornó los ojos al reconocerla.

—Eso es. Estuviste por aquí dentro el otro día. Yo te vi echar un vistazo, ¿verdad?

Para sus adentros, Evanlyn lo maldijo. Decidió romper rápidamente aquella situación sin salida. Tiró del saquito de monedas y lo hizo sonar.

—Mira, sólo estoy intentando hacer un favor a un amigo —le dijo—. Y te recompensaré.

Egon lanzó un vistazo rápido por encima de su hombro para asegurarse de que ninguno de los otros miembros del comité presenciaba la escena. Entonces lanzó la mano y le arrebató el saquito.

—Así está mejor —dijo—. Yo hago algo por ti y tú haces algo por mí —se metió las monedas dentro de la camisa y se acercó a ella, a tan sólo unos centímetros de separación. Miró por encima del hombro de la chica y vio que Will esperaba junto a la puerta como un espectador indiferente. De repente, Egon la sujetó por los hombros y la atrajo hacia sí—. A lo mejor encuentras más monedas escondidas en alguna parte —sugirió él. De repente, un gesto torcido se apoderó de su rostro al sentir un dolor agudo en el abdomen y una gota caliente que descendía por su piel desde el punto donde se había localizado el dolor. Evanlyn sonrió sin la menor simpatía.

—A lo mejor te puedo destripar como a un arenque si no me sueltas —replicó ella al tiempo que le clavaba una vez más la afilada punta de la daga en la piel.

No estaba totalmente segura de que los arenques se destripasen, pero tampoco parecía estarlo él. Egon retrocedió con rapidez haciendo gestos hacia la puerta y maldiciéndola.

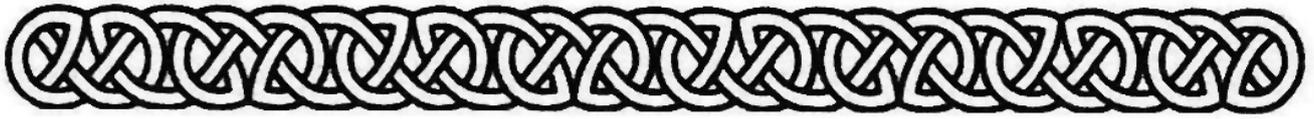
—Muy bien —dijo él—. Vete de aquí, pero ya me encargaré yo de que tu amigo pague por esto cuando esté de vuelta.

Con un enorme suspiro de alivio, Evanlyn se apresuró hacia la salida, agarró a Will por el brazo y lo arrastró al exterior. Una vez fuera, se volvió y echó de nuevo el pestillo de la puerta.

—Vamos, Will. Salgamos de aquí —dijo, y fue delante de él en dirección al camino del puerto.

Desde las sombras, Erak observó cómo se marchaban las siluetas y soltó su propio suspiro de alivio.

Luego, pasados unos minutos, los siguió. Aún tenía trabajo por hacer aquella noche.



Veintiséis

La pequeña cabalgata siguió el camino hacia el norte. Halt y Horace lo hacían en el centro junto con Deparnieux, que se había cambiado y vestía su habitual cota de malla y sobrevesta negra. Había enviado al final de la columna el jamelgo demacrado que antes montaba y ahora iba a lomos de un caballo de combate grande, agresivo y, como Halt había sospechado, de color negro.

Iban rodeados de al menos dos docenas de hombres armados que marchaban en silencio. Además, había diez guerreros a caballo, repartidos en dos grupos de cinco y distribuidos a ambos lados de la columna.

Halt vio que los hombres que se encontraban más cerca de ellos mantenían sus ballestas cargadas y listas para disparar. No tenía la menor duda de que al primer indicio de querer escapar, Horace y él se encontrarían acribillados con flechas de ballesta antes de haberse alejado diez metros.

Él mismo llevaba su arco colgado sobre el hombro y Horace conservaba la espada y la lanza. Deparnieux las había despreciado con un gesto al hacerles prisioneros, indicando la cantidad de hombres armados que les rodeaban.

—Como podéis ver, es inútil resistirse —dijo—, así que os permitiré conservar vuestras armas.

Miró entonces de un modo muy significativo el arco largo que descansaba sobre la perilla de la montura de Halt.

—Sin embargo —añadió—, creo que me sentiría más cómodo con ese arco desencordado y sobre tu hombro.

Halt, sin mostrar oposición alguna, procedió. Sus ojos le decían a Horace que había momentos para el combate y momentos en los que había que aceptar lo inevitable. El joven asintió y ambos se situaron en la formación junto al caudillo gálico; de inmediato, se encontraron rodeados por sus siervos. Halt advirtió de un modo irónico que la generosidad de Deparnieux no se había hecho extensiva a la cordada de los caballos capturados y las armas. Había ordenado con brusquedad que le entregasen las riendas que los guiaban a uno de sus siervos a caballo, que ahora cabalgaba al final de la columna con ellos. Su captor vio con curiosidad que el

pequeño caballo lanudo de carga no iba atado a ningún otro y sin embargo permanecía con toda calma junto a la montura de Halt. Arqueó una ceja pero no hizo comentario alguno.

Para sorpresa del montaraz, el caballero vestido de negro hizo a su caballo tomar la dirección del norte y se pusieron en marcha.

—¿Me permitís que os pregunte dónde nos lleváis? —dijo.

Deparnieux se burló con una reverencia de cortesía sobre la silla.

—Nos dirigimos a mi castillo en Montsombre —les dijo—, donde permaneceréis como mis invitados durante un tiempo.

Halt asintió, digiriendo aquella información. Siguió preguntando.

—¿Y por qué motivo habríamos de hacer tal cosa?

El caballero negro le sonrió.

—Porque vos me interesáis —le dijo—. Viajáis con un caballero y lleváis armas propias de un paisano, pero vos no sois un simple siervo, ¿no es así?

Halt no dijo nada esta vez, se limitó a encogerse de hombros. Deparnieux, que le miraba con astucia, continuó como si estuviese confirmando sus propios pensamientos.

—No, no lo sois. Aquí, vos sois el que manda, no el que obedece. Y vuestra ropa me interesa. Esa capa que lleváis... —se inclinó desde su silla y tocó con los dedos los pliegues de la capa moteada de montaraz de Halt—. Nunca había visto una igual.

Hizo una pausa a la espera de ver si Halt hacía algún comentario. Al no hacerlo, Deparnieux no pareció muy sorprendido. Prosiguió:

—Y sois un experto arquero. No, sois más que eso. No conozco a ningún arquero capaz de hacer un disparo como el que voz hicisteis anoche.

Esta vez Halt realizó un pequeño gesto de menosprecio consigo mismo.

—No fue un tiro tan espectacular —contestó—. Os estaba apuntando a la garganta.

Deparnieux soltó una larga y sonora carcajada.

—Vamos, no os creo, amigo mío. Yo creo que vuestra flecha fue directa hacia donde vos apuntabais.

Y se volvió a reír. Halt vio que su alegría, tan ruidosa como era, no había alcanzado su mirada.

—Así que —dijo Deparnieux— decidí que un espécimen tan poco común merecía un estudio más detallado. Vos me podéis resultar útil, amigo mío. Después de todo, ¿quién sabe qué otras capacidades y habilidades pueden hallarse escondidas bajo esa capa vuestra tan poco habitual?

Horace observaba a ambos hombres. El caballero parecía haber perdido todo su interés en él, y el muchacho no estaba muy apenado por tal motivo. A pesar de la charla distendida entre ellos, Horace percibía el trasfondo absolutamente serio de la conversación. Todo aquello se encontraba fuera de su alcance y él se conformaba con seguir los pasos de Halt y ver hacia dónde les llevaba aquel giro de los

acontecimientos.

—Dudo que yo vaya a ser de utilidad alguna para vos —contestó Halt sin alterarse ante la última afirmación del caudillo. Horace se preguntaba si Deparnieux habría leído el mensaje subyacente que había en la respuesta: Halt no tenía ninguna intención de poner sus habilidades al servicio de su captor.

Al parecer lo había hecho, pues Deparnieux se quedó unos instantes mirando al pequeño personaje que cabalgaba a su lado y a continuación respondió:

—Bueno, eso ya lo veremos. Mientras tanto, permitidme ofreceros mi hospitalidad hasta que el brazo de vuestro amigo se haya recuperado —y miró a Horace con una sonrisa, incluyéndole en la conversación por primera vez—. Al fin y al cabo, estos caminos no son seguros para cabalgar si uno no se encuentra en perfectas condiciones.

Acamparon aquella noche en un pequeño claro cerca del camino. Deparnieux apostó centinelas y Halt pudo comprobar que el número de ellos asignado a vigilar el interior superaba el de los que protegían el campamento de posibles ataques del exterior. Deparnieux debía de sentirse relativamente seguro en aquellas tierras, pensó Halt. Resultó significativo que, al establecerse para pasar la noche, su captor les exigiese que entregasen las armas para ponerlas a buen recaudo. Sin ninguna verdadera alternativa, los dos araluenses se vieron obligados a obedecer.

Al menos, el caudillo no volvió a fingir cordialidad con ellos y prefirió cenar y dormir sólo en el pabellón, de lona de color negro, por supuesto, que sus hombres habían levantado para él.

Halt se encontró ante una especie de dilema. Si estuviese viajando solo, fundirse en la oscuridad de la noche y recuperar sus armas antes de desaparecer sería una cuestión de la más absoluta simplicidad.

Pero Horace era totalmente lego en las artes de los montaraces relativas a moverse y evadirse sin ser visto y no había forma posible de que Halt le hiciese desaparecer también a él. No tenía ninguna duda de que, si desapareciese él solo, Horace no seguiría vivo por mucho tiempo, así que se conformó con esperar y ver qué podía acaecer.

Además, la noche antes en la taberna se había enterado de que los pasos montañosos entre Teutlandt, el país vecino al norte, y Skandia, más al norte aún, en esta época del año estarían ya bloqueados por las nieves caídas. Así que de igual modo tendrían que encontrar un alojamiento en el que pasar los próximos dos o tres meses. Se imaginó que el castillo de Montsombre serviría para tal propósito igual que cualquier otro sitio. Halt sabía que Deparnieux tenía alguna idea acerca de cuál era su verdadera ocupación. Resultaba obvio que pretendía enrolarlo en sus batallas contra los caudillos vecinos. Por el momento, cavilaba él, se hallaban suficientemente a salvo y avanzando en la dirección correcta. En su momento, ya tendría la oportunidad de cambiar algunas cosas. Pero esa hora no había llegado aún.

Al día siguiente llegaron al castillo del caballero negro. Tras su primera muestra de buena voluntad, Deparnieux había tomado la decisión de no devolverles sus armas por la mañana, y Halt se sentía extrañamente desnudo sin el reconfortante y familiar peso de los cuchillos en el cinturón y las dos docenas de flechas colgadas al hombro.

El castillo de Montsombre se alzaba sobre los bosques de alrededor en una meseta a la que se accedía por un sendero estrecho y revirado. A medida que subían más y más alto por el sendero, el terreno a ambos lados caía en paredes verticales. El sendero propiamente dicho apenas era lo bastante ancho para que cupiese una formación de hombres en columna de a cuatro. Se trataba de una anchura que permitía un acceso razonable a las fuerzas amigas, pero evitaba que cualquier invasor se aproximase en números elevados. Aquello era un sombrío recordatorio del estado de las cosas en Gálica, donde los caudillos batallaban constantemente por la supremacía y la posibilidad de un ataque se hallaba siempre presente.

El castillo en sí era achaparrado y sólido, con unos muros gruesos y grandes torres en cada una de las cuatro esquinas. No tenía nada de la elegancia deslumbrante de los castillos de Redmont o Araluen. En cambio, formaba una estructura inquietante, imponente y oscura, construida para la guerra y sin ninguna otra razón de ser. Halt le había contado a Horace que el apelativo «Montsombre» significaba «montaña sombría». Parecía un nombre bastante apropiado para aquella edificación de gruesos muros enclavada al final del tortuoso y serpenteante camino.

El nombre se hizo más significativo aún cuando llegaron más arriba. Unas hileras de postes se alineaban a ambos lados del sendero, y de ellos colgaban unas extrañas estructuras con forma de prisma. Cuando se acercaron, Horace pudo distinguir, para su horror, que las estructuras eran jaulas de hierro de la anchura de un brazo extendido y que contenían los restos de lo que antes fueron personas. Colgaban a gran altura sobre el camino y se balanceaban con suavidad medidas por el viento que sollozaba por las partes altas del sendero.

Estaba claro que algunos cuerpos llevaban muchos meses allí. Las siluetas que se veían dentro no eran más que envoltorios resecaos, ennegrecidos y ajados por su larga exposición a la intemperie y adornados por ondulantes tiras de harapos podridos. Pero había otros más recientes y las figuras de los hombres en su interior eran reconocibles. Las jaulas estaban hechas de barrotes de hierro dispuestos formando celdas cuadradas que dejaban espacio suficiente para que los cuervos se colasen y picoteasen los cuerpos. Las aves le habían sacado los ojos a la mayoría de ellos.

Asqueado, miró al rostro adusto de Halt. Deparnieux captó su movimiento y le dedicó una sonrisa, encantado con la impresión que sus horrores de las cunetas le estaban causando al muchacho.

—Algún delincuente de vez en cuando —dijo como si nada—. Todos han sido juzgados y condenados, por supuesto. Yo hago mucho hincapié en el imperio de la ley en Montsombre.

—¿Y cuáles fueron sus delitos? —preguntó el muchacho. Tenía la garganta

espesa y contraída, de forma que le costó articular las palabras. De nuevo, Deparnieux le ofreció aquella sonrisa despreocupada. Fingió una pose, como si intentase pensar.

—Digamos que «variados» —respondió—. En resumen, me causaron molestias.

Horace sostuvo la mirada de diversión del caballero durante unos segundos; después, hizo un gesto negativo y la desvió. Intentó apartar los ojos de las lamentables figuras harapientas que colgaban sobre sus cabezas. Debía de haber unos veinte hombres en total. En ese momento, su horror aumentó al darse cuenta de que no todos ellos estaban muertos. Vio que en una de las jaulas se movía el prisionero. Al principio pensó que se trataba de una ilusión provocada por el movimiento de la ropa de aquel hombre con el aire, pero entonces, al aproximarse ellos, un brazo se extendió a través de los barrotes y de la jaula partió un lastimero sonido ronco.

Era inconfundible. Se trataba de un grito que suplicaba clemencia.

—Dios mío —dijo Horace en voz baja, y al tiempo escuchó la profunda inspiración de aire que Halt realizaba junto a él.

Deparnieux se detuvo tirando de las riendas de su caballo negro y se acomodó cargando su peso sobre un lado de la silla de montar.

—¿Lo reconocéis? —preguntó con un tono de diversión en la voz—. Lo visteis la otra noche en la taberna.

Horace, perplejo, frunció el ceño. Aquel hombre no le resultaba familiar. La noche que se habían encontrado por vez primera con el caudillo había por lo menos una docena de personas en la taberna. Se preguntaba por qué se suponía que habían de acordarse de aquel hombre más que de cualquier otro de los que había allí. Entonces Halt dijo con una voz fría:

—Es el hombre que se rió.

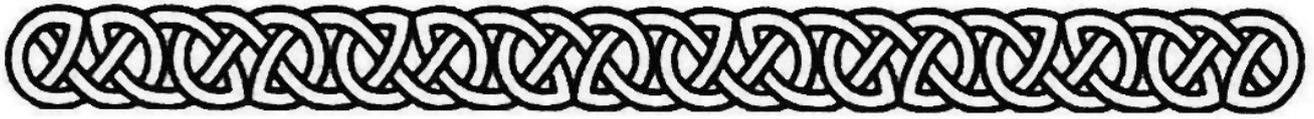
Deparnieux soltó una carcajada grave:

—Exacto. Era un hombre con un singular sentido del humor. Es extraño cómo parece haberlo perdido ahora. Cualquiera diría que con esa risita graciosa podía haber pasado las horas muertas.

Y sacudió las riendas contra el cuello de su caballo para ponerse de nuevo en marcha. La comitiva se desplazaba con él, se paraba cuando él se paraba y arrancaba cuando él lo hacía, obligando a Halt y a Horace a mantener su paso.

Horace miró a Halt una vez más, en busca de algún mensaje de consuelo en sus ojos. El montaraz le devolvió la mirada durante unos instantes y después asintió lentamente. Comprendía cómo se sentía el muchacho, asqueado por la depravación y la crueldad abyecta que estaba presenciando. De alguna forma, Horace obtuvo ese consuelo del gesto de Halt. Tocó con la rodilla en el costado de *Kicker* y lo puso en marcha.

Y juntos cabalgaron hacia el castillo oscuro e imponente que les aguardaba.



Veintisiete

El poni se encontraba justo donde Erak le había dicho a Evanlyn que se hallaría.

Estaba atado al tronco fino de un árbol joven y con los cuartos traseros pacientemente dispuestos en la dirección que soplaba el viento helador que hacía descender las nubes de nieve sobre Hallasholm. Evanlyn desató las riendas y el pequeño caballo la siguió con paso decidido. Sobre sus cabezas, el viento soplaba a través de las agujas de los pinos y producía un sonido como el de una extraña ola tierra adentro al sacudir las ramas cubiertas de nieve.

Will la seguía enmudecido, tambaleándose en la nieve que cubría el camino y les llegaba por la pantorrilla. Era difícil avanzar para Evanlyn, pero lo era aún más para el muchacho, agotado y rendido como estaba por las semanas de trabajo duro con comida y abrigo insuficientes. Ella sabía que pronto tendría que parar y buscar la ropa que Erak le había contado que llevaba en el fardo a lomos del poni, y probablemente tendría que dejar que Will lo montase si es que quería recorrer alguna distancia antes del amanecer. Mas por el momento prefería evitar todo retraso, por muy breve que fuese. Todos sus instintos le decían que continuase, que pusiese cuanta distancia fuera posible entre ellos y el pueblo de los skandians, y que debía hacerlo tan rápido como pudiese.

El sendero se retorcía al ascender hacia las montañas, y la muchacha se inclinaba hacia delante, frente al viento, guiando al poni con una mano y tirando de la mano helada de Will con la otra. Juntos, siguieron a trompicones, se resbalaban sobre la gruesa capa de nieve y se tropezaban con raíces y rocas que se hallaban ocultas bajo su superficie lisa.

Tras media hora de viaje, sintió cómo los primeros y tímidos copos de nieve le acariciaban el rostro conforme caían. Luego comenzaron a caer en serio, mucho más gruesos. Se detuvo y miró al camino a sus espaldas, donde sus huellas ya se estaban borrando. Erak sabía que esa noche iba a caer una buena nevada, pensó. Había esperado hasta que su instinto de marino le dijo que toda señal de sus pasos quedaría cubierta. Sintió que la esperanza le subía el ánimo por primera vez desde que se

escabulleron por el arco de entrada del pabellón. Quizás, después de todo, las cosas fuesen a salirles bien.

Detrás de ella, Will se tambaleaba, y con un balbuceo incoherente cayó de rodillas sobre la nieve. Se volvió hacia él y se dio cuenta de que estaba tiritando y azul por el frío, prácticamente reventado. Fue hasta el fardo que cargaba el poni, soltó las ataduras y rebuscó en su interior.

Había un chaleco grueso de piel de borrego, entre otras cosas, que puso sobre los hombros del muchacho, y le ayudó a pasar los brazos por sus aberturas. Él la miraba con unos ojos apagados mientras ella lo hacía. Era un animal, sin habla, que aceptaba sin rechistar lo que le ocurriese. Evanlyn sabía que podría incluso azotarle; él ni siquiera intentaría esquivar el golpe, o devolvérselo. Lo contemplaba entristecida, recordándolo como había sido. Erak dijo que podría recuperarse, aunque pocos adictos a la hierba cálida habían dispuesto de tal oportunidad. Aislados en las montañas, como estarían, Will iba a tener la oportunidad de romper el círculo vicioso de aquella droga. Ella rezaba ahora porque el jarl skandian estuviese en lo cierto y que fuese posible que un adicto, privado de la hierba cálida, se recuperase del todo.

Empujó al dócil muchacho hacia el poni y le hizo un gesto para que lo montase. Él vaciló por un instante y acto seguido, con torpeza, se impulsó para subir a la silla y montó con algún vaivén de inseguridad. Evanlyn los guió de nuevo, alejándose por el sendero del bosque según éste ascendía hacia las montañas.

A su alrededor, los copos de nieve seguían cayendo.

Erak observó cómo las dos siluetas salían furtivamente hacia el bosque y tomaban la desviación que él le había descrito a Evanlyn. Satisfecho con que estuviesen en camino, los siguió al exterior de la empalizada, y siguió en línea recta pasado el punto donde ellos habían girado y, en cambio, se dirigió hacia el puerto.

No había centinelas apostados en el Gran Salón en aquella época del año. No había temor alguno a recibir un ataque pues las espesas nevadas que cubrían las montañas eran más eficaces que cualquier centinela. Aun así, Erak fue más cauto al aproximarse al puerto. Allí se mantenía una guardia para asegurarse de que los barcos estaban seguros en sus amarres. Una borrasca repentina podía soltar las anclas y arrastrarlos a tierra, de manera que dejaban algunos hombres apostados para dar aviso y despertar a las tripulaciones de servicio en caso de peligro.

Pero, con la misma facilidad, éstos podían verle y preguntarse qué estaría haciendo allí fuera a aquellas horas de la noche, así que permaneció entre las sombras siempre que pudo.

Su propio barco, el *Wolfwind*, se encontraba atracado en el puerto. Erak se subió a bordo de forma silenciosa, aun siendo consciente de que no había tripulación de servicio. Él los había relevado por la tarde, confiando en su reputación como meteorólogo para convencerles de que no se producirían fuertes vientos aquella

noche. Se inclinó sobre la borda y allí, al resguardo del viento que le proporcionaba el barco, flotaba el pequeño esquife que él mismo había amarrado en un momento anterior del día. Observó el modo en que se movían los barcos en las aguas del puerto y vio que la marea aún se estaba retirando. Había sincronizado su llegada para que coincidiese con la bajada de la marea. Descendió rápidamente al bote, palpó en el fondo de la popa en busca del tapón de drenaje y lo aflojó. El agua congelada entró a borbotones sobre sus manos. Cuando el esquife se encontró con el agua por la mitad, volvió a colocar el tapón en su sitio y trepó hasta la borda del barco. Extrajo su daga y cortó la amarra que sujetaba el esquife.

Durante un momento no pasó nada. Entonces, el pequeño bote, que ya estaba medio hundido en el agua, comenzó a deslizarse hacia atrás, con lentitud al principio e incrementando su velocidad después, a medida que la marea se lo llevaba. En el bote había sólo un remo, dispuesto sobre su soporte. Él lo había colocado así por si se daba el caso de que llegasen a encontrar el bote en los días siguientes. La combinación de un bote vacío, en apariencia anegado, y la falta de un remo apuntaría a un accidente.

El esquife fue saliendo del puerto a la deriva y se perdió de vista entre los navíos más grandes que atestaban el muelle. Contento con haber hecho todo lo que estaba en su mano, Erak volvió a poner pie en tierra firme y desanduvo sus pasos camino del Gran Salón. Conforme caminaba advirtió con satisfacción que la espesa nieve que caía ya había borrado casi por completo las huellas que él mismo había dejado antes. Por la mañana, no habría rastro de que alguien hubiese pasado por allí. El bote desaparecido y la amarra cortada serían las únicas pistas de hacia dónde habían ido los esclavos huidos.

La marcha se endurecía a medida que se empinaba el camino que atravesaba el bosque. La respiración de Evanlyn se había convertido en jadeos entrecortados que quedaban suspendidos en el aire gélido en forma de grandes nubes de vapor. El leve viento que antes agitaba los pinos había amainado en cuanto la nieve empezó a caer. Tenía la boca y la garganta secas y un sabor pastoso y desagradable. Había intentado calmar la sed con puñados de nieve, pero el alivio era apenas momentáneo. El intenso frío de la nieve contrarrestaba cualquier beneficio que pudiera obtener de la pequeña cantidad de agua que goteaba por su garganta cuando la nieve se fundía.

Echó la vista atrás. El poni seguía sus huellas con dificultad y obstinación, con la cabeza gacha y sin que el frío pareciese afectarle. Will era una silueta acurrucada a lomos del poni, muy envuelta en los pliegues del chaleco de borrego. Gemía en voz baja y de forma constante.

Evanlyn se detuvo un momento; jadeaba entrecortadamente inspirando grandes bocanadas de aire gélido. Se le agarraba de modo casi doloroso al fondo de la garganta. Los músculos de detrás de los muslos y las pantorrillas le dolían y

temblaban por el esfuerzo de abrirse paso a través de la gruesa capa de nieve, sin embargo sabía que debía seguir avanzando tanto como pudiese. No tenía ni idea de cuánto habían recorrido desde el pabellón de Hallasholm, pero sospechaba que no era lo suficiente. Si fracasaba el intento de Erak de dejar un rastro falso, a ella no le cabía la menor duda de que una partida de skandians bien sanos cubriría en menos de una hora la distancia que Will y ella habían recorrido hasta entonces.

Las instrucciones de Erak eran llegar tan lejos subiendo la montaña como les fuese posible antes del amanecer. En ese momento debían salir del camino y adentrarse al resguardo de la espesura del bosque, donde se esconderían durante el día.

Alzó la vista al estrecho claro que dejaban los árboles sobre sus cabezas. Las nubes plomizas ocultaban cualquier rastro de la luna o las estrellas. No tenía la menor idea de lo tarde que era o de cuánto faltaba para el amanecer.

A duras penas, con los quejidos de cada uno de los músculos de las piernas, se puso de nuevo en marcha camino arriba. El poni, impasible, seguía sus pasos detrás de ella. Por un instante valoró la posibilidad de subirse ella también al poni, pero desechó rápidamente la idea. Era sólo un poni pequeño y, aunque podía llevar el peso de un jinete y el equipaje de los dos sin queja alguna, una carga doble en aquellas condiciones lo agotaría enseguida. Consciente de lo mucho que dependía de la pequeña bestia lanuda, muy a su pesar decidió que lo mejor sería que ella continuase a pie. Si agotaba al poni, aquello sería como una sentencia de muerte para Will. Evanlyn conseguiría hacerle avanzar, exhausto y débil como se encontraba.

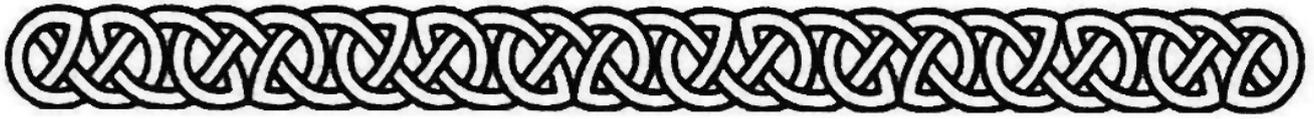
Continuó con su pesada caminata. Levantaba el pie y lo sacaba de la nieve, lo plantaba con un ligero resbalón al atravesar la creciente capa que cubría el suelo, compactando la nieve hasta que volvía a tener un apoyo firme. Izquierdo. Derecho. Izquierdo. Derecho. La boca más seca que nunca. Los jadeos seguían formando nubes que permanecían suspendidas a su espalda en el aire de la noche, indicando por un instante el rastro de su paso. Sin pensarlo, comenzó a contar los pasos que daba. No había razón para hacerlo. No intentaba medir la distancia de una forma consciente. Se trataba de una reacción instintiva al ritmo constante y repetitivo que había establecido. Llegó a doscientos y volvió a empezar. Otra vez llegó y de nuevo empezó de cero. Entonces, tras unas cuantas veces más, se dio cuenta de que no tenía ni remota idea de cuántas veces había llegado a contar aquellos doscientos pasos y dejó de hacerlo. Veinte pasos más adelante advirtió que estaba contando de nuevo. Se encogió de hombros. Esta vez, decidió, contaría hasta cuatrocientos antes de volver a empezar de cero. Cualquier cosa con tal de variar un poco, pensó con humor a pesar de todo.

Los gruesos copos de nieve seguían cayendo, seguían acariciándole la cara y le dejaban el pelo totalmente blanco. El rostro se entumecía y se lo frotó vigorosamente con el dorso de la mano; entonces reparó en que la mano también se le había entumecido y se detuvo para rebuscar en el fardo una vez más.

Había visto unos guantes por allí dentro cuando encontró el chaleco para Will. Los volvió a localizar: unas manoplas de lana gruesa, sin separaciones para los dedos y con una sola para el pulgar. Se las puso en las manos heladas, movió los brazos y se dio palmadas en las costillas y hacia arriba, en las axilas, para estimular la circulación. Tras unos minutos haciendo esto, sintió un leve cosquilleo al recuperar la sensibilidad y se puso una vez más en marcha.

El poni se había detenido al hacerlo ella. Ahora, con paciencia, volvía a pisar sobre las huellas de Evanlyn.

Llegó hasta cuatrocientos y de nuevo empezó de cero.



Veintiocho

Halt echó un vistazo a los gigantescos aposentos a los que les habían llevado. —Bueno —dijo—, no es gran cosa, pero es un techo.

En realidad, no estaba siendo del todo justo con aquella afirmación. Se encontraban en la parte alta de la torre central del castillo de Montsombre, la torre que Deparnieux les dijo que reservaba para su uso exclusivo; y el de sus invitados, añadió sardónicamente. La habitación en la que se hallaban era grande y estaba amueblada de un modo bastante confortable. Había una mesa y sillas que servirían bastante bien para las comidas, al igual que dos butacas de madera de aspecto cómodo situadas a ambos lados de la gran chimenea. Dos puertas en lados opuestos de la habitación daban a dos dormitorios más pequeños, e incluso había un cuarto de aseo con una bañera de cinc y un lavabo. Había un par de tapices medio decentes colgados de las paredes de piedra y una práctica alfombra que cubría una gran porción de suelo. También había una pequeña terraza y una ventana que ofrecía una vista del tortuoso sendero que habían seguido para llegar al castillo y de los bosques más abajo. La ventana no tenía cristales, sólo contraventanas interiores de madera para proporcionar resguardo del viento y el frío.

La puerta ponía la única nota discordante en aquel panorama. No tenía pomo por el interior. Su alojamiento podía ser bastante confortable, pero seguían siendo prisioneros a pesar de todo, pensó Halt.

Horace tiró su fardo al suelo y se dejó caer agradecido en una de las butacas de madera junto al fuego. Una corriente de aire frío entraba por la ventana, aunque apenas era media tarde. Por la noche haría frío y habría corrientes de aire, pensó. Pero, por aquel entonces, la mayoría de los aposentos de los castillos sufrían de aquel mal y éste no se encontraba ni por encima ni por debajo de la media.

—Halt —dijo—, me he estado preguntando por qué *Abelard* y *Tirón* no nos avisaron de la emboscada. ¿No están adiestrados para presentir cosas así?

Halt asintió lentamente.

—A mí se me ocurrió lo mismo —dijo Halt—, y supongo que tiene algo que ver con tu concatenación de victorias.

El muchacho le miró, sin comprenderlo, y él se explicó.

—Íbamos arrastrando media docena de caballos detrás de nosotros, cargados con todas esas armas, y hacían más ruido que el carro de un hojalatero. Mi suposición es que todo ese ruido que hacíamos ocultó cualquier sonido que los hombres de Deparnieux pudieran haber hecho.

Horace frunció el ceño. Él no había pensado en eso.

—Pero ¿no podían haberlos oído? —preguntó.

—De haber soplado el viento en la dirección adecuada, sí; pero soplaba desde nuestra espalda hacia ellos, ¿lo recuerdas? —observó a Horace, que analizaba con una cierta decepción la incapacidad de los caballos para superar unas dificultades tan insignificantes—. A veces —prosiguió Halt—, tendemos a esperar demasiado de las monturas de los montaraces. Al fin y al cabo son humanos.

El rastro más leve de una sonrisa se asomó por su rostro mientras decía esa última frase, pero Horace no se percató. Se limitó a asentir y pasó a la siguiente pregunta.

—Entonces —dijo—, ¿qué hacemos ahora?

El montaraz se encogió de hombros. Tenía abierto su fardo de equipaje y sacaba algunas cosas: una camisa limpia, su cuchilla y artículos de aseo.

—Esperaremos —dijo—. No estamos perdiendo tiempo alguno, todavía. Los pasos de montaña de entrada a Skandia estarán obstruidos por la nieve durante al menos un mes más, así que lo mejor que podemos hacer es acomodarnos aquí durante unos pocos días hasta que veamos qué tiene pensado nuestro aguerrido caballero para nosotros.

Horace se valió de un pie para quitarse la bota del otro y meneó encantado los dedos, disfrutando de la repentina sensación de libertad.

—Hay otra cosa —dijo—. ¿Qué supones que tiene este Deparnieux en mente, Halt?

El hombre canoso dudó un segundo.

—No estoy seguro, pero es probable que muestre sus cartas en algún momento a lo largo de los próximos días. Creo que tiene una vaga idea de que soy un montaraz —añadió pensativo.

—¿Tienen montaraces aquí? —preguntó Horace, sorprendido. Él siempre había supuesto que el Cuerpo de Montaraces era algo exclusivo de Araluen. Entonces, cuando Halt hizo un gesto negativo con la cabeza, se dio cuenta de que su suposición era correcta.

—No, no tienen —respondió Halt—, y siempre nos hemos tomado nuestras molestias para que no se corra demasiado la voz. Nunca se sabe si se va a acabar o no entrando en guerra con alguien —añadió—. Pero, claro, es imposible mantener algo así como un secreto absoluto, así que puede haber oído algo al respecto.

—¿Y si lo ha hecho? —preguntó Horace—. Creí que en un principio estaba solo interesado en nosotros porque quería combatir conmigo, ya sabes, como tú dijiste.

—Probablemente, ése era el caso al principio —reconoció Halt—, pero ahora se

ha olido algo y me parece que intenta descubrir cómo me puede utilizar.

—¿Utilizarte? —repitió Horace con el ceño fruncido ante la idea. Halt hizo un gesto de desdén.

—Así es como suele pensar la gente como él —le contó al muchacho—. Siempre están intentando ver cómo darle la vuelta a la situación en su propio beneficio; y creen que se puede comprar a todo el mundo si el precio es el adecuado. Oye, ¿te importaría ponerte otra vez esa bota? —añadió en tono amable—. El volumen de aire fresco que entra por la ventana es limitado y tus calcetines tienen un olor un poco fuerte, por decirlo de manera suave.

—¡Lo siento! —dijo Horace, que se volvió a poner la bota de un tirón. Ahora que Halt lo mencionaba, se daba cuenta de que había un olor bastante fuerte en la habitación—. ¿Y no juran sus votos los caballeros de este país? —preguntó, volviendo al tema de su captor—. Los caballeros juran ayudar a los demás, ¿no? Se supone que no «utilizan» a la gente.

—Sí juran los votos —le contó Halt—. Que los cumplan es una cosa totalmente distinta, y la idea de que los caballeros ayudan a la gente común es algo que sólo funciona en un lugar como Araluen, donde tenemos un rey fuerte. Aquí, si tienes el poder suficiente, bien puedes hacer lo que te plazca.

—Ya, pero eso no está bien —murmuró Horace. Halt estaba de acuerdo con él, pero no parecía adelantar nada diciéndoselo.

—Sólo has de tener paciencia —le dijo entonces a Horace—. No hay nada que podamos hacer para acelerar los acontecimientos. Dentro de muy poco descubriremos lo que quiere Deparnieux. Mientras tanto, será mejor que nos relajemos y nos lo tomemos con calma.

—Otra cosa... —añadió Horace ignorando el comentario de su compañero—. No me gustaron esas jaulas junto al camino. Ningún auténtico caballero castigaría a nadie de ese modo, por muy malo que fuese su delito. Esas cosas eran terribles. ¡Es inhumano!

Halt levantó la vista al encuentro de la honesta mirada del muchacho. No había nada que él le pudiese ofrecer a modo de consuelo.

«Inhumano» era una descripción muy oportuna de aquel castigo.

—Sí —le dijo por fin—. A mí tampoco me gustan. Me parece que, antes de que nos marchemos de aquí, mi querido señor Deparnieux tendrá que dar algunas explicaciones a ese respecto.

Aquella noche cenaron con el caudillo. La mesa era inmensa, con sitio para unos treinta comensales o más, y los tres parecían empequeñecidos por el espacio vacío que les rodeaba. Los mozos y las doncellas del servicio se apresuraban con sus tareas y traían raciones extra de comida y vino según se les requería.

La comida no era ni buena ni mala, lo cual sorprendió un poco a Halt. La cocina

gálica tenía reputación de ser exótica e incluso extravagante. El simple menú que les sirvieron parecía indicar que aquella reputación era infundada.

Lo que sí notó fue que el personal del servicio llevaba sus tareas a cabo con la mirada baja, evitando el contacto visual con cualquiera de los tres comensales. En la sala había un palpable aire de temor que se acentuaba cuando cualquiera de los siervos tenía que acercarse a su señor para servirle comida o rellenarle la copa de vino.

Halt percibió que Deparnieux no sólo era consciente de la atmósfera de tensión, sino que en realidad disfrutaba con ella. Una media sonrisa de satisfacción se dibujaba en sus labios crueles siempre que alguno de los criados se acercaba a él desviando la mirada y conteniendo la respiración hasta que finalizaba la tarea.

Hablaron muy poco durante la cena. Deparnieux parecía conformarse con observarlos, de un modo muy parecido al de un crío que observa un bicho que ha atrapado, interesante y desconocido hasta entonces. En aquellas circunstancias, ni Horace ni Halt sentían ninguna inclinación a ofrecerle una charla informal.

Cuando hubieron terminado y los criados recogieron la mesa, el caudillo expresó por fin lo que le rondaba por la cabeza. Dedicó una mirada de desdén a Horace e hizo un gesto lánguido con la mano en dirección ala escalera que subía a sus aposentos.

—No te retengo más, chico Tienes mi permiso para retirarte.

Horace, ligeramente enojado por el tono descortés, lanzó una rápida mirada a Halt y vio el pequeño gesto de asentimiento del montaraz. Se puso en pie intentando conservar su dignidad sin mostrar su turbación al caballero negro.

—Buenas noches, Halt —dijo en un tono bajo, y Halt volvió a asentir.

—Hasta mañana, Horace —respondió.

El aprendiz se irguió, miró a Deparnieux a los ojos, se dio media vuelta con brusquedad y abandonó la estancia. Dos de los guardias armados que se encontraban de pie junto a la escalera se pusieron en marcha inmediatamente detrás de él y lo escoltaron escaleras arriba.

Era un simple gesto, pensaba Horace mientras subía a sus aposentos, y probablemente infantil; pero ignorar al señor del castillo de Montsombre al abandonar la sala le hacía sentirse un poco mejor.

Deparnieux aguardó hasta que se hubo apagado el sonido de los pasos de Horace en la escalera engalanada con banderas. Entonces, retiró un poco su silla de la mesa y lanzó una mirada calculadora sobre el montaraz.

—Bueno, *señor* Halt —dijo con tranquilidad—, ya es hora de que tengamos una charla.

Halt frunció la boca.

—¿Sobre qué? —preguntó—. Me temo que no soy nada bueno para los cotilleos.

El caudillo esbozó una sonrisa.

—Estoy seguro de que vais a ser un invitado divertido —dijo—. Y ahora, contadme, ¿quién sois?

Halt se encogió de hombros con indiferencia. Jugueteaba con la copa casi vacía que había sobre la mesa, delante de él. La giraba para acá y para allá y observaba la forma en que el cristal tallado capturaba la luz que emitía el fuego en la esquina de la sala.

—Soy una persona normal y corriente —le dijo—. Me llamo Halt, soy de Araluen y viajo con *sir* Horace. No hay mucho más que contar en realidad.

La sonrisa permanecía fija en el rostro de Deparnieux mientras continuaba evaluando al hombre barbudo que tenía sentado frente a sí. Parecía bastante insulso, eso sí que era cierto; vestía una ropa sencilla, rayando lo monótono, de hecho. Llevaba el pelo y la barba mal cortados. Tenían el aspecto de habérselos cortado él mismo con un cuchillo de caza, pensó Deparnieux sin saber que tan sólo era uno más de entre los muchos que pensaban exactamente lo mismo de Halt.

Era también un hombre de corta estatura. Su cabeza apenas llegaba a la altura del hombro del caudillo; pero era musculoso, sin embargo, y a pesar de las canas de su pelo y su barba, estaba en unas condiciones físicas excelentes. Aunque había algo en su mirada, oscura, firme y calculadora, que echaba por tierra la afirmación que acababa de hacer acerca de lo corriente de su persona. Deparnieux se jactaba de conocer bien la mirada de un hombre que estaba acostumbrado a dar órdenes, y aquél la tenía, sin duda.

Había algo más en su conjunto. No era habitual ver a un hombre con ese inconfundible aire de mando y que no fuera armado como un caballero. El arco era el arma de un plebeyo, a los ojos de Deparnieux, y nunca había visto antes aquella vaina de dos cuchillos. Había tenido la oportunidad de estudiar ambos puñales; el más grande le recordaba a los pesados saxes que llevaban los skandians. El pequeño, tan afilado como su compañero, tenía un equilibrio excelente para lanzarlo. Unas armas, sin duda, poco habituales para un mando militar, pensó Deparnieux.

La extraña capa también le fascinaba. Estaba estampada con unas manchas irregulares de color gris y de color verde, y no era capaz de encontrarle un motivo a tal diseño. La profunda capucha servía bien a los efectos de ocultar el rostro de aquel hombre cuando se la ponía. En varias ocasiones durante la cabalgata hasta Montsombre, el caballero gálico había notado que la capa parecía fundirse con el paisaje boscoso de forma que su portador casi desaparecía de la vista, y al momento se pasaba esa ilusión óptica.

Deparnieux, como muchos de sus compatriotas, era algo más que un poco supersticioso. Tenía la sospecha de que las extrañas propiedades de la capa podían ser algún tipo de hechizo.

Era esta última idea la que le había llevado a su ambigua forma de tratar a Halt. El caudillo sabía que no le convenía enemistarse con hechiceros, así que había tomado la determinación de jugar sus cartas con cuidado hasta que supiese exactamente qué podía esperar de aquel hombre bajo y misterioso. Y, de demostrarse que Halt no tenía oscuros poderes, siempre tendría la posibilidad de convencerle para

que usase sus otros talentos para los fines de Deparnieux.

Si no, y llegado el momento, el caudillo siempre podría matar a los dos viajeros como le complaciese.

Se percató de que había estado en silencio por un tiempo tras la última afirmación de Halt. Tomó un sorbo de vino e hizo un gesto negativo con la cabeza ante las opiniones que éste había expresado.

—De ningún modo corriente, creo yo —dijo—. Vos me interesáis, Halt.

El montaraz se encogió de hombros otra vez.

—No veo el porqué —le contestó en un tono amable.

Deparnieux giraba su copa de vino entre los dedos. Se produjo un tímido golpeteo en la puerta y el responsable de los criados se adentró en la sala pidiendo disculpas y un poco atemorizado. Había aprendido por su propia y amarga experiencia que su señor era un hombre peligroso e impredecible.

—¿Qué pasa? —dijo Deparnieux, molesto por la interrupción.

—Ruego me disculpéis, mi señor, pero me preguntaba si deseáis algo más.

Deparnieux estaba a punto de hacerle marchar cuando se le ocurrió algo. Resultaría un interesante experimento provocar a aquel extraño araluense, pensó, para ver por dónde salía.

—Sí —dijo—. Manda venir a la cocinera.

El criado vaciló, perplejo.

—¿La cocinera, mi señor? —repitió—. ¿Deseáis algo más de comer?

—¡Deseo que venga la cocinera, idiota! —le gruñó Deparnieux. El criado dio un respingo hacia atrás.

—De inmediato, mi señor —dijo, y se retiró nervioso hacia la puerta. Cuando se hubo marchado, el caudillo sonrió a Halt.

—Es casi imposible encontrar un buen servicio en estos tiempos —afirmó. Halt le miró con desprecio.

—Debe de ser un problema constante para vos —dijo sin alterarse. Deparnieux le miró de un modo penetrante, intentando hallar cualquier rastro de sarcasmo en sus palabras.

Permanecieron sentados en silencio hasta que llamaron a la puerta y entró el criado. La cocinera le seguía unos pasos más atrás, retorciendo las manos en el dobladillo del delantal por los nervios. Era una mujer de mediana edad que mostraba en el rostro la tensión que producía el trabajar en la casa de Deparnieux.

—La cocinera, mi señor —anunció el criado.

Deparnieux no dijo nada. Se quedó mirando fijamente a la mujer, del mismo modo que una serpiente mira a un pajarillo. Conforme crecía el silencio, los restregones del delantal eran cada vez más y más evidentes. Finalmente, la mujer no lo pudo aguantar más.

—¿Hay algún problema, mi señor? —Comenzó a decir—. ¿No estaba la comida...?

—¡Tú, guarda silencio! —gritó Deparnieux levantándose de la silla y señalándola enfadado con el dedo—. ¡Yo soy el señor aquí! ¡Tú no hablas ante mí! ¡Así que guarda silencio, mujer!

Los ojos de Halt se entrecerraron mientras observaba la desagradable escena. Sabía que todo aquello era por él; tenía la sensación de que Deparnieux quería ver cómo podría reaccionar. Por muy frustrante que pudiera ser, no había nada que Halt pudiese hacer para ayudar a la mujer en aquel momento. Deparnieux le echó un vistazo fugaz y confirmó sus sospechas al ver que el hombre de corta estatura estaba tan tranquilo como siempre. Retomó entonces su asiento y volvió sobre la infortunada cocinera.

—Las verduras estaban frías —dijo por fin.

La expresión de la mujer era de temor y de perplejidad a partes iguales.

—No puede ser, mi señor. Las verduras estuvieron...

—¡Frías, te digo! —la interrumpió Deparnieux. Se volvió entonces a Halt—. Estaban frías, ¿no es así? —Le puso a prueba.

—Las verduras estaban bien —dijo Halt sin alterarse. Pasara lo que pasase, él debía mantener cualquier señal de ira o de indignación fuera de su tono de voz. Deparnieux esbozó su leve sonrisa. Volvió a mirar a la cocinera.

—¿Ves lo que has hecho? —le dijo—. No sólo me has avergonzado a mí delante de un invitado, sino que le has obligado a él a mentir en tu nombre.

—Mi señor, de verdad, yo no...

Deparnieux la detuvo con un imperioso movimiento de la mano.

—Me has decepcionado y has de recibir un castigo —dijo. El rostro de la mujer se puso lívido por el miedo. En aquel castillo, los castigos no eran poca cosa.

—Por favor, mi señor. Por favor, me esforzaré más, lo prometo —balbuceaba en un intento por evitar que dictase su castigo. Dirigió una mirada suplicante a Halt—. Por favor, señor, decidle que yo no tenía esa intención —le rogó.

—Dejadla ir —dijo por fin el montaraz.

Deparnieux ladeó la cabeza, expectante.

—¿O? —le desafió. Aquí estaba su oportunidad de evaluar los poderes de su prisionero; o su carencia de ellos. Si realmente fuera un hechicero, entonces quizás pudiese mostrar ahora sus cartas.

Halt podía ver lo que estaba pensando el caballero. Había en él un aire de expectación mientras observaba a Halt atentamente. El montaraz se dio cuenta, muy a su pesar, de que no se encontraba en situación de plantear amenazas, así que probó por otro camino.

—¿O? —repitió Halt con un gesto de indiferencia—. ¿O qué? La cuestión es insignificante. Ella no es más que una sirvienta torpe que no se merece ni vuestra atención ni la mía.

El caudillo, pensativo, se pasó un dedo por los labios. La aparente falta de interés de Halt podía ser real. O podía ser simplemente una forma de enmascarar su carencia

de poderes. El principal motivo para la duda en la cabeza de Deparnieux era el hecho de que no se podía creer que cualquier persona con poder o autoridad prestase algo más que una atención de pasada a un siervo. Halt podía estar echándose atrás. O podía, de verdad, no preocuparle aquello lo bastante como para hacer de ello un incidente.

—Sin embargo —replicó vigilando a Halt—, debe recibir un castigo.

Miró entonces al criado. El hombre se había quitado de en medio, junto a la pared, en un intento por pasar tan desapercibido como fuera posible mientras todo aquello proseguía.

—Tú castigarás a esta mujer —le dijo—. Es una holgazana, una incompetente y ha avergonzado a su señor.

El criado hizo una reverencia obediente.

—Sí, mi señor. Por supuesto, mi señor. Esta mujer recibirá su castigo —dijo. Deparnieux arqueó las cejas en un gesto de asombro fingido.

—¿En serio? —le dijo—. ¿Y cuál será ese castigo?

El criado vaciló. No tenía ni idea de lo que el señor tenía en mente. Decidió que, en cualquier caso, lo mejor sería pecar de duro.

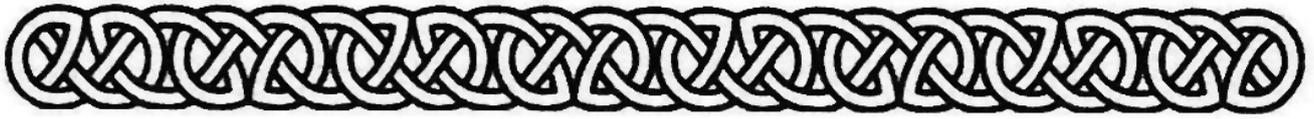
—¿Latigazos, mi señor? —respondió, y como Deparnieux pareció estar de acuerdo, prosiguió con una mayor seguridad—: Será azotada.

Pero ahora el caudillo negaba con la cabeza y en la despejada frente del criado aparecieron unos goterones de sudor.

—No —dijo Deparnieux en un tono suave como la seda—. *Tú* serás azotado. Ella será enjaulada.

Sin posibilidad de intervenir, Halt presenciaba el desarrollo de aquella escena cruel ante sus ojos. La cara del criado se arrugó de miedo al oír que iba a ser azotado, pero la mujer, al escuchar su castigo, cayó hundida al suelo con una máscara de desesperación en el rostro. Halt recordó el tortuoso camino por el que habían llegado a Montsombre con aquellos pobres desgraciados suspendidos en las jaulas de hierro. Se sintió asqueado por el tirano vestido de negro que tenía frente a sí. Se puso en pie bruscamente y su silla se tambaleó y se volcó contra las losas de piedra del suelo por el empujón que recibió.

—Me voy a la cama Ya he tenido bastante.



Veintinueve

Evanlyn no tenía ni idea de cuánto tiempo llevaban subiendo a trompicones por el sendero cubierto de nieve. El poni avanzaba con dificultad, la cabeza gacha y sin quejarse, con un Will que se tambaleaba sobre él y gemía en voz baja. La misma Evanlyn marchaba bamboleándose de forma mecánica, generando un crujido con los pies al aplastar la nieve recién caída.

Por fin se dio cuenta de que no podía seguir avanzando. Se detuvo y buscó un lugar donde refugiarse el resto de la noche.

El viento del norte, predominante a lo largo de los días anteriores, había apilado una capa gruesa de nieve en la cara expuesta de los pinos y había dejado su correspondiente vacío en la cara resguardada. Las ramas bajas de los árboles más grandes se extendían sobre aquellos huecos y creaban un espacio a cubierto bajo la superficie de la nieve. No sólo estarían a resguardo del mal tiempo mientras seguía cayendo la nieve, sino que aquel agujero profundo les ocultaría de las miradas fortuitas de aquellos que transitasen por el camino.

Desde luego que no se trataba del escondite ideal, pero era el mejor disponible. Evanlyn guió al poni fuera del sendero y se dirigió a uno de los árboles más grandes, situado a unas tres o cuatro hileras del camino.

Casi de inmediato, se hundió en la nieve hasta la cintura, pero se abrió paso a tirones con el poni a su espalda por el surco que ella iba abriendo. Le costó casi sus últimas fuerzas, aunque consiguió por fin llegar hasta el profundo hueco detrás del árbol. El poni vaciló y después la siguió. Will tuvo al menos la presencia de ánimo necesaria para agacharse sobre el cuello del poni y así evitar verse descabalgado por las enormes ramas del pino que sobresalían cargadas de nieve.

El espacio bajo el árbol era sorprendentemente grande y había sitio de sobra para los tres. Con la conjunción de su calor corporal en aquel espacio más o menos cerrado, no hacía ni de lejos el frío que ella había imaginado que podía hacer. El frío seguía siendo intenso, claro está, pero no como para temer por sus vidas. Ayudó a Will a bajarse del poni y le indicó que se sentara. Lo hizo en el suelo, tiritando, con la espalda contra la áspera corteza del árbol. Ella, mientras, buscó en el fardo y encontró

dos mantas gruesas de lana. Las colocó rodeando los hombros de Will, se sentó después unto a él y tiró de la lana para taparse también ella. Tomó una de las manos del muchacho entre las suyas y le frotó los dedos. Al tacto parecían de hielo. Le sonrió para darle ánimos.

—Vamos a estar bien ahora —le dijo a Will—. Muy bien.

Él la miro y ella, por un instante, pensó que lo había entendido, pero se dio cuenta de que tan sólo estaba reaccionando al sonido de su voz.

Tan pronto como pareció que él había entrado un poco en calor y que su tiritona se había reducido a algún ocasional espasmo que otro, Evanlyn salió de debajo de la manta y se puso en pie para soltar los arreos de la silla del poni. El animal gruñó y bufó de alivio en cuanto se soltaron las cinchas de su panza y, a continuación, descendió lentamente sobre sus rodillas y se tumbó en el refugio.

Quizás, en aquella tierra cubierta por la nieve, los caballos estuviesen adiestrados para aquello. Ella no lo sabía; pero el poni recostado ofrecía un sitio caliente para que ambos se echasen a descansar. Arrastró al dócil muchacho desde el tronco del árbol y lo reacomodó, tumbado sobre la panza caliente del caballo. Después, envolviéndose de nuevo en las mantas, Evanlyn se acurrucó junto a él. Con el calor corporal del poni se estaba en la gloria. Lo podía notar en la parte baja de la espalda y, por vez primera en horas, sintió el calor. La cabeza de Evanlyn acabó apoyándose en el hombro de Will y la muchacha se quedó dormida.

En el exterior, los gruesos copos de nieve seguían cayendo de las nubes bajas.

En el transcurso de treinta minutos, todo rastro de su paso por la gruesa capa de nieve había quedado borrado.

A la mañana siguiente, hizo falta un cierto tiempo para que la noticia de que dos de los esclavos se habían marchado llegase hasta Erak.

No resultaba en absoluto sorprendente, pues un suceso como aquél no era considerado de la suficiente importancia como para molestar a uno de los jarls de mayor rango. De hecho, a Borsa, quien sí había sido informado de la desaparición de la chica, se le ocurrió mencionárselo tan sólo después de que uno de los esclavos de la cocina recordara que Evanlyn había pasado los días previos lamentándose de su posible destino al servicio personal de Erak.

Y así fue que sólo le mencionó el hecho de pasada, cuando vio al barbudo capitán salir del comedor después de un desayuno tardío.

—Esa maldita chica tuya se ha ido —dijo entre dientes al cruzarse con Erak. Como hilfmann, por supuesto, Borsa había sido informado de la desaparición de la esclava en cuanto el responsable de la cocina lo había descubierto. Después de todo, encargarse de aquellos inconvenientes administrativos formaba parte del trabajo del hilfmann.

Erak le miró con una cara inexpresiva.

—¿Chica mía?

Borsa hizo un gesto de impaciencia con la mano.

—La araluense que tú trajiste. La que ibas a tener a tu servicio. Al parecer se ha largado.

Erak torció el gesto. Sintió que sería normal parecer un poco molesto ante tal giro de los acontecimientos.

—¿Adónde? —preguntó, y Borsa respondió irritado encogiendo los hombros.

—¿Quién sabe? No hay donde huir, y anoche la nieve caía a manta. No hay restos de huellas por ningún lado.

Y, ante aquellas noticias, Erak soltó en su interior un suspiro de alivio. Esa parte de su plan había tenido éxito, al menos. Sus siguientes palabras, sin embargo, ocultaron la satisfacción que sentía en lo más profundo de su ser.

—¡Pues encontradla! —Le soltó irritado—. ¡Yo no crucé el Ventiscablanca con ella a cuestas para que tú te pudieras dedicar a perderla ahora!

Y dio media vuelta y se alejó con sus grandes zancadas. Al fin y al cabo, él era un jarl de alto rango y un líder militar. Borsa podría ser el hilfmann y el administrador mayor de Ragnak, pero en una sociedad guerrera como aquélla el rango de Erak era superior al de Borsa por un margen significativo.

Borsa se quedó mirando cómo se retiraba y soltó una maldición, pero lo hizo en voz baja. Él no sólo era consciente de la situación relativa de sus rangos, sino que también sabía que quien insultaba a un jarl a la cara era un insensato; o por la espalda, como era el presente caso. Erak tenía fama de emprenderla a golpes con su hacha de combate ante la más leve de las provocaciones.

El recuerdo del viaje de Erak desde Araluen con la muchacha le trajo el otro esclavo a la mente, el muchacho que había sido aprendiz de montaraz. Se había enterado de que la chica estuvo preguntando por él los días previos. Entonces, con el balanceo de su grueso abrigo de pieles, se dirigió hacia la puerta y al establo de los esclavos del patio.

Con la nariz arrugada por el apestoso olor de los cuerpos desaseados, Borsa se encontraba de pie frente a la entrada del establo de los esclavos del patio e interrogaba al avergonzado miembro del comité que tenía ante sí.

—¿Tú no le viste irse? —le preguntó con incredulidad.

El esclavo meneó la cabeza con los ojos clavados en el suelo. Su conducta era una muestra de su culpabilidad. Borsa estaba seguro de que él había oído o visto escapar al otro esclavo y que no había hecho nada al respecto. Visiblemente enfadado, se volvió al guardia que tenía a su lado.

—Azotadle —dijo sin más, y regresó al edificio principal del pabellón.

Apenas una hora después recibieron la información acerca del esquife que faltaba. El extremo de la amarra, cortado con un cuchillo, hablaba por sí solo. Dos esclavos

desaparecidos, un bote desaparecido. La conclusión era obvia. De un modo sombrío, Borsa pensó en las posibilidades de sobrevivir en el Ventiscablancas en aquella época del año y en un bote abierto; y en especial, cerca de la costa.

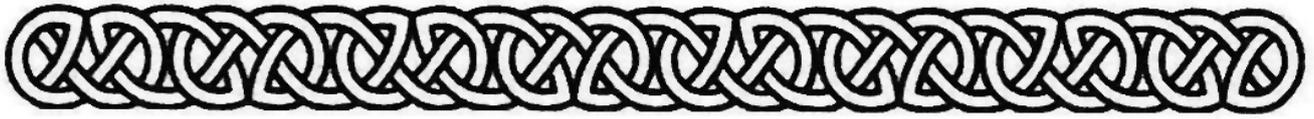
Al contrario de lo que pudiera parecer, los fugitivos habrían tenido más posibilidades de sobrevivir en mar abierto. Cerca de la costa, empujados por los vientos predominantes y el fuerte oleaje, sería un milagro si no se estampaban contra la costa rocosa antes de haber navegado cinco millas.

—Buen viaje —refunfuñó, y después dio la orden de hacer regresar a las patrullas que había enviado a rastrear los senderos de las montañas, hacia el norte.

Más adelante aquel día, Erak oyó a dos esclavos hablar en voz baja sobre los dos araluenses que habían robado un bote y habían intentado escapar. Hacia el mediodía, las partidas de rastreo regresaron de las montañas. Los hombres estaban obviamente agradecidos por hallarse de vuelta de la gruesa capa de nieve y el cortante viento que se había levantado poco después del amanecer.

Aquello le levantó el ánimo. Al menos, ahora, los fugitivos estarían a salvo hasta la primavera.

Siempre que consiguieran encontrar la cabaña allí arriba, pensó poniendo los pies en la tierra, antes de morir congelados en el intento.



Treinta

La vida en el castillo de Montsombre había adoptado un patrón. Su anfitrión, el caudillo Deparnieux, sólo veía a sus dos mal dispuestos invitados cuando él quería, lo cual solía suceder hacia la hora de la cena, una o dos veces a la semana. También coincidía, por lo general, con aquellas ocasiones en que se le había ocurrido alguna nueva forma de acosar a Halt, o de intentar picarle.

El resto del tiempo, los dos araluenses permanecían confinados en su habitación de la torre, aunque cada día les permitían salir un rato al patio del castillo a realizar ejercicio bajo la desconfiada vigilancia que más o menos una docena de hombres armados ejercía sobre ellos desde la torre. Varias veces habían preguntado si podían salir de las murallas del castillo y quizás recorrer parte de la meseta.

No esperaban una respuesta diferente de la que recibieron, que fue un pétreo silencio del sargento de la guardia asignado a su vigilancia, pero aun así resultaba en extremo frustrante.

Horace caminaba ahora arriba y abajo por la terraza, en lo alto de la torre central del castillo.

Dentro, Halt se encontraba sentado en la cama con las piernas cruzadas y daba los toques finales a un arco nuevo que estaba haciendo para Will. Llevaba trabajando en él desde que pisaron tierra en Gálica. Había seleccionado cuidadosamente las tiras de madera, las había encolado y atado con firmeza de manera que sus vetas dispares y forma natural quedasen opuestas las unas a las otras y modelasen el conjunto formando una suave curva. A continuación unió otras dos piezas similares aunque más pequeñas al cuerpo principal del arco, una a cada extremo, para darle la forma recurvada que deseaba.

El día que llegaron a Montsombre, Deparnieux vio las piezas en el equipaje de Halt, pero no había visto motivo para confiscárselas. Sin flechas, un arco a medio hacer seguía sin ser una amenaza para él.

El viento se arremolinaba alrededor de las torres del castillo y aullaba al pasar entre las figuras de las gárgolas esculpidas en la piedra. Debajo de la terraza, una familia de grajos volaba y planeaba con el viento, entrando y saliendo de su nido,

situado en una grieta de la dura pared de granito.

Horace siempre se mareaba un poco al mirar hacia abajo para ver cómo volaban los pájaros. Se apartó de la barandilla y se arropó con la capa para protegerse del viento. El aire traía consigo la amenaza de lluvia y, desde el norte, acarreaba unas nubes oscuras directas hacia ellos. Era la media tarde de otro día de invierno en Montsombre. El bosque que se extendía a sus pies era gris y monótono: desde aquella altura parecía una alfombra áspera.

—¿Qué vamos a hacer, Halt? —preguntó Horace, y su compañero dudó antes de responder. No es que no estuviera seguro de la respuesta en sí, más bien no estaba seguro de cómo la encajaría su joven amigo.

—Esperar —se limitó a decir, y de inmediato vio la frustración en los ojos de Horace. Sabía que el muchacho aguardaba algo que precipitase los acontecimientos con Deparnieux.

—¡Pero Deparnieux está torturando a la gente! ¡Y nosotros aquí sentados mirando cómo lo hace! —dijo el muchacho con enfado. De aquel exmontaraz lleno de recursos esperaba algo más que la simple orden de mantener la espera.

La inactividad forzosa estaba resultando irritante para Horace. No llevaba bien el aburrimiento y la frustración de la vida cotidiana del castillo de Montsombre. Estaba adiestrado para la acción y quería actuar. Sentía la necesidad de hacer *algo*, lo que fuese.

Deseaba castigar a Deparnieux por su crueldad. Deseaba disponer de una oportunidad para hacerle tragar sus comentarios sarcásticos.

Por encima de todo, deseaba salir de Montsombre y ponerse de nuevo en camino en busca de Will.

Halt aguardó hasta que juzgó que Horace se había calmado un poco.

—También es el señor de este castillo y tiene unos cincuenta hombres a su entera disposición. Yo creo que eso es un poco más de lo que nosotros podemos manejar con cierta comodidad.

Horace cogió un trozo de granito suelto de la pared en una de las esquinas de la barandilla y lo lanzó lejos, al vacío. Lo vio caer y describir una curva hacia las murallas del castillo hasta que lo perdió de vista.

—Lo sé —dijo taciturno—, pero me gustaría poder hacer algo.

Halt levantó la vista de su tarea. Aunque él lo ocultaba, su frustración era aún más aguda que la de Horace. Si estuviese solo, Halt podría escapar de aquel castillo con la mayor de las facilidades. Pero para llevarlo a cabo tendría que abandonar a Horace, y eso no era capaz de hacerlo. En cambio, se encontraba dividido entre dos lealtades en conflicto: hacia Will por un lado, y hacia el muchacho que con tanta generosidad había escogido acompañarle en busca de un amigo.

Sabía que Deparnieux no tendría piedad con Horace si él se escapaba. Al mismo tiempo, hasta el último pelo de su cuerpo se moría por ponerse en camino y andar tras su aprendiz. Volvió a bajar la vista al arco casi terminado con el cuidado de mantener

cualquier rastro de su frustración bien alejado de su tono de voz.

—Me temo que es a nuestro anfitrión a quien le toca mover ficha ahora —le dijo a Horace—. No está seguro de qué hacer conmigo. No está seguro de si yo puedo serle útil, y mientras se sienta inseguro, estará en guardia. Eso lo hace peligroso.

—Entonces no cabe duda de que podremos combatir contra él, ¿no? —preguntó Horace, pero Halt hizo un marcado gesto negativo con la cabeza.

—Yo preferiría que se relajara un poco —le dijo—. Preferiría que pensase que no somos tan peligrosos, o tan útiles, como él había supuesto en un principio. Puedo notar que está intentando formarse una opinión sobre mí. Aquel asunto de la cocinera era una prueba para mí.

Las primeras gotas de agua salpicaron contra las losas de piedra. Horace miró al cielo y se sorprendió al darse cuenta de que las nubes, que tan lejanas parecían tan sólo unos minutos antes, ya se deslizaban sobre su cabeza empujadas por el viento.

—¿Una prueba? —repitió.

Halt torció el gesto en una mueca.

—Quería ver qué hacía yo al respecto. Puede que quisiese ver lo que *podía* hacer yo al respecto.

—¿Y no hiciste nada? —le dijo Horace en tono contestatario, y al instante lamentó sus palabras apresuradas. Halt, sin embargo, no se ofendió. Miró al muchacho a los ojos con firmeza, sin decir nada. Finalmente, Horace bajó la vista y murmuró—: Lo siento, Halt.

El montaraz asintió y aceptó la disculpa.

—No había mucho que pudiera hacer, Horace —le explicó con amabilidad—, nada mientras Deparnieux siguiese alerta y en guardia. No es ése el momento de entrar en acción contra un enemigo. Me temo —añadió a modo de advertencia— que las próximas semanas nos van a traer más pruebas de éstas.

Aquello atrajo la atención de Horace de inmediato.

—¿Qué crees que está preparando?

—Ignoro los detalles —dijo Halt—, pero puedes apostar porque nuestro amigo Deparnieux llevará a cabo más acciones desagradables tan sólo para ver qué hago yo al respecto —de nuevo, el exmontaraz hizo una mueca—. La cuestión es que, cuanto menos haga yo, más se relajará él y menos precauciones tomará conmigo.

—¿Y es eso lo que quieres? —preguntó Horace, que empezaba a entenderlo, y Halt respondió con seriedad.

—Eso es lo que quiero —dijo. Miró a las nubes oscuras que pasaban a toda prisa sobre sus cabezas—. Ahora entra antes de que te empapes —sugirió.

La lluvia estuvo yendo y viniendo durante la siguiente hora. Llevada por el viento de forma casi horizontal, entró por los huecos de las ventanas de las habitaciones, cuyos ocupantes habían olvidado cerrar las contraventanas de madera.

Una hora antes del anochecer se abrió un claro en el cielo cuando el sempiterno viento se llevó las nubes hacia el sur. El sol, ya a baja altura, se abrió paso desde el oeste entre las nubes de tormenta que se dispersaban, formando un paisaje espectacular.

Los dos prisioneros observaban la puesta de sol desde la terraza cuando oyeron un alboroto debajo de ellos.

Un jinete solitario se hallaba frente a la puerta principal y golpeaba con fuerza la campana gigante de latón que colgaba allí de un poste. Llevaba atuendo de caballero, con escudo, espada y lanza. Podían ver que era joven, probablemente uno o dos años mayor que Horace.

El recién llegado dejó de dar golpes a la campana y se llenó los pulmones de aire para gritar. Hablaba en gálico, o más bien gritaba, y Horace no tenía ni idea de lo que decía aunque tenía la seguridad de haber oído el nombre «Deparnieux».

—¿Qué dice? —le preguntó a Halt, y el montaraz levantó una mano para que se callase conforme oía las últimas palabras del caballero.

—Está desafiando a Deparnieux —dijo con la cabeza ladeada hacia un hombro para distinguir las palabras que profería el extraño caballero con más claridad. Horace hizo un gesto de impaciencia.

—¡Eso ya lo había entendido yo! —replicó con una cierta aspereza—. Pero ¿por qué?

Halt le pidió silencio con la mano cuando el recién llegado continuó gritando. El tono era de un gran enfado y resultaba difícil distinguir las palabras ya que éstas iban y venían con los golpes de viento.

—Por lo que he podido entender —dijo Halt despacio—, nuestro amigo Deparnieux asesinó a la familia de este hombre mientras él se hallaba fuera en una de sus andanzas. Son muy aficionados a las andanzas aquí en Gálica.

—¿Y qué fue lo que pasó? —Quiso saber Horace, pero el montaraz sólo pudo encogerse de hombros como respuesta.

—Al parecer, Deparnieux quería las tierras de aquella familia, así que se libró de los padres del joven —escuchó un poco más y dijo—: Eran unos ancianos y estaban relativamente indefensos.

Horace gruñó.

—Eso suena muy del estilo del Deparnieux que nosotros conocemos.

El caballero dejó de gritar de forma brusca, dio media vuelta a su caballo y se alejó trotando de la puerta a la espera de una reacción. Durante unos pocos minutos, no hubo ninguna señal de que alguien aparte de Horace y Halt estuviese prestando la más mínima atención. Entonces se abrió de golpe una puerta en el grueso muro y emergió una figura con armadura negra a lomos de un caballo de color negro azabache.

Deparnieux trotó despacio hasta una posición a unos cien metros del otro caballero. Permanecieron enfrentados mientras el joven repetía su desafío. Horace y

Halt pudieron ver cómo en las murallas del castillo los hombres de Deparnieux tomaban posiciones de privilegio para presenciar el combate.

—Buitres —masculló Halt al verlos.

El caballero vestido de negro no respondió. Se limitó a utilizar el borde superior del escudo para cerrar el visor de su yelmo. Aquello fue suficiente para su retador. Cerró su visor de un golpe y clavó las espuelas a su caballo. Deparnieux hizo lo mismo y cargaron el uno contra el otro, con las lanzas en posición de ataque.

Incluso en la distancia, Halt y Horace podían ver que el joven caballero no era muy bueno. Su monta resultaba poco elegante y la posición del escudo y la lanza eran torpes. A medida que se iban aproximando con un sonido atronador, en contraste, Deparnieux parecía totalmente coordinado y capacitado de un modo aterrador.

—Esto no pinta bien —dijo Horace con preocupación.

Chocaron con un gran estruendo que resonó por los muros del castillo. La lanza del joven caballero, mal colocada y con un ángulo incorrecto, se hizo añicos. En cambio, la de Deparnieux alcanzó de lleno el escudo de su oponente, que se tambaleó en la silla. De un modo muy extraño, Deparnieux pareció perder el agarre de su lanza, que cayó sobre la hierba detrás de él al tiempo que daba media vuelta a su caballo para el paso de vuelta. Por un instante, Horace sintió un rayo de esperanza.

—¡Está herido! —dijo con entusiasmo—. ¡Eso sí que es un golpe de suerte!

Pero Halt tenía la frente arrugada y negaba con la cabeza.

—Yo creo que no —dijo—. Aquí hay gato encerrado.

Ambos caballeros extrajeron sus espadas de las vainas y volvieron a la carga. Chocaron el uno contra el otro.

Deparnieux detuvo el golpe del otro caballero con el escudo al tiempo que su espada resonaba al caer sobre el yelmo de su oponente, que de nuevo se tambaleó en su silla.

Los caballos relinchaban de furia moviéndose en círculos y para delante y para atrás según sus jinetes intentaban conseguir una posición de ventaja. Los guerreros se golpeaban una y otra vez en cuanto entraban al alcance el uno del otro, y los hombres de Deparnieux vitoreaban cada vez que uno de los golpes de su señor aterrizaba sobre su oponente.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Horace una vez desaparecido su entusiasmo previo—. ¡Podía haber acabado con él después de aquel primer golpe! —Su voz adoptó un tono de asco cuando se dio cuenta de la verdad—. ¡Está jugando con él!

Debajo de ellos proseguía el chirrido metálico de los filos de las espadas al deslizarse una contra otra, intercalado con el ruido más apagado de los golpes en los escudos. Para unos espectadores experimentados como Halt y Horace, que habían visto muchos torneos en el castillo de Redmont, era obvio que Deparnieux se estaba conteniendo. Sus hombres, sin embargo, no parecían notarlo. Eran campesinos que carecían del verdadero conocimiento de las habilidades que entraban en juego en un duelo como aquél. Seguían mostrando su apoyo con cada golpe que asestaba

Deparnieux.

—Está actuando para el público —dijo Halt señalando a los soldados en las murallas debajo de ellos—. Está haciendo que el otro caballero parezca mejor de lo que realmente es.

Horace hacía un gesto desaprobatorio con la cabeza. Deparnieux estaba mostrando otra faceta más de su naturaleza cruel al prolongar el combate de aquella forma. Era mucho mejor dar un final digno al joven caballero que dedicarse a jugar con él.

—Es un cerdo —dijo en un tono grave. El comportamiento de Deparnieux atentaba contra todos los principios de la caballería que tanto significaban para él. Halt asintió; estaba de acuerdo.

—Eso ya lo sabíamos. Está usando a ese hombre para incrementar su propia reputación.

Horace le dirigió una mirada perpleja y Halt prosiguió con su explicación.

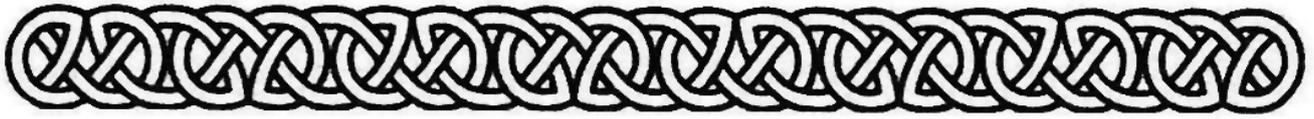
—Su dominio se basa en el miedo. Su mando sobre sus hombres depende de cuánto le respeten y le teman, y él tiene que seguir renovando ese temor. No puede dejar que desaparezca. Al hacer que su contrincante parezca mejor de lo que realmente es, eleva su propia reputación de gran guerrero. Estos hombres —dijo señalando con desprecio a las murallas de abajo— no ven más allá de sus narices.

Deparnieux pareció haber decidido que el tema ya se había prolongado lo suficiente. Los dos araluenses detectaron un cambio sutil en el ritmo y la potencia de sus golpes. El joven se tambaleó bajo la fuerza de la arremetida e intentó ceder terreno, pero el personaje de la armadura negra espoleó tras él a su caballo, lo siguió de forma implacable con una lluvia de golpes sobre su espada, escudo y yelmo, a diestro y siniestro. Finalmente, se produjo un ruido más sordo cuando la espada de Deparnieux alcanzó un punto vulnerable: la cota de malla que protegía el cuello de su oponente.

El caballero negro vio que se trataba de un golpe mortal. Dio media vuelta a su caballo en un desaire y se dirigió a las puertas del castillo, sin mirar ni una sola vez a su espalda, a su oponente, que se doblaba hacia un costado sobre la silla. Las murallas resonaron con vítores cuando la figura renqueante golpeó contra la hierba al caer y permaneció tumbada, inmóvil. La entrada se cerró de un portazo tras el vencedor.

Halt se acariciaba pensativo la barba.

—Creo —dijo— que podemos haber encontrado la clave de nuestro problema con lord Deparnieux.



Treinta y uno

Ya era media mañana cuando Evanlyn se despertó, aunque no tenía forma de saberlo.

No había ni rastro del sol. Se hallaba oculto tras las nubes bajas y cargadas de nieve. La luz era tan débil y tan difusa que parecía provenir de todas partes y de ninguna. Era de día, y eso era todo lo que podía saber.

Estiró los músculos agarrotados y miró a su alrededor. Junto a ella, Will se encontraba sentado y completamente despierto. Podía llevar horas así o podía haberse despertado apenas unos minutos antes que ella. Tampoco había forma de saberlo. Ahí estaba, sentado, con los ojos abiertos mirando al frente y con un leve balanceo hacia delante y hacia atrás.

Verle así la destrozaba por dentro.

En cuanto ella se movió, el caballo lo notó y comenzó a levantarse. Evanlyn se apartó del animal para dejarle sitio y cogió a Will de la mano y lo apartó también. El poni terminó de levantarse y dio uno o dos golpes con las patas en el suelo, se sacudió y bufó de forma violenta provocando una enorme nube de vapor en el aire gélido.

La nieve había dejado de caer durante la noche, pero no antes de haber borrado todo signo de su recorrido desde el camino hasta el hueco del árbol. Evanlyn fue consciente de que les costaría mucho volver a llegar al sendero, aunque al menos ahora se encontraba descansada. Pensó fugazmente en comer, en el fardo del poni había algo de comida, pero descartó la idea y prefirió continuar la marcha y poner más distancia entre ellos y Hallasholm. No tenía forma de saber que Borsa había ordenado que regresaran las partidas de búsqueda.

Decidió que podía aguantar unas pocas horas más con la sensación de vacío en el estómago, pero no con la tremenda sed que le había secado la boca. Fue hasta un lugar donde la capa de nieve era espesa y estaba intacta, cogió un puñado, se lo metió en la boca y dejó que se derritiera. Se convirtió en una cantidad sorprendentemente pequeña de agua, así que repitió la acción varias veces más. Se le ocurrió que podía enseñar a Will cómo hacer lo mismo, pero de repente sintió impaciencia por

marcharse. Si tenía sed, pensó ella, podía solucionarlo él solo.

Ató los arreos de carga a lomos del poni y apretó las cinchas tanto como pudo. El caballo, astuto en la línea de los de su especie, intentó tomar aire e hinchar así la panza de manera que, al expulsarlo, las cinchas quedaran más sueltas. Sin embargo Evanlyn conocía ese truco desde que tenía once años. Le dio un golpe con la rodilla en la panza y le obligó a expulsar el aire; después, al contraerse su cuerpo, apretó más las cinchas. El poni le dedicó una mirada de reproche y, aparte de eso, aceptó su destino con filosofía.

Cuando Evanlyn se puso en movimiento para salir de debajo del árbol y abrir de nuevo un surco a través de la nieve que le llegaba por la cintura, Will hizo un intento de subirse al poni. Ella le detuvo con una mano levantada y con un «no» amable. Necesitaban el poni, y Will se encontraría descansado tras una noche de sueño ininterrumpido y en el relativo calor del hueco en la nieve. Más tarde, quizás, se vería en la necesidad de dejar que volviese a montar el poni. Era consciente de que sus reservas de fuerzas no podían estar muy bien, pero, por ahora, podía andar y podrían reservar la energía del pequeño caballo el mayor tiempo posible.

Le costó cinco minutos de esfuerzo llegar hasta la marcha relativamente cómoda del sendero y, ya con una respiración profunda y sudando, retomó empecinada el ascenso por el camino.

El caballo avanzaba lenta y pacientemente detrás de ella y Will caminaba a medio metro a su derecha. Su quejido constante y en voz baja estaba empezando a ponerla nerviosa, pero hizo lo que pudo para no prestarle atención, consciente de que él no podía evitarlo. Por enésima vez desde que habían salido de Hallasholm se vio anhelando la llegada del día en que él hubiese expulsado por fin todos los restos de aquella droga de su cuerpo.

Aquel día iba a tardar un poco más todavía en llegar, desafortunadamente. Tras un par de horas de dura y difícil caminata atravesando la nieve recién caída, Will cayó de repente presa de un ataque incontrolable de temblores.

Los dientes le castañeteaban y su cuerpo sufría espasmos, se agitaba y se estiraba en el suelo, rodaba impotente por la nieve, con las rodillas dobladas hacia el pecho. Sacudía una mano de forma inútil sobre la nieve mientras tenía la otra apretada contra la boca. Ella lo miraba horrorizada. El quejido se transformó en un llanto escalofriante, arrancado de sus entrañas y desgarrado por el sufrimiento.

Ella cayó de rodillas a su lado, le rodeó con los brazos e intentó calmarle con su voz, pero él se apartó de ella, rodando y sacudiéndose de nuevo. Evanlyn se dio cuenta de que no había nada para aquello excepto darle un poco de la hierba cálida que Erak les había puesto en el fardo. Ella ya la había visto al buscar la ropa de abrigo y las mantas. Había una pequeña cantidad de hojas secas en un saquito de tela impermeabilizada. Erak le había advertido de que Will no sería capaz de dejar aquella droga de golpe. La hierba cálida generaba una dependencia física en sus adictos, de forma que la privación total implicaba verdadero dolor.

Tendría que ir apartando al muchacho de la droga de manera gradual, le había dicho el skandian, dándole cantidades cada vez más pequeñas a intervalos de tiempo cada vez mayores hasta que pudiese aguantar la privación.

Evanlyn había albergado la esperanza de que Erak se pudiese equivocar. Sabía que cada dosis de droga alargaría más el tiempo de dependencia, y a ella le hubiera gustado tener la posibilidad de cortarle a Will el suministro de golpe y ayudarle a vencer el dolor y el sufrimiento.

Pero no había ayuda que valiese para él tal y como se encontraba en aquel momento, y de mala gana accedió a darle una pequeña cantidad de la hierba seca. Ocultó el saquito con el cuerpo mientras lo sacaba del fardo y lo volvió a hacer al guardarlo.

Will cogió el puñadito de la sustancia gris con aspecto de hierba con unas ansias terribles. Ella vio por primera vez un atisbo de expresión en su mirada por lo general apagada. Mas su atención se hallaba centrada por completo en la droga, y Evanlyn pudo entonces apreciar lo absoluto del dominio de aquella sustancia sobre su vida y su mente en esos momentos. En silencio y con unas lágrimas que iban tomando cuerpo en sus ojos, observó a aquel caparazón vacío que antes había sido un compañero tan vital y entusiasta. Mandó a Borsa y al resto de los skandians que habían causado aquello al peor de los infiernos en que pudieran éstos creer.

El aprendiz de montaraz se metió la pequeña cantidad de sustancia en la boca, la presionó contra el interior de uno de los carrillos y dejó que se empapara y fuese soltando la esencia que llevaría el narcótico por su cuerpo. Los espasmos convulsivos se fueron calmando gradualmente hasta que cayó de rodillas sobre la nieve junto al sendero, encorvado, meciéndose de forma suave hacia delante y hacia atrás, los ojos casi cerrados y de nuevo con el leve quejido para sí, en cualquiera que fuese el mundo de dolor que habitase.

El poni observaba los sucesos con curiosidad, de vez en cuando rascaba con la pata en la nieve, hacía un agujero y mordisqueaba las escasas briznas de hierba que aparecían a la vista. Finalmente, Evanlyn tomó la mano de Will y tiró de él, que no opuso resistencia, hasta que se levantó.

—Vamos, Will —dijo con un tono de voz desanimado—. Aún nos queda un largo camino por recorrer.

Y según lo decía, se daba cuenta de que estaba hablando de mucho más que de la simple distancia hasta la cabaña de caza en las montañas.

Con un canturreo para sí, suave y poco melodioso, Will la siguió cuando ella le guió, de nuevo, sendero arriba.

La luz del día había desaparecido casi por completo para el momento en que Evanlyn encontró la cabaña.

La había pasado de largo por dos veces siguiendo las instrucciones que Erak le

había hecho memorizar: un desvío a la izquierda en el camino unos cien pasos después de los restos de un pino partido por un rayo; una estrecha garganta que bajaba durante unos cien metros y después volvía a subir y un vado poco profundo para atravesar un riachuelo.

Repasó las etapas mentalmente, miró a uno y otro lado a través de la penumbra del anochecer que se cernía sobre los árboles, pero no veía ni rastro de la cabaña, sólo el blanco monótono de la nieve.

Cayó en la cuenta por fin de que la cabaña, por supuesto, no estaría visible como tal. Estaría prácticamente enterrada en la nieve. Una vez tuvo claro aquel simple hecho, reparó en la existencia de un gran montón de nieve a no más de diez metros de ella. Dejó caer las riendas del poni y avanzó dando tumbos por la nieve, que le atrapaba las piernas. Distinguió el borde de una pared, luego la pendiente del tejado, después una esquina, más plana y uniforme que cualquier forma de la naturaleza que hubiera podido quedar oculta bajo la nieve.

Se desplazó rodeando el gran montículo y se encontró con que la cara resguardada del viento estaba más al descubierto y se veían la puerta y una ventana pequeña tapada con contraventanas de madera. Pensó que había sido una suerte que hubiesen construido la puerta en la parte de la cabaña resguardada del viento y se dio cuenta de que lo habrían hecho a propósito. Sólo un idiota hubiera puesto la puerta en el lado donde los vientos predominantes del norte iban a apilar una montaña de nieve.

Soltó un suspiro de alivio, regresó sobre sus pasos y cogió las riendas del poni. Las escasas fuerzas de Will se habían agotado unas horas antes y de nuevo iba encorvado sobre la silla del animal, tambaleándose y con aquel quejido constante en un volumen bajo. Evanlyn guió al poni para que se quedase cerca del porche que había junto a la entrada y ató las riendas a un poste que había allí clavado en el suelo a tal efecto. Probablemente no había necesidad de tal cosa, pensó ella. El poni no había mostrado intención alguna de marcharse hasta el momento. No obstante, las precauciones no le harían daño. Lo último que quería era tener que salir a la caza del poni y su jinete a la caída de la noche.

Satisfecha con que las riendas estuvieran bien atadas, abrió de un empujón la puerta, que no encajaba como debería, y entró en la cabaña para hacerse una idea de su nuevo refugio y sus contenidos.

Era pequeña, apenas la habitación principal con una mesa de tablones y unos bancos a ambos lados. Contra la pared más alejada había un catre de madera con lo que parecía ser un colchón relleno de paja. Arrugó la nariz por un momento al percibir el olor de la habitación, a humedad y a moho, pero enseguida pensó que esos olores desaparecerían en cuanto encendiese un fuego en la chimenea de piedra que ocupaba la mayor parte de la pared que daba al oeste.

Había un pequeño suministro de leña a mano, apilado junto a la chimenea, con eslabón y pedernal también.

Se entretuvo unos minutos encendiendo el fuego, y el alegre crujido de las llamas

y la inestable luz amarilla que proyectaron en el interior de la cabaña le levantaron el ánimo.

En una esquina se encontraba lo que debía de ser una despensa, donde encontró harina, carne desecada y judías. En los suministros quedaban patentes los restos de haberse producido pequeñas rapiñas, pero Evanlyn creyó bastante probable que tuvieran suficiente cantidad para pasar el siguiente par de meses. Desde luego que ni Will ni ella se darían un festín, pero sobrevivirían.

En especial, si él recuperaba alguna de sus antiguas habilidades al quitarse de encima los efectos de la droga, pensó Evanlyn cuando vio que había un pequeño arco de caza y un carcaj de cuero con flechas colgados detrás de la puerta de la cabaña. Incluso en el invierno más cerrado habría alguna caza menor disponible: liebres y conejos de las nieves. Podían ser un buen complemento de la comida allí almacenada.

Si no —se encogió ella de hombros al pensarlo—, al menos eran libres y disponía de la oportunidad de romper la adicción de Will a la hierba cálida. Ya se enfrentaría a los demás problemas a medida que fueran surgiendo.

El interior de la cabaña estaba comenzando a calentarse, y Evanlyn volvió a salir al exterior para hacer un gesto a Will indicándole que desmontase. Cuando éste lo hizo, ella se quedó mirando al poni, pensativa, y se dio cuenta de que no aguantaría si lo dejaba allí fuera. No obstante, la idea de compartir una cabaña pequeña y con una sola habitación con el animal durante todo el invierno le parecía poco atractiva. La noche anterior, aunque había agradecido el calor de su panza, también había sido plenamente consciente del fuerte olor que desprendía el animal.

Le dijo a Will que aguardase junto a la puerta, comenzó a dar la vuelta alrededor de la cabaña, hacia la parte que no había inspeccionado hasta ahora, y allí encontró su respuesta.

En aquel lado había un pequeño cobertizo adosado a la cabaña. Tenía una parte abierta, pero proporcionaría cobijo suficiente para que el poni pasase el invierno. Dentro vio algunos arreos abandonados y un arnés de cuero que colgaban de unos clavos en la pared junto con otras herramientas simples. Resultaba obvio que su propósito era servir de establo.

Le complació ver que tenía también otro uso. A lo largo de la pared exterior de la cabaña, a la que estaba adosado el cobertizo, había una gran cantidad de leña cortada. Sintió un gran alivio al verla allí, pues ya se había preguntado qué podría hacer cuando hubiese agotado el pequeño suministro de dentro.

Metió el poni en el cobertizo y le quitó los arreos y las riendas. Había una tina con una pequeña cantidad de pienso, así que le dejó comer un poco. Allí se quedó agradecido, mascando el grano con ese movimiento de mandíbula, pausado y tranquilo, que tienen los equinos.

En ese momento, Evanlyn se percató de que no había agua para el animal, pero ya le había visto dar lengüetazos a la nieve a lo largo del día y pensó que podía seguir haciendo lo mismo hasta que a ella se le ocurriese cualquier otra alternativa. Estaba

claro que la pequeña cantidad de pienso que había en el establo no le iba a durar hasta la primavera, y aquello le inquietó por un instante. Entonces, en la línea de su nueva filosofía de no preocuparse por las cosas que no podía solucionar, dejó que esa inquietud desapareciera de su cabeza.

—Ya nos preocuparemos más adelante —se dijo, y regresó al interior de la cabaña.

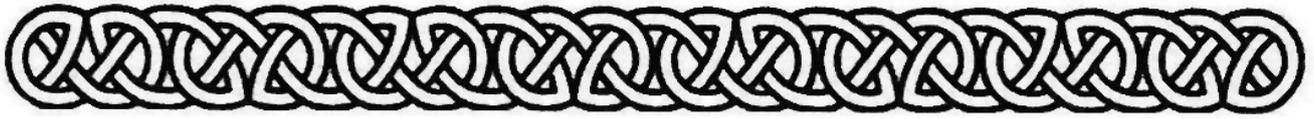
Se encontró con que Will había tenido el buen sentido de entrar y sentarse en uno de los bancos junto al fuego. Lo interpretó como una buena señal y preparó una sencilla comida con los restos de las provisiones que Erak les había metido en el fardo del poni.

Una tetera abollada colgaba de un gancho junto a la chimenea. La llenó de nieve y giró el gancho de forma que la tetera quedase suspendida sobre las llamas. La nieve comenzó a derretirse y, después, empezó a hervir el agua. Había visto en la zona de la despensa de la cabaña una cajita de lo que parecía ser té. Por lo menos podrían disfrutar de una bebida caliente, pensó ella, para ahuyentar los últimos restos del frío y la humedad.

Sonrió a Will mientras él masticaba impasible la comida que le había puesto delante. Sintió un extraño optimismo. Una vez más echó un vistazo al interior de la cabaña. La luz se había desvanecido en el exterior y ellos sólo recibían el resplandor amarillo del fuego, inestable y sin embargo alegre. Con aquella luz que salía de la chimenea, la cabaña tenía un cierto aire acogedor y tranquilizador. Tal y como ella había deseado, el calor del fuego y el olor del humo de la leña habían vencido a la humedad y el olor a moho que llenaban la estancia cuando entró allí por primera vez.

—Bueno —dijo—, no es gran cosa, pero es un techo.

No tenía ni idea de que estaba repitiendo las palabras exactas que Halt había dicho a cientos de kilómetros al sur.



Treinta y dos

Ni Halt ni Horace se sorprendieron cuando, la tarde siguiente al tan desequilibrado combate, el sargento de la guardia les dijo que el señor del castillo esperaba contar con su compañía en el comedor aquella noche. Se trataba de una orden, y Halt no tenía necesidad alguna de fingir que fuese otra cosa. No hizo ningún gesto para darse por enterado del mensaje del sargento, sino que se limitó a darse la vuelta e ir a mirar por la ventana de la torre. Al sargento no pareció importarle aquello, se volvió y regresó a su puesto de vigilancia en lo alto de la escalera de caracol que conducía al comedor. Él había transmitido el mensaje. Los extranjeros lo habían oído.

Esa tarde, los dos se dieron un baño, se vistieron y bajaron por la escalera de caracol a los pisos inferiores del castillo entre el sonido de los tacones de sus botas al golpear contra las losas. Habían pasado la última parte del atardecer discutiendo su plan de acción para la noche, y Horace estaba ansioso por ponerlo en marcha. Al llegar frente a la puerta doble de tres metros de altura que daba paso al comedor, Halt le puso una mano en el brazo y le obligó a detenerse. Podía ver la impaciencia en el rostro del joven. Llevaban ya semanas encerrados, oyendo las burlas de Deparnieux y sus insultos velados, y presenciando el trato tan salvajemente cruel que daba a su servicio. Los incidentes con la cocinera y aquel joven caballero no habían sido más que dos ejemplos entre una multitud. Halt era consciente de que Horace, con la impaciencia que caracteriza a los jóvenes, estaba deseando ver cómo Deparnieux recibía su merecido. También sabía que el plan que habían acordado dependería de la paciencia y de que hicieran las cosas en su justo momento.

Halt había observado que la necesidad que tenía Deparnieux de parecer invencible ante sus hombres era una debilidad que ellos podían explotar. El mismo Deparnieux había generado una situación en la cual se veía obligado a aceptar cualquier desafío que se le pudiese formular, al menos mientras éstos se formularan ante testigos. No podía haber ni quejas ni objeciones por parte del caudillo. Si mostraba temor o parecía reacio a aceptar el desafío, eso supondría el inicio de una larga cuesta abajo para él.

Cuando se detuvieron, Halt miró firme, paciente y calculador a los ansiosos y expectantes ojos del muchacho.

—Recuerda —dijo—. Nada de nada hasta que yo te dé la señal.

Horace asintió. La emoción había hecho que sus mejillas se ruborizaran un poco.

—Entiendo —respondió ocultando con dificultad sus ganas. Sintió la mano del montaraz en el brazo y sintió también que aquella mirada firme aún se hallaba puesta en él. Respiró hondo tres veces para calmar su pulso y volvió a asentir, esta vez más pausadamente—. Sí, lo entiendo, Halt —dijo de nuevo. En esta ocasión le devolvió la mirada al montaraz y la mantuvo—. No lo voy a estropear —le garantizó a su amigo—. Hemos estado esperando este momento demasiado tiempo y yo soy consciente de ello. No te preocupes.

Halt lo examinó durante otro rato largo. Entonces, satisfecho con el mensaje implícito que transmitían los ojos del muchacho, asintió y le soltó el brazo. Empujó la puerta doble de manera que al abrirse, golpeó contra el muro a ambos lados. Juntos, Horace y Halt se adentraron en el comedor hasta donde Deparnieux los esperaba.

La comida que les sirvieron fue otro decepcionante ejemplo de la tan cacareada cocina gálica. Para gusto de Halt, los platos que le pusieron delante tenían una desmesurada dependencia de una generosa y ligeramente empalagosa mezcla de demasiada nata y excesivo ajo. Comió con moderación y vio que Horace, sin embargo, estaba devorando cada bocado que le ponían delante.

En el transcurso de la comida, el caudillo mantuvo un río constante de sarcasmos y desprecios en referencia a la torpeza y estupidez de su propio personal de servicio y a la ineptitud mostrada por el joven caballero desconocido el día anterior. Como era su costumbre, Halt tomó vino con la comida y Horace se conformó con agua. Cuando terminaron con aquella comida tan pesada y tan fuerte, los siervos les llevaron unas jarritas de café a la mesa.

Esto, había de admitir Halt, era algo que en Gálica se hacía con verdadera maestría. Su café era una delicia. Mucho mejor que cualquiera de los que había probado en Araluen. Dio un apreciativo sorbo de la bebida caliente y fragante y miró por encima del borde de su taza a Deparnieux, que los observaba a él y a Horace con su habitual sonrisa de desprecio.

Para aquel momento, el caballero gálico había tomado ya una decisión con respecto a Halt. Estaba convencido de que no había nada que temer del extranjero de la barba canosa. Tenía claro que aquel hombre era hábil con el arco y, probablemente, se le daba bien el trabajo con la madera. Y andar al acecho también. Pero en lo referente a sus primeros temores de que Halt pudiese tener alguna de las arcanas habilidades de un hechicero, se sentía muy cómodo con el hecho de haberse equivocado.

Ahora que pensaba que era seguro hacerlo, Deparnieux no podía resistir la tentación de acosar a Halt con burlas e insultos mucho más que antes. El hecho de haber mostrado cautela ante el hombre de la barba durante un tiempo sólo servía para

que redoblase sus esfuerzos por incomodarle ahora. El caudillo disfrutaba jugando con la gente. Le encantaba tener a la gente atrapada e indefensa, le encantaba verles sufrir o ver su ira de impotencia bajo el azote de su lengua sarcástica.

Y, a medida que crecía su desdén por Halt, del mismo modo crecía su total desprecio por Horace. Cada vez que cenaban juntos los tres como aquel día, aguardaba con expectación el momento en que podía despedir al musculoso muchacho con brusquedad y enviarlo de vuelta a la torre avergonzado y con las mejillas ardiendo de ira. Ahora, valoró Deparnieux, era el momento de hacerlo una vez más.

Inclinó su pesada silla sobre las dos patas traseras y agotó el contenido de la copa de plata que sostenía con la mano izquierda. Hizo un gesto desdeñoso con la otra al muchacho.

—Déjanos, chico —le ordenó sin querer siquiera mirar a Horace. Sintió una clara emoción de placer cuando el muchacho, tras una leve pausa y una rápida mirada a su compañero, se puso lentamente en pie y contestó con una sola palabra.

—No.

Aquella palabra se quedó suspendida en el aire entre ambos. Deparnieux se regocijó ante la rebeldía del muchacho, pero no permitió que en su rostro se adivinase signo alguno de ello. Al contrario, adoptó una expresión de aparente disgusto, con el ceño muy fruncido. Se volvió despacio para enfrentarse al joven. Podía notar cómo se aceleraba la respiración de Horace conforme la adrenalina le recorría las venas ahora que aquel momento crucial por fin había llegado.

—¿No? —repitió Deparnieux como si no se pudiese creer lo que estaba oyendo—. Yo soy el señor de este castillo, y mi palabra aquí es ley. Mis deseos son órdenes para todo el mundo. ¿Y vas a tener tú conmigo la descortesía de decirme que «no» en mi propio castillo?

—Ya ha pasado el tiempo en que vuestra palabra había de ser obedecida sin discusión —contestó Horace con cuidado, arrugando la frente según se esforzaba por asegurarse de que se mantenía fiel a las palabras exactas que Halt había preparado—. Habéis perdido vuestro derecho de obediencia por vuestros actos, impropios de un caballero.

Deparnieux aún mantenía su disgusto fingido.

—¿Pones en tela de juicio mi derecho de dictar órdenes en mi propio feudo?

Horace vaciló una vez más al asegurarse de que pronunciaba su respuesta de forma exacta. Tal y como Halt le había dicho, en aquel instante la precisión era de una importancia vital. De hecho, como bien se había dado cuenta Horace, era cuestión de vida o muerte.

—Es el momento de que ese derecho sea puesto en duda —respondió tras una pausa. Deparnieux, que dibujó una sonrisa rapaz en sus oscuras facciones, se levantó entonces y se inclinó hacia delante sobre la mesa, con las dos manos apoyadas en la superficie de madera.

—Entonces, ¿me estás desafiando? —le preguntó con un placer más que obvio en la voz. Horace, sin embargo, realizó un gesto impreciso.

—Antes de que se formule ningún desafío, exigiré que vos lo respetéis —dijo, y el caudillo torció un poco el gesto.

—¿Respetarlo? —repitió—. ¿Qué quieres decir, niño llorica?

Horace no hizo caso del insulto.

—Quiero una promesa de que os atenderéis a los términos del desafío; y quiero que la hagáis ante vuestros propios hombres.

—Ah, sí claro, ¿eso quieres? —El tono de enfado en la voz de Deparnieux no era ya fingido, sino real. Veía hacia dónde iba el muchacho.

—Yo creo —interrumpió Halt con mucha calma— que el muchacho tiene la impresión de que vuestro dominio se basa en el miedo, lord Deparnieux —dijo, y el caudillo se volvió para mirarle.

—¿Y qué más os dará eso a cualquiera de los dos, arquero? —le preguntó, aunque creía conocer la respuesta.

Halt hizo un gesto de indiferencia y a continuación respondió sin alterarse lo más mínimo:

—Vuestros hombres os siguen por vuestra reputación como guerrero. Yo creo que Horace preferiría veros aceptar el desafío ante vuestros hombres.

Deparnieux frunció el ceño. Con el desafío más o menos formulado ya delante de algunos de sus hombres, sabía que no tenía más opción que aceptar. Un caudillo que tan sólo pareciese tener miedo de un muchacho de dieciséis años hallaría poco respeto entre los hombres que comandaba, incluso aunque venciese el posterior combate.

—¿Piensas que tengo miedo de que este chaval me desafíe? —preguntó sarcásticamente. Halt levantó una mano en señal de advertencia.

—No se ha formulado ningún desafío... aún. Simplemente nos preocupa ver si tenéis el coraje para hacer honor a cualquier desafío que se pudiese formular.

Deparnieux resopló indignado ante las cuidadas palabras del montaraz.

—Ya veo cuál es tu verdadera vocación, arquero —replicó—. Pensé que podías ser un hechicero, pero lo que veo ahora es que no eres más que un asqueroso leguleyo que se dedica a discutir sobre la exactitud de las palabras.

Halt esbozó una ligera sonrisa y ladeó un poco la cabeza. No dio ninguna respuesta más y el silencio se abrió entre ambos. Deparnieux dirigió una mirada fugaz a los dos guardias que se hallaban de pie a ambos lados de las puertas en el interior del comedor. Sus rostros delataban el interés que tenían en la escena que se estaba desarrollando ante ellos. Si ahora rechazaba el desafío, los detalles se extenderían por todo el castillo en menos de una hora, o si intentase obtener alguna ventaja poco limpia sobre el muchacho. Sabía que sus propios hombres le tenían poco aprecio y sabía que, de no tratar con un juego absolutamente limpio el desafío, empezaría a perderlos, no de forma inmediata sino gradual, quizás de uno en uno o de

dos en dos conforme desertaban de su estandarte y se unían a sus enemigos.

Miró fijamente al muchacho en ese momento. No le cabía duda de que podía vencer al chico en un combate limpio, pero le molestaba el hecho de que le hubieran manipulado para colocarlo en aquella situación. Prefería ser él quien se encargase de manipular en el castillo de Montsombre. Mostró una sonrisa forzada e intentó poner la mirada de alguien que se estaba aburriendo con todo aquel asunto.

—Muy bien —dijo en un tono despreocupado—. Si eso es lo que deseas, me atenderé a los términos del desafío.

—¿Y hacéis esa promesa ante vuestros propios hombres aquí presentes? —dijo Horace rápidamente, y el caudillo le miró con mala cara, olvidándose ya de fingir que no le disgustaban aquel chico quisquilloso y su barbudo compañero.

—Sí —le soltó—. Si te lo tengo que decir bien alto y claro, garantizo mi aceptación delante de mis hombres.

Horace soltó un largo suspiro de alivio.

—Entonces —dijo, empezando a sacar uno de sus guantes de donde los llevaba sujetos, bajo el cinturón—, el desafío se puede formular. El combate tendrá lugar dentro de dos semanas.

—De acuerdo —replicó Deparnieux.

—... en el campo de césped que hay frente al castillo...

—De acuerdo —casi escupió las palabras.

—... delante de vuestros hombres y del resto del personal del castillo...

—De acuerdo.

—... y será un combate a muerte.

La voz de Horace vaciló un poco con aquella frase, pero una rápida mirada a Halt y un leve asentimiento del montaraz le infundieron valor. En ese momento, la sonrisa regresó a los labios del caudillo, leve, amarga y salvaje.

—De acuerdo —volvió a decir, pero esta vez sonó casi como un ronroneo—, y ahora prepárate para seguir adelante con esto antes de que pierdas el valor y te lo hagas en los pantalones.

Horace ladeó la cabeza mientras miraba al caudillo y, por primera vez, se sintió con el control de la situación.

—Menuda basura tan absolutamente grosera que sois, Deparnieux —dijo en voz baja, y el caballero negro se inclinó hacia delante sobre la mesa haciendo sobresalir la barbilla de forma exagerada para el ritual del golpe de guante que ejecutaría la formulación del desafío y lo convertiría en algo irrevocable.

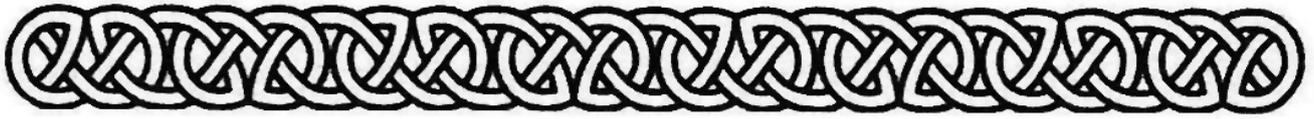
—¿Asustado, chaval? —se burló, y justo después se estremeció cuando un guante le azotó en la cara y le produjo un escozor en la mejilla.

No fue el dolor lo que hizo que se estremeciera. Fue más bien lo inesperado de todo aquello, ya que el muchacho, al otro lado de la mesa, ni se había movido. En cambio, el arquero barbudo y canoso se había puesto en pie con una velocidad y agilidad que dejó al caudillo sin tiempo para reaccionar y le había cruzado la cara con

el guante que había estado ocultando en la mano debajo de la mesa durante unos minutos.

—Yo te desafío entonces, Deparnieux —dijo el montaraz.

Y durante unos pocos segundos, el caballero negro sintió que le invadía una ola de incertidumbre al ver el profundo brillo de satisfacción en aquella mirada firme e inquebrantable.



Treinta y tres

Una pequeña franja de luz solar se colaba en la única habitación de la cabaña. Evanlyn, que dormitaba en una silla, sintió el calor del sol en la cara y sonrió de forma inconsciente. En el exterior, la capa de nieve sobre el suelo aún era gruesa, pero el cielo brillaba, sin una nube, a media tarde.

Medio dormida, disfrutaba del calor que recorría lentamente el lugar donde ella se hallaba. Tras los párpados cerrados veía el rojo intenso del destello del sol.

De pronto, bruscamente, algo le tapó la luz y abrió los ojos. Will estaba de pie frente a ella, en esa postura con la que Evanlyn se había familiarizado a lo largo de la semana anterior. Tenía las manos juntas y, en sus oscuros ojos marrones, tan rebosantes antaño de vida y diversión, no había nada más que una triste súplica. Permaneció en pie con paciencia a la espera de su reacción, y ella le sonrió un poco apenada.

—Muy bien —le dijo con un tono amable.

Los labios de Will registraron la más ligera de las sonrisas y pareció reflejarse por un instante en sus ojos oscuros. Evanlyn sintió que se renovaba la ola de esperanza que había ido formándose en su interior a lo largo de los días previos. De forma gradual, aunque perceptible, Will estaba cambiando. En un primer momento, cuando ella mantenía la droga apartada de él, Will sufría aquellos horribles ataques de convulsiones de los que sólo se recuperaba cuando ella le daba una pequeña dosis de hierba cálida.

No obstante, a medida que los intervalos entre las dosis habían ido siendo cada vez mayores y las propias dosis más pequeñas, Evanlyn había comenzado a albergar la esperanza de que Will llegase a recuperarse. Los ataques eran cosa del pasado. Ahora, en lugar de verse dominado por su cuerpo cuando éste ansiaba la droga, Will se iba adaptando mentalmente cada vez más a las dosis más pequeñas. La necesidad aún existía, pero se reflejaba en el comportamiento suplicante, casi infantil, que ella tenía en ese momento ante sí.

Después de tres días sin probar una brizna de la hierba, él buscaba a Evanlyn y se limitaba a quedarse en pie delante de ella con un mensaje claro en sus ojos; y, en

respuesta, la muchacha le entregaba una pequeña porción de la menguante reserva de la droga que aún permanecía dentro del saquito impermeabilizado. Sabía que se trataba de una carrera, de ver si la dependencia duraba más que la reserva. Si ése fuera el caso, malos tiempos se avecinaban para los dos, pensaba ella, que no sabía cuál sería la reacción de Will si no le proveía, si bien tenía la sensación de que una privación mayor acabaría en otro brote de convulsiones incontrolables y gritos.

Quizás, pensó, aquél era el siguiente paso necesario en su rehabilitación, pero ya fuese de forma correcta o incorrecta, ella simplemente no podía aguantar la idea de volver a presenciar aquella cruda necesidad impotente otra vez. Pensó que ya habría suficiente tiempo para eso cuando se acabase por fin la hierba cálida.

—Quédate aquí —le dijo, y se levantó de la silla de madera y fue camino de la puerta. De nuevo, creyó haber visto un leve destello de agrado en sus ojos. Había desaparecido casi al momento de haber creído verlo, pero ella se dijo que en realidad sí que había estado ahí, que no estaba viendo solo lo que deseaba ver.

Guardaba la reserva de hierba cálida en el establo, detrás de una tabla suelta en una de las paredes. En un principio había pensado esconder el saquito en la pila de los troncos para la chimenea, pero cayó en la cuenta de que le pediría a Will que trajese él la leña, y la simple posibilidad de que encontrase el suministro de la droga era demasiado horrible como para pensar en ello.

No tenía una idea clara de lo que le sucedería a Will si tomaba una dosis excesiva.

Como mínimo, pensó, su dependencia se dispararía de nuevo a un nivel alto y cabía la posibilidad también de que se produjesen más efectos secundarios permanentes, incluso fatales. Lo que sí sabía es que si Will encontraba el saquito de hierba cálida y lo ingería todo en una sola toma, ella se hallaría ante la perspectiva de semanas de temblores y aquellos ataques de convulsiones que ya se habían apoderado antes de él cuando se encontró privado de la droga.

Se preguntaba si esa mente anestesiada sería capaz de procesar el hecho de que ella siempre salía de la cabaña y volvía con la mala hierba; si Will sería capaz de asociar la secuencia de una causa y un efecto, y razonar que la hierba debía de hallarse escondida en algún lugar fuera de la cabaña. No estaba segura, pero, en cualquier caso, no se arriesgó en absoluto y se preocupó mucho de comprobar que él no la había seguido cuando fue a coger el saquito del pequeño escondite en la pared de madera.

Miró con cuidado por encima de su hombro al entrar en el establo, y el poni levantó la vista y bufó un saludo para la muchacha. No había señales de que Will hubiese mostrado interés alguno por sus movimientos. En apariencia, se conformaba con esperar donde estaba, consciente de que ella volvería enseguida con la droga que él ansiaba. Cómo pasaba esto, o dónde la conseguía, no parecían ser preguntas que le preocupasen. Aquello eran abstracciones, y en aquellos días él sólo procesaba hechos puros y duros.

Evanlyn dosificó una diminuta cantidad de hierba seca en la palma de su mano,

envolvió de nuevo el resto del suministro y fue a colocarlo de vuelta tras la tabla suelta. Otra vez, a la mitad de la secuencia del movimiento, se giró de pronto para ver si había alguna posibilidad de que la estuvieran observando, pero no había rastro de su compañero, tan sólo el poni, que miraba con ojos brillantes e inteligentes.

—Ni una palabra —le dijo Evanlyn al caballo en voz baja. Curiosamente, el animal escogió ese preciso instante para agitar la cabeza, tal y como los ponis hacen de vez en cuando. Evanlyn sonrió levemente tras un segundo de asombro. Era como si el caballo la hubiese oído y entendido. Colocó el saquito en el agujero y encajó la tablilla en su sitio para taparlo. Se agachó para coger tierra del suelo del establo, tomó un puñado y lo restregó contra la línea irregular que marcaba la junta en la madera. Entonces, satisfecha con que el escondite se encontrase todo lo oculto que podía estar, regresó a la cabaña.

Will sonrió cuando ella entró y, por un momento, Evanlyn creyó que la había reconocido de los viejos tiempos. Los viejos tiempos, pensó ella apesadumbrada. Apenas habían pasado unos meses desde aquellos días, pero ahora los recordaba como si fueran la prehistoria. Se dio cuenta entonces de que la sonrisa era por la droga, no por ella.

Aun así, era un comienzo, pensó.

Extendió el puño cerrado y él dio un paso al frente y ahuecó las manos juntas debajo de la de Evanlyn, inquieto porque no se desperdiciara ni una pizca. Ella dejó caer la hierba en sus manos y vio cómo su rostro y sus ojos seguían el movimiento de caída de la droga. De forma inconsciente, la lengua de Will asomó entre sus labios con expectación. Cuando se lo hubo dado todo y le hubo permitido que rebañase con cuidado los diminutos restos que se habían quedado adheridos a su mano, él la miró y volvió a sonreír.

Esta vez, la sonrisa era para ella, estaba segura.

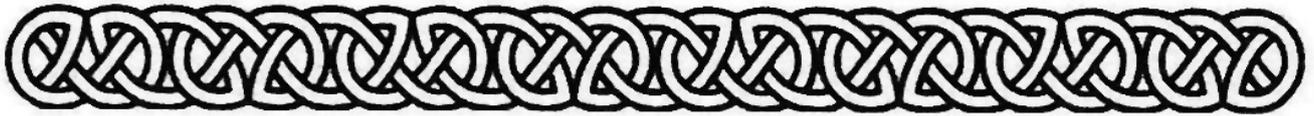
—Bien —dijo él de forma breve, y su mirada cayó sobre el pequeño montecito de hierba seca de su mano. Se apartó de ella encorvado sobre la mano mientras se la llevaba a la boca.

Evanlyn sintió aquel rayo de esperanza arder con fuerza en su interior una vez más. Era la primera vez que Will había hablado desde que escaparon de Hallasholm.

No es que fuera gran cosa. Una palabra. Pero era un comienzo. Ella le sonrió mientras él se agachaba en una esquina de la cabaña. Como un animal acorralado, se apartó encogido y asustado mientras mantenía la dosis en la boca, como si tuviera miedo de que ella se la fuese a quitar.

—Bienvenido de vuelta, Will —dijo en voz baja.

Pero el chico no dio respuesta alguna. La hierba cálida se había apoderado de él una vez más.



Treinta y cuatro

Horace se irguió sobre los estribos en cuanto *Kicker* se puso al galope. Sujetaba el largo palo de madera de fresno a su derecha, vertical. Delante de él, de pie, inmóvil en medio del campo frente al castillo, Halt tensó la cuerda de su arco hasta que el extremo emplumado de la flecha le rozó la comisura de los labios.

Horace espoleó a su caballo a un paso aún mayor, hasta alcanzar su máxima velocidad. Miró a su derecha para asegurarse de que el yelmo que había atado al final del bastón se encontraba aún en su posición correcta, mirando a Halt. Volvió a poner la vista en la pequeña figura delante de él.

Vio salir la primera flecha despedida del arco con una fuerza increíble y a toda velocidad hacia el blanco en marcha. Entonces, las manos de Halt se movieron en un fogonazo casi difuso y otra flecha más iba en camino.

Casi al mismo tiempo, Horace sintió una doble percusión, transmitida a lo largo del palo que sujetaba, cuando las dos flechas alcanzaron el yelmo en un intervalo de tiempo de medio segundo.

Permitió que *Kicker* redujese el paso hasta un trote ligero cuando pasaban junto a Halt e hizo que el caballo describiese un gran círculo para llegar a detenerse frente al montaraz. Halt descansaba ahora el arco, apoyado en el suelo, y esperaba pacientemente para ver el resultado de su entrenamiento. Horace bajó el palo y el yelmo que llevaba atado hasta el suelo delante de él. Era increíble, pero ambas flechas habían atravesado las ranuras correspondientes a los ojos y se habían clavado en el acolchado blando que Halt había colocado en el interior para proteger las afiladas puntas de las flechas.

Cuando Halt tomó en sus manos el viejo yelmo, Horace pasó una pierna por encima de la perilla de su montura y se deslizó al suelo, junto a él. El montaraz canoso asintió una vez mientras examinaba los resultados de sus prácticas de tiro al blanco.

—No está mal. No está nada mal.

Horace dejó caer las riendas y permitió a *Kicker* pasear libremente y mordisquear

la hierba corta y tupida que crecía en el campo de torneos. Los actos de Halt le estaban dejando perplejo y algo más que un poco preocupado.

Después de que el desafío hubiese sido formulado y aceptado, Deparnieux había accedido a devolverles sus armas. Halt afirmaba que no había disparado una flecha en semanas y que necesitaría poner a punto sus habilidades para el combate. Deparnieux, que practicaba las suyas propias a diario, no vio nada extraño en la solicitud, así que sus armas les fueron devueltas, si bien los dos araluenses se hallaban bajo la estrecha vigilancia de al menos media docena de hombres armados con ballestas allá donde fuera que practicasen.

Durante los tres días previos, Halt había dado a Horace las instrucciones de recorrer el campo al galope con el yelmo expuesto en el extremo de un palo mientras él disparaba flechas apuntando a las mirillas del visor. Todas las veces, al menos una de las dos flechas había alcanzado su blanco. Por lo general, Halt conseguía atravesar con las dos flechas las pequeñas aberturas a las que apuntaba.

Sin embargo, aquello no era ni más ni menos de lo que esperaba Horace del montaraz. La habilidad de Halt con el arco era legendaria. En realidad no tenía ninguna necesidad de practicar ahora en particular, cuando al hacerlo estaba revelando su táctica al caudillo de Gálica.

—¿Está mirando? —preguntó Halt en voz baja, que parecía estar leyendo los pensamientos de Horace. El montaraz se encontraba de espaldas a los muros del castillo y no podía verlo, pero Horace miró hacia arriba sin mover la cabeza, sólo los ojos, y pudo distinguir la silueta negra en una de las muchas terrazas del castillo, inclinada sobre la barandilla y observándolos; tal y como lo había hecho cada vez que ocupaban el campo.

—Sí, Halt —dijo entonces—. Está mirando. Pero ¿es inteligente por nuestra parte hacer esto donde puede vernos?

En los labios del montaraz se dibujó apenas el hilo de una sonrisa.

—Es posible que no —respondió—. Pero se habría asegurado de vernos independientemente de donde practicásemos, ¿no crees?

—Sí —admitió Horace de mala gana—. Y seguro que a ti tampoco te hace falta practicar, ¿verdad?

Halt hizo un triste gesto negativo con la cabeza.

—Has hablado como un verdadero aprendiz. Practicar no le hace ningún mal a nadie, joven Horace. Ten eso presente cuando volvamos al castillo de Redmont.

Horace miró descontento a Halt mientras liberaba las dos flechas del acolchado de cuero y paja que llenaba el interior del yelmo.

—Hay algo más —comenzó a decir, y Halt levantó una mano para detenerle.

—Lo sé, lo sé —dijo—. Tus malditas normas de la caballería te vuelven a preocupar, ¿no es así? —Horace se vio obligado a reconocerlo asintiendo a regañadientes. Aquél era el tema de la discordia entre ellos dos, y no había dejado de serlo desde que Halt planeó desafiar a Deparnieux a un duelo.

Al principio, el caudillo había montado en cólera y después se había tomado con sarcástica diversión el hecho de que un plebeyo hubiera decidido desafiarle.

—Yo he sido nombrado caballero —le soltó a Halt—. ¡Soy un noble! ¡A mí no me puede desafiar a un combate cualquier rufián del bosque!

El montaraz arrugó la frente ante aquello. Su voz, cuando habló, fue grave y amenazadora. De forma inadvertida, tanto Deparnieux como Horace se habían inclinado hacia delante para escuchar con más atención sus palabras.

—¡Vigilad vuestra lengua, bellaco de baja estofa! —había replicado, Halt—. ¡Os dirigís a un miembro de la Casa Real de Hibernia, sexto en la línea de sucesión al trono y con un linaje que ya era noble cuando vos y los vuestros os arrastrabais por las perreras en busca de sobras que llevaros a la boca!

Y conforme hablaba, la inconfundible pronunciación de las erres de la gente de Hibernia apareció en sus palabras. Horace se había quedado mirándole con una considerable sorpresa. Nunca había tenido la menor idea de que Halt fuese descendiente de un linaje real. Deparnieux estaba igualmente sorprendido por la novedad. Tenía razón, por supuesto. Ningún caballero estaba en la obligación de hacer honor a un desafío de un inferior, pero el anuncio del arquero canoso al respecto de su sangre real daba un sesgo completamente distinto a aquel asunto. Su desafío había de recibir un trato serio y respetuoso. Deparnieux no podía ignorarlo, en particular cuando había sido formulado en presencia de varios de sus hombres. Rechazar el desafío significaría debilitar seriamente su posición.

En consecuencia, había aceptado y se había establecido que el combate se celebraría en el plazo de dos semanas desde aquel día.

Más tarde, en sus aposentos de la torre, Horace había expresado su sorpresa al respecto de la situación familiar de Halt.

—No tenía ni idea de que fueses descendiente de la realeza de Hibernia —le dijo. Halt resopló quitándole importancia y contestó:

—No lo soy —dijo—, pero nuestro amigo no lo sabe y no tiene manera de comprobarlo, por tanto ha de asumir que mi desafío es vinculante.

Y era aquella falta de consideración con las estrictas convenciones de la caballería lo que tenía a Horace tan preocupado, tanto como el hecho de que Halt parecía estar permitiendo que su enemigo conociese con exactitud qué tácticas iba a utilizar en el combate, para el cual sólo faltaba un día. El adiestramiento en la Escuela de Combate hacía mucho hincapié en las convenciones y responsabilidades de los caballeros. Eran vinculantes e inflexibles, y así se lo habían enseñado a Horace durante los últimos dieciocho meses. Cargaban una serie de obligaciones sobre los hombros de aquellos que serían nombrados caballeros, y aunque les proporcionaban grandes privilegios, éstos se los habían de ganar. Un caballero tenía que respetar las normas, vivir de acuerdo con ellas y, si era necesario, morir por ellas.

Entre las más vinculantes e inflexibles de aquellas convenciones se hallaba la del recurso de un caballero al juicio por medio de una justa, un combate. Se trataba de

una senda que sólo podían seguir los miembros de las diversas órdenes de caballería. En sentido estricto, ni siquiera Horace, un guerrero que no había sido nombrado caballero, estaba en posesión del derecho para desafiar a Deparnieux. Halt, desde luego, lo estaba menos aún, y su actitud displicente respecto de un sistema que Horace tenía en la más alta estima había aturdido al muchacho; y seguía haciéndolo.

—Mira —dijo Halt, no sin amabilidad, según pasaba un brazo por los musculosos hombros de Horace—, las normas de la caballería están muy bien, lo admito, pero sólo para aquellos que se atienen a todas las normas.

—Pero... —arrancó Horace, sin embargo Halt le interrumpió estrechándole el hombro.

—Deparnieux se ha valido de esas normas para matar, saquear y asesinar durante sabe Dios cuántos años. Acepta aquellas partes de las normas que le convienen y hace caso omiso de las que no. Eso ya lo has visto tú.

Horace asintió entristecido.

—Lo sé, Halt. Es sólo que a mí me han enseñado que...

Halt volvió a interrumpirle, de nuevo con amabilidad.

—Tú has recibido esas enseñanzas de manos de hombres que son nobles —dijo—. Hombres que respetan las normas de la caballería, todas las normas, y viven de acuerdo con ellas. Deja que te diga una cosa, no conozco hombre mejor que *sir* Rodney, o el barón Arald, para el caso. Unos hombres como ellos son la personificación de todo lo bueno que hay en la caballería y en los caballeros.

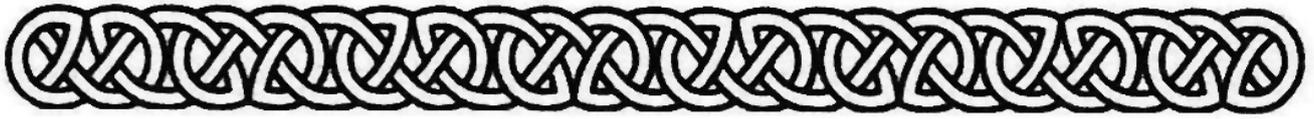
Hizo una pausa, mirando atentamente al atribulado rostro del muchacho. Horace asintió. En Rodney y Arald, Halt había escogido a dos de sus modelos de conducta. Al ver que lo había entendido, Halt prosiguió.

—A un cerdo asesino y cobarde como Deparnieux, sin embargo, no se le puede permitir reclamar el mismo rasero que hombres como ellos. No siento el más mínimo reparo en cuanto a mentirle a él, en la medida en que eso me ayude a llevarle a la situación en la que pueda luchar contra él; y derrotarle, con un poco de suerte.

En ese momento, Horace se volvió hacia él con la preocupación aún en el rostro, aunque quizás fuera un poco menor.

—Pero ¿cómo puedes tener la esperanza de derrotarle cuando sabe exactamente lo que planeas hacer? —preguntó abatido. Halt se encogió de hombros y respondió, sin rastro de sonrisa alguna en la cara.

—Quizás tenga algo de suerte.



Treinta y cinco

El arco de caza resultaba una herramienta poco elegante en manos de Evanlyn. Estaba intentando engarzar una flecha en la cuerda a tientas y casi se le cayó a la nieve a sus pies, ya que no quería quitar la vista de encima a un pequeño animal que cruzaba lentamente el claro que había delante de ella.

De forma inconsciente, expresó su disgusto con un resoplido y, al instante, el conejo se sentó sobre las patas traseras, movió las orejas de un lado a otro para ver si podía captar de nuevo alguna pista del sonido extraño que acababa de percibir y arrugó el hocico en todas direcciones rastreando el aire en busca de cualquier rastro de un olor ajeno.

Evanlyn se quedó quieta y aguardó hasta que el animal se hubo asegurado de que no había un peligro inmediato y volvió a escarbar en la nieve con las patas delanteras, que apartaba para dejar al descubierto la hierba húmeda y raquítica que había debajo. Sin atreverse casi a respirar, observó cómo el conejo volvía a mordisquear el verde y, bajando esta vez la vista, colocó la flecha sobre la cuerda, justo por debajo de la marca para la ranura de la varilla que el dueño original del arco había situado allí.

La cuerda se había hecho más gruesa en aquel punto con un cordel fino enrollado, vueltas y vueltas, de manera que la ranura para engarzar la flecha quedaba bien ajustada y sujeta en su sitio sin necesidad de utilizar los dedos para ello. Encajaba bien, pero con la suficiente suavidad, sin embargo, para que la fuerza de la cuerda al disparar soltase el enganche y la flecha siguiese su camino.

Levantó el arco y comenzó a tensar la cuerda con la mano derecha. Sabía que no lo estaba haciendo de la forma correcta. Había visto a los suficientes arqueros en su momento para saber simplemente que aquélla no era la forma de hacerlo. Tal y como estaba empezando a darse cuenta, ver a un arquero adiestrado y emular sus movimientos eran dos cosas completamente distintas. Recordaba que Will era capaz de colocar la flecha y tensar el arco en un único gesto suave, entrenado y en apariencia sin esfuerzo. Podía ver el movimiento en su cabeza, pero recrearlo se hallaba muy por encima de sus posibilidades. En cambio, ella sujetaba el arco tieso e inestable, agarraba la cola de la flecha con los dedos índice y pulgar e intentaba

tensarlo tan sólo con la fuerza de su brazo y de sus dedos.

Por medio de aquel procedimiento, apenas era capaz de conseguir medio tensado. Frunció la boca de rabia. Con aquello tendría que valer. Cerró un ojo y miró por debajo de la flecha intentando apuntar al pequeño animal, que comía tranquilo y ajeno al peligro mortal que acechaba entre los árboles que bordeaban el claro. Con más esperanza que convicción, soltó por fin los dedos de la flecha.

Sucedieron tres cosas.

Primera, que el arco dio una sacudida, se le escapó de la mano y desvió la flecha por lo menos unos tres metros de su objetivo. Segunda, que la flecha saltó del arco con apenas suficiente fuerza para atravesar nada y, tercera, que la cuerda le pegó un doloroso latigazo en la cara interna del brazo derecho. Dio un grito de dolor y dejó caer el arco al suelo. La flecha esquivó el tronco de un árbol y desapareció en el bosque al otro lado del claro.

El conejo se volvió a erguir y se quedó mirándola con unos ojos que parecían llenarse de un total asombro mientras ladeaba la cabeza para verla con mayor claridad. Cayó de nuevo a cuatro patas y salió del claro, entre los árboles, con toda la calma del mundo.

Menudo peligro mortal que pendía sobre su cabeza, pensó ella con amargura.

Recogió el arco, se frotó la zona dolida del brazo donde le había sacudido la cuerda y se fue a buscar la flecha. Tras diez minutos de búsqueda, decidió darla por perdida. Llena de tristeza, se dirigió de vuelta a la pequeña cabaña.

—Me parece que voy a tener que practicar más —refunfuñó.

Aquél había sido su segundo intento de caza. El primero había resultado igualmente infructuoso y tan absolutamente desalentador como éste. Por la que debió de ser la quincuagésima vez, suspiró ante la idea de que si Will se encontrase sano, no habría tenido ninguna dificultad a la hora de usar aquel arco para conseguir llevar comida a su mesa.

Evanlyn le había enseñado el arco, por supuesto, con la esperanza de que la visión del arma pudiese prender alguna chispa de recuerdo en su interior; pero él no había hecho nada más que quedarse mirándolo con esa expresión vacía y carente de interés que tan conocida se había vuelto para ella.

Había nevado no hacía mucho, durante la noche, y ella volvía a la cabaña, a trancas y barrancas, con la nieve por la rodilla. Era la primera nevada en más de una semana y aquello le dio también que pensar. Debía de haber transcurrido ya más de la mitad del invierno y, al final, cuando llegase la primavera, los skandians de Hallasholm volverían a moverse por aquellas montañas. Incluso, quizás, llegarían algunos para hacer uso de la cabaña en la que Will y ella estaban pasando el invierno. Para entonces, él tendría que estar recuperado y así podrían iniciar los dos su larga marcha hacia el sur. Ella no tenía ni idea de cuánto podría tardar él en recuperarse; parecía mejorar con el paso de los días, aunque no podía asegurarlo. Ni tampoco estaba segura de cuánto tiempo tenían antes de que el deshielo comenzase a hacer

desaparecer la nieve.

Estaban inmersos en una carrera, ella lo sabía, pero era una carrera en la que no veía la meta, cualquier día se la encontraría.

La cabaña apareció a la vista. Sintió alivio al ver que de la chimenea ascendía aún un hilillo de humo. Había echado leña al fuego aquel día, antes de marcharse, con la esperanza de haber puesto la suficiente para mantenerlo ardiendo durante su ausencia. Ella había descubierto ya que nada le resultaba más descorazonador que llegar a la cabaña helada de frío y empapada y encontrarse con el fuego apagado.

Naturalmente, no tenía sentido esperar que Will se ocupara de atender el fuego mientras ella estaba fuera. Incluso una tarea tan simple como ésa parecía demasiado para él. Ella era consciente de que la cuestión no era que él no quisiese hacerlo, era tan simple como que él no se interesaba por hacer o decir nada que fuese más allá de las funciones básicas. Comía, dormía y a veces iba hacia ella con aquella expresión de súplica en los ojos, a pedirle más hierba cálida. Al menos, se consolaba ella, ya hacía algún tiempo desde la última vez que había hecho eso.

Durante el resto del tiempo, se limitaba a quedarse sentado, allá donde estuviese, mirando al suelo, o mirándose la mano, o un trozo de madera, o lo que fuese que hubiera atraído la atención de sus ojos en ese instante.

Las viejas bisagras de la puerta de la cabaña crujieron cuando Evanlyn la abrió y entró. El ruido fue suficiente para llamar la atención de Will sobre ella. Estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas, en medio de la cabaña, igual que estaba cuando ella se marchó, varias horas antes.

—Hola, Will. Ya he vuelto —le dijo con una sonrisa forzada en la cara. Ella siempre lo intentaba, vivía con la esperanza de que algún día él le respondiese.

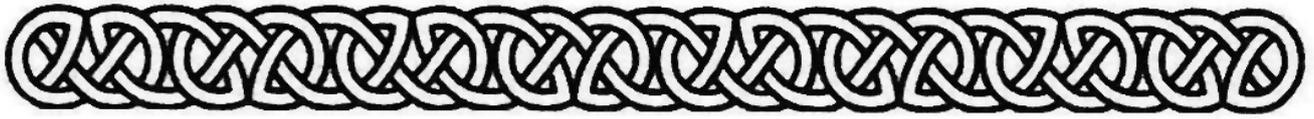
Pero aquél no iba a ser ese día. El muchacho no mostró signos de respuesta o interés. Con un leve suspiro, apoyó el pequeño arco contra la pared, junto a la puerta. De un modo algo distraído, cayó en la cuenta de que debía desencordar el arco, pero se sentía demasiado desanimada para hacerlo justo en aquel momento.

Cruzó la estancia hasta la zona de la despensa y sacó un trozo pequeño de su reserva cada vez menor de ternera desecada. Allí había también arroz, así que se puso a preparar el arroz con sabor a ternera que se había convertido en la base de su alimentación en el transcurso de las últimas semanas. Puso agua a hervir para poder meter la carne seca dentro y poder hacer un caldo aguado pero al menos con algo de sabor.

Había medido una taza de arroz y la estaba poniendo en otra cacerola cuando oyó un leve ruido a su espalda. Se giró y advirtió que Will se había ido del sitio en el que había pasado la mayor parte de la tarde. Ahora estaba sentado cerca de la puerta. Evanlyn se preguntó qué le habría hecho moverse y decidió que probablemente se trataba de algún instinto inconsciente suyo.

Entonces vio de qué se trataba, dio un respingo sorprendida y tiró parte del valioso arroz sobre la mesa.

El arco aún se hallaba apoyado contra la pared junto a la puerta. Pero ahora estaba desencordado.



Treinta y seis

Los hombres de Deparnieux se encontraban en el exterior desde muy temprano esa mañana, pasando las guadañas por la hierba alta que cubría el espacio abierto frente al castillo de Montsombre. El caballero gálico no quería correr ningún riesgo con el combate programado. Había visto caer caballos por las marañas de hierba alta y quería asegurarse de que la liza, el terreno donde iban a luchar, estaba libre de tal peligro.

En aquel momento, una hora después del mediodía, apareció por la misma puerta que había utilizado con ocasión de su último combate. No tenía ninguna duda de que vencería a Halt, pero tampoco se había formado ideas erróneas al respecto del extranjero de corta estatura. Había observado las constantes sesiones de prácticas que Horace y Halt habían estado llevando a cabo y sabía que el araluense era un arquero de una excepcional habilidad. No tenía dudas acerca de las tácticas que utilizaría su oponente, las sesiones de entrenamiento se lo habían mostrado con claridad. Deparnieux sonrió para sí; las tácticas psicológicas de Halt eran interesantes, pensó. Ver una y otra vez las flechas que entraban por la mirilla de un yelmo que se desplaza a gran velocidad bien podría ser suficiente para poner nerviosos a la mayoría de sus oponentes, sin embargo, aunque Deparnieux tenía pocas dudas acerca de las habilidades de Halt, aún tenía menos sobre sí mismo. Sus reflejos estaban tan alerta como los de un gato, y confiaba en poder desviar las flechas de Halt con el escudo.

Pensaba que el araluense de pelo gris había juzgado mal a su oponente y en cierto modo se sentía algo decepcionado por ello. Sus expectativas al respecto del extranjero habían sido demasiado altas y ahora, al parecer, todas aquellas primeras impresiones se habían quedado en nada: Halt era un arquero experto, eso era todo, ni poseía poderes sobrenaturales ni habilidades arcanas. De hecho, pensó el caudillo, era un hombre bastante limitado, bastante aburrido, con una opinión muy elevada de sí mismo. Dudaba de la veracidad de la afirmación que el arquero hizo sobre su pertenencia a un linaje real, pero tampoco le había importado mucho. Aquel hombre se merecía morir y a Deparnieux le haría feliz concederle ese favor.

No hubo ninguno de los habituales toques de trompeta ni redobles de tambor

cuando Deparnieux se adentró al trote de su corcel negro en la liza: no era un día para ceremonias. Aquél era un día laborable más para el caballero negro. Un intruso había desafiado su autoridad y su preeminencia en la zona y era necesario despachar a aquella gente con la máxima eficiencia.

Pero a pesar de todo eso, prácticamente todos los miembros del personal del castillo de Montsombre y una gran cantidad de los soldados de Deparnieux se encontraban allí para presenciar el combate. Esbozó su sonrisa rapaz al preguntarse cuántos de ellos estaban mirando con la esperanza de verle caer derrotado. No serían pocos, pensó, pero estaban condenados a una decepción; de hecho, liquidar al arquero sería de gran utilidad para él. Nada mejor para mantener la disciplina que ver al amo y señor del castillo concederle una muerte rápida a un intruso advenedizo.

Hablando del rey de Roma, allí estaba él. El arquero aparecía entonces por el extremo opuesto de la liza, al trote ligero, a lomos de aquel ridículo barrilete de caballo que montaba. No llevaba armadura, sólo un chaleco de cuero tachonado que no le daría protección alguna contra la lanza y la espada de Deparnieux. Y, por supuesto, su sempiterna capa moteada de gris y verde.

Su joven compañero cabalgaba a unos pocos metros detrás de él. Vestía una cota de malla y llevaba el casco colgado de la perilla de la montura. Portaba su espada y el escudo redondo blasonado con el símbolo de la hoja de roble.

Interesante, pensó Deparnieux. Resultaba obvio que, en el caso de la inevitable derrota de Halt, su joven compañero de viaje intentaría vengarle. Mucho mejor, pensó el caballero negro. Si una muerte sería una saludable lección para los más indisciplinados de sus siervos, dos resultarían doblemente efectivas. Después de todo, así era como había empezado todo aquel decepcionante asunto.

Detuvo su caballo y comprobó la sujeción de la lanza en su mano derecha, se aseguró de que la llevaba justo en el punto correcto de equilibrio. En el extremo opuesto de la liza, su oponente seguía avanzando a un ritmo lento y constante. Parecía ridículamente canijo, empequeñecido por el joven musculoso y el enorme caballo que avanzaban junto a él.

—Espero que sepas lo que estás haciendo —dijo Horace, intentando hablar sin mover los labios por si acaso Deparnieux los estaba observando, lo cual, indudablemente, hacía. Halt se giró sobre su silla y casi le sonrió.

—Yo también lo espero —dijo con tranquilidad. Había advertido que la mano derecha de Horace estaba soltando la espada dentro de su vaina una vez más. Ya había hecho lo mismo al menos media docena de veces mientras iban a caballo—. Relájate —añadió con serenidad. Horace le miró abiertamente, sin importarle ya si Deparnieux le veía o no.

—¿Que me relaje? —repitió con incredulidad—. ¿Te vas a enfrentar a un caballero armado sin nada más que un arco y me dices que me relaje?

—Ya sabes que también dispongo de una o dos flechas —dijo en un tono suave, y Horace meneó la cabeza, aún incrédulo.

—Bueno... yo sólo espero que sepas lo que estás haciendo —le dijo de nuevo. Entonces Halt le sonrió. Apenas la más fugaz de las sonrisas.

—Eso ya lo has dicho antes —replicó.

Le dio un golpecito a *Abelard* con la rodilla y el pequeño caballo se detuvo con las orejas erguidas, a la espera de más indicaciones. Los ojos de Halt permanecieron fijos en la lejana figura de la armadura negra, levantó la pierna derecha, la pasó por encima de la perilla y se bajó del caballo.

—Llévatelo a una zona segura —le dijo al aprendiz, y Horace se inclinó y tomó las riendas del caballo del montaraz. *Abelard* levantó las orejas y miró de forma instintiva a su amo—. Ve —le dijo Halt con tranquilidad, y el caballo se dejó guiar.

Halt miró al joven a lomos de su caballo, veía la preocupación en cada uno de los gestos de su cuerpo.

—Horace —le llamó, y el aprendiz de guerrero se detuvo y le devolvió la mirada—. Sé perfectamente lo que hago, ya lo sabes.

Horace consiguió una débil sonrisa al oír aquello.

—Si tú lo dices, Halt —respondió.

Conforme hablaban, Halt seleccionaba cuidadosamente tres flechas de entre las dos docenas de su carcaj y las deslizó, con la punta hacia abajo, por dentro de su bota derecha. Horace lo vio y se quedó pensando por qué lo habría hecho. Halt no tenía ninguna necesidad de prepararse las flechas de ese modo. Podía cogerlas del carcaj, tensar y disparar en una fracción de segundo.

No tuvo tiempo de seguir pensando en ello. Deparnieux gritaba desde el extremo opuesto de la liza.

—¡Mi señor Halt! —Llegó con nitidez a Horace el acento de su voz cuando el joven tiraba de las riendas una vez apartado—. ¿Estáis preparado?

Sin molestarse por hablar, Halt levantó una mano en respuesta. Parecía muy pequeño y vulnerable, pensó Horace, allí de pie, sólo en la hierba, a la espera de que el caballero de negro a lomos de su caballo gigantesco se le viniera encima.

—¡Entonces, que gane el mejor! —gritó Deparnieux con sorna, y esta vez Halt sí respondió.

—¡Eso pienso hacer! —gritó él, justo cuando Deparnieux clavaba sus espuelas al caballo. Éste comenzó a avanzar con pesadez y fue ganando velocidad a medida que avanzaba, hasta alcanzar el galope.

Horace cayó en la cuenta entonces de que Halt no le había dicho nada a él acerca de lo que debía hacer si Deparnieux salía victorioso. Él se imaginaba que el montaraz le habría dado instrucciones para que intentase escapar. Sin duda, esperaba que Halt le prohibiese desafiar a Deparnieux inmediatamente después del combate, que era justo lo que Horace planeaba hacer si Halt perdía. Ahora se preguntaba si el montaraz no le había dicho nada porque sabía que Horace ignoraría tales instrucciones, o si era

simplemente porque tenía una confianza plena en que él sería el vencedor.

Y no es que pareciese haber allí forma alguna de que lo pudiera lograr. El suelo vibraba bajo los cascos del caballo negro y la experta mirada de Horace distinguía en el guerrero gálico una capacidad natural y una enorme experiencia. Equilibrado de forma perfecta en su monta del caballo, sostenía la lanza, larga y pesada, como si fuese un bastón ligero; echado hacia delante y levemente erguido sobre los estribos, conforme la punta de la lanza se aproximaba más y más a la pequeña figura de la capa verde y gris.

Fue la capa lo primero que provocó una ligera sensación de recelo en la mente de Deparnieux. Halt se balanceaba levemente, en el sitio, y el estampado irregular de la capa, contrapuesto al verde y gris del césped en invierno, parecía enfocar y desenfocar su silueta. El efecto resultaba casi hipnótico. Enfurecido, Deparnieux apartó aquella distracción de sus pensamientos e intentó centrar su atención en el arquero. Ya estaba cerca, apenas a treinta metros, y el arquero aún no había...

Lo veía venir. En un movimiento veloz, el arco ascendió y escupió la primera flecha a una velocidad increíble, directa hacia la mirilla de su yelmo y llevando consigo un final instantáneo.

No obstante, con lo rápida que volaba la saeta, Deparnieux fue más rápido aún y levantó el escudo, ladeado, para desviar la flecha. La sintió golpear contra su defensa, oyó el chirrido de metal contra metal al producirse un largo arañazo en el esmalte negro reluciente y después un siseo al salir desviada.

Pero la protección del escudo ahora le tapaba la visión del hombre de corta estatura y enseguida lo bajó.

«¡Maldito arquero de los demonios!». ¡Era lo que había planeado y había disparado una segunda flecha cuando el escudo aún se encontraba arriba! Los increíbles reflejos de Deparnieux le volvieron a salvar, le hicieron subir de nuevo el escudo para desviar aquella segunda flecha traicionera. «¿Cómo podía haber alguien capaz de disparar tan rápido?», pensó Deparnieux, y maldijo otra vez al darse cuenta de que, oculto como estaba detrás del escudo, no había visto que se pasaba de largo la posición del arquero, que con toda calma se había apartado del camino de la punta de su lanza.

Deparnieux permitió que su caballo aminorase la velocidad hasta un trote y dio la vuelta describiendo un gran círculo. No serviría de nada arriesgarse a lesionar al caballo intentando volver grupas demasiado rápido. Se tomaría su tiempo y...

En ese momento sintió una punzada de dolor en el hombro izquierdo. Se retorció con torpeza, con el ángulo de visión limitado por el yelmo y vio que, conforme había pasado al galope junto a Halt, el arquero le había disparado otra flecha más, esta vez apuntando al hueco que su armadura dejaba cerca del hombro.

La cota de malla que tapaba el hueco había absorbido la mayor parte de la fuerza de la flecha, pero la punta afilada había logrado abrirse un pequeño paso y traspasarle la piel. Era doloroso, pero no grave, comprobó, y rápidamente movió el brazo para

asegurarse de que no había músculos o tendones importantes dañados. Si el combate se prolongaba, se podía agarrotar y afectar a su defensa con el escudo.

La herida resultó ser una molestia. Una dolorosa molestia, rectificó, y sintió el calor de la sangre que goteaba por la axila. Se prometió que Halt pagaría por aquello, y bien que pagaría.

Porque ahora Deparnieux creía entender el plan de Halt, que continuaría cegándole cuando se aproximase a la carga, le obligaría a levantar el escudo para protegerse los ojos en el último instante y se apartaría a un lado cuando la carga de Deparnieux pasase de largo.

Pero, el caballero no tenía intención alguna de seguirle el juego a Halt. Descartaría las cargas de lanza, brutales y a gran velocidad, en favor de una aproximación lenta y pausada. Al fin y al cabo, no necesitaba la fuerza y la inercia de una carga, no se estaba enfrentando a otro caballero armado y no estaba intentando tirarle del caballo. Se enfrentaba a un hombre que estaba de pie, solo, en medio de la liza.

En cuanto se le ocurrió el plan, tiró al suelo la larga y poco manejable lanza, agarró la varilla de la flecha, la partió cerca de la herida y la tiró junto a la lanza.

A continuación extrajo su espadón e inició un trote lento hacia la posición en que Halt le aguardaba.

Mantecía a Halt a su izquierda, de forma que el escudo se hallaría en posición para desviar sus flechas. La espada larga en su mano derecha describía círculos con facilidad mientras él sentía la familiaridad de su peso y el equilibrio perfecto.

Horace, vigilante, notaba que el corazón le martilleaba más rápido en el pecho. Aquel combate sólo podía tener ya un final; una vez que Deparnieux había abandonado la precipitada carga y la había sustituido por un acercamiento más pausado, Halt se encontraba en una situación realmente complicada. Horace sabía que nueve de cada diez caballeros habrían continuado a la carga, enfurecidos por la táctica de Halt y con la determinación de aplastarle con su fuerza superior. Deparnieux, había podido comprobar ahora, era ese uno entre diez que había visto rápidamente la locura de tal camino y había encontrado otra vía para anular la mayor ventaja de Halt.

El jinete de negro se encontraba entonces solo a cuarenta metros de la pequeña figura y se desplazaba despacio hacia ella. Igual que antes, el arco se levantó y otra flecha se halló en camino. Deparnieux, con destreza y casi con desprecio, alzó el escudo para desviar la flecha. Esta vez oyó el chirrido del impacto y bajó de nuevo el escudo. Pudo ver la siguiente flecha que ya le apuntaba a la cabeza. Vio cómo la mano del arquero iniciaba el movimiento para soltar la cuerda y volvió a subir el escudo al tiempo que la flecha partía en su dirección.

Pero hubo un detalle importante que no había visto.

Esta flecha era una de las tres que Halt había colocado en la caña de su bota; y esta flecha era diferente. Tenía una punta mucho más pesada, hecha de acero

reforzado. A diferencia de las flechas normales de batalla del carcaj de Halt, no se trataba de una punta ancha con forma de hoja, sino que tenía la forma de la punta de un cincel, rodeada de cuatro pequeños espolones que evitarían que la armadura de Deparnieux la desviase y le permitirían atravesarla hasta alcanzar el cuerpo que había debajo.

Era una punta de flecha diseñada para atravesar armaduras. Años atrás, Halt había aprendido sus secretos de los fieros jinetes arqueros de las estepas orientales.

La flecha salió disparada del arco. Al haber levantado el escudo, Deparnieux no llegó a ver que el peso extra de la punta dirigía la flecha a un destino más abajo del lugar donde apuntaba en un principio. El arco que describió la flecha hizo que ésta impactara bajo el escudo inclinado y se clavase sin apenas resistencia a su fuerza y velocidad en el peto de la armadura, que había quedado expuesto.

Deparnieux lo oyó. Un impacto seco de metal contra metal, más como un crujido metálico que como un tañido. Se preguntó qué habría sido. Entonces sintió un pequeño foco de dolor intenso, un nítido ardor agónico que se inició en su costado izquierdo y se extendió rápidamente hasta que engulló su cuerpo entero.

No llegó a sentir el impacto de su cuerpo contra la hierba del suelo.

Halt bajó el arco. Disminuyó la tensión de la cuerda y devolvió al carcaj la segunda flecha con punta perforadora, que ya tenía engarzada y lista.

El señor del castillo de Montsombre yacía inmóvil. Un silencio de aturdimiento se apoderó de la pequeña multitud de observadores que había salido del castillo a ver el combate. Ninguno de ellos sabía cómo reaccionar. Ninguno de ellos se esperaba aquel desenlace. Sus siervos, cocineros y mozos de cuerdas sintieron una prudente alegría; Deparnieux nunca había sido un señor muy popular. Su uso del látigo y las jaulas con cualquier sirviente que le contrariase había provocado aquello, pero las expectativas que pudieran albergar al respecto del hombre que acababa de matarlo no tenían que ser necesariamente superiores. Como era lógico, asumieron que el extranjero de la barba había matado a su señor con la intención de hacerse con el control de Montsombre. Así eran las cosas en Gálica, y la experiencia previa les había enseñado que un cambio de señor no traía consigo mejora alguna para su suerte. El propio Deparnieux había derrotado a un tirano anterior unos años atrás, así que, al tiempo que sentían satisfacción al ver muerto al sádico y despiadado caballero negro, miraban a su sucesor con un optimismo no mucho mayor.

En cuanto a los soldados que habían servido bajo el mando de Deparnieux, se trataba de una cuestión un tanto diferente. Ellos, al menos, sentían un nexo más cercano con el derrotado, si bien etiquetar aquel sentimiento como lealtad habría sido exagerar las cosas. No obstante, él les había conducido a numerosas victorias y a una considerable cantidad de beneficios en forma de botín a lo largo de los años, de manera que tres de ellos avanzaron hacia Halt con las manos sobre las empuñaduras de sus espadas.

Al ver el movimiento, Horace espoleó a *Kicker* para que avanzase y se colocase

entre ellos y el arquero de la capa grisácea. Se produjo el siseo metálico del acero al resbalar contra el cuero según Horace desenvainó su espada, y la hoja de ésta reflejó los destellos de la luz del sol de primera hora de la tarde. Los soldados vacilaron. Conocían la reputación de Horace y ninguno de ellos se consideraba lo bastante buen espadachín para discutir el asunto con el joven. Su escenario de combate habitual era la confusión de una batalla campal, no el ambiente frío y calculador de un terreno como aquél.

—Trae el caballo —le dijo Halt a Horace. El aprendiz se volvió sorprendido. Halt no se había movido, seguía de pie, con los pies ligeramente separados, de costado ante los soldados que se aproximaban. De nuevo, una flecha se encontraba engarzada en la cuerda del arco, si bien éste permanecía apuntando al suelo.

—¿Qué? —preguntó Horace, perplejo, y el montaraz hizo un gesto con la cabeza en dirección al caballo de Deparnieux, que se movía inquieto y sacudía inseguro la cabeza.

—El caballo. Ahora es mío. Tráemelo —repitió Halt, y Horace fue al trote a lomos de *Kicker* hasta un punto desde el cual se pudo inclinar y tomar las riendas del caballo negro. Hubo de envainar de nuevo la espada para hacerlo y miró con cautela a los tres soldados y a la docena adicional que ahora se hallaba detrás de ellos sin haberse decantado por uno u otro lado—. ¡Capitán de la guardia! —llamó Halt—. ¿Dónde está el capitán?

Un hombre fornido que vestía media armadura dio un paso al frente de entre el grupo grande de soldados. Halt le miró un momento y volvió a gritar:

—¿Tu nombre?

El capitán vaciló. Él sabía que en el transcurso normal de los acontecimientos, el vencedor de un combate como aquél se limitaría a exigir una continuación del *statu quo*, y la vida en Montsombre proseguiría sin muchos cambios. Pero el capitán también sabía que, la mitad de las veces, un nuevo señor podía preferir degradar o incluso eliminar a los oficiales de mayor rango del régimen anterior. Recelaba del arco en las manos del extranjero, mas no veía razón para no darse a conocer. Los demás se apresurarían a dejarle solo si eso significaba una posible mejora para ellos. Se decidió.

—Philemon, mi señor —respondió. Halt cargó el peso de su mirada sobre él y se produjo un largo e incómodo silencio.

—Acércate, Philemon —dijo Halt por fin, y, tras devolver la flecha al carcaj, se colgó el arco sobre el hombro izquierdo.

Aquel gesto resultaba alentador para el capitán, aunque no tenía ninguna duda de que, si Halt lo deseaba, podía descolgarlo y poner en camino unas cuantas flechas antes siquiera de que él pestañeara. Con cautela y un cosquilleo de expectación en cada una de las terminaciones nerviosas, se acercó al hombre de baja estatura. Cuando se halló a una distancia cómoda para conversar, Halt se dirigió a él.

—No tengo ningún deseo de quedarme aquí más tiempo del necesario —dijo con

tranquilidad—. Dentro de un mes, los pasos a Teutlandt y Skandia estarán abiertos y mi compañero y yo seguiremos nuestro camino.

Hizo una pausa y Philemon frunció el ceño intentando comprender lo que le estaban contando.

—¿Queréis que vayamos con vos? —preguntó por fin—. ¿Esperáis que os sigamos?

Halt negó con la cabeza.

—No tengo el menor deseo de volver a veros a ninguno de vosotros —dijo de manera rotunda—. No quiero nada de este castillo, nada de su gente. Me quedaré con el caballo de Deparnieux porque es mi derecho como vencedor del combate. En cuanto al resto, queda a tu disposición: castillo, mobiliario, riquezas, comida, todo. Si eres capaz de protegerlo de los amigos que tenéis por aquí, es tuyo.

Philemon sacudió la cabeza con incredulidad. ¡Menuda suerte! El extranjero se iba y le dejaba el castillo y todo el lote completo en sus manos, las de un simple capitán de la guardia. Soltó un leve silbido para sí. Reemplazaría a Deparnieux como dominador de la región. ¡Sería un señor con castillo, hombres armados y sirvientes para lo que se le antojara!

—Dos cosas —interrumpió Halt sus pensamientos—. Liberarás de inmediato a esa gente de las jaulas y, en cuanto al resto de los sirvientes y esclavos del castillo, yo les daré la oportunidad de escoger si se quedan o se van. No los vincularé a ti en modo alguno.

Las pobladas cejas del capitán se arrugaron ante aquella afirmación. Abrió la boca para protestar y se detuvo, dudando, al ver la mirada de Halt. Era fría, firme y completamente despiadada.

—Ni a ti ni a tu sucesor —rectificó—. La elección es tuya. Discútela y se la ofreceré a quien sea que te reemplace después de que yo te mate.

Y conforme oía aquellas palabras, Philemon advirtió que Halt no vacilaría a la hora de materializar su amenaza. Ni él ni el musculoso joven guerrero del caballo tendrían el menor problema para encargarse de él.

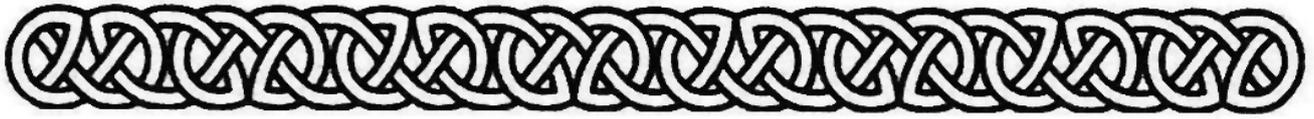
Sopesó las alternativas: oro, joyas, un castillo bien dotado, un ejército de hombres armados que le seguiría porque tenía medios para pagarles, y una posible ausencia de sirvientes. O la muerte, aquí y ahora.

—Acepto —dijo.

Al fin y al cabo, pensó Philemon, la mayoría de los sirvientes y esclavos no tendrían dónde ir. Había muchas posibilidades de que la mayor parte escogiese quedarse en el castillo de Montsombre, confiando en el tedioso fatalismo de que las cosas en realidad no podían ser mucho peores y que sólo cabía la posibilidad de mejorar algo.

Halt asintió lentamente.

—Ya lo creo que aceptas.



Treinta y siete

Evanlyn estaba muy concentrada. La punta de la lengua se le escapaba entre los labios y una ligera arruga le cruzaba la frente mientras empezaba a cortar la pieza de cuero blando con la forma apropiada.

No se podía permitir cometer errores, lo sabía bien. Había encontrado la pieza de cuero en el cobertizo y había justo lo suficiente para el propósito que tenía en mente. Era suave, fino y flexible. Había otros trozos de arneses y arreos en el cobertizo pero estaban resecos y tiesos. Éste era el trozo que necesitaba.

Evanlyn estaba haciendo una honda.

Había dejado por fin de intentar aprender a manejar el arco. Para el momento en el que fuese capaz de darle a la pared de la cabaña, Will y ella se habrían muerto ya de hambre. Suspiró. Haber recibido la educación de una princesa tenía definitivamente sus desventajas. Era capaz de coser y bordar maravillas, apreciar el buen vino y dar una cena en sociedad para una docena de nobles y sus esposas. Sabía organizar a los sirvientes y aguantaba horas sentada con la espalda recta y en apariencia atenta en las ceremonias oficiales más aburridas.

Todas ellas capacidades muy valiosas en su lugar apropiado, pero ninguna demasiado útil en la situación en la que se encontraba. Deseó haber pasado algunas horas siquiera aprendiendo los fundamentos más rudimentarios del tiro con arco, una habilidad que de mala gana tuvo que admitir que se hallaba fuera de su alcance.

¡Pero no una honda! Aquello era otra cosa. De pequeña, ella y sus dos primos se habían hecho unas hondas y se iban por los bosques que circundaban el castillo de Araluen tirando piedras a blancos que escogían al azar. También se acordó de que a ella se le daba bastante bien.

En su décimo cumpleaños, para su terrible enfado, su padre decidió que ya era el momento de que su hija dejase de comportarse como un chico y que se iniciase en el aprendizaje de los modales de una dama. Adiós al ir por ahí y adiós a la honda. Bienvenidos los bordados y las ceremonias.

Aun así, pensó, era probable que se acordase lo suficiente de la técnica para que ahora le resultase útil, con un poco de práctica.

Sonrió al recordar aquellos privilegiados días del castillo de Araluen. Qué diferentes parecían de todo aquello. Ahora tenía otras habilidades, pensó de forma irónica. Sabía tirar de un poni por una capa de nieve hasta la rodilla, dormía al raso, se bañaba con una frecuencia mucho menor de lo que la corrección social calificaría de apropiado y, con un poco de suerte, incluso matar, limpiar y cocinar su propia cena.

Es decir, por supuesto, si era capaz de dejar bien la maldita honda. Le dio forma al trozo de cuero blando envolviendo con él una piedra grande y redonda y tirando de los bordes para formar un saquito. Tiró y soltó una y otra vez e hizo que el cuero fuera tomando la forma de la piedra. Las manos le estaban empezando a doler del esfuerzo y creyó recordar entonces que, de pequeña, los sirvientes le habían hecho a ella esa parte del trabajo.

—No es que sea muy útil yo, ¿no? —se dijo.

En realidad, no se estaba tratando como se merecía. Su acopio de valor, determinación y lealtad era enorme, tanto como su ingenio.

Al contrario que alguien que hubiese recibido la formación adecuada para aquellas condiciones, era muy probable que ella no siempre hallase la mejor solución para los problemas que se les presentaban en aquellos momentos a los dos, pero de algún modo encontraba una forma de solucionarlos. Nunca se daba por vencida, y era aquella resolución y capacidad para adaptarse lo que haría de ella una gran gobernante, si es que conseguía regresar alguna vez a Araluen.

Oyó un ruido a su espalda y se volvió. Se le cayó el alma a los pies cuando vio a Will firme a su lado. En sus ojos había un vacío, carecían de expresión. Por un horrible instante, pensó que venía buscando otra dosis de hierba cálida y sintió una verdadera ola de pánico. Hacía dos semanas de su última dosis de la droga. Cuando se la dio, el saquito se había quedado prácticamente vacío. No tenía ni idea de qué pasaría la siguiente vez que la necesidad se apoderase de él.

Cada día, ella vivía con el temor constante de que fuese a pedirle más, mezclado con el aumento de la irracional esperanza de que se hubiese curado de su adicción. Desde el día en que había desencordado el arco, ella había buscado algún signo más de consciencia o recuerdo en él. En vano.

Will señaló a la jarra de agua sobre el banco y ella soltó un suspiro de alivio. Le sirvió una taza y él se fue arrastrando los pies con la mente atrapada aún en aquel lugar lejano que sólo los adictos conocen. No estaba curado aún, pensó Evanlyn, pero, al menos, el momento que tanto temía ella se había pospuesto un poco más.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Las secó y volvió al trabajo. Con anterioridad, había cortado dos tiras largas de cuero de la silla del poni que ahora ataba a cada lado del saquito. Puso la piedra en el saquito e hizo girar la honda a modo de prueba. Había pasado mucho tiempo ya, pero le resultaba vagamente familiar. El peso de la piedra parecía bien acomodado y de forma segura en el interior del saquito. Levantó la vista y miró a Will. Estaba acurrucado contra la pared de la cabaña con los ojos

cerrados, en otro mundo. Ella sabía que se podía quedar así durante horas.

—No tiene ningún sentido seguir perdiendo el tiempo —se dijo, y entonces se dirigió a Will—. Me voy a cazar, Will. Tardaré un buen rato.

Recogió un cargamento de piedras y salió. Sus anteriores intentos con el arco le habían enseñado que la vida salvaje de la zona tendía a evitar la cabaña ahora que estaba habitada. Las experiencias desagradables del pasado, pensó. A ciencia cierta que no tendrían nada que ver con sus intentos de caza.

Según caminaba, tenía la oportunidad de ir practicando su técnica: cargaba una piedra en la honda, la hacía dar vueltas sobre su cabeza hasta que hiciese un zumbido sordo y entonces soltaba un extremo en dirección a los troncos de los árboles cercanos.

Al principio los resultados no eran nada alentadores. La velocidad era buena, pero la precisión brillaba por su ausencia. Sin embargo, conforme practicaba, su antigua habilidad parecía ir volviendo. Más y más a menudo, las piedras que tiraba alcanzaban sus blancos.

Lo hizo aún mejor cuando se le ocurrió cargar dos piedras en la honda en lugar de una, doblando así sus probabilidades de éxito. Un rato después, convencida de que estaba preparada, se marchó en dirección a un claro junto a un río, donde había visto conejos que iban a comer y a ponerse al sol sobre las piedras.

Tuvo suerte. Un gran conejo macho estaba ahí, con los ojos cerrados y las orejas y el hocico en movimiento y husmeando mientras disfrutaba del sol y del calor acumulado en la piedra sobre la que estaba sentado.

Sintió una ola de satisfacción al cargar dos piedras en la honda y comenzó a darle vueltas sobre su cabeza. El zumbido apagado fue aumentando a medida que la honda ganaba velocidad, y el conejo abrió los ojos al oírlo. Pero no sintió peligro con aquello y permaneció donde se encontraba. Evanlyn vio sus ojos abiertos y resistió la tentación de soltar de inmediato. Dejó que la honda diese dos o tres vueltas más y soltó un extremo estirando completamente el brazo, directo a su objetivo.

Quizás fue la suerte del principiante, pero ambas piedras alcanzaron al conejo con toda la fuerza que llevaban. La más grande de las dos le fracturó la pata trasera derecha, así que, cuando intentó arrancar y huir, se cayó con torpeza en la nieve. Evanlyn, con una feroz sensación triunfal, cruzó el claro, agarró al conejo, que lo estaba pasando mal, y lo desnucó para acabar por fin con sus sufrimientos.

La carne fresca sería un agradable complemento en su escasa dieta. Eufórica, decidió probar en otro punto bueno para la caza y ver si la suerte no le había abandonado. Dos conejos eran, sin duda, mejor que uno.

Se desplazó con precaución, y la nieve blanda bajo sus pies colaboró en la mejora de su sigilo. A medida que se acercaba al siguiente claro, sus pasos iban siendo cada vez más precavidos, posaba los pies con más cuidado y se aseguraba de que, al

sujetar las ramas de los árboles para pasar, no las soltaba hasta que las devolvía a su posición inicial sin hacer ruido.

Con toda probabilidad, esta precaución extrema fue lo que le salvó la vida.

Estaba a punto de salir al claro de entre los árboles cuando un sexto sentido la hizo dudar. Algo no iba bien. Había oído algo, o sentido algo, que estaba fuera de lugar allí. Se retiró un poco hacia atrás y permaneció entre las sombras de las hileras de árboles y aguardó para ver si podía identificar la causa de su inquietud. Entonces lo volvió a oír, y esta vez lo reconoció. Las suaves pisadas de los cascos de un caballo en la gruesa capa de nieve que aún cubría el suelo.

Con la boca seca y el corazón de repente acelerado, Evanlyn se quedó inmóvil en el sitio. Recordó las instrucciones de Will en Skorghijl.

No obstante, se hallaba bien oculta de cualquier persona o animal que apareciese en el claro. La arboleda era espesa y la luz del sol de media mañana proyectaba profundas sombras entre los árboles. El vello de la nuca se le había erizado estando allí de pie, inmóvil. Sus ojos no paraban, de un lado para otro, y los forzaba para ver lo mejor posible entre los destellos de las zonas intercaladas de nieve iluminada por el sol y las de profundas sombras. Entonces oyó el resoplido leve, suave, de la respiración de un caballo y supo que no se había equivocado. Al otro lado del claro apareció una nube de vapor suspendida en el aire y vio al caballo y a su jinete emerger de las sombras que dejaban atrás.

Por un breve instante sintió una enorme alegría pues pensó que se trataba del caballo de Will, *Tirón*. Pequeño, fornido y de pelaje lanudo, apenas era del tamaño de un poni, y al verlo estuvo a punto de salir a la luz del sol, pero entonces se detuvo justo a tiempo, al ver al jinete.

Iba vestido con pieles, con un gorro plano también de piel en la cabeza y un arco colgado al hombro. Podía distinguir su rostro con bastante claridad: piel morena, ajada por la intemperie, y unos pómulos elevados y prominentes que hacían que sus ojos parecieran encima de ellos poco más que unas ranuras. Vio que era pequeño y fornido, como su caballo, y había algo en él que auguraba peligro. Volvió la cabeza para mirar a los árboles que había a su derecha y Evanlyn aprovechó la oportunidad para esconderse más atrás, a resguardo en la espesura del bosque. Seguro de que no había nadie observándole, el jinete espoleó a su caballo para que avanzase unos metros, hasta el centro del claro.

Se detuvo allí y pareció que sus ojos penetraban en la oscuridad hasta el lugar donde se hallaba la muchacha, oculta detrás de la irregular corteza del tronco de un pino grande. Durante unos pocos segundos agobiantes, ella pensó que la había visto, pero entonces el jinete dio un toque en el costado del animal con el talón de una de sus botas adornadas con pieles y el caballo giró a la derecha y salió del claro, adentrándose entre los árboles con un trote ligero. Un momento después lo había perdido de vista y el único rastro de su presencia eran las nubes de vapor de la cálida respiración del caballo que habían quedado allí suspendidas en el aire gélido.

Evanlyn permaneció acurrucada contra el pino durante varios minutos con el temor de que el jinete pudiese volver de pronto sobre sus huellas. A continuación, un largo rato después de que el sonido amortiguado de los cascos del caballo sobre la nieve se hubiese desvanecido, Evanlyn dio media vuelta y comenzó a correr a través del bosque hacia la cabaña.

Will había estado durmiendo.

Se despertó lentamente, recobrando la consciencia de forma gradual, conforme se iba dando cuenta de que se encontraba sentado en un duro suelo de madera. Sus ojos se abrieron y frunció el ceño ante un decorado para él desconocido. Se hallaba en una pequeña cabaña donde entraba la brillante luz del sol del final del invierno a través de una ventana sin cristales y formaba un rectángulo alargado en el suelo, más ancho en la base que en la parte superior.

Grogui, aún medio dormido, se puso en pie y se percató de que, por alguna extraña razón, se había quedado dormido mientras estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada en una de las paredes. Se preguntó por qué habría escogido tal sitio cuando podía ver que la cabaña tenía un catre de madera y dos sillas. Al ponerse lentamente en pie, algo hizo ruido al caer al suelo desde su regazo. Miró hacia abajo y vio un pequeño arco de caza allí tirado. Con curiosidad, lo recogió y lo estudió. Era de poco alcance, sin recurvar y sin aquellos extremos largos y sólidos de un arco en condiciones. Útil para la caza menor, pensó de manera poco precisa, y para poquísimos más. Se preguntó dónde habría ido a parar su arco recurvado. No era capaz de recordar haber adquirido nunca aquel arco de juguete.

Entonces se acordó. Había perdido su arco, se lo habían llevado los skandians en el puente; y al recobrar aquel recuerdo, aparecieron otros: la carrera a través de los pantanos de la tierra de las ciénagas prisionero de los skandians; el viaje a través del mar de la Ventiscablanca a bordo del barco de Erak; el puerto de Skorghijl, donde se habían resguardado durante la peor parte de la temporada de tormentas; y después el viaje a Hallasholm.

Y después... Y después, nada.

Se estrujó el cerebro intentando encontrar algún recuerdo de los acontecimientos posteriores a su llegada a la capital de Skandia, pero allí no había recuerdo alguno. Nada excepto un muro blanco que no había manera de atravesar.

Un golpe de temor se apoderó de él. ¡Evanlyn! ¿Qué había sido de ella? Recordaba, así como velado por una niebla, que había algún peligro importante que pendía sobre ella. Su identidad no había de ser revelada a sus captores. ¿Habían llegado alguna vez en realidad a Hallasholm? Estaba seguro de que, si lo habían hecho, él se acordaría. Pero ¿dónde estaba la chica rubia de los ojos verdes que tanto había llegado a significar para él? ¿La habría delatado él sin darse cuenta? ¿La habrían matado los skandians?

¡Un voto a los Vallas! Se acordó entonces. Ragnak, oberjarl de los skandians, había hecho un juramento de venganza sobre todos los miembros de la familia real de Araluen; y Evanlyn era, en realidad, Cassandra, princesa del reino. Atormentado por la incertidumbre y la pérdida de memoria, Will se daba golpecitos con el puño en la frente, intentando recordar, intentando convencerse de que Evanlyn no había sufrido por haberle fallado él de algún modo.

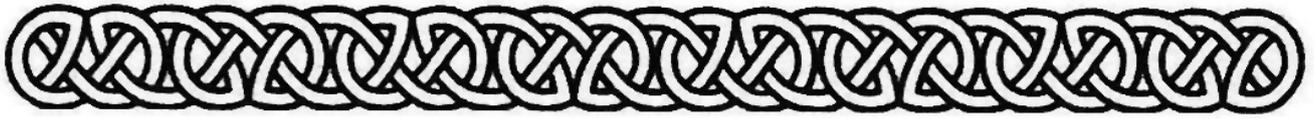
Y en ese momento, justo cuando él estaba pensando en la muchacha, la puerta de la cabaña se abrió de golpe y allí estaba ella, enmarcada contra la deslumbrante luz del sol que se reflejaba en la nieve del exterior, y tan asombrosamente bella como él sabía que siempre recordaría que era, daba igual lo mucho que viviese o lo mayores que ambos llegasen a ser.

Will fue hacia Evanlyn con una sonrisa de total alivio dibujada en sus rasgos, con los brazos extendidos hacia ella, que permanecía allí de pie, incapaz de hablar, mirándole fijamente como si fuese una especie de fantasma.

—¡Evanlyn! —dijo—. ¡Gracias a Dios que estás a salvo!

Y, al decir esto, se preguntó por qué sus ojos se habían llenado de lágrimas y por qué sus hombros se sacudían mientras lágrima tras lágrima se derramaba de forma descontrolada por sus mejillas.

Al fin y al cabo, él, en realidad, no era capaz de ver allí motivo alguno por el que llorar.



Epílogo

Halt y Horace bajaban a caballo con cuidado por el tortuoso camino que partía del castillo de Montsombre. Ninguno de los dos hablaba, pero ambos sentían la misma satisfacción intensa. De nuevo estaban en camino. El crudo invierno había pasado y, para cuando llegasen a la frontera, los pasos de entrada en Skandia estarían abiertos.

Horace echó la vista atrás, hacia el sombrío edificio donde habían estado atrapados durante tantas semanas. Entornó los ojos para ver con más detalle.

—Halt —dijo—, mira eso.

Halt detuvo a *Abelard* y se volvió. Había una fina columna de humo gris que se elevaba desde la torre del homenaje del castillo y mientras ellos miraban, iba ganando grosor y se ponía de color negro. Muy débilmente, podían oír los gritos de los hombres de Philemon que corrían a apagar el fuego.

—A mí me parece —dijo Halt muy juicioso— como si algún despistado se hubiera dejado una antorcha encendida sobre un montón de trapos con aceite en el sótano del almacén.

Horace le sonrió.

—¿Y puedes decirlo tan sólo con un vistazo?

Halt asintió poniendo cara de póquer.

—Nosotros, los montaraces, estamos dotados de unos asombrosos poderes de percepción —respondió—. Y yo creo que Gálica estará mejor sin esa torre en particular, ¿no te parece?

En realidad, sólo el caudillo había vivido en la torre del homenaje. Los soldados y el personal doméstico vivían en otras partes del castillo y dispondrían de tiempo de sobra para evitar que el fuego se propagase tan lejos. Pero la torre del homenaje, la torre central que había sido el cuartel general de Deparnieux, estaba sentenciada. Y así debía ser. Montsombre había sido escenario de mucha crueldad y horrores a lo largo de los años, y Halt no tenía intención de dejarla intacta para que Philemon continuase en la línea de su antiguo señor.

—Claro que... las paredes de piedra no se quemarán —dijo Horace con un aire de

decepción.

—No —coincidió Halt—, pero los suelos de tablones de madera y sus soportes sí lo harán, y todos los techos y las escaleras se quemarán y se derrumbarán. Y el calor dañará las paredes también. No sería sorprendente que alguna de ellas se acabase cayendo.

—Bien —dijo Horace, y en aquella sola palabra había todo un mundo de satisfacción.

Juntos le dieron la espalda al recuerdo de Deparnieux.

Espolearon a sus caballos y la pequeña cabalgata se puso en marcha, con *Tirón* siguiendo muy de cerca a los dos jinetes.

—Vámonos y encontremos a Will.



JOHN FLANAGAN nació en 1944 en Sídney, Australia. Comenzó su vida laboral en la publicidad antes de cambiar para dedicarse por cuenta propia a escribir y editar guiones. Ha escrito eslóganes publicitarios, folletos, vídeos corporativos y series para la televisión, y es uno de los guionistas australianos más prolíficos de este medio.

John escribió el primer libro de la serie *Montaraces* para animar a su hijo de doce años a disfrutar de la lectura. Michael era un muchacho bajo y todos sus amigos eran más altos y más fuertes que él. John quería mostrarle que leer es divertido y que los héroes no eran necesariamente altos y musculosos. Ahora, a sus veintitantos años, Michael mide un metro ochenta, es ancho de hombros y muy fuerte, pero aún le encanta leer los libros de *Montaraces*.

John vive en Manly, zona residencial costera a las afueras de Sídney, y actualmente está escribiendo tres títulos más de la serie *Montaraces*.